Silvia Jaquenod De Zsögön

CUENTOS para hacer volar la IMAGINACIÓN

Más de 111
momentos mágicos

6ª Edición

Dykinson

CUENTOS PARA HACER VOLAR LA IMAGINACION

SEXTA EDICIÓN

Silvia Jaquenod De Zsögön

DYKINSON

Primera edición: 1997
Segunda edición: 2002
Tercera edición: 2012
Cuarta edición: 2012
Quinta edición: 2015
Sexta edición: 2018

©2018 Copyright by
Silvia Jaquenod De Zsögön

ISBN: 978-84-1324-002-2

Editorial
DYKINSON, S.L.
Meléndez Valdéz 61
28018 Madrid
info@dykinson.com

Impreso por
COPIAS CENTRO

Todos los Derechos Reservados
Prohibida la reproducción total o parcial
Hecho en España

El 50% de los derechos se destinan a proyectos de educación ambiental en países de Iberoamérica.

www.fica.edu.es

A Esteban.
Maravilloso ser humano con quien desde siempre
comparto mi andar por el mundo.
A quien amo, admiro y para quien tengo la más profunda y eterna gratitud.
Él es el sentido de mi vida y la esencia de estos cuentos.
DDD

A modo de Prólogo a la sexta edición

Han pasado más de dos décadas desde que el primero de estos pícaros cuentos escapó de la pluma que los escribía.

Hoy, sigo pensando y creyendo que las alegrías no se compran, pero la ilusión se fabrica y que los sueños pocas veces se realizan, pero se lucha por ellos.

Que la felicidad se esconde, pero aun así, a veces, se la encuentra.

Y que todas las cosas y situaciones en general, son maravillosas.

Y cada cual encierra su particular ensueño.

Sólo es preciso educar el alma y el corazón, para que sepan descubrir el hechizo de la vida.

El bosque, los ratoncillos, la lluvia, el Sol. Y también los botines, sombreros y paraguas, los duendes y los fantasmas, pertenecen a ese mundo invisible y encantado que la bondad del espíritu generoso tiene la sabiduría de encontrar.

Porque hay que zambullirse en la charca de la magia y fantasía, y secarse bajo el calor irresistible -y a veces ignorado- de brujas buenas, de chispeantes gnomos, de enanos saltarines, de grillos traviesos, y de varitas mágicas.

Y que no todo es como parece...

Por eso aquí, en los Cuentos para hacer volar la imaginación, continúan nuevos relatos disparatados, barrocos, incomprensibles tal vez, que harán volar la imaginación hasta cuando casi no se tenga.

Historias simples que permiten desconectar de un mundo tan complicado, hostil y displicente.

Que procuran inculcar valores y acciones positivas por medio de las travesuras de personajes llenos de bondad, inocencia y, por qué no, sana picardía y encubiertos consejos que, posiblemente, fructifiquen en el corazón de quienes lean y a quienes lean estos cuentos.

Con un chispeante y prolongado abrazo, hasta siempre,

La autora.

Los más de 101 cuentos para hacer volar la imaginación

1. Una llave atareada 11
2. Los traviesos granos de maíz 13
3. La flor que se quedaba calva 15
4. La pesada semilla de aguacate 17
5. El botón holgazán 19
6. La ciruela pizpireta 21
7. El huerto está de fiesta 23
8. Futsi vive en la ópera 25
9. La cebolla de la risa 27
10. La escoba hacendosa 29
11. La rana que dio el gran salto 31
12. La nuez que se fue de paseo 33
13. Una ocurrente pompa de jabón 35
14. Una carta sin cartero 37
15. La nube bondadosa 39
16. El desorden de los naipes 41
17. La pluma indiscreta 43
18. El reloj que ya puede dar la hora 45
19. El teléfono parlanchín 47
20. El corcho que perdió la memoria 49
21. Un pañuelo presumido 51
22. Una sombra asombrada 53
23. Una bruja distraída 55
24. Una lupa diferente 57
25. Una botella transparente 59
26. Un cojín resignado 61
27. Una pipa sin humo 63
28. La cebra que extravió sus rayas 65
29. El pincel soñador 67
30. Una tiza rebelde 69
31. Una bodega con ritmo 71
32. Un fantasma divertido 73
33. Un paraguas hechizado 75
34. Un sombrero ofendido 77
35. Un trovador inquieto 79
36. Unos libros bulliciosos 81
37. El guante revoltoso 83
38. Una vela desvelada 85
39. La hoja trotamunda 87
40. Una moneda mágica 89
41. Una caja vacía 91
42. Un barril sin fondo 93
43. Un tornillo sin vueltas 95

44. Un espejo confundido 97
45. Un grifo resfriado 99
46. Un cubito con frío 101
47. Un fósforo feliz 103
48. Un peine olvidadizo 105
49. Un desván destartalado 107
50. Un lápiz colorido 109
51. El tintero generoso 111
52. Una campana silenciosa 113
53. Una goma cuidadosa 115
54. Una tijera cansada 117
55. Una regla disciplinada 119
56. Una tetera añeja 121
57. Un plato distinguido 123
58. Un cucharón enamorado 125
59. Una aldea de sonrisas 127
60. Una lluvia de caramelos 129
61. Una partitura singular 131
62. Una mesa sin complejos 133
63. Una cuchara especial 135
64. El botín aventurero 137
65. Un plumero de linaje 145
66. Un rallador indeciso 149
67. El mantel vergonzoso 151
68. El martillo parlanchín 153
69. El abanico misterioso 157
70. Una cacerola nerviosa 161
71. Un ovillo con rizos 165
72. La capa protectora 169
73. Una plancha maravillosa 173
74. Una percha distinguida 177
75. El camino caminante 181
76. La azarosa vida de Cipriano 185
77. Una almohada preguntona 189
78. Un molinillo fantástico 193
79. El baúl de Nicole 197
80. Un maniquí primoroso 201
81. El secreto de Jacinto 205
82. Una cortina discreta 209
83. El susto del bolso 213
84. Un pintalabios agobiado 217
85. El duendecillo picarón 221
86. Una cama sin dosel 225
87. Una chimenea destartalada 229
88. Un semáforo ejemplar 233
89. Las pretensiones de Lulú 239

90. Una tienda de ensueño 243
91. La inquieta Radegundis 247
92. El tren que tiene tos 251
93. La estatua tenebrosa 255
94. Una patata glotona 259
95. Una cigarra original 265
96. Las hazañas de Paulino 269
97. Una seta con sombreros 273
98. Una toalla cariñosa 277
99. Un mortero a la deriva 281
100. El privilegio de Cossette 285
101. Un timbre prudente 289
102. La solución de Leopoldo 293
103. Una escalera irrepetible 297
104. Agapito el talentoso 301
105. Morgana quedó perpleja 305
106. El tropezón de Pizpi 309
107. Las pesquisas de Gumersinda 313
108. El destino de Eleanor 317
109. Los anhelos de Lucile 319
110. La conspiración de Anselmo 321
111. Los caprichos de Teódulo 323
112. La sorprendente Violette 327
113. El carruaje errante 331
114. Los temores de Valerie 333
115. Proserpina la solemne 337
116. La bufanda viajera 341
117. El manzano agradecido 345
118. El Capitán feliz 349

1. Una llave atareada

Siempre estaba ocupada. Su eterna vocación de ayuda le impedía descansar. Así era feliz, y jamás reposaba ni quedaba quieta. Robusta, grande y de hierro forjado, coronaba su fuste una calandria tallada en perfecto relieve. El paletón y los dientes eran tan gruesos que la hacían inconfundible. Tenía un oído extraordinario y poseía el don de convertirse en invisible. Aunque su peso es sustancialmente superior al de cualquier ganzúa o artilugio similar, su agilidad y destreza son impresionantes.

Una tarde, apenas ocultarse el Sol, salió con urgencia para abrir un viejo arcón de madera. Estaba tan oxidada su cerradura principal, que era casi imposible hacer girar el llavín.

Entonces la llave atareada, viró una y otra vez y, como si fuera magia, el arcaico cofre se abrió. Algo parecido sucedió ese mismo atardecer, aunque más entrada la noche, con un enorme baúl de gruesa piel, totalmente adornado con toda clase de figuras geométricas en bronce. No había manera de separar del resto su pomposa tapa abovedada. La llave atareada sudaba, se aceleró su pulso y advirtió un tanto de agitación.

Pero, de repente, se levantó la parte superior del vetusto cajón. En ese mismo instante y sin quererlo, las violentas fauces del decorado y barroco baúl atraparon a la llave atareada. Quedó encerrada en completa oscuridad. Tenía que salir. No podía permanecer allí mucho tiempo. Tenía importantes tareas por cumplir.

Hacía frío dentro del receptáculo el cual, aunque tapizado con espesa felpa roja, dejaba pasar aire por sus resecas y resquebrajadas paredes. Se estiró una y otra vez, para alcanzar la cerradura.

Pero su salto no era lo suficientemente grande. Trepó apoyando su paletón en los pliegues que cubrían el interior, resbaló y se desplomó, estrellando su cabeza entre algunos trastos que había dentro. Entonces, optó por volverse invisible. De este modo su cuerpo, tenue e inmaterial, pudo colarse fácilmente por el enmohecido cerrojo.

Una vez fuera, recuperó el aliento, y continuó rápidamente su trabajo. Estaba contenta, muy contenta. Así de activa y dinámica es la vida de la llave atareada.

Puede abrir puertas, cajones, cajoncillos, cofres, baúles, arcones, archivos. Es capaz de desatascar las cuerdas de los relojes y hacerlos funcionar, y de las cajas musicales, que de inmediato lo celebran haciendo sonar hermosas melodías.

Pero, lo más grandioso de la llave atareada, es que tiene la habilidad de abrir los corazones. Sí, esos corazones rígidos y gruñones. Y aquellos otros rencorosos, ofendidos, irritados o enfadados. Todos abren sus puertas, y se vuelven solidarios, amables, comprensivos y cariñosos.

Esa es la más noble y mayor razón por la cual, la llave atareada, está siempre llena de trabajo. JB

2. Los traviesos granos de maíz

Amanecía. El Sol se desperezaba lentamente y abría poco a poco sus grandes y redondos ojos. Tomó su peine preferido y cepilló sus dorados rayos que no cesaban de moverse. Luego, se colocó las gafas y comenzó la jornada.

Cuando contempló la Tierra, detuvo su mirada en un huerto muy particular, verde, húmedo y lleno de vigorosas legumbres.

Allí, entre frescas hojas de espinacas y robustas calabazas, estaban las esbeltas plantas de maíz, tan elegantes y con esa altura que les permitía vigilar todo el huerto.

El Sol fijó la vista en un par de panojas que aún cubrían, como si de sábanas se tratara, los holgazanes granos bajo sus hojas protectoras. Y ahí estaban cientos de ellos, uno junto a otro en filas y soñando quién sabe qué.

Pasada una hora, tal vez un poco más, el Sol decidió despertar a los amarillos granos de maíz. Estiró uno de sus rayos y dio un par de suaves golpecitos a la panoja en cuestión. Así, muy despacio, se asomaron unos cuatro o cinco granos a los que tan sólo se les veía hasta la nariz.

Los rayos del Sol formaron una brillante y dorada escalera por la que subieron, de uno en uno, todos los granos de la panoja.

A medida que se alejaban del huerto podían observar y admirar la belleza del lugar donde vivían. Mientras subían, algunos daban varios saltitos, otros cantaban, y todos iban tostándose poco a poco.

Conversaban variados temas y agradecían al Sol tanta generosidad, pues sin su luz no podría haber vida. El Sol pidió a los traviesos granos de maíz que den un recado a las demás panojas, para que dejen libres los granos que esconden. De ese modo podrían visitarlo y ya no se sentiría tan solo. También, cada granito de maíz fue comentando algunas necesidades del huerto. Ellos avisaron al Sol que a las fresas no les da mucha luz y las pobres están un tanto pálidas y que, por el contrario, sobre las viejas calabazas caen varios rayitos de Sol y suelen sentirse agobiadas y resecas. Por último, habló el más pequeño de los granitos de maíz, dijo al Sol que había escuchado que las lechugas necesitaban un poco más de calor y de luz, sobre todo en las primeras horas de la mañana.

Terminaba el día, y todos estaban un poco cansados. El Sol nuevamente extendió sus tímidos rayos, pero esta vez no con forma de escaleras, sino a modo de suaves y esponjosos toboganes, por el que los granitos de maíz se desplazaban como si de cintas de seda se tratara. Fueron llegando de uno en uno, y cada cual iba ocupando su pequeña celda. El Sol los arropó nuevamente con las hojas de la panocha y, mientras se despedía, escuchaba el incesante murmullo de ellos.

Desde entonces, el Sol ya no se siente solo. Miles y miles de granitos de maíz de todo el mundo lo visitan cada día. Y cada mañana, el Sol sabe que debe orientar sus rayos hacia aquellos lugares que más lo necesitan, porque cada grano de maíz le comenta las necesidades que tienen las distintas partes de la querida Tierra. JB

3. La flor que se quedaba calva

A..., a..., a..., ¡achís!, un día más la flor ha estornudado, y como siempre lo ha hecho con tanta energía que todos, todos y cada uno de sus rojos y hermosos pétalos, han caído sobre la mullida y silenciosa gramilla. A sus pies, dispersos y confundidos, están los pétalos que, hasta hace apenas un momento, cubrían la cabecita de la flor protegiéndola del frío, del calor y de la lluvia. Todos los amigos del hermoso y colorido jardín ya conocen el sonoro estornudo de la flor, y también saben que cada vez sus pétalos caen, por ello temen que la flor un día se quede calva.

Ella es tan presumida, que no puede verse sin la protección de sus necesarios pétalos. Por ello, las campanillas se encargan de cubrir su desnuda cabeza, y lo hacen con arte sin igual, pues cada día se posan sobre la flor a modo de preciosos y elegantísimos sombreros.

Pero esto no es una solución. Porque la flor, aunque protegida y cuidada por las buenas campanillas, está un poco triste y sabe que cada día, luego de su estruendoso ¡achís! se quedará calva.

Además, su escandaloso estornudo asusta a las demás flores, a las maripositas, a las abejas y a los escarabajos. Si continuaba de esta forma, seguramente llegaría un momento en el que sus pétalos ya no volverían a nacer, y se quedaría calva para siempre. Era necesaria una solución urgente.

El viento, que todo lo sabía y supervisaba, decidió soplar con más fuerzas aquella tarde. A medida que soplaba y soplaba, la flor se movía y sus inquietas raíces la desplazaron lentamente de ese lugar. Antes de amanecer, cuando todos inquietos esperaban el estornudo de la flor, y las campanillas se preparaban para realizar el original

tocado diario, reinó en el jardín un desacostumbrado silencio. Nadie comprendía lo sucedido. La flor reflejaba un rostro del todo feliz, no había estornudado y sus maravillosos y aterciopelados pétalos coronaban su cabecita.

Todos estaban intrigados y, a la vez, gratamente sorprendidos. ¿Qué había pasado? La flor, de raíces muy sensibles y delicadas, no podía tener sus pies pequeños en tierra tan húmeda. Por eso, durante la noche, cuando caía el rocío y sus raíces continuaban mojadas, la pobre flor se resfriaba y al estornudar caían todos sus pétalos, dejándola calva una y otra vez.

Entonces, el viento guardián desplazó a la flor, y la colocó bajo la protección del más anciano árbol del jardín que con su espesa sombra cuidaba de ella. Cada día dejaba que los rayos del Sol, aunque sólo sea un momento, acariciaran el rostro feliz de la hermosa flor que, por fin, ya no volvería a quedarse calva. JB

4. La pesada semilla de aguacate

Llovió durante toda la noche, casi sin parar. Se formaron grandes lagunas donde chapoteaban las ranas mientras cantaban los alegres sapitos. Este particular festín comenzó a la madrugada. Las arañas habían tejido cientos de telas elásticas donde, con arte acuático y gran destreza, las gotitas de lluvia saltaban y saltaban de una a otra, para luego zambullirse de cabeza junto a las demás que, ya cansadas, esperaban sentadas sobre los caracoles de la charca mayor.

Las gotas, al tropezar con los charcos, formaban grandes burbujas que servían de espejos a las coquetas luciérnagas, las cuales no dejaban de mirarse iluminadas por su propia luz. Hacia el Este se había formado una laguna, donde miles de mosquitos revoloteaban tocando hermosas melodías con sus afinadas trompas. Cientos de pequeños peces de colores asomaban sobre la superficie del agua siguiendo el alegre ritmo y agitando acompasadamente sus lustrosas galeras.

En noches como ésta, las inquietas gotitas de lluvia también se divierten haciendo cosquillas a los aguacates. El hermoso árbol estaba lleno de estos carnosos frutos que disfrutaban de la fresca ducha celestial. Pero, entre todos ellos, uno solamente sentía terribles cosquillas los días de lluvia.

Esa noche, tuvo tantas y tantas cosquillas que de repente, al desprenderse de su rama, cayó vertiginosamente. En el suelo, se dio cuenta que se había escapado su semilla. Con tanto barro por todos lados, la semilla de color marrón se confundía con los guijarros de la zona. Buscó y buscó y, finalmente, la encontró.

Estaba tras dos grandes piedras que la apretaban sin dejar posibilidad de salir de tal encierro; el aguacate se sentía hueco y vacío sin su semilla.

Entonces, el aguacate se estiró todo cuanto pudo para rescatar su semilla, pero caía una y otra vez en el resbaladizo barro, cubriéndose de una capa consistente que le impedía moverse con facilidad. Entre tanto, pasó una oruga, y aunque no tenía fuerzas suficientes, ayudó al aguacate en la misión de rescatar y recuperar su semilla antes del amanecer.

Viendo este panorama unas bulliciosas gotitas de lluvia, empujaron a la semilla hasta quitarla de los sólidos brazos de las rocas, y la llevaron hasta el aguacate que ya no tenía energías para subir hasta su rama.

El viento sopló suavemente y así la semilla volvió a estar dentro del aguacate. Pero, aún estaban en el suelo, y había que llegar hasta la rama de la cual se había descolgado el aguacate cuando estaba preso por las cosquillas. El aguacate subía lentamente, pues la semilla pesaba mucho, la corteza del tronco servía de escalinata cuyos escalones conquistaba de uno en uno.

El camino se hacía cada vez más largo, y el aguacate estaba abatido. Por ello, las gotitas de lluvia, que tantas cosquillas habían hecho al aguacate, subieron hasta la nube de la que bajaron, y pidieron a ésta que empujase al aguacate hasta su rama.

Así, la buena nube dio su mano al aguacate, le acarició la frente con suavidad esponjosa, mientras le murmuraba al oído dulces palabras, tan dulces que el aguacate quedó dormido en su ramita y, en el preciso momento que la nube subía, despuntaban los primeros rayos del Sol. JZ

5. El botón holgazán

Los botones, piezas multiformes de variados colores y materiales, son útiles artilugios para cierre y adorno de la ropa. Ellos tienen como misión sujetar dos partes de una prenda, o engalanar algún coqueto vestido o presumida blusa. Pero entre los miles y miles de botones que tenazmente cumplen con su trabajo diario hay uno, sólo uno, revoltoso, rebelde y holgazán. A simple vista es de lo más común.

Redondo, aplanado, de un púrpura que encandila y con un par de orificios que señalan, indiscretamente, las intenciones más ocultas del holgazán botón. Vivía en el receptáculo tradicional, comúnmente llamado costurero.

Compartía sus extravagancias con los agresivos alfileres, el burgués dedal, las belicosas agujas, los desordenados carretes de hilos, las desafiladas tijeras y la tolerante almohadilla que ya mostraba claros síntomas de aburrimiento y de vejez. Pero el destino del botón holgazán no estaba dentro del costurero que, aunque tapizado con una fina tela estampada, amplio y mullido, no lograba que aquél quedara quieto y tranquilo.

Un día, de esos que amanecen sospechosamente armoniosos, el botón holgazán no hacía otra cosa que protestar y dedicarse a interrumpir las tareas de los demás. En un instante se vio fuera del pequeño y decorado estuche y puesto a prueba sobre una prenda de rugoso paño blanquecino. Molesto y algo disgustado intentó deslizarse entre tantas arrugas hasta que, finalmente, cayó al suelo. Sin darse cuenta, nuevamente fue colocado sobre ese tejido. Entonces, esta vez el perezoso botón huyó escondiéndose tras unas madejas de hilo color salmón. Pero allí no se sentía del todo seguro ni a salvo de

caer en el arduo trabajo de ser un botón. Estaba nervioso y, en el mismo momento que se disponía a vagabundear, otra vez fue atrapado sin posibilidad de fuga. Desde su comprometida posición veía acercarse a la aguja enhebrada con fino hilo color rojo, y pasó ésta una y otra vuelta por sus orificios. Cada vez un frío particular recorría el rechoncho cuerpo del atemorizado botonzuelo. Era su fin.

Allí permanecería el resto de sus días, entrando y saliendo de un desconocido ojal, soportando los giros interminables de la lavadora, el intenso calor de la plancha, las miradas taciturnas y los incómodos toqueteos externos. Se sentía fatigado con sólo pensar el monótono trabajo que le esperaba. Hizo fuerzas arriba y abajo, a un costado y al otro costado. Y, ¡nada! Sudoroso, agobiado y casi al fin de sus fuerzas lo intentó nuevamente. El hilo se iba aflojando poco a poco. Se estiró todo cuanto pudo y comenzó a girar sobre sí mismo. Hacia derecha e izquierda, y el torniquete no dejaba de resistirse. El botón, al borde del vahído, estaba extenuado.

Asustado profundamente por el temor que le invadía de convertirse en prisionero para el resto de sus días, sintió una caricia helada y aterradora. Y en el colmo de su insensatez aún tuvo fuerzas para apartarse un poco más de esa complicada situación. Cuando abrió los ojos, todos lo estaban mirando. Sorprendidos unos, pasmados otros, muy incrédulos algunos, impresionados los más sensibles. Todos habían estado contemplando la particular pesadilla del botón holgazán, quien había realizado las más ridículas figuras de destreza y habilidad, hasta que el bueno y noble dedal pasó su mano sobre la sudorosa frente.

¡Cuánto alivio y regocijo para el botón holgazán!, cuando supo que todo había sido un sueño singularmente agitado y turbulento. JB

6. La ciruela pizpireta

Ciruelas hay, muchas y en todo el mundo, pero ciruela como ésta no hay dos. No puede haber dos. Sería demasiado. La ciruela pizpireta es roja, rojísima, de un rojo brillante sin igual, y además es muy presumida.

Siempre va lustrando su cuerpo con un trozo de seda que guarda en el bolsillo derecho de su abrigo azul, el de los botones dorados.

Su travesura preferida es bajar del ciruelo boca abajo y, cada tanto, hacer una pirueta hasta llegar a tierra. Así lo hizo también esa tarde, y se dispuso a dar un paseo vespertino. Tomó el bolso color lila. Se calzó las zapatillas de esparto, la chaqueta a rayas que tiene dos bolsillos pequeños, y en su monedero colocó un par de doblones que, aunque antiguos, seguro le harían falta.

Rodando, rodando, llegó al caserío más cercano, que ese día estaba colmado de frutas y verduras de todo sitio porque había feria. Conversaba con unos y con otras mientras intentaba verlo todo al mismo tiempo, porque la ciruela pizpireta tiene una curiosidad sin fronteras ni dimensiones. Entre saludo y saludo fijó la vista en un colorido tenderete, donde miles de objetos y de baratijas se apiñaban con desorden descomunal. Y allí, sí, allí estaba ese par de distinguidos zapatos de tacón que tanto le gustaban. Allí, casi esperando y como gritando ¡aquí estamos!

La tentación de la ciruela pizpireta desbordó toda pretensión de reprimir los impulsos que la arrastraban directamente a ellos. Sólo se detuvo un instante a pensar, cuando recordó que únicamente tenía dos simples y arcaicos doblones. Pero siguió adelante, porque confiaba en sus encantos y en poder hacer algún trato satisfactorio

con el pingüino dueño de la tienda. Desde luego, antes de llegar abrillantó su cuerpo, especialmente las mejillas. La personalidad de la ciruela pizpireta y el brillo deslumbrante embelesaron al pingüinillo, quien no tardó en vender -en cómodas condiciones- el par de zapatos de tacones. Estaba realmente satisfecha. Miraba una y otra vez sus preciosos zapatos, adornados con unas originales hebillas de forma oval. Caminaba como envuelta en un hechizo, despacito y escapando de senderos polvorientos.

Cuando se dio cuenta, los últimos rayos de luz dejaban paso a las estrellas. Era un poco tarde y, aunque sus nuevos tacones no se lo permitían, comenzó a caminar un tanto más rápido.

Con la luz de la luna seguía mirando sus zapatos nuevos y, al reflejar las estrellas sobre la superficie metálica de las hebillas, mostraban el rostro pícaro y complacido de la ciruela pizpireta. Subió al árbol, cuidando no estropear los zapatos, y saltó a la rama cuando ya estaba ciertamente oscuro.

Un poco cansada pero feliz, se cubrió con las hojitas y apoyó la cabeza en unos nudos que valían como apropiados cojines. La ciruela pizpireta había subido tan distraída, que no se dio cuenta que el árbol era de ciruelas amarillas.

Desde entonces, en ese ciruelo, nace una única ciruela roja, rojísima y coqueta que es, sin lugar a duda, pariente de la ciruela pizpireta.
JB

7. El huerto está de fiesta

Hoy hay fiesta en el huerto. Todos preparan y adornan los caminitos recién regados. Es el día más importante del año, porque es el día de la fiesta nacional de la huerta. Desde muy, muy temprano ha comenzado la incesante actividad. Los espárragos quitan el polvillo depositado sobre las grandes hojas de las calabazas. Las acelgas barren con esmero el extenso perímetro del huerto, mientras las batatas terminan de ajustar los clavos en los tablones del original escenario. Los simpáticos melones y las robustas sandías son los encargados de preparar la limonada. Los perejiles controlan y supervisan el horario de las actuaciones, y las cebollas repasan y corrigen las melodías que interpretará la orquesta de caracoles.

Entre tanto, grupos de pajaritos de todos los colores entonan las más tradicionales coplas y, de tanto en tanto, vuelan hasta la fuente para beber agua fresca y reponer energías. Todo el huerto viste las mejores galas. Los invitados llegan puntualmente luciendo rigurosa etiqueta, y ocupan el sitio de honor los dos grandes y centenarios robles dispuestos a dar inicio oficial a la fiesta.

El baile comenzó. Es el espantapájaros el responsable de zapatear las primeras piruetas. Con el elegantísimo porte que encierra su lustroso frac, se dirige hacia su amiga la pera quien, un tanto nerviosa, responde a la elegante, barroca y desplegada reverencia del espantapájaros. Cientos y cientos de flores revolotean dibujando los más complicados pasos.

Todo vibraba de emoción y estallaban chispas de alegría por todos los rincones del huerto; las escenas se suceden envueltas en destellos

de luz y de color, y cuando inicia el desfile, los laboriosos relámpagos van fotografiando a cada protagonista de la maravillosa recepción. Disciplina y orden son las características del desfile. Las cabezas de ajos lucen diminutos y refulgentes trajes color granate. Las setas con sus pintorescos sombreros y negros antifaces, las alcachofas subidas a unos altísimos zancos, las patatas en murga moviéndose cadenciosas al compás de las maracas que sacuden los rojos pimientos. Y las lustrosas berenjenas con trajes de época y en filas de a ocho, daban vida y movimiento sin igual a la chispeante reunión hortícola.

La elección de la reina anunciaba, con cierto disimulo, el final del aniversario. Fue todo un éxito, especialmente para la zanahoria que, por sus cualidades y virtudes, fue la preferida por el riguroso jurado. Emocionada y muy elegante subió al trono. Allí, las doradas espigas de trigo la coronaron con la más bonita diadema trenzada con frescas hojas de parra, y le colocaron la capa imperial tejida y bordada por las hormiguitas con diminutos jazmines. El ramo representaba la más perfecta agrupación de cientos y cientos de preciosas lilas.

Un año más la velada del huerto fue todo un acontecimiento. El roble mayor, que durante la fiesta había cortejado a la hermosa encina, galante y guapísimo invitó a ésta a cerrar el baile. Fueron tan expresivas sus miradas, que la sospecha flota en el ambiente declarando que pronto habrá boda.

Se despiden las serpentinas y se arremolina el papel picado. Las guirnaldas saludan y las bengalas dan el toque final. Los festejos del huerto han sido, un año más, todo un éxito. JB

8. Futsi vive en la ópera

Futsi es un simpático y pequeño ratón de color gris, buen amigo y amante de la ópera. Tanto, tanto disfruta con las óperas que un buen día decidió mudar de madriguera. Por eso dejó su antigua cueva y ahora vive dentro del trombón. El trombón es sólo su residencia durante el verano pues, como es de metal, siempre está fresquito. Durante el invierno vive en el interior de un afinado violín, que lo protege del frío entre sus pulidas y cálidas maderas.

Los días de ensayo o estreno debe estar muy alerta, y salir del trombón o del violín más temprano que de costumbre. Los días de estreno son para Futsi de enorme satisfacción. Se siente inquieto, va de aquí para allá como supervisándolo todo, y queda embelesado ante las bellas jóvenes y los apuestos caballeros que ensayan, una vez más, la complicada y fastuosa representación.

Un día, mientras trajinaba de un lado a otro, y saltaba de palco en palco... ¡zás!, ¡pluf!, ¡ñoc!, sucedió lo inesperado. Cayó directamente justo dentro de la flauta. Cierto es que Futsi es muy pequeño, pero tanto, tanto, no. Por ello, parte de su frágil cuerpecito de incansable roedor quedaba fuera de la flauta. Lo más apremiante, y hasta bochornoso, era que esa misma noche el espectáculo presentaba "La Flauta Mágica".

Ciertamente magia precisaba el travieso roedor, para que entretejidos sortilegios permitieran salir de la espigada trampa donde se había precipitado. Pasaban las horas y la flauta daba señales de atasco.

Futsi no encontraba el modo de escapar de la prisión metálica en la que había convertido su buena amiga la flauta. Los diferentes instrumentos fueron ocupando sus respectivos sitios.

Los serenos timbales, la imperturbable trompeta, el indiferente oboe y, desde luego, la flauta taponada por el desafortunado roedor. En eso, el flautista revisa la amarillenta partitura e intenta repasar los últimos pentagramas. Sopla y resopla, y nada. Con el aplomo que lo caracteriza volvió a tomar aire. Entonces, fue tal el soplido, que en un instante Futsi aterrizó de hocico sobre el aterciopelado sombrero azul de una doncella sentada en la primera fila, al centro.

Desde allí, asomó su aplastada nariz, y sus diminutos ojos brillaron sorprendidos y maravillados a la vez. ¡Qué privilegio aquél! ¡Cuánto placer sentía Futsi! Allí, sobre la más suave y sedosa explanada, cual balcón del más suntuoso palco, podía admirar con detalle cada escena de "La Flauta Mágica". Su emoción era tan grande que hasta podía oír, durante los cortos intervalos, el latido de su vehemente corazón.

Al finalizar la representación, la dama envuelta en júbilo y satisfacción, arrojó su sombrero como señal del más auténtico reconocimiento. Con él fue Futsi, momento que aprovechó para cruzar con disimulo el escenario. Luego bajó prudentemente, se introdujo en su querido violín y tuvo, entonces, un placentero y relajado descanso. JZ

9. La cebolla de la risa

Diariamente el granjero regaba la huerta con una gran regadera de color verde intenso que, aunque un poco vieja y oxidada, dejaba caer el agua sobre cada surco. La atenta cebolla, siempre dispuesta a mirarlo todo, sabía que el hortelano llegaría a la hora de siempre.

Ataviado con sus toscas botas de goma marrón oscuro, su anticuado pantalón, la camisa de apagados colores y, naturalmente, la regadera llena de agua fresquita. Desde allí abajo, la cebolla miraba y miraba el rostro del campesino. Por lo general tristón y apesadumbrado, de cara larga y espesa barba negra que, sin querer, disimulaba su tristeza. Hasta la nariz, grandota y poco agraciada, caía angustiosa sobre el resto de la cara.

Preocupada, la cebolla se dispuso a investigar la razón de tanto desconsuelo. Entonces, al llegar el día siguiente y apenas salir el Sol, un tanto inquieta pero sin dejar de sonreír, saltó de un brinco y comenzó su aventura. Vio que no sólo el agricultor estaba triste. Comprobó que no eran las cebollas la causa de tantos lagrimones. El pastor, el alcalde y el cartero también estaban tristes. Todo el poblado estaba igual. Por eso la cebolla de la risa no pudo resistir y se dispuso a contagiar a todos.

Entonces, saltó de olla en olla, y de sartén en sartén. Se mezcló con los apios recién cortados, con los pimientos rojos, con los simpáticos dientes de ajo y con las verdes hojas de perejil. Recorrió todo el pueblo dejando su inconfundible aroma.

Pasó por la iglesia, por el mercado, por el notario, por el médico y por el bar, donde bebió lentamente un gran vaso de agua recién traída del manantial. Y continuó sonriendo y sonriendo sin parar.

Un poco cansada, decidió sentarse un ratito en el banco de la plaza. Mientras, controlaba la expresión del rostro de todos cuantos pasaban por allí. Incluidas las gallinas y los conejos que, a propósito, tenían todos sus largas orejas caídas y sucias. Se zambulló en la fuente de la plaza y nadó de un lado a otro. Jugueteó divertida con los chorros de agua que salían con burbujas de la boca de cinco grandes leones de bronce, y también del jarrón de la estatua de una anciana.

De regreso al huerto se cruzó con el agricultor, que ahora vestía ropa de colores alegres y llevaba un sombrero de paja recién comprado. También escuchó que la modista y la mujer del panadero conversaban alegres, y en los jardines el bullicio de los niños se confundía con las risas sonoras de los vecinos de las calles principales. ¡Qué feliz estaba la cebolla de la risa! El poblado entero se había contagiado y ya no estaba triste.

A la mañana siguiente, a la hora acostumbrada llegó el granjero, y la cebolla pudo contemplar su rostro desde allí abajo, lleno de luz y de sana alegría. Aún llevaba su apropiado sombrero de paja, y su nariz lucía un aspecto de lo más atractivo. Desde aquél maravilloso día riega de felicidad el huerto y hasta murmura dulces palabras a las plantitas. La risa de la cebolla se contagió a todos.

Por eso, en ese huerto nacen anualmente varias cebollas de la risa, que son las encargadas de transmitir alegría allí donde no la hay.

Y además, las cebollas de la risa, nunca, nunca hacen llorar. JJ

10. La escoba hacendosa

Muy, muy temprano, antes de comenzar su jornada, la escoba hacendosa peina su pajizo pelo y lo ata hacia atrás con un gran lazo de color rojo. Luego se coloca una almidonada y blanquísima cofia de broderie y el pequeño delantal haciendo juego. Este, insinuante y provocador, ciñe la cintura de la escoba, y se remata en la parte posterior con un moño que deja entrever parte de la figura.

La diligente escoba recorre inquieta cada esquina de la casa. Revisa los metros y metros de zócalos, y husmea entre las vetustas patas de mesas y sillas. Luego investiga, recelosa y tenaz, cada rincón que ha tomado la forma de los imprecisos ángulos de la ya destartalada mansión. Casi nunca protesta. Pero sí le incomodan tantas y tantas pelusas, pelusillas y el fino y socarrón polvillo que, cual chusma impertinente, se introduce en todo sitio.

Con tanto polvo suele estornudar, y cuando ello sucede, ¡paf!, su peinado pelo queda cual erizo con estandarte. Pero eso no le preocupa. Corre sigilosa y frente a un espejo, encerrado entre doradas molduras, arregla su presumida imagen y vuelve al trabajo.

Ese día las pelusas estaban especialmente rebeldes. No había forma de agruparlas. La escoba, paciente y abnegada, volvía a intentarlo.

Cuando ya estaban todas reunidas, una de ellas se escapó. Corrió tras la pelusa insumisa esquivando muebles y plantas. La muy insensata se posó sobre la tapa de un antiguo jarrón de porcelana china de la dinastía Chu Li. Con sonrisa perspicaz la pelusa se deslizó por las paredes del precioso artilugio oriental, y quedó entre

las manecillas del viejo reloj cucú. Finalmente, tras la espera paciente de la escoba, la indisciplinada pelusa cayó, impulsada por la brisa que entró por el ojo de la cerradura.

Entonces, quedó firmemente atrapada entre el lazo rojo y la rígida cofia blanca de broderie. La escoba continúa su azarosa jornada.

Barre el patio de mosaicos y los serpenteantes senderos del jardín. Se sacude con energía los restos de polvillo, y encamina sus pasos hacia el lugar de su particular diversión.

Desde luego no descansaba, pues su mejor aperitivo es subir por las escaleras de caracol. Aunque siempre se marea un poco, se recrea bajando a toda velocidad por la lustrosa baranda de bronce. Al caer, lo hace sobre la mullida y sedosa alfombra persa que, un tanto atemorizada y timorata, la espera cada vez tranquila y resignada.

Esto la colma de alegría y disfruta, sobre todo, cuando el Sol atraviesa las frondosas copas de los árboles del jardín. El rey de la luz, tras acariciar los cristales del ventanal, se deja caer sobre todo el contorno titubeante de la majestuosa escalera.

Cuando termina las tareas, regresa a la alcoba que comparte con sus otros compañeros de trabajo. Con el trozo de paño, el desgastado cepillo y el simpático y desplegado plumero.

Al otro día inicia nuevamente su jornada de limpieza, y la concluye no sin antes bajar, a toda velocidad y con increíble precipitación, por la barandilla de la escalera. JB

11. La rana que dio el gran salto

Salta que salta, de aquí para allá. Esta rana estaba siempre saltando. Cada vez sus saltos tenían más y más altura, y ella disfrutaba enormemente al elevarse a cientos de metros desde su charca.

Una noche saltó con tanta energía, que de un solo brinco llegó a las nubes. Y allí, divertida e inquieta, también correteaba de nube en nube dando rebuscadas piruetas, e impulsándose con sus ágiles y elásticas patas traseras.

Estaba tan entretenida y contenta retozando sobre ese mar blanquecino y esponjoso, que no se dio cuenta de todo el tiempo que había pasado.

Sus otras amigas ranas tampoco habían advertido su ausencia. La barriga de la rana saltarina se confundía con la blancura de las nubes, y solamente el Sol podía apreciar un pequeño punto verdoso que se movía excitado entre las vaporosas nubes.

De repente, se desencadenó una estruendosa tormenta, con vientos inclementes y rugidos estrepitosos. De inmediato todo esto aprisionó a la ranita entre miedos y temblores, dejándola a punto de desmayo.

Se sentía tan, pero tan nerviosa que, por momentos, pensaba que sus características verrugas escaparían atemorizadas de su atormentado y baboso cuerpo de batracio.

Afilados rayos, gruñones truenos y deslumbrantes relámpagos rodeaban insistentes a la rana. Esta mostraba evidentes signos de espanto reflejado en sus enormes, redondos y saltones ojazos, que entreabría y cerraba fugazmente.

Al mismo tiempo cubría sus oídos, para no escuchar con tanta intensidad los sonoros rugidos de cada estornudo celestial.

En cada momento de corto silencio, esperaba que fuera el final de tormenta tan escandalosa, y luego de una bulliciosa y agitada despedida de cuantos truenos, rayos, relámpagos y centellas que por allí pasaron, la calma fue surgiendo lentamente, casi tímida y bastante modesta.

La serenidad embriagó al espectro celestial, y las nubecitas parecían regocijarse luego del espectáculo ofrecido. Relámpagos, rayos y truenos se retiraron a sus alcobas, despacito y en puntas de pie para no hacer aún más ruido.

Pronto, salió el arco iris y vistió de brillantes colores al firmamento, iluminándolo todo a su paso. También a la ranita que se mostraba en vías de recuperación y lucía una relajada y expresiva sonrisa.

Valiéndose de la bondad y apoyo amistoso del arco iris, la ranita fue bajando de color en color, experimentando en cada uno de ellos unas indescriptibles y hermosas sensaciones. Así llegó al último de los chispeantes colores, y con un disimulado saltito retornó a su charca.

Cansada y aún con un poco se susto, se acomodó entre sus piedras más favoritas decidida a seguir saltando, pero con menos energía. JB

12. La nuez que se fue de paseo

Estaba inquieta, ansiosa y protestando allí, en la rama más gris, áspera y rugosa de todo el árbol. Se balanceaba de izquierda a derecha, y de arriba hacia abajo hasta que, finalmente, logró desprenderse y caer a tierra.

¡Pum!, ¡pum!, ¡pif! y ¡paf! Rebotó unas cuantas veces y fue rodando en zig-zag, hasta quedar atrapada entre un cubo lleno de agua y una escobilla que no dejaba de mirarla con cierta infundada sospecha. La suave brisa la hizo rodar nuevamente, y avanzó varios metros gracias a la redondez de su cuerpo. Aunque se marea bastante, insiste en salir a pasear, y esta vez por un caminito diferente. A una lombriz que por allí pasaba pidió que la empuje un poquito. Y la nuez tras el acertado impulso quedó bajo los fuertes rayos del Sol que, a esa hora, calentaban más que a cualquier otra. Casi a punto de derretirse, cubrió su parte superior con un par de resecas hojas. Pero aun así el calor era insoportable.

Se impulsó fuertemente. El envión la desplazó hacia un lugar húmedo, fresco y sombrío. Pero, sin querer, tropezó con una raíz saliente y cayó en un hueco bastante profundo del que intentó, sin éxito, salir urgentemente. Allí, en ese hoyo oscuro y solitario, donde nadie podía verla ni escuchar sus gritos, estuvo mucho tiempo. Y así, pasaron las horas y los días, se sucedió una semana a otra, y también pasaron los meses.

La nuez, ya casi acostumbrada, aunque un tanto deprimida, permanecía en la umbrosa oquedad. Al tiempo nació una hermosa plantita. ¡Un nogal! La nuez se había convertido en un maravilloso y robusto árbol.

Porque la nuez ya no pudo salir del hoyo en el que había caído aquel día, y no regresó jamás al árbol del que había salido para dar un paseo. Creció y creció. Pasaron los años, y con cada estación se ponía más vigoroso.

Cada temporada su copa se vestía con cientos de bolitas que, al perder el característico abrigo verdoso, se convertían en apetitosas nueces. Y entre estas pequeñas esferas marrones, también había algunas muy inquietas que disfrutaban saliendo a pasear.

Lo que no sabían era que siempre, siempre, terminarían cayendo en un hoyuelo del cual, al cabo del tiempo, nacería un vigoroso y productivo nogal.

Por eso, gracias a aquella trotamunda pequeña nuez, cada año muchas de ellas salen de paseo, cayendo por aquí y por allí. Y por tal motivo hoy se pueden encontrar hermosos árboles de nogal en todos los rincones de la Tierra, que nos recuerdan a la simpática nuez que un día se fue de paseo. JB

13. Una ocurrente pompa de jabón

Esta es una pompa de jabón muy transparente y, en especial, graciosa y llena de buen humor. Siempre está alerta y dispuesta a brincar desde la pastilla de jabón al rostro de turno. Ella conoce, desde hace muchos, muchísimos años, los caprichos y antojos de todos y cada uno. Donde más se ha divertido es en la espesa barba y en el original bigote del abuelo.

Pero, sobre todo, sus piruetas y travesuras eran fantásticas cuando se trataba del baño del bisabuelo del tatarabuelo. Este disfrutaba chapoteando e intentando atrapar a la inquieta burbujita, y por ello su tiempo de aseo duraba más de lo común.

La pompa de jabón conoció todas las tonterías y excentricidades de los miembros de la familia. El buen humor del abuelo, la dulzura de la abuela, y hasta el desafinado cantar del mayordomo de turno. Nunca se queda quieta. Se escapa, da vueltas y se mueve acompasadamente y con ritmo sin igual junto a las demás burbujas.

Durante largos ratos quedaba detrás de la jabonera observando muy atenta las rarezas y fantasías de las personas. Esos singulares gestos e infinitas muecas que representaban los más disparatados estados de ánimo de sus dueños.

También han habido unos gruñones parientes que malhumorados rezongaban por casi todo pero que, al poco tiempo, tras los mimos de la ingeniosa pompa de jabón, se volvían sensibles y enamoradizos.

A quien siempre esperaba era a ese simpático y educado calvito con porte militar, en cuya lustrosa cabeza desplegaba sin frenos ni complejo alguno, la imaginación más inspirada traducida en

fantásticas figuras de patinaje artístico. Y los huéspedes. ¡Ah!, con los huéspedes... Intrusos curiosos y osados que todo lo miran, tocan, abren y huelen. Forasteros intrigantes que despiertan la curiosidad de hasta la más indiferente y apática esferilla de jabón. Y con ellos también se divierte, observando y analizando movimientos, y comprobando cuán higiénicos son.

Ella es muy libre y extremadamente alegre. Cuando el vapor del agua empaña los cristales, se va deslizando en barrocos tropiezos y dibuja con precisión el perfil del ocupante del momento. Luego se impulsa con fuerza, y desde el azulejo más alto, se desploma vertiginosa hasta posarse nuevamente sobre la paciente y taciturna jabonera.

En algunas ocasiones ha estado a punto de perderse por el atractivo y engañoso agujero de la bañera. Pero cada vez su buena amiga la esponja se ha interpuesto, alejándola del fatídico riesgo que la conduciría al desgraciado final de naufragar en la oscura y larga oquedad.

Así, la ocurrente pompa de jabón ha vivido años, muchos, muchos años. Pasando de una pastilla de jabón a otra, y conociendo miles de intimidades y de secretos familiares, que su prudencia y nobleza le hacían atesorar dentro del más recatado silencio.

Cuando descansa luego de sus activas jornadas, se acomoda sobre la superficie del jabón, donde entonces tan sólo se adivinan su diminuta nariz respingada y una particular sonrisa satisfecha. JB

14. Una carta sin cartero

Esta es una de las cartas más pintorescas que han existido. Hace muchos, pero muchos años, encontró su refugio dentro de un apasionante libro de aventuras cuyo aposento no era, como es de suponer, un lustroso estante en la biblioteca. Su cálida residencia era un destartalado arcón que se encuentra en el viejo desván.

La pícara carta, desde muy temprano despliega todas sus energías, pero nunca, nunca, sale del apergaminado sobre que la protege del frío y de la humedad.

Una vez fuera del libro, su cometido diario se centra en abrir el añoso baúl, cuyos herrajes gimen de tal forma que debe taparse los oídos con un par de coloridas estampillas. Luego, mira y revisa su alrededor comprobando que todo está en orden. Y baja lentamente apoyando sus costados en los remaches que, aunque oxidados, son útiles como escalones. Al ser tan delgada, en algunas ocasiones ha quedado atrapada entre las rendijas del reseco suelo de madera. Pero siempre su buen amigo el abrecartas la ha quitado del atasco. Los días de lluvia, mantiene largas conversaciones con las transparentes gotitas de agua, que cargadas se desploman por el cristal formando irregulares y sinuosas figuras.

Esta carta es muy sentimental y cariñosa. Todas sus intimidades, sus más secretos deseos y hasta sus más extravagantes ilusiones, se las cuenta a su amigo y compañero inseparable, el paciente y hermoso sello postal. En éste se dibuja, con detalle y perfección, el expresivo rostro de una bellísima dama de principios de siglo.

Naturalmente, esta carta no tiene cartero. Pero esta situación no le impide divertirse y disfrutar plenamente de todas las horas del día.

Por las noches se deleita leyendo fabulosas aventuras en el libro que le sirve de cobijo, y con el que intercambia disparatadas opiniones.

Cuando se celebran fiestas en la antigua mansión, suben a la buhardilla corcheas y semicorcheas, fusas y semifusas que apoyadas en sus frágiles y características patas, taconean las más resonantes melodías. Mientras tanto, las blancas y las negras zapatean meneándose a ritmo de minué.

La carta, animada y sin complejos, sale al ruedo y marca con soltura sin igual un popular tango adornado con genuinas y complicadas figuras de cortes y quebradas.

También hay que verla haciendo gimnasia rítmica. Es toda una equilibrista cuando se desliza sobre las tensas cuerdas de la polvorienta guitarra.

Hace flexiones, se balancea, rueda, da volteretas, y hasta hace el pinito apoyándose en la cara del espejo, desde donde se mira boca abajo y comprueba lo esbelta que está.

Antes de regresar a su querido baúl, se asoma por la ventana apoyando la barbilla sobre un jarrón de barro. Luego, trepa por los costados del habitáculo, impulsándose con la enmohecida cerradura para poder entrar.

Dentro, lee apasionada otra cautivante aventura, y se duerme arropada por las hojas de su libro, tan sabio, bueno y protector. JB

15. La nube bondadosa

La nube bondadosa es, además, muy sabia y tiene un talento sin igual que no es posible comparar con las demás nubecitas. Siempre está leyendo antiguos libros y artículos de actualidad sobre los más diversos temas. Tampoco se pierde recepción o fiesta que se organice en el cielo o en la Tierra. Se preocupa por todos y es admirable cómo recuerda los detalles más insignificantes. Cada momento lo vive con absoluta intensidad y, sobre todo, con especial sentimiento generoso para con todos los seres.

Desde el cielo todo lo contempla. Vigila el crecimiento de las plantas, el desarrollo de los animalitos y controla la actividad del hombre. Conoce todo y a todos.

Desde allí arriba puede ver con sus hermosos ojos grises cuáles son las zonas más deprimidas que necesitan su visita. Unas veces son las vaquitas que tienen sed, o los deshidratados escarabajos, o los astutos escorpiones del desierto. Otras veces, son los elegantes flamencos, o los centenarios alerces. En fin, donde ve que hace falta, allí corre y descarga un espléndido y refrescante tapiz transparente de millones de gotitas.

Es el duende bueno que disfruta haciendo el bien. Es el genio que escapó de la lámpara maravillosa celestial, y a quien todos quieren, esperan y sonríen al pasar.

El trigo la saluda con su espiga, las ardillas con su bellísimo rabo, las setas con particular donaire quitando suavemente sus sombreros y haciendo una respetuosa reverencia, los renos golpeando con ritmo su barroca cornamenta, y los naranjos enviando caricias envueltas en aromas de azahares.

Un atardecer, después de haber derramado agua regando grandes extensiones de campos sembrados con cereales, tuvo tanta sed que bajó rápidamente a beber en uno de sus manantiales predilectos.

Mientras bebía, un agitado grillito se acercó y saltó cerca de su oído. Era el mensajero general que avisaba del inicio de un incendio en el bosque de coníferas. Una vez recuperadas sus gotitas de agua, envió un recado urgente al tifón más cercano. Y en un instante la fuerte turbulencia la desplazó al bosque, del que ya se podían escuchar las primeras lamentaciones y de donde brotaban cargadas lágrimas de tristeza.

Con gran rapidez y eficacia, volcó todas las miles y miles de gotitas sobre el incipiente fuego. La precipitación fue tal, que pronto el bosque recuperó totalmente su tradicional alegría. Los centenarios pinos y abetos brindaron a la nube con sus ramas el más caluroso aplauso de gratitud.

La nube bondadosa estaba muy, muy feliz. Y esa noche durmió tranquila y satisfecha sobre las mullidas y esponjosas gramíneas, cubriéndose con un manto sin igual de pudorosos tréboles que la protegieron y velaron su sueño. JZ

16. El desorden de los naipes

Siempre estaban cuidadosamente ordenados y en su sitio. Con riguroso método y colocados numéricamente, de mayor a menor y por palos.

Pero esa señalada e histórica tarde, alguien estornudó con singular energía y la confusión que se produjo fue descomunal. Esos rostros taciturnos de las cuatro sotas, cuyas cabezas protegían con barrocos sombreros rematados con plumas. Y las miradas austeras de los jinetes, blandiendo con firmeza sus palos respectivos.

Todos ellos, incluidos los hermosos caballos de elegantísimo porte, habían sucumbido al estruendo originando un caos difícil de ordenar. Las sotas salieron al encuentro de los guapos jinetes, dispuestos todos a beber de las relucientes y rollizas copas. Brillaban los oros y las genuinas espadas, mientras los regordetes bastos conversaban animados con las inquietas copas, éstas iban pasando de mano en mano de sotas y jinetes. Todo era bullicio, cantos y bailes.

Entre tanto, los reyes de sabios semblantes, barbadas caras y paciencia sin igual, descansaban en sus respectivas alcobas reales. Pero el alboroto era tal, que los cuatro reyes se vieron obligados a poner un poco de orden. Todas las cartas estaban vacías, totalmente despobladas de sotas, caballos, copas, oros, bastos y espadas.

Al escuchar que los reyes se aproximaban, el cansino paso de sus majestades hacía presagiar un seguro sermón. Por ello, todos corrieron con cierta prisa, descuido y alteración general a ocupar sus respectivos lugares en los blanquecinos cartoncillos. No sin sorpresa y algo de duda los reyes retornaron a sus aposentos

rascando sus cabezas, de vez en vez, por debajo de las lujosas y decoradas coronas. Pero lo cierto es que no había orden. La aparente disciplina enmascaraba el más colosal revoltijo. Las sotas montaban a caballo, varias espadas estaban dentro de algunas copas, los jinetes se aferraban a otras espadas y bastos, y los oros, dispersos y desconcertados, se arremolinaban entre sí. Todos juntos decidieron armonizar la situación antes que saliera la luna, dando a la labor un riguroso toque de prolijidad y esmero. Poco a poco los jinetes subieron a sus caballos, y lentamente fueron trasladando a cada grupo de palos.

Primero los bastos, luego las copas, espadas y oros, cada cual atento a su respectiva numeración. Las sotas fueron las encargadas de supervisar toda la operación cuidando no hacer ruido a sus majestades. Y entre tanto orden y más orden, todos los palos disfrutaron de un inesperado momento de esparcimiento.

Por ello, sea en el mus, el truco o el solitario, y sea en lujosos casinos, o sencillos bares, los naipes siempre recuerdan aquella revoltosa tarde en la que, gracias al desorden ordenado, se hicieron para siempre grandes amigos. JB

17. La pluma indiscreta

No, claro que no. No se trata de una pluma común. Como tampoco de una simple pluma, aunque conserva bien todas las nobles características de las plumas tradicionales. Esbelta, espigada y hasta orgullosa de su estirpe y utilidad.

Activa, incansable y extraordinariamente hábil para dibujar las más hermosas letras, desde la gótica a la redondilla, la itálica, la toscana, la caligráfica y la cursiva. Pero, insisto, no es una pluma corriente.

Esta pluma tiene voluntad propia. Ella opina, calcula y decide, organiza su trabajo, y el de los demás. Por esto último tiene un pleito laboral con el buenazo del tintero, pues casi no lo deja descansar. El pobre ni siquiera duerme tranquilo, porque en lo mejor de su merecido descanso, a la pluma se le ocurre hacer algunas anotaciones, o rubricar un poema de nueve versos que acaba de terminar.

Un día estaba tan, pero tan inspirada que, tras un repentino impulso fogoso e incontenible, súbitamente se sumergió en el oscuro fluido.

Al emerger del cónico y paciente receptáculo, tropezó con la achaparrada goma de borrar. Tras el inesperado tropezón, el avispado secante bebió toda la tinta, que iba destinada a garabatear su espléndida y hasta fanfarrona inspiración. Ese descomunal desastre fue la consecuencia de no haberse colocado las gafas.

Por ello, antes de intentarlo de nuevo, se caló los espejuelos y arremetió, temeraria y vehemente, hacia el receptáculo que contenía el negro pigmento. Para estar más segura se apoyó primero en las tijeras, y luego en la grapadora que miraba con cierta desconfianza

la audaz maniobra de la pluma. Preparada, se zambulló en la tinta una y otra vez, llenando totalmente su pequeña cavidad.

Entonces bajó lentamente, casi con sigilo, y comenzó a deslizarse sobre el apergaminado papel, el que aguardaba inexpresivo y silencioso en el ángulo inferior derecho de la escribanía. Las letras iniciales que iba escribiendo se escondían entre las más hermosas curvas y floridos trazos. Cada línea transmitía, en original metáfora, el sentimiento más auténtico y profundo del ser amado. Sí, esa esquela estaba inconclusa y reflejaba inequívoca desolación y olvido.

Por eso, la pluma, confidente secreta de tantos pensamientos escritos, confesora elegida y obrera incansable al servicio de la tinta y del papel, quiso estampar letra a letra las más emotivas metáforas de amor y de ensueño, para que completaran y dieran perfección a esa iniciada declaración de amor.

Así, en retaguardia y cómplice incondicional de cupido, rozando las fronteras de la indiscreción y de la imprudencia, coronó el desenlace de la epístola con un disimulado par de entrelazados corazones. Una vez más sintió la seguridad con que la experiencia premia. Pasado un tiempo pudo comprobar el feliz final de un hidalgo enamorado. JB

18. El reloj que ya puede dar la hora

En la sala había un gran cuadro que mostraba la escena de un ambiente similar al que adornaba, aunque un tanto más completo y colorido. Por el ventanal, cada mañana de otoño, un vergonzoso haz de luz iluminaba la pintura dejando ver la magnífica obra. Cada detalle es bello y admirable. Las frutas parecen recién cortadas, el agua fresca en una jarra de cristal sobre la mesa de madera de cerezo, los arabescos dibujos de las alfombras y, hasta el cachorro de fox-terrier, parece que está moviendo el rabo.

Todo está allí en armonía, incluso el original reloj, fielmente reproducido, guarda el encanto del siglo pasado y señala, siempre, las ocho y veinte minutos. El reloj puede observar desde el cuadro casi todo lo que sucede en la sala.

Año tras año, comprueba que el paso del tiempo deja su inconfundible huella en el ya vetusto color amarillento de las paredes, en las descoloridas cortinas otrora de un intenso granate, y en alguno de los infieles resortes de los sillones que se dejan ver entre los aún parejos y ordenados flecos inferiores. Y él, él indica en todo momento, las ocho y veinte minutos.

Un tanto inquieto y vacilante, aunque decidido, esa noche escapó del lienzo y se posó, primero, sobre la pequeña mesilla redonda iluminada por un tradicional candil de cobre. Luego, brincó con increíble destreza a la parte superior de la estufa, y avanzó por la repisa hacia el centro desde donde pudo ver los leños ardiendo.

Entre tanto, el atizador, que estaba desvelado, contempló las insólitas maniobras del reloj, con actitud sospechosa y gesto cubierto de un pesado manto de incredulidad y asombro.

El fuelle, por su parte, como es un soñador empedernido, entreabrió los ojitos y dio por supuesto que se trataba de otra de sus encantadoras fantasías nocturnas. Desde su nueva casa el reloj observó, con profundo sentimiento, el antiguo lugar que ocupaba en la pintura donde ahora se dibuja, en perfecta reproducción, su curvilínea silueta.

En su interior sintió un extraño cosquilleo que le produjo risas e inquietud al mismo tiempo. Son los engranajes que comienzan a moverse haciendo un ruidito muy particular. Las manecillas se deslizan. El tic-tac lo emociona, y señala ya las ocho y treinta y siete minutos, ¡sus primeros diecisiete minutos de vida!

A partir de entonces, sabe si el panadero ha llegado a tiempo, si el té se ha servido a horario, si la escoba comienza su jornada puntualmente, y si la regadera dio la ducha matinal a los helechos.

Ahora sus agujas marchan fieles indicando las horas y los minutos con exactitud, y el ritmo de toda la sala está embebido por movimientos acompasados.

Desde esa noche, cada vez que el reloj da las ocho y veinte minutos, la noble silueta en el cuadro ilumina un par de manecillas, que reflejan el mismo momento del reloj que ya puede dar la hora. JB

19. El teléfono parlanchín

Parecía frío, como indiferente a todo. Allí, elegante, estático y aparentemente mudo. Reflejaba quietud, silencio y, al mismo tiempo, bullicio, serenidad y nobleza. Daba la sensación que un día comenzaría a hablar. Y así fue. Sucedió un atardecer cuando se despedían los últimos rayitos del Sol. Un murmullo incesante provenía de la galería principal, y se confundía con el trinar de centenares de pajaritos que se reunían diariamente en las copas de los árboles.

Escucharlo hablar con los ratoncitos era mágico y apasionante, pues sabía muchas, muchísimas cosas, con detalles increíbles y fechas exactas. Nombres de los personajes históricos, tratados, lugares geográficos, problemas sociales, y hasta emitía el mismo sonido y timbre de voz de las miles de personas que, a lo largo de su vida, lo habían utilizado.

En una ocasión, uno de los tantos ratoncitos subió al disco numérico y trepó hasta el ocho. Una vez allí, hizo mucha, mucha fuerza hasta que consiguió girar el disco.

Y, ¡oh! sorpresa, al marcar el número ocho el teléfono parlanchín comentaba, en perfecto francés del siglo XV, las intimidades y secretos de la corte imperial. Otro ratoncito también lo intentó. Con su largo rabo marcó el número cinco. Este número contenía toda la información acerca del estado de la mar y del clima en general durante las últimas nueve centurias.

El número más interesante era, sin lugar a duda el uno que, combinado con otra cifra, regalaba los más provechosos y fructíferos consejos. El número once, por ejemplo, transmitía los más

emocionantes consejos paternales, y el doce, una sugerencia agrícola por cada mes del año. Y el quince, ¡ah! el número quince dejaba escuchar las más hermosas historias de amor a través de los tiempos. Pero un día, no habló más.

Los ratoncitos marcaban uno y otro número. Y nada. Se habrá enfadado, gritó uno de los ratoncitos. Se ha ido, murmuró otro. Y hasta el más pequeño de los ratoncitos opinó, pues ya no podría dormirse escuchando los entretenidos cuentos y relatos de aventuras.

¿Qué había sucedido? Era muy simple. El teléfono parlanchín se había enamorado. Por eso, de tiempo en tiempo, estiraba su verde cordón de hilo, marcaba el número secreto, cuya combinación tan sólo él conocía, y mantenía con su enamorada dulces y prolongadas conversaciones, que solamente podían escuchar ellos dos.

Esa era la causa por la cual el teléfono parlanchín se volvía ausente algunos días, sobre todo cuando el silencio y la tranquilidad invadían el largo pasillo. El encanto era tal, que un manto bordado de hechizo formaba pequeños portales en las cuevas de los ratoncitos, liberando al teléfono de la presencia de los pequeños amigos. Así, flotaba embriagado de amor mientras conversaba con su prometida.

El teléfono parlanchín, aparentemente frío, rígido e imperturbable, estaba colmado de sabiduría, de paciencia, de gran sensibilidad y de un amor particular que él, tan sólo él, conocía y valoraba. JB

20. El corcho que perdió la memoria

Su simpático cuerpecito de forma cilíndrica casi no pesa. En él tiene cuidadosamente grabados el nombre de un fino licor junto a un escudo que, a todas luces, refleja nobleza y alcurnia. Es un corcho tranquilo y silencioso. No como los de champagne o sidra que salen estallando, y producen un particular estruendo que asusta a propios y extraños.

Ese día, rodó por el blanco mantel casi tropezando con los pétalos de rosas bordadas. Rozó el borde de una brillante cuchara y quedó enfrentado a los afilados dientes del tenedor que, en actitud belicosa, parecía estar esperando a su próxima víctima. En un descuido del agresivo utensilio el corcho, atemorizado y sudoroso, se deslizó rápidamente hacia donde estaba el buen salero. Pero con tanta mala suerte, que uno de los cordones de sus botines se enredó en la base del frutero. Cayó, golpeándose la cabeza con las salientes molduras de una pata de la mesa. Y allí se desvaneció.

Al recuperarse, sólo sabía que era un tapón. Un simple y vulgar tapón. Y no podía recordar qué era lo que tapaba. Podría ser un frasco de medicina, o un envase de pimienta o, tal vez, la bañera. ¡Sí!, eso, era la bañera. Y allí fue. Con prisas y totalmente seguro que su origen, y ahora su destino, era el gran orificio de la bañera.

Sin embargo, enorme fue el susto cuando casi se pierde por la oscura y larga tubería, porque él era un tapón mucho más delgado y pequeño.

Así, fue probando y probando, introduciéndose en todo sitio donde podía. Pero, o el lugar era muy gordo, o era muy espigado, hasta intentó entrar en varios de los muchos agujeros de un auténtico y

apetitoso queso. Y nada. Ni acertaba, ni recordaba de dónde había salido momentos antes de colisionar. Pasaba el tiempo, y comenzaba a sentirse solo.

Y justo al dar vuelta, a su derecha estaba la botella, y allá fue. Esta vez lo conseguiría. Subió con desmedido entusiasmo y empujó hacia adentro su cuerpecito. Al rato, un inesperado mareo lo visitó. No era para menos, esa era una botella de ron, no su botella.

Entonces, casi borracho y tambaleándose, hizo fuerzas para arriba y, ¡paf!, logró salir. Se deslizó vacilante por la colorida etiqueta de la botella de ron, y encaminó sus pasos hacia otra botella que, un rato antes, le había llamado la atención. Aprovechando que ésta estaba sin tapón, allí se introdujo y se sintió cómodo y abrigado por las cristalinas paredes del esbelto recipiente. ¡Sí! El espirituoso líquido que ella contenía no hizo dudar al corcho. Ese particular aroma del néctar que albergaba en su interior, sólo podía ser de su licor de nuez. Seguro de ser el corcho compañero de la botella de licor de nuez, terminó de instalarse.

Y así, descansó confortable y contento de estar nuevamente en su botella. Despreocupado y tranquilo, recordó su inesperada aventura. Mientras sintió las caricias primorosas de la botella detrás de sus atentas orejas. Luego murmuró, ya preso del sueño, lo feliz que estaba con su amiga y compañera. JZ

21. Un pañuelo presumido

Tiene sus cuatro esquinas delicadamente bordadas sobre un blanco inmaculado, en las que destaca un apiñado ramillete de lilas en sobrerelieve. Siempre huele muy agradable y mantiene su forma doblada con exactitud en perfecto cuadrado.

Dentro del bolso comparte sus días junto a una barra de labios color granate encendido, a un pequeño cepillo, a una espigada pluma de tinta negra, a una libreta de notas y al necesario e infaltable espejito redondo.

El fino lienzo coquetea cada mañana con su amigo preferido, el espejo. Ambos mantienen entretenidas conversaciones. Mientras, el presumido pañuelo mira una y otra vez su imagen y peina, con suavidad y destreza, los sedosos encajes que rematan cada uno de los cuatro costados. Está tan orgulloso, que en todo el receptáculo ya se murmura sobre semejante vanidad.

Es tan, pero tan engreído que, cuando ve que la mano se acerca para quitarlo, rápidamente se esconde tras la libreta de notas. De este modo dificulta su encuentro evitando ser presa de su señalado destino.

Pero, un día, sucedió aquello que este garboso tejido jamás pudo imaginar. Esa noche habían parloteado hasta muy tarde el espejo, el cepillo y, desde luego, el pañuelo. Y, al quedarse dormido, no advirtió que parte de un ramillete de las flores bordadas, se encontraba fuertemente enganchado a un diente del cepillo. Cuando quitaron el cepillo, el pañuelo, que seguramente estaría soñando con su distinguida figura, cayó muy estrepitosamente al suelo, despertando de inmediato. Al contemplarse, un alud de indignación y de asombro

contenido lo invadió. Estaba sucio, manchado y totalmente mojado por el agua retenida en el charco que se convirtió en su prisión.

Al caer la noche, la más larga y fría para el pañuelo, se protegió entre unas hermosas matas de frescas hierbas, que durante esas eternas horas le sirvieron de apropiado cobijo. Pasó esa noche entre la humedad, el viento y las esporádicas pisadas de alguna traviesa ranita.

Cada tanto, brotaban de su rostro pálido, y ahora notablemente mugriento, cargadas lagrimitas que pronto se confundían con el copioso rocío matinal.

Amanecía. El Sol brillaba deslumbrante como pocas veces en esa ciudad. Todo quedaba iluminado. Hasta la estropeada blancura del presumido pañuelo. Así, con tanta luz, podía aún destacar sobre el espeso lodazal, como una tímida manchita casi blanca extraviada por un descuido. Su presencia entre el barro era tan evidente, que encontrarlo fue muy fácil. Luego, pasó por jabones espumosos y por fragantes líquidos que le devolvieron la lozanía y blancura de siempre.

De esta forma, el pañuelo presumido recuperó la alegría y, al mismo tiempo, perdió parte de su exagerada arrogancia. Después de esa particular experiencia, el pañuelo ha dejado de ser tan presumido, aunque aún no puede vencer totalmente la tentación de su coquetería. JB

22. Una sombra asombrada

Esta es una sombra muy, pero muy pícara y revoltosa. La mayor parte del día lo pasa confundiendo a cuanto objeto encuentra por su camino.

Durante la noche, sólo cuando no hay luna, duerme extendida sobre las retorcidas raíces del más viejo árbol del umbroso bosque. Si sopla viento, ella refleja la silueta de las hojas para el lado contrario al que corresponde. Cuando se encuentra con el tenedor, la penumbra describe dos dientes menos, o tres dientes más. Y si se trata de sus amigos del jardín, despliega toda su engañosa destreza haciendo que se mezclen las distintas negruras.

Cierto día, la sombra de la simpática tortuga, apareció revoloteando entre las flores, mientras otras sombras de cientos de pequeñas lilas se desplazaban lentamente por los senderos del octogenario y cansino quelonio. Verdad es que todas las cosas y los objetos tienen sus respectivas sombras. Pero cuando se trata de esta sombra, la situación ya no es la misma. No puede ser la misma.

Un día, de esos que la sombra no cesaba de hacer una y otra de sus acostumbradas travesuras, más granuja y golfilla, se disponía a concretar otra de sus disparatadas ideas cuando, de repente, ¡pim!, ¡pum!, y ¡paf! No cabía en semejante asombro. Estaba estupefacta, y hasta casi un tanto pálida y temblorosa.

Todo sucedió cuando, al pasar cerca de una espigada botella, reprodujo la sombra de un antiguo y rechoncho sifón, sin percatarse de la presencia del más grande y redondo colador jamás antes visto. Tropezó con éste muy escandalosamente, viéndose de inmediato multiplicada en tantas pequeñas sombritas como agujerillos tiene el

ventilado artilugio culinario; el desconcierto de la sombra, ahora asombrada, era total. Verse dispersa en centenares de manchas polimorfas. Sentirse esparcida sobre la fría e inmaculada superficie de ese mármol. Y comprobar las miradas cuasi satisfechas y con marcadas sonrisas socarronas de aquellos objetos, a los cuales ella había turbado, no era una situación precisamente alentadora.

Sin embargo, no todo estaba perdido. Porque el bueno del colador tenía preparado un trato ciertamente ventajoso para las cosas y objetos burlados y, también, saludable para la sombra asombrada.

El colador pidió atención a los cientos de motitas negruzcas, y expuso el preconcebido compromiso.

La sombra asombrada debía ser más prudente con sus travesuras y, sobre todo, tendría que evitar molestias a las cosas y objetos añosos y ya cansados. A cambio, el buenazo del colador dejaría pasar nuevamente a todos y cada uno de los dispersos y ridículos fragmentos negros, permitiendo de esa manera que la sombra asombrada recupere su estado original.

Y así fue. Poco a poco, con orden y cierta timidez, se fueron colando en sentido inverso las manchitas.

Ahora, la sombra asombrada es un poco menos traviesa. Pero sigue con sus disparatadas ideas que, al fin y al cabo, nos hacen sonreír.
JB

23. Una bruja distraída

Esta bruja es muy pequeñita. Tanto que, cuando olvida donde está su cama, puede dormir cómodamente dentro de un dedal. Siempre lleva su elegante sombrero negro de larga punta y rematado con una gran hebilla dorada, sus botines regordetes y con tacón, y la capa gruesa y brillante con la que se impulsa los días en que el viento sopla débil.

Bajo su remendado capote esconde un diminuto bolsito de piel, donde guarda sus fórmulas preferidas junto a las pócimas y polvos más secretos. Ella es un auténtico duende lleno de magia. Va y viene de aquí para allá con indescriptible rapidez y destreza sin igual.

Y, aunque ella es tan menuda, los tiempos y los espacios no cuentan, no existen para la bruja distraída. Esto es parte de su embrujo tan particular. Puede volar en un instante desde un extremo del mundo al otro, siempre que tenga su escoba maravillosa.

Sin embargo, no siempre recuerda dónde ha dejado esta singular escobilla. Esto podría representar un grave problema, aunque no lo es para esta brujita tan despistada. Porque cuando olvida el lugar en el que ha dejado aparcada su escoba, abre los ojos muy grandes y los cierra tres veces seguidas. Y así, convierte ciertos objetos en improvisada escoba.

Un día, se montó encima de un bastón, y de esta forma pudo llegar a tiempo para poder hacer su obra de bien diaria. Otro día, dejó a un apasionado pintor sin su pincel, y salió volando para el lugar de la acción. En realidad, rara vez se la puede ver sobre su escoba, pero ello no es importante para la bruja distraída.

Cuando subió a la flecha que había lanzado un deportista, experimentó las más raras sensaciones de vértigo y de mareo al mismo tiempo.

Y fue fantástica aquella noche que cabalgaba sobre una farola, cuya luz generosa iluminaba el tortuoso camino.

Una tarde, cual más diestro jinete, montó sobre unos lápices de colores y pintó un gigantesco, brillante y completo arco iris. Esa misma tarde subió a una larga regla, y con ésta se entretuvo muchas horas calculándolo todo a su paso. Midió la nariz del alcalde, la palabra con más letras, el pino más alto y el más extenso prado. Pero su mejor hazaña de olvido y de distracción fue aquel cálido atardecer. Aún no sabía dónde había quedado su escoba. Por ello decidió sentarse cómodamente sobre un impetuoso y fornido telescopio. No imaginan los días y días que pasó contemplando el Sol, la luna, las estrellas y los hermosos planetas.

Así, mirando y mirando miles de cosas y situaciones, giró unos milímetros el gran telescopio y, ¡oh sorpresa! Allí estaba, sola, triste y llorosa, despeinada y confundida entre sucias y destartaladas cajas de cartón, la escoba de la bruja distraída. Voló impulsada por la agitación de su capa. Los cabellos al viento y el sombrero semicolgado en el cuello, daban a la bruja distraída una imagen nada favorable. Ahora ha preparado unas palabras mágicas que, después de decirlas sólo una vez, ya no se separará jamás de su querida escoba.

Y dice así la fórmula: Escoba, escobita, ven a mi lado con esta brujita, que te ha hechizado todita. JB

24. Una lupa diferente

Redonda, de tamaño medio y muy potente. Trabajadora y formal, aunque un tanto presumida. Este lustroso cristal de aumento, estaba firmemente unido a una manecilla de ébano tallada. Entre la pieza de aumento y el delicado mango se interponía, con gracia sin igual, un anillo dorado con una inscripción en latín: Non plus ultra.

No era misteriosa. No. Era, simplemente, una lupa distinta. Sus destellos llamaban la atención. Ese brillo deslumbrante de las caras, pues ambas resplandecían más que en cualquier otro artilugio similar.

No había elemento óptico ni lente convergente, cóncava, cilíndrica, bifocal, magnética o cromática, que pudiera competir con el característico fulgor destellante de la lupa. He ahí, seguramente, la razón última de su actitud vanidosa y, a veces, hasta petulante.

Sin embargo, su particular aspecto se oponía al espíritu tan, tan especial que envolvía cada paso de la lupa diferente. Ella podía volver único y emotivo cualquier momento.

Pero, entonces, ¿dónde estaba la causa de su distinguida y noble diferencia? ¿Servía tal vez de telescopio, monóculo o telémetro? Acaso su labor quedaba sentenciada a comprobar dientes de viejos sellos postales, alguna carretera perdida en un desconocido mapa o, quizás, una fecha casi ilegible desvanecida por el paso del tiempo. Pues, no. No está allí su originalidad.

Además de aumentar el tamaño de las figuras, cada vez que se colocaba sobre cualquier objeto, éste cobraba vida y los destellos de luz que irradiaba su cristal, favorecían instantáneamente los movimientos de las cosas.

Despertaba las figuras de sus sueños eternos, y de este modo nada permanecía estático, holgazán o perezoso.

Una tarde de verano, la lupa diferente se posó sobre unos dibujos que ilustraban una gran cesta de cerezas. Luego, se introdujo dentro de una enciclopedia, se reclinó sobre un pimpollo de rosa, y ésta abrió lentamente sus hermosos y virginales pétalos.

Estaba entusiasmada. Se apoyó sobre un hermoso paisaje de montañas con cumbres nevadas, preciosas coníferas, ardillas, renos y un caudaloso arroyuelo.

¡Qué fatalidad! El panorama íntegro ocupó la habitación. Las ardillitas correteaban, los renos escarbaban en la hierba, las cimas de las montañas comenzaban a derretirse, y el arroyo inundaba todo a su paso.

Desesperada y abatida, rápidamente intentó girarse hacia el otro lado. Mojada y con frío, comenzaba a marearse. Pero, en ese instante, el hambriento reno que removía la tierra, le dio una gran lengüetada. La lupa rodando sobre sí logró quedar en la posición que necesitaba para restablecer el orden.

Y así, pudo salvar la grave situación. Pues mientras uno de sus lados daba ánimo y aumentaba el tamaño original de los objetos, el otro, tenía el don de volverlas al estado en que se encontraban. JZ

25. Una botella transparente

Estaba allí, entre cientos de recipientes de variadísimas formas, tamaños y colores. Podía mirar todo a su alrededor. Los envases de leche recién ordeñada, los rechonchos frascos de miel, los botes de cerámica colmados de mermeladas caseras, las vasijas de compota de ciruelas...

Melancólica y taciturna no podía comprender por qué ella era tan, tan transparente. No tenía asa. Ni siquiera una etiqueta mal pegada traducía el origen de su contenido. Como tampoco un corcho coronaba su largo cuello. Algunos de los botellines que estaban a su lado olían a fragantes esencias.

Era natural. Sus acristalados y hermosos cuerpos custodiaban los más selectos licores. Algunos recipientes, no menos elegantes, contenían líquidos que sólo se servían en distinguidas copas de fino cristal. En tanto que otros, de gruesas y oscuras paredes, según lo garantizaban sus coloridas bandas de calidad y origen, guardaban esencias de vinos espumosos, aromáticos, claretes y tintos de gran reserva. Estos últimos solamente se servían en determinados banquetes o en celebraciones especiales.

Pero, el líquido que contenía la botella transparente, no olía, no sabía, ni tenía coloración alguna que pudiera descifrar su duda. Sólo permanecía allí, intrigada y un tanto molesta por desconocer su procedencia. Si, al menos, pudiera descubrir su estirpe. Quizás sus antepasados fueron importantes botellas de alcurnia y abolengo. ¡Cuánta incertidumbre! ¡Qué dura encrucijada!

Por eso, decidida a averiguar algo acerca de su cuna, una madrugada bajó con enorme sigilo y cuidado.

Aprovechó mientras todos los demás recipientes, latas, vasijas, jarros, y hasta la anciana alcuza dormían tranquilamente. Miraba inquieta hacia todos lados y, aunque iba en puntillas, en su audaz travesía rozó sin querer al caldero y casi lo despierta. Pero siguió adelante. En eso, tropezó con unas baldosas levantadas y provocó un escandaloso ruido. Al instante se acercó el viejo candil, que desde hace años es el cancerbero nocturno de la cocina. Ambos estaban embriagados de asombro. Pero fue el buen centinela quien hizo la primera interrogación. ¿Qué hacía a esas altas horas de la madrugada? Tras la respuesta, se sucedieron muchas preguntas, muchas, muchísimas más por parte de la botella transparente.

El guardián de las noches, que todo lo sabía, comprobó lo angustiada que estaba la botella transparente. Y entonces, comenzó a relatarle la maravillosa historia de sus antepasados. En realidad, nada había de malo. Absolutamente nada. La situación era de lo más simple. Y así se lo hizo saber a la preocupada botella transparente.

Ella pertenece a una de las más importantes castas de recipientes. Su linaje se remonta a muchísimos siglos atrás. Jamás podría tener color ni otras características propias de los demás líquidos.

La botella transparente era una humilde servidora, tan útil e imprescindible como ningún otro recipiente. Era, sencillamente, una botella de agua. JB

26. Un cojín resignado

Fue depositado con gran suavidad sobre un hermoso diván, prolijamente tapizado en sedosa pana de color granate. Su forma rectangular acababa en discretos y blanquísimos encajes, que se desplomaban frágiles por todo el perímetro. En la cara anterior del almohadón de organdí lucían enlazados, en disimulada intimidad, un par de barrocos lazos que alguien había bordado con esmero y dedicación. Bajo éstos, una pareja de duendecillos sostenía un candil, cuya espigada llama parecía iluminar toda la sala de lectura.

Destacaba, sobre todo, su blanco inmaculado. Siendo más especial, aún, la mullida sensación al apoyarse sobre la aglomeración de miles de plumitas en su interior. Podía atraer la atención del más despistado caballero. Hasta los pequeños se acercaban tímidamente a contemplarlo, rozándolo apenas a modo de caricia con sus tiernos dedos infantiles.

Su trabajo se volvía un sueño, cuando alguna doncella se acercaba a la biblioteca con la intención de leer un rato. Las faldas que envolvían esos frágiles cuerpos, en pliegues superpuestos de terciopelo y raso, daban al cojín resignado la mayor retribución de la jornada.

Pero, el cojín resignado tenía, inevitablemente, un pavor desmedido en algunas ocasiones. En particular cuando se acercaban las corpulencias de prominentes barrigas y traseros descomunales, sosteniendo entre sus rugosas manos unos pesados libros cuyo contenido volvería la lectura interminable.

Cuando esto sucedía, el cojín resignado soportaba estoicamente la faena. La butaca, confidente inseparable del cojín resignado, siempre

lo socorría pudiéndose volver, en estas situaciones, molesta e incómoda. Aquella mañana, al abrirse la puerta principal, una enorme sombra se desparramó sobre gran parte de la repisa que albergaba los incunables. Esos pasos que se acercaban, graves y firmes, hacían crujir lastimosamente al suelo entarimado. ¡Horror y espanto! El cojín resignado se encogió, replegando al extremo la totalidad del plumón. Pero fue inútil.

Toda esa humanidad se desplomó sobre él sin miramiento o consideración alguna. Y aún podía esperar otra tortura mayor que complicaría la situación: esa bola de grasa tenía todo el aspecto de quedarse dormida apenas leer las primeras páginas.

Afortunadamente no fue así. Porque, al instante, el voluminoso y rollizo lector, decidió ir en busca de unos manuscritos. Estos estaban archivados junto a la colección de códices en la sala lindante. Incrédulo, el cojín resignado vio alejarse tras la robusta figura, la sombra que le acompañaba. ¡Cuánto alivio sintió el resignado cojín! De inmediato se sacudió con energía, devolviendo a su interior el aire necesario para las comprimidas plumitas.

Desde entonces, cada vez que entra una silueta robusta, espera deseoso que se interese por alguna bula o pergamino que se encuentra en el bargueño de la sala contigua. JZ

27. Una pipa sin humo

Reposaba tranquila y apacible sobre la superficie afelpada del portapipas. Su forma barroca se asemejaba a la de un signo de pregunta detenido en el tiempo. Sobre espuma de mar estaba tallada la cabeza de un sonriente bucanero quien, a su vez, sostenía airoso una diminuta cachimba. Hasta podía verse en el fornido rostro del filibustero, cómo el paso de los años había tejido en él irregulares y odiosas arrugas.

Notablemente envejecida por el paso del tiempo, podía advertirse mayor desgaste en la boquilla donde destacaban, sin vergüenza alguna, los aislados mordisqueos de su excitado dueño.

Durante muchos, muchísimos años llevó en su interior finas mezclas de tabaco dulce importado. Humeaba que era una auténtica maravilla. Porque esta pipa, sólo ésta, formaba al lanzar la particular humareda, preciosas figuras angelicales que parecían esculpidas en el aire. Mientras, el corsario grabado hacía lo propio con la diminuta suya.

Una noche, la luna llena derrochaba su nácar esparciéndolo sobre toda la amplitud de la habitación. Sus rayos de plata llegaban directos a la pipa sin humo. Esta, envuelta en los recuerdos de épocas pasadas, comenzó a experimentar las sensaciones más dulces y encantadoras.

La añoranza se agolpaba en su memoria. Aquellas irrepetibles reuniones, las eternas horas durante las partidas de naipes, y los humos de puros y pipas entremezclados en ingenua promiscuidad, la hacían flotar. Embelesada totalmente, inició una serie de bailes sin hacer pausa alguna.

En su improvisada pista sorteó con destreza amontonadas colillas, gruesos habanos, esqueléticos cigarrillos, y todo tipo de encendedores y variados ceniceros. El semblante del aventurero tallado comenzó a desfigurarse con tanta algarabía.

En aquel instante, al ocultarse la luna tras las frondosas copas de los árboles del jardín, finalizó el momentáneo hechizo de la pipa sin humo.

En ese preciso momento miró y buscó, casi desesperada, la imagen de su compañero de siempre. Y no estaba. No. No podía creer que la cara había desaparecido. Eso no podía suceder. Pero así era. Sorprendida, confusa y cabizbaja se dirigió a ocupar su sitio.

Al amanecer, nuevamente volvió a revisar su receptáculo. ¡Y nada! Pero insistió en la búsqueda y comprobó que, con semejante alboroto, la cara del bucanero se había virado hacia el lado opuesto. ¡Vaya susto! La pipa sin humo no pudo más que sonreír ante el rostro, un tanto revuelto, del pícaro compañero. Lo tomó de la prominente nariz y, tras un giro completo, lo retornó al frente. La pipa sin humo ya no humea. Y no humea porque, desde hace unos meses, la pipa se ha jubilado.

Por eso, la pipa ya no despide esas artísticas humaredas, y se ha convertido, entonces, en una pipa sin humo. JB

28. La cebra que extravió sus rayas

Una pirueta por aquí, un brinco por allí. La cebra no paraba de bailar como un trompo enloquecido. Salta un charco de agua, da vueltas a una maciza roca, y se para sobre sus patas delanteras haciendo gala de su dominio muscular. Va y viene silbando rítmicas y contagiosas melodías cuando, de repente, ¡zás!, ¡cataplum! y ¡paf!

Menudo fue el tropezón al chocar con una piedra, que por distraída no vio a tiempo. Y vaya desconcierto cuando miró su cuerpo que estaba desnudo y sin una raya negra. Las rayas habían salido despedidas luego del inesperado traspié, quedando dispersas por uno y por otro sitio. Hasta una de ellas se estrelló contra el añejo cactus desprendiendo algunas de sus vetustas espinas. Las demás yacían esparcidas en el otro margen del río que, afortunadamente, no venía tan caudaloso y gruñón como el mes pasado.

La cebra intentaba recuperarse de semejante caída. Especialmente, de la bochornosa situación en la que se encontraba, extraña consigo misma y forastera para con los demás. Sin sus negras rayas no era la misma, por eso necesitaba urgentemente reunirse con ellas.

Bajo la generosa sombra de un robusto sauce llorón, pensaba y pensaba. Cuanto más pasaba el tiempo más se desesperaba, y menos podía encontrar la solución a su problema. Las rayas, por su parte, ensayaban una y otra manera de llegar a su cebra, la que se encontraba desprotegida y hasta un poco ridícula sin la alegre distinción de las ilustres rayas negras. Pasó la noche.

La cebra pidió un consejo a las brillantes estrellas. La luna, preocupada, convocó una asamblea con todos los astros del firmamento y, finalmente, encontraron la solución para la cebra.

Todas las luminosas estrellas, también las pequeñitas, bajaron desde el cielo deslizándose por el haz de la luna, como si de un tobogán de seda plateada se tratara. Ya en tierra, formaron un compacto y precioso puente tejido entre ellas tomadas de la mano bordando, al mismo tiempo, un par de ingenuos angelitos en ambos costados de la brillante plataforma. Entonces, las rayas fueron pasando empujadas por una fuerza extraña y agradable a la vez.

Entre tanto, el embrujo de la noche con sus murmuraciones y sombras dejó caer el peso implacable de la refulgente luz de la luna. Esta resplandecía plena como un disco de plata suspendido en el cielo que, por momentos, desploma su silueta de hechizo sobre las erguidas copas de los centenarios abetos. De una en una, muy suavemente, cada raya fue ocupando su lugar. La cebra, casi dormida, sintió cosquillas por todo su cuerpo, y especiales caricias desde el hocico al rabo.

Desde entonces, cada noche la cebra regala a la luna y a las estrellitas su mejor sonrisa. Tan agradecida, baila un romántico vals para ellas quienes, asomadas desde el balcón del firmamento, admiran entretenidas a la inquieta cebra. JB

29. El pincel soñador

Los delirios de este singular pincel escapan a la más frondosa imaginación. Su alargado cuerpo se estrechaba en la parte superior, y las suaves y finas cerdas se agolpaban dejando al descubierto parte de su bohemio rostro.

Estas hebras eran su mayor preocupación, en especial cuando entre ellas quedaba algún impertinente resto de acuarela o de témpera.

Cuando descubría en su particular cabellera una pizca de óleo, esmalte o barniz, se descontrolaba, volviéndose furioso y hasta temible. Los lienzos y bastidores pasaban un miedo espantoso, pero poco podían hacer para esconderse en el atelier.

Sin embargo, los actos de furia eran fugaces, y jamás se enfadaba con los cientos de tubos de pinturas, rollizas brochas, paletas, esfuminos, carboncillos o espátulas. El bote de aguarrás, aunque no se acostumbraba a las protestas y gruñidos del espigado artilugio, estaba resignado a soportar sus remojones y sacudidas. No cesaba de chapotear y fregar hasta que veía sus pelos impecables y brillantes.

El misterioso secreto de tanta limpieza, estaba en que con una mínima partícula de pigmento, ya no podría soñar. Una vez higienizado regresaba, un tanto cansado pero tranquilo, al amparo de su querido pincelero. Soñaba, ¡sí! Soñaba despierto, dormido, descansando. Siempre soñaba y con frecuencia se distraía por tejer sus interminables sueños, y pintaba aquello que no debía, o manchaba el óleo recién terminado. Pero el pincel soñador era así: un soñador incorregible.

Una mañana, muy, muy temprano, llevaba en el rostro el reflejo del desvelo. Había pasado toda la noche despierto.

Sus grandes membranas oculares caían pesadamente cubriendo más de la mitad de sus ojos. Las pestañas se volvieron espesas, y casi no podían ser sostenidas por los esclavizados párpados presos del terrible sueño. Había soñado despierto durante las largas horas de aquella cerrada noche. Y ese desvelo había dado los frutos esperados por el pincel soñador.

En adelante se ocuparía de guiar la mano del artista hacia los matices más resplandecientes de la placa multicolor. Orientaría los trazos, previamente elegidos por el virtuoso del temple, hacia rasgos sonrientes, líneas suaves y gestos amables.

De este modo, el pincel soñador, se convirtió en anónimo talento de la pincelada. Fue, desde entonces, el silencioso creador de preciosas acuarelas y óleos, que cambiaban penumbra por claridad, tristeza por dicha, maldad por bondad.

Por eso, todos los lienzos que reflejan armonía, sosiego y paz llevan intrínseco el espíritu y rúbrica del pincel soñador. JB

30. Una tiza rebelde

Este singular trozo de caliza casi blanca y con forma cilíndrica, aunque aparentemente serena y tranquila, podía ser en extremo indisciplinada y desobediente. Incorregible y obstinada, si se lo proponía, perturbaba las horas de merecido descanso del pizarrón, llenándolo de lunares o de miles de rayas horizontales y verticales. Otras veces, se pasaba horas haciendo sumas y restas, o escribiendo el abecedario en todos los tipos de letras.

Parecía mentira que tan sólo unos centímetros de arcilla blanca, tuvieran tanta energía acumulada en su interior. Y lo peor era que poseía el don de nunca acabarse. Por ello, por más que se utilizara una y otra vez, siempre, siempre conservaba su esbelta y alargada figura.

El borrador, con quien mantenía discretas relaciones diplomáticas, en varias ocasiones intentó deshacerse de la escayola sediciosa. Pero nunca tuvo éxito. Lo mismo sucedió al puntero, a quien terminó por agotar.

Una tarde de verano, el Sol había hecho del pequeño recinto un auténtico invernadero. La tiza rebelde transpiraba absorbiendo al instante las gotas de sudor. Pero tenía sed. Mucha, muchísima sed.

Miró detenidamente a su alrededor y vio un vaso con agua. ¡Qué suerte!, se repitió una y otra vez. Soy afortunada, pensaba. De un brinco llegó directamente al interior del cubículo de cristal. Chapoteó y bebió con exageración todo el contenido del recipiente. Mientras, el compás, la regla, el mapamundi, los tinteros y pupitres, observaban la absurda codicia y glotonería de la tiza rebelde. ¡Y se produjo! Naturalmente, tuvo que suceder. A los pocos minutos, y ante la

sorpresa de todos, comenzó a diluirse, convirtiéndose en un miserable centímetro cúbico de tiza disuelta.

Las miradas de sus paisanos reflejaban confusión y asombro, y también un poco de piedad y clemencia hacia la otrora tiza rebelde.

En realidad, pensaron todos, es una verdadera lástima que la tiza rebelde haya terminado sus días de este modo tan extraño. Además, esta escuela es para pobres, y ella ayudaba con su singular virtud de permanecer inalterable en el tiempo.

Entonces, un profundo sentimiento de indulgencia y cariño hizo enternecer al grupo. Juntos unieron sus fuerzas y amasaron esa mezcla de agua y yeso, dando forma espigada a la tiza rebelde. Una vez recuperada, besó dulcemente a cada uno agradeciendo el enorme gesto de bondad. Ahora, la tiza rebelde rueda por el aula puliendo su áspero cuerpo, recuperando dinamismo y coraje.

Aunque reconoció su testarudez y turbulencia, dijo a todos que ella necesitaba, de vez en vez, agitar su cuerpo para reactivar sus bríos y poder continuar siendo útil, a pesar de ser una tiza rebelde. JB

31. Una bodega con ritmo

El sótano, cuyo techo estaba abovedado y cubierto por ladrillos distribuidos en perfectas filas, era el lugar más sombrío y fresco de la vieja casona. Esas paredes custodiaban, desde hace cientos y cientos de años, miles de espigadas botellas, botellitas y regordetes toneles.

Desde las diminutas ventanas se podía contemplar la silueta de algunos árboles que destacaban sobre el azul cielo. Estas aberturas, de irregular perímetro, permitían que los rayos del Sol iluminaran, aunque escasamente, la etílica cueva.

Bajo los barriles vivían los más simpáticos y alegres moradores de la bodega con ritmo, los ratones. Estos, siempre divertidos y de buen humor, eran los encargados de organizar el calendario festivo de cada año. El coro estable del bodegón estaba integrado por mil novecientos ochenta y tres encantadores grillos, todos vestidos con elegantes frac. En ocasiones cantaba la rana, soprano de reconocido prestigio, y la acompañaba el sapo, tenor contratado de la bodega.

La celebración del "Día del Racimo" estaba en pleno apogeo. Las lauchas ensayaban el número del zapateo americano, mientras los tapones de corcho deleitaban con la rumba del orujo. Actuación seguida, las damajuanas bailaban desenfrenadas el mambo de la viña y, entre tanto, los vasos y las copas murmuraban sin parar y estiraban su cuello intentando ver todo a la vez. Calor, color y mucho movimiento en la bodega con ritmo.

Hasta las arañas, que no solían asistir a estos eventos, se habían calzado sus cuatro pares de brillantes zapatos de tacón y lucían el más distinguido porte para la fiesta.

En ese momento, la cuba más rechoncha y voluminosa lanzó una estruendosa carcajada. Las maderas comenzaron a crujir. Cedieron las cintas de hierro que hasta hace un segundo la ceñían. De inmediato se desparramó todo su contenido. La bodega quedó cubierta por una olorosa lámina de exquisito vino afrutado.

El ambiente se volvió caótico y desordenado. Mezcla, revoltijo y confusión provocaron una borrachera general. Los corchos se tambaleaban sobre la tarima. Soprano y tenor desafinaban de tal forma que ofendieron a corcheas y semifusas quienes, en un instante de lucidez, lograron huir despavoridas.

En esa auténtica maraña de perturbación y enredo apareció el duende de la uva, dispuesto a irradiar armonía y disciplina a la bodega con ritmo. Hizo chascar cinco veces sus dedos de la mano derecha, mientras pronunciaba las palabras mágicas para el orden: bodega, bodeguita, en un suspiro estarás arregladita.

Casi sin darse cuenta, bodega, grillos, lauchas y ratones, rana y sapo, y el tonel barrigón recuperaron su aspecto.

Entonces, la bodega con ritmo pudo seguir celebrando sus fiestas anuales. Porque el duende de la uva está siempre alerta, cuidando y vigilando todos los sótanos, tascas, tabernas y fondas. JZ

32. Un fantasma divertido

No podía estar quieto. Paseaba su característica e inmaculada blancura por todo sitio. Sin duda este era el espíritu más pícaro y errante, entre tantos y tantos otros que vivían en el viejo y un poco destartalado castillo. Indudablemente, todos hacían sus aventuras nocturnas. Pero éste, éste salía a todas horas para poder hacer sus travesuras y gozar de la enorme satisfacción de divertirse y sonreír.

Carecía de forma, y sólo de noche se podía adivinar una difusa silueta. Eso sí, llevaba siempre, siempre, un ridículo y estrafalario capirote de lienzo color púrpura, que por nada se separaba de él. Este espectro tenía mucho frío en la cabeza, por eso necesitaba cubrirla permanentemente. Si se resfriaba, los estornudos eran aparatosos y desmesurados.

Durante las horas de luz natural, enmascaraba su tenue figura tras cualquier tipo de objeto o ser animado. Todo le atraía. Todo era válido para objetivo directo de sus pillerías. Podía hacer que su espíritu andarín se transformara en un arcón, en un reloj de péndulo o en un elegante tapete bordado.

Aquella vez, al amanecer, paseaba con cierto aire bohemio por los jardines de la vetusta fortaleza. Correteaba aparatosamente entre las filas de diferentes blanquecinas estatuas. Y en ese momento, se introdujo en uno de estos esculturales cuerpos. Para asombro y escándalo de las demás tallas, ésta se movía con tal desparpajo, que incitaba a la maliciosa murmuración pétrea.

En otra oportunidad, decidió visitar todas las pinacotecas de la región. Quedó extenuado con tanto trajín. Se durmió dentro del lienzo que representa una escena doméstica de principios del siglo V.

Cuando despertó, regresó a su castillo, pero lo hizo dentro del cuerpo de la doncella que, hasta hacía un instante, estaba en el óleo. Naturalmente, debió retornar a esa sala de arte y restituir la imagen de la damisela.

El día que el espantajo se introdujo en un diván. ¡Había que ver la escena! La presumida butaca se paseaba por las largas galerías donde apenas entraba la luz del Sol. ¡Y la tarde de la armadura!, fue especial para todos.

El simpático arnés tenía oxidadas algunas piezas de la borgoñota, y enmohecidas las de la cuja y el escarpe. Por ello, cuando el fantasma divertido tomó posesión de la coraza lo hizo por el yelmo, y comenzó a caminar. ¡Qué ruidos! A cada paso le seguía un estridente alboroto, y producía temibles vibraciones al apoyar su gran peso sobre las debilitadas maderas del suelo. Esta entretenida, aunque latosa aventura, no duró mucho tiempo.

Así pasaba sus eternos días y noches el fantasma divertido, compartiendo con alegría sus andanzas y travesuras. Ahora duerme. Pero mañana ya descansado, con toda seguridad, saldrá nuevamente. JB

33. Un paraguas hechizado

¡Qué pintas dibujadas! ¡Qué gran variedad de colores perfectamente combinados! Cientos de manchas multicolores se esparcían con gracia sobre su amplia superficie.

Las estilizadas varillas, dispuestas simétricamente, daban la forma perfecta al paraguas hechizado. El puño remataba en distinguido firulete tallado en madera oscura. Todo en conjunto hacía el más cómodo y apropiado cobijo para los chispeantes días de fina y persistente llovizna.

Este resguardo pluvial no siempre permanecía tan recatado y retraído. Guardaba en su interior las más disparatadas intenciones. En una oportunidad, perverso y hasta descarado, hizo desaparecer todas y cada una de las coloridas sombras, logrando con su impertinente acción que se filtraran las gotas de lluvia.

Otro día, en el cual la lluvia arreciaba sin compasión, no tuvo mejor idea que diluir los pigmentos entre sí. Esto provocó una particular policromía que, al mirarlo, causaba cierto desbarajuste y mareo. Él no tenía capacidad para limitar sus arrebatos, como tampoco para la vergüenza y el desaliento.

Una mañana las nubes amenazaban descargar su pesado líquido, y el paraguas hechizado ya estaba en la puerta dispuesto a salir. Naturalmente se desplomó un aguacero que casi no dejaba ver. Este momento fue hábil y decididamente aprovechado por el paraguas hechizado.

En esta oportunidad se sacudió con fuerza unas cuantas veces, y todas sus hermosas pintas escaparon, posándose sobre otros paraguas, impermeables y sombreros.

Y, aunque por momentos se presentaba correcto y serio, no siempre podía resistir al zapateo cuando escuchaba música con ritmo.

Puede decirse que, en aquellos momentos de auténticos ataques musicales, se transformaba completamente.

Danzaba y daba vueltas sin apenas parar. Así fue. Todo el recinto temblaba mientras se deslizaba y sacudía su varillaje, abriendo y cerrando el agitado toldo al compás de las notas. Se meneaba de un modo tan extravagante, que bien se podía comprender la magnitud del embrujo del paraguas hechizado.

Hizo una minúscula pausa, tomó aliento y, extraordinariamente concentrado en sus últimas piruetas, tropezó con el incrédulo paragüero estrellándose bruscamente frente al espejo que, asombrado, contemplaba la escena y expresaba con claros gestos su profunda resignación.

Las atemorizadas pintas se aferraron enérgicamente a la tela que sostenía el armazón, y el mango, aunque tembloroso, mantenía estoicamente su posición. Fue tal el inesperado porrazo del paraguas hechizado, que desde aquél día, su embrujo pasó al olvido.

Desde entonces su conducta es intachable y modélica, y hasta ejemplo para otros pícaros paraguas. Ahora, queda en el paraguas hechizado el misterioso secreto de saber lo enigmático que fue un día. JB

34. Un sombrero ofendido

Fue depositado como todos los días con el mismo tradicional y cansino gesto que declaraba cierta monotonía y rutina. Allí permanecía semicolgado en el polvoriento perchero arrinconado junto al distinguido bargueño.

El colgador de madera noble, sin ser paragüero sostenía, gentilmente y con algo de resignación, desgastados abrigos y remendados paraguas en los que el paso del tiempo había ultrajado sus brillantes colores. Balbuceaba entrecortadas palabras de buenas noches, y se dormía casi de inmediato hasta la mañana siguiente.

Solía soñar quién sabe qué cosas, siempre con desplegados y aparatosos gestos que hacían terminar en explosivas carcajadas al simpático bastón de caña retorcida. Su aspecto prácticamente vulgar, jamás hubiera vaticinado aquel atroz incidente. Negro, no del todo esbelto, y poco lustroso a causa de sus tareas. Despedía cierto olor poco agradable para algunos refinados apéndices nasales. Por momentos un tanto imprudente y desmemoriado, pero bien dispuesto y fiel como ninguna otra galera.

Aquella mañana, el frío penetraba por cuanta grieta podía. La bufanda gris ya había salido. También la gabardina que tenía zurcido un bolsillo y le faltaba un botón. El oscuro bonete esperaba su turno. Pronto asomaría su achaparrada ala partiendo, una vez más, sobre la cabeza de su destinatario. Pero, ¡zás!, una mano elegantemente enguantada en delicado tejido de raso blanco, tomó la semi despierta galera. Se la calzó con firmeza, y partió. ¡Qué fatalidad! ¡Cuánta ligereza e imprudencia por parte de ese caballero! Y ahora, ¿qué hacer? ¿Cómo regresar?

Para colmo de males del acomplejado y ofendido capirote, esa penetrante fragancia a jazmín que provenía del ojal, estaba a punto de provocar un seguro desmayo, pues no estaba acostumbrado a ambientes tan blancos y refinados. Tal situación produjo un irresistible deseo de estornudar.

Y así lo hizo, una y otra vez. ¡Cof-cof! Tiznando generosamente la inmaculada pechera que lucía, hasta hace apenas un momento, tan garbosa y gallarda. ¡Vaya desastre! ¡Cuánta torpeza y negligencia! Manchas aceitosas se debatían entre los orgullosos pliegues de la camisa.

Entonces, al ver el atuendo bajo una capa de pegajoso y arrogante polvillo, que al intentar quitarlo manchaba aún más, no había otra solución que regresar en busca de la correspondiente galera. Como es natural, la felicidad invadió a la aturdida chistera. De este modo pudo encontrarse con su querido deshollinador.

Una vez juntos, y entre escobillas tiznadas y perezosos atizadores, disfrutaron nuevamente al desatascar ruinosas chimeneas, que apenas si podían respirar con tanto hollín acumulado en sus alargadas gargantas. JB

35. Un trovador inquieto

Este garboso juglar permanecía estático la mayor parte de sus días, sin embargo, solía escapar por las noches de la fotografía que lo tenía prisionero, para disfrutar cantando románticas serenatas a las doncellas de la villa.

Cada vez que el apuesto trovador huía de su habitual residencia, dejaba su silueta perfectamente dibujada en la foto. Al regresar de sus noches de ronda, se sentía plenamente satisfecho y volvía a ocupar su sitio, completando aquella dibujada silueta que había dejado por un momento.

Así el inquieto trovador pasaba sus años desde hace siglos. Incansable y dinámico. Jamás se le vio, pero sí se escuchaba como su melodiosa voz enlazaba con arte sin igual versos alejandrinos junto a las más galantes palabras. En ocasiones, hasta la luna volvía su inocente mirada, envolviendo al apuesto trovador con su manto de plata en un intento fugaz de cándido y recatado cortejo. La presencia del inspirado trovador garantizaba momentos de ensueño inolvidables.

Pero sucedió una vez, después de muchísimas emocionantes veladas que, al regresar de sus acostumbrados corrillos, su silueta ya estaba ocupada. Lo primero que pensó era que se había equivocado de foto. Por ello abrió bien los ojos y constató que era su fotografía. Naturalmente, desconcierto y turbación invadieron al instante al asombrado trovador. Y ahora, ¿qué haría?, ¿cómo pasaría el resto de la eternidad?, ¿dónde podría vivir?

Esa foto ha sido su morada desde hace cientos de años, y se encontraba invadida por un extraño.

Turbado y sin consuelo decidió esperar, posando su confundida cabeza sobre el viejo sello de lacre el que, con cierto disimulo, lo miraba con ternura y comprensión.

Al rato, no pudiendo aguardar más tiempo, resolvió interrogar al forastero usurpador. Este, un tanto avergonzado y hasta lloroso, le dijo que a él la pasada madrugada le pasó lo mismo, no pudiendo ya regresar a su foto. Por ello, al comprobar que en otra fotografía había salido su morador, no encontró mejor solución para su desconsuelo que ocuparla.

Pero el problema no se resolvía tras la lastimosa explicación del nuevo ocupante. Porque el trovador inquieto había perdido su centenaria morada. Tampoco era razonable ir por interminables pasillos y galerías, en agotadoras búsquedas de fotografías que pudieran tener huido a su juglar.

Se sentía ingratamente desplazado de su querido aposento. Ese era su refugio, su techo, su cobijo. Por tanto ambos juglares debían llegar a algún tipo de acuerdo. Puesto que ambos solían salir de ronda a divertirse y galantear a jovencitas de todas las épocas, decidieron compartir la antigua fotografía.

Por eso, desde aquella jornada, en el fotograma se pueden ver, siempre sonrientes y jubilosos, dos apuestos trovadores que las noches de serenata ocupan alternativamente la misma silueta. JB

36. Unos libros bulliciosos

¡Vaya alboroto! Ese atardecer todos estaban escandalosamente ruidosos. Los personajes de estos libros son muy, muy especiales. Son tan singulares que, por lo general, salen casi todas las noches estrelladas para divertirse.

También se visitan entre los protagonistas de las distintas aventuras. Y hay que verlos bailar arcaicos ritmos, conversar sobre los más variados temas, y lucir sus atuendos típicos.

Cada vez que se reúnen, una fiesta multicolor invade toda la generosa amplitud de la sala de lectura: reyes y reinas, príncipes y princesas, sultanes, califas y maharajás, zares y zarinas, emperadores y emperatrices, jefes y representantes de los más puros linajes, se congregaban armoniosamente con el fin de disfrutar de las veladas.

Un día, celebraron una original fiesta de máscaras. Todos asistieron engalanados para la ocasión. Los ratoncillos salieron de sus cuevas, los grillos cantaban sin parar, y las ranas croaban rítmicamente, mientras un viejo escarabajo zapateaba sobre la tapa de un mechero. Los lustrosos candelabros engalanaban la verbena, entre tanto las abejitas repartían su dulce néctar a los congregados. Aquel atardecer, un extraño y seco golpe paralizó por un instante el festín. Con tanto movimiento había caído al suelo la pipa, provocando un desacostumbrado estampido.

Luego del pequeño susto, cada protagonista, regresó a su respectivo capítulo. Pero, al volver, el botín de un duende del siglo VIII quedó fuera. Era preciso recuperarlo cuanto antes. ¿Pero cómo? No sería difícil, pues el botín estaba a la vista.

Entre las sospechas y dudas alguien lo había dejado sobre unos antiguos tratados de historia. Y allí aguardaba su pronto rescate.

Era necesario recobrar el botín antes que lo llevaran de ese recinto, puesto que el duendecillo ya estaba resfriado.

Sus estornudos se escuchaban resonantes y con un poco de eco en la inmensidad de la gran sala, pero no se sabía, con certeza, de dónde provenían.

El botín, que había sido depositado sobre unos viejos libros, estaba a la espera de saber a quién pertenecía. Entonces el buen pescador, del capítulo de "Aventuras en el río", lanzó con habilidad y experiencia su anzuelo, y atrapó firmemente el botín del duendecillo.

Por la mañana, y en todos los días que siguieron reinó gran silencio en la sala, porque ya no se escucharon más los estornudos, ni el duendecillo estaba resfriado. Tampoco estaba ya el botín sobre esos antiguos manuales.

En ocasiones las cosas, grandes o pequeñas, aparecen un día y luego desaparecen. Ello sucede porque siempre escapan de los textos algunos personajes y, a veces, entre tanta diversión olvidan sus pertenencias fuera. JZ

37. El guante revoltoso

Con apariencia tranquila, reservado, y de suave composición, mezcla de las mejores lanas y angoras. Su discreto y tenue color beige, formaba una perfecta combinación, que no despertaba la menor sospecha. Reposaba junto a su par y, aunque un tanto más inquieto que su pareja, no se solía alejar muchos metros, ni por largo tiempo.

Esta tradicional prenda protectora en las estaciones frías, tenía ciertas conductas caprichosas que lo hacían de lo más excéntrico. Algunas no pasaban a mayores consecuencias, eran sólo un pasatiempo. Pero otras manías, podían dejar perplejo a cualquiera.

Durante los eternos días de la primavera y del verano, maquinaba sus futuras otoñales travesuras. Al oscurecer, cuando era depositado en su caja de madera, comenzaba a zapatear con sus dedos todas las melodías que recordaba. Por momentos, resultaba insoportable, pues sus rítmicos golpeteos resonaban doblemente y con eco dentro del cubículo.

Esta situación solía repetirse con mayor frecuencia, pero se cansaba pronto, y reinaba nuevamente la armonía interior. Imperdonables resultaban sus rarezas, cuando se trataba de esconder las llaves o cambiar de sitio el monedero. También tenía su particular genio, que salía a relucir justo en el momento más inoportuno.

Así sucedió una mañana, muy, muy temprano, cuando se ocultó tras una simpática bufanda, manteniendo de rehén a su compañero.

Allí no acaban sus antojos. Asomado por la abertura del bolsillo, no dejaba de intentar dar pellizcos a cuanto cuerpo se aproximara, creando de esta manera las más comprometedoras situaciones.

Si decidía ir de paseo, iba solo, y jamás avisaba dónde estaría, ni siquiera a su gemelo. Sin embargo, siempre declaraba: no más de ocho minutos. Pero ocurrió un atardecer, en el mismo momento que las luces de la ciudad engalanaban todos los escaparates.

Frente a la más completa vidriera de los más exquisitos y variados dulces, se detuvo un instante. Posó su penetrante mirada sobre unas cuantas cerezas cubiertas de chocolate. Y en tan sólo ocho minutos acabó con todas ellas.

Su abultada y antiestética barriga, denunciaba a todas voces la travesura gastronómica del guante revoltoso. Naturalmente, no se sentía bien luego de semejante atracón. Hasta caminaba con cierta indolencia y pereza.

Era evidente su tardanza. Su puntualidad, cumplida con rigor en todas sus escapadas, había claudicado. Solamente fueron sesenta segundos más del tiempo previsto. Pero llegó tarde.

Por rebelde debió permanecer y durante todo ese iniciado invierno dentro de su habitáculo. Por eso, hasta la próxima estación fría, no se podrán leer más historias de aventuras del guante revoltoso. JZ

38. Una vela desvelada

Tan esbelta como siempre. Ese color marfil penetrante daba aún más nobleza a su retorcido esqueleto de cera labrada. Posada erguida sobre el ajustado orificio del candelabro de plata, mantenía viva su llama desde hace siglos. Jamás se ha apagado su lumbre.

Refleja su figura en la pulida superficie de un brillante espejo, cuyo perímetro contorneado por un marco oval, engalana su fría presencia en la majestuosa sala principal.

La hermosa candela pasa siempre alerta sus días y sus noches, y se siente feliz al formar parte de los principales objetos de la señorial mansión.

Aquel amanecer, se desató de repente una inesperada y fogosa tormenta. Mientras los rayos tejían complicadas redes celestiales, los fuertes relámpagos esparcían claridad, iluminando hasta los más escondidos y secretos rincones. La vela, desconcertada ante la disparatada cólera del fenómeno natural, no cabía en su asombro.

Para mayor virulencia general, el viento comenzó a soplar irritado y con tanta fuerza que se introducía por todo sitio. Así, la intensidad desmesurada del viento llegó a la temerosa vela y, en un instante, en acción de auténtico sabotaje, desplazó la llama encendida que coronaba su cabeza. Decapitada y confundida, la vela quedó a oscuras en esa madrugada tan caótica y llena de desorden. Desde ese momento, el cirio padeció largas jornadas de apasionado insomnio. Buscó y buscó, una y otra vez.

Recorrió la enorme residencia escudriñando cada recodo y esquina. Indagó hasta las guaridas que sirven de escondite a las pelusas más rebeldes.

Pero nada. Nada de nada. Su querida llama no aparecía.

Mientras tanto, la aparatosa tempestad parecía debilitarse. La vigilia de la vela desvelada se hacía cada vez más agotadora. Pero era necesario encontrar la llama extraviada.

Una tarde, recorriendo cansinamente la biblioteca, vio un reflejo casi imperceptible detrás de la escribanía de plata maciza. Pero podría tratarse de un rayo de Sol, o de un vulgar reflejo provocado por sus deseos de encontrar a su querida llama. Pero, nuevamente comprobó un titilar incesante. Un poco indecisa y dudosa, la vela desvelada se acercó al pintoresco artilugio, el que albergaba tintas de negro azabache junto a plumas torneadas en oro y nácar.

Allí, detrás de un par de graciosos querubines, apocada y encogida, temblaba de miedo la llamita. Su característico brillo había palidecido... pero, ¡sorpresa! al ver a su vela, comenzó a resplandecer iluminando generosamente toda la amplitud del recinto.

Nuevamente la vela tenía su radiante llama. Ahora, cada vez que amenaza un vendaval, la vela desvelada se prepara adecuadamente. Cubre su espigado cuerpo con una capa de color amarillo intenso, y sujeta firmemente la llamita bajo una diminuta caperuza de fino metal. JZ

39. La hoja trotamunda

Inquieta. Muy inquieta. De un color verde intenso y capaz de transformarse instantáneamente en cualquier tipo de hoja cuando fuese necesario. Plana, delgada, llena de energía y toda nervios. Así estaba siempre, o casi siempre, pues de vez en vez también descansaba. Su benevolencia no tenía límites, por ello su generosidad llegaba a todos.

Sus particulares características de hoja perenne la impulsaron a vivir nómadamente. Pero no para vagar y deambular por las forestas sin rumbo fijo ni motivo alguno. La hoja trotamunda se impuso la misión de ayudar a todos aquellos árboles que requerían su colaboración.

En el preciso momento que la hoja trotamunda se posaba sobre el árbol elegido, brotaban nuevas hojas, se multiplicaban con sorprendente velocidad, y todo el árbol se cubría de tupido follaje.

Sucedía esto especialmente a árboles ya viejos, cansados de soportar las inclemencias del clima. O aquellos otros enfermos, sometidos a toda clase de plagas, heladas, y sequías.

También pasaba largos e intensos períodos laborales en el interior bosques empobrecidos, que casi no tenían follaje, en particular en las arboledas de coníferas, las de pinos y abetos.

Pero, ¿dónde estaba el secreto de la hoja trotamunda? ¿Qué oculto enigma encerraba en su discreta clandestinidad clorofílica?

Esta prehistórica hojuela, tenía la encantadora virtud de transformarse en el tipo de hoja del árbol que requería su auxilio. Así de simple, y así de fácil. Ella recorría toda clase de espesuras y vergeles, montes, malezas y chaparrales.

Supervisaba y controlaba la salud de ébanos, acacias y abetos. Vigilaba atenta el nacimiento de nuevas encinas, palisandros y alerces.

Un atardecer, agotada, se desvaneció sobre el taciturno sombrero de una nonagenaria seta, y perdió el control del tiempo. Pasaron las horas y los días. Se sucedieron las semanas, y un mes tras otro. Estaba tan profundamente dormida, que la floresta donde se encontraba creció, y creció. Y se volvió un bosque denso, enmarañado e impenetrable. Las lianas colgaban entre hermosas enredaderas, espumosos líquenes y gigantes helechos de hojas retorcidas. Las elegantes orquídeas, esparcidas al azar en toda la verdosa inmensidad, parecían acariciar el rostro soñoliento de la hoja, intentando borrar los rastros de sueño que la envelaban.

En ese momento, un débil haz de luz se fue internando en la espesura. Llegó suavemente hasta la hoja, y casi sin querer rozó su epidermis, provocando un singular cosquilleo.

Arropada por la calidez solar, ascendió lentamente de la mano de una liana. Así, ya en la copa de la más gigante sequoia, recuperó su lozanía original.

De esta manera, siglo tras siglo, la hoja trotamunda visita a sus amigos, regalando abrigo y cubriendo de verdor las desnudas y debilitadas cabezas de muchos, muchísimos árboles. JZ

40. Una moneda mágica

Sola, casi opaca e insignificante, aguardaba la mano desconocida a la que pudiera ayudar. Alerta, atenta y hasta impaciente, a veces bajo la persistente lluvia, o soportando la intensidad del calor, siempre estaba dispuesta a calmar la desesperación del necesitado.

Su particular misión era simple y plena de humildad, porque sabía regalar dicha y esperanza, pero también consejos y escarmientos.

Apenas había amanecido aquél día. Los primeros rayos del Sol iluminaron la cara descubierta de la moneda mágica. El atractivo y particular brillo atrajeron inmediatamente la mano anónima. Aquel desventurado deseaba comer algo y con un mendrugo sería suficiente. Por ello, al ver tanta desdicha y necesidad, la moneda mágica aumentó al instante su valor.

Ya podría comer ese desdichado y hasta cambiar sus húmedos y raídos andrajos. Así lo hizo. Luego, la moneda mágica se desvaneció en el mismo momento que había cumplido con su trabajo, retornando a un lugar visible.

Pero sucedió una tarde, que la moneda mágica advirtió que se acercaba una sombra temblorosa y hasta macabra. Con un poco de temor se deslizó hasta quedar bajo la secreta protección de la estatua más cercana. Desde allí, podía vigilar los debilitados movimientos de aquella sospechosa sombra. Casi no podía comprenderlo, pero allí estaba. Esperó un instante y salió de su improvisado escondite.

En el mismo momento que se reflejaba en la poca luz que aún había, sintió un brusco golpe. La fuerte presión con que aquella mano la sostenía, casi no la dejaba respirar.

Estaba furiosa, pues era la mano de alguien que sólo pretendía aprovecharse de ella para saciar sus caprichos. Fue entonces depositada en un desgastado y oscuro bolsillo.

Allí permaneció largas horas hasta que la quitaron. Pero ya no era una moneda brillante y valiosa, sino sólo un vulgar trozo de oxidado metal. Al verla tan inútil, la arrojaron al suelo con enfado y desprecio, donde al rato volvió a recuperar su valor y lozanía.

Un atardecer quedó atrapada entre las grietas del asfalto. No tenía energías suficientes para desvanecerse y huir. Pero sucedió que otra moneda, que había caído de un bolso, tropezó bruscamente con la moneda mágica y la desplazó varios metros del lugar donde había quedado encerrada. Aunque un tanto asustada por el fuerte impacto, recuperó lentamente su ánimo.

Dispuesta a brindar su colaboración una vez más, de deslizó hasta llegar a una farola cuya luz la iluminaba generosamente.

En algunas oportunidades, cuando la moneda mágica viaja a otros países, para poder ser útil altera su denominación y su aspecto. Otras veces, sube su valor o se convierte en una moneda muy, muy antigua para estar en condiciones de ser vendida en anticuarios.

Así pasaba su vida la moneda mágica. Premiando al necesitado, ayudando al infeliz, ignorando al tramposo. JB

41. Una caja vacía

Casi escondida entre unos viejos libros estaba la caja. Su decorado aspecto llamaba la atención. Sobre un negro opaco destacaban ramilletes de pequeñas y coloridas flores pintadas.

El ángulo inferior trasero estaba un tanto desparejo, pues la madera se había astillado. Nada. Nada de nada en su interior. Al levantar su engalanada tapa no había más que vacío.

Sin embargo, no siempre era así.

En ocasiones estaba colmada de antiguas miniaturas, todas preciosas, que representaban los más variados objetos. Otras veces, en lugar de pequeñas piezas, brotaban sombras de diminutas florecillas que despedían aromas inconfundibles.

La fragancia de pimpollos de lilas, jazmines y rosas impregnaba toda la habitación. La caja hacía que los años transcurrieran sobre un espeso tapiz de fantasía. Los instantes confusos se volvían claros cuando entreabría su cubierta, permitiendo que una luz brillante empapara todo de concordia.

Aquella mañana, había tanto silencio, que casi se escuchaba el murmullo de las últimas gotas del temprano rocío. Y la caja, discreta y misteriosa, estaba aparentemente mustia. Comenzó a levantar su tapa empujada por las fusas y corcheas que, inquietas, deseaban escapar. ¡Qué preciosas melodías!, hasta las apiñadas flores de su tapa parecían danzar al ritmo.

Durante las frías noches de un crudo invierno, de esos en los que las hojas de los árboles quedaban congeladas sobre las callejuelas y techumbres, la generosa caja despedía tan suave calor, que pronto envolvía las paredes de la fría alcoba.

Y en esos momentos particulares, en los que se necesita una palabra de consuelo o un acertado consejo, la buena caja murmuraba frases tranquilas, que ayudaban a decidir y comprender aquello tan difícil y complicado. Más que una caja, mucho más allá de un simple adorno, la caja era una compañera, una amiga.

Su comportamiento es tan especial, que sólo ocurre de cuando en cuando. Es necesario un motivo, una causa muy particular que impulse el espíritu de la caja. La caja vacía, en realidad, está llena de maravillosas sorpresas. El ángel que esconde en su interior borda momentos de ensueño que hacen flotar, y construye castillos de ilusión donde sólo cabe la alegría.

Así sucedió la tarde de la graduación, la mañana de aquel galardón y el día del cumpleaños.

La caja sabía estar presente con su magia en circunstancias elegidas, y premiaba momentos importantes, volviendo inolvidables los distintos acontecimientos. JB

42. Un barril sin fondo

La apariencia bonachona resplandecía tras su redondez tan característica. Intrigaba sólo el verle siempre rebosante de vitalidad. Las maderas lustrosas en filas paralelas, se sujetaban artísticamente con unas robustas alianzas de hierro forjado. Aquél día extraños ruidos surgían de su interior. Y, aunque el barril permanecía con la seriedad y compostura de siempre, algo pasaba dentro de su misteriosa intimidad.

Tal vez vivían gusanillos en la profundidad que encerraban sus paredes. O quizás estaría enfadado con la graciosa tapa que hacía de cómodo y práctico sombrero. Vaya a saber. Pero la situación era francamente dudosa.

Al mirar en su interior, ¡oh sorpresa! Diminutos duendes subían y bajaban, saltaban, corrían y daban cientos de giros hacia izquierda y derecha.

Era un maravilloso enjambre de movimiento tejido con brillantes finos hilos de magia y esplendor. El color de los trajes de los duendecillos, sus miradas rebosantes de alegría, y su incesante e intensa actividad, invitaban a permanecer dentro ese sueño hecho realidad. Sobre sus paredes internas y en toda su extensión hacia el fondo -el que no se veía- se presentaban las más variopintas situaciones. Ilusión y fantasía impregnaba cada rincón.

Se sucedían continuamente tantas y tantas escenas, que se tardarían siglos en recorrer y admirar todas aquellas magníficas y singulares representaciones. Y, aun así, no se llegaría jamás al fondo porque, aunque aparentemente terminaba como todos los barriles, éste no tenía base. Allí estaba el mayor encanto del barril sin fondo.

Los educados y simpáticos duendecillos, guiaban las curiosas miradas. Exquisitos pasteles, hojaldres cubiertos con nata batida, merengues bañados con chocolate, frutas escarchadas, jarabes y marrón glasé. Todo un sueño.

Toda una auténtica fantasía de formas y colores. Hacia el lado derecho estaban varios tipos y modelos de juguetes. Soldaditos, trenes y coches en miniatura. Barriletes, patines y bicicletas. Juegos de naipes, dados, ajedrez, y cuantas muñecas y ositos de peluche puedan imaginarse. Pero allí no acababa la extraordinaria ilusión.

Los duendes tenían dentro del barril sin fondo el mayor tesoro de fantasía que jamás ha existido. Un poco más hacia abajo estaba representada toda la moda, usos y costumbres de gentes desde los primeros siglos de la civilización. Los hábitos y caprichos reflejados en vestidos y trajes, sombreros y peinados, adornos y muebles.

Momias y cuerpos incorruptos. Antiguos jefes embalsamados y restos de cachivaches domésticos, ilustraban los distintos períodos culturales de la humanidad. La evolución de los diferentes medios de comunicación a lo largo de la historia. ¡Y las monedas!, fabulosa, completa y ordenada colección, cuyo brillo destacaba dentro del terciopelo púrpura que cubría los preciosos arcones de cuero labrado. Casi no cabía en el enorme asombro que envolvía mi sorprendido espíritu. Ya era hora de marchar. Los duendecillos estaban un tanto fatigados y tenían que descansar. La jornada, gratamente intensa y abrumadora, podía ser interminable.

Y así ocurrió. Pues uno y otro día visitaba el interior de este barril, que no tenía fondo, pero estaba pletórico de sabiduría y de curiosidades. JB

43. Un tornillo sin vueltas

¡Vaya aspecto! Delgado, cabezón y con frío. Sin embargo, siempre dispuesto a cumplir con su duro trabajo. Tolerar pacientemente que le golpeen la cabeza hasta que se introduce en el artilugio destinado.

A veces, es útil para unir maderas o sujetar un bonito óleo, de esos en los que las barcazas parecen tropezar con las insistentes e inquietas aguas. Por lo general, permanecía quieto dentro del bote de vidrio que le habían asignado como morada.

Desde allí, curioso, lo miraba y controlaba todo. Las robustas tuercas eran sus preferidas, y con las simpáticas y picaronas arandelas pasaba conversando largas horas.

Siempre los tornillos han sido una importante ayuda. Pero algo sucedía con éste, pues era muy diferente a los demás. Tenía algo en su espigado cuerpo que lo hacía particular y hasta extraño entre todos los otros tornillos. Su relación con el martillo era increíblemente amistosa. No así con el destornillador.

Una calurosa mañana, padecía tanto, pero tanto calor que, timorato aunque audaz, asomó su cabeza por la parte superior del frasco, y respiró tranquilamente un poco de aire fresco. Al rato, decidido, saltó desde el habitáculo, y al momento estaba sobre la repisa intermedia de una gran estantería metálica. No imaginan cuán feliz se sentía. Disfrutaba de la suave brisa toda la extensión de su alargada figura.

La generosa sombra que, con cierto disimulo obsequiaba una lata de pintura roja, hacía aún más placentera su tarde de verano. Los resoplidos excitados de un cincel, movían perezosamente las gruesas cerdas de una obesa brocha.

Pero, en ese momento, alguien lo apretó con firmeza y lo depositó sobre unas tablas de madera de pino recién pulidas. La pieza de metal ya sospechaba el rumbo de su suerte.

Seguramente sujetaría las partes de una estantería, y ello lo hacía especialmente dichoso. Era una situación de lo más agradable, pues compartiría el resto de sus días con las hermosas vetas de la madera, con sus nudos y originales formaciones. Pero lo más sorprendente era que podría leer los libros que iban a descansar sobre ese anaquel.

Porque este tornillo sin vueltas, tiene la magia de escapar de su sitio y deleitarse con los manuales y textos de aventuras. Porque al no tener vueltas, se desplaza con mayor facilidad por las páginas de sus libros preferidos.

El tornillo sin vueltas no es extravagante ni complicado. Al contrario. Tiene toda la naturalidad e inocencia que caracteriza al clavo más sencillo y recatado. JB

44. Un espejo confundido

Parecía estar indagando todo a cada momento. En su amplia y ovalada superficie de fino cristal pulido, se reflejaban los más variados y pintorescos objetos de la habitación. Estaba barrocamente engalanado con un marco de madera tallada cubierta en oro, que contorneaba su perímetro oval estrechándose, por instantes, en apretados ramilletes de diminutos jazmines.

Su brillante y lustrosa superficie muestra, con nitidez sin igual, los detalles más insignificantes. Siempre acoge con particular agrado desde los esporádicos chispazos de los rayos de Sol, a la nueva silueta, sea de la esencia de muguet o del pequeño bote de polvos de talco. Por segundos parece abarcarlo todo, y entabla con cada objeto una sinergia sin igual, especialmente con las fragancias, las de lilas o rosas. Desde hace cientos de años permanece en el mismo sitio.

Allí, desde donde alguien lo acomodó un día todo lo contempla, analiza y vigila. Inmerso en la etérea fragilidad del ambiente, descubre las maravillas del transcurso tiempo. Mira, y ha observado, infinidad de rostros que se han acercado con la casta intención de embellecerse.

Lo sabe casi todo. Las reacciones de los niños quienes, por lo general, ponen al descubierto sus desnudas lenguas. Las jovencitas, que empolvan sus respingadas narices. El ama de llaves que, mientras repasa su tocado, protesta una y otra vez. Y los caballeros, apuestos señores que peinan sus tupidos y elegantes mostachos.

Pero aquella tarde, el espejo no estaba resplandeciente. Ya no podía mostrar las cosas, ni las grandes, ni las pequeñas. No había semblante, imagen o silueta que pudiera contemplarse en el espejo.

¿Qué pasaba? ¿Por qué el espejo estaba opaco, turbio y deslucido? Hasta el llanto parecía haber tocado su imperceptible mirada. Sobre la superficie, grandes gotas dibujaban líneas irregulares, que luego se desplomaban fugazmente hasta rodar por el suelo. Esto le daba al espejo un aspecto poco distinguido y aparentemente agrietado.

¡Qué desconcierto! ¡Cuánta desolación! Sin embargo, esta situación aunque extraña, ya se había repetido en otras ocasiones.

Pasado un tiempo, lentamente comenzó a disiparse esa figura borrosa y confusa, que apagaba el tradicional fulgor característico del espejo.

Cuánta alegría al ver que nuevamente podía reproducir cada objeto con extraordinaria exactitud. Sin embargo, ¿dónde estaba la causa de semejante fatalidad? ¡Ah!, sí. La bruma matinal.

La espesa niebla que visita el prado algunos días de otoño, y se cuela por las antiguas cerraduras y oxidados picaportes. Una vez más había empañado la cara argéntea del hermoso espejo. Pero su visita, aunque intensa, fue fugaz.

Y en toda la superficie del espejo, brillaron sin mezquindad durante largo rato, las miles de estrellitas que desde la bóveda celeste se contemplaban en el espejo confundido. JB

45. Un grifo resfriado

¡Plin! ¡Plin!...¡plin!...una noche más el irreverente gotear mantendrá en vela a casi todos los artilugios y cacharros culinarios. Los trastos estaban apilados dentro del pequeño fregadero, sucios y sin orden. Algunos platos y cazuelas desbordaban la limitada capacidad de la pileta.

Espumaderas y cucharones sobresalían, como estirando el cogote para poder escapar de ese caos descomunal. La tetera, cuyos oídos eran extremadamente sensibles esperaba, encogida y angustiada, el estrepitoso chasquido de cada pesada gota sobre los moldes de metal. El repasador se lo tomaba con filosofía, y contaba las gotas hasta dormirse. Sin embargo, las cucharas, nerviosas y alteradas, no podían conciliar el sueño.

La vieja cafetera de color verde y enlozada, aunque un poco sorda, también percibía el arrítmico gotear de la pieza de fontanería. Por eso optó por tapar su descascarado pico con el corcho de una botella. El colador, por su parte, cubrió sus cientos de agujerillos con una servilleta de blanco lino. De una forma o de otra, cada cual fue remediando el conflicto provocado por el machacador ¡plin!... ¡plin!...

El pobre grifo se había resfriado. Porque ese invierno, el agua que pasaba a través de las tuberías estaba muy fría. Más que de costumbre, hasta se lo podía ver tiritar. Asustaba con cada estornudo, tras el cual dejaba temblando, copas, platos, embudos, espátulas y toda clase de sartenes.

Su mayor problema era que solo no podría remediarlo. Aún con los párpados caídos y muchísimo sueño, pudo contener esa gota que

estaba a punto de caer. Quizás las agrias miradas de los lustrosos limones, ayudaron a reprimir el impulso de soltarla. Pero, avanzada la madrugada, cayó desplomado por el peso irresistible del cansancio acumulado.

El viejo reloj señalaba las tres y cuarto...El silencio era catedralicio... sólo podía quebrarse si esa tozuda gotilla se precipitaba. Casi se podían oír los respiros entrecortados de la despensa, bodega y recinto culinario en general. En eso, se despierta el grifo resfriado. Deseaba comer una ciruela. Y es que le gustaban muchísimo las ciruelas rojas. Se estiró cuanto pudo hasta llegar a la fuente colmada de frutas. Pero las ciruelas estaban bajo las peras. Por ello, desplazó cuidadosamente a las esquivas peras llegando a una ciruela. ¡Con cuánto placer comía el sabroso fruto!

Regresó sigiloso a su sitio. Aún todos dormían, aunque ya era hora de levantarse. Más tarde que de costumbre, poco a poco se fueron desperezando todos. El sojuzgado exprimidor, el paciente mortero, el abrelatas gruñón, el libro de recetas y demás moradores de la cocina.

¿Qué había pasado aquella noche?

Para grata sorpresa de todos, el grifo ya no estaba resfriado. Por esa razón se pudo descansar hasta un poco más tarde. Sucedió, pues, que el grifo necesitaba comer una ciruela para poder sanar su mal.
JB

46. Un cubito con frío

Tiritaba tanto, que daba pena. Esa pequeña superficie de hielo congelado casi transparente, hacía vibrar el elegante y tallado vaso de cristal en el que se encontraba prisionero. Los tímidos golpeteos de sus temblorosos movimientos provocaban un sonido débil y casi imperceptible. Allí estaba. Esperando paciente que alguno de los rayos del Sol entraran por aquella caprichosa ventana y se colaran, con cierto disimulo, entre el cortinado de seda color salmón. Así, bajo el cálido cobijo del calor natural, podría calentar un poco su endeble estructura.

Pero esa mañana el Sol estaba perezoso. Muy perezoso. La noche anterior había tenido recepción celestial y el sueño se había apoderado totalmente sin permitirle madrugar como cada día. Los fulgurantes rayos aún dormían tranquilamente, y sólo algunos mostraban síntomas de pronto despertar. El entumecido cubito comenzaba a impacientarse.

Decidió dar varios brincos y vueltas alrededor de su celda de cristal. ¡Pero nada! No entraba en calor. Entonces, supuso que algunas flexiones vendrían muy bien. Y, ¡arriba!, ¡abajo!, ¡arriba!, ¡abajo!, ¡arriba!, ¡abajo!, ¡arriba!, ¡abajo! Ya se sentía mejor y hasta pudo comprobar que estaba en forma. Pero no era suficiente, necesitaba más calorcito. En ese instante, una de las mullidas servilletas que observaban al cubito congelado, con una de sus puntas dio varios golpecitos de llamada, ofreciéndose a cubrirlo momentáneamente.

Y así, con extrema suavidad la buena servilleta se posó sobre el destemplado cubito. Pronto el rostro del cubito congelado reflejaba una mirada de satisfacción inconfundible.

Sus mejillas se volvieron rosáceas y hasta la nariz dejó de temblar. ¡Qué agradecido estaba y cuánto alivio! Sin embargo, la solución era transitoria. Tenía que resolver definitivamente su problema de frío. Pensó y pensó. Consultó con sus compañeros de mesa.

Las pinzas sugirieron tejer un gorro y una bufanda. El sacacorchos, luego de un sonoro estornudo, aconsejó botines de lana de oveja. Y a lo lejos, una elegante y anciana pipa que caminaba, al parecer, sin rumbo, declaró que el cubito congelado podría montarse en una de sus nubes de humo y viajar hasta regiones templadas. Y así fue.

La pipa expulsó una gran nube de humo formando un cómodo sillón donde se sentó el cubito congelado. Todos felices saludaron al cubito, y hasta hubo quien sollozaba mientas se iba alejando. La travesía estaba en marcha. Desde lo alto podía ver hermosas islas llenas de vegetación. Mares azules y miles de animalitos. Todo un mundo se abría ante los ojos del cubito congelado. Pero, ¿qué pasa?

El cubito reducía su tamaño. Se iba descongelando. Claro, ya no tiene frío porque ha llegado al trópico donde el Sol brilla intensamente. ¿Eh?, ¿pero dónde está el cubito? ¡Ha desaparecido! Ya no está montado sobre la nube de humo.

El cubito congelado se diluyó en las aguas del mar, convirtiéndose en una gotita más. Ahora está feliz, y ya no tiene frío. Pero conserva un poco de su antigua característica. Por ello siempre en alguna parte de las playas tropicales hay una gotita más fría que las demás. JZ

47. Un fósforo feliz

Elegante, espigado y alegre. Siempre estaba contento iluminándolo todo a su paso. Llevaba luz allí donde no la había y esto le hacía especialmente feliz. En ocasiones se encendía solo, por el único placer de disfrutar de una habitación con mayor luminosidad. Brincaba de gozo cada vez que veía una llamita en su cabeza. Sus mejores días eran aquellos de celebraciones de cumpleaños.

Curioseaba todo, tocaba cuanta cosa estaba a su paso, tarareaba alguna canción y marcaba uno y otro paso de baile. ¡Qué bien se lo pasaba!

Encender las velitas multicolores era una pasión descomunal y esa dicha permanecía dentro del fósforo feliz durante mucho, mucho tiempo. Sólo pensar en la próxima fiesta de cumpleaños le producía sensaciones casi imposibles de describir. Eso pasó aquella tarde de primavera.

Como en toda celebración, llegó el momento más esperado. También por el fósforo feliz, que se dispuso a encender cada una de las ocho esbeltas velitas. Una, dos, tres, cuatro, cinco,...y ¡zás!, el fósforo feliz tropezó con un copo de nata y se estrelló de cabeza en la parte más cremosa de la tarta. ¡Qué fatalidad! ¡Qué bochorno repostero!

Totalmente cubierto por la sabrosa nata, que pese al escándalo no había dejado de probar, limpió desprolijamente sus compungidos ojos. Observó el panorama. Reflexionó un momento y comprobó, no sin cierta desolación, que tan sólo cinco de las ocho velitas estaban encendidas.

Pero ahora su cabeza se había humedecido con la nata, y ya no podría encender las tres velitas que inquietas aguardaban ser

iluminadas, sin embargo, el fósforo feliz, no se dejó abrumar por la humillante situación.

Ante la fija mirada de acartonados vasos, discretas cucharillas, rechonchos globos verdes, descarriadas serpentinas y acusadoras guirnaldas, tomó la gran decisión.

Se dirigió erguido hacia las cinco velitas que estaban encendidas, con porte un tanto petulante, pero seguro de sí mismo.

Se sentó sobre una de las flores de caramelo, apoyó su cabeza sobre la llama de una de ellas, y comenzó a secarse. Luego, sacudió un par de veces su cabellera y ordenó algunos insumisos cabellos que habían quedado revueltos.

Al instante se oyó un apretado y unísono ¡oh!, que provenía de los titubeantes e incrédulos farolillos de papel quienes, confabulados con las piñatas, dudaron de la valentía y coraje del fósforo feliz. Porque él era feliz. Estaba siempre feliz y este particular estado de ánimo le favorecía para dar solución a cualquier tipo de problema.

Así, encendió la sexta, séptima y octava velita. Todas las candelas estaban con luz. La tarta entera brillaba, y resplandecía su silueta sobre la acerada superficie de los radiantes globos. Las guirnaldas sonreían socarronamente a los farolillos y piñatas. Y una lluvia multicolor de papel picado fue cayendo lentamente. JB

48. Un peine olvidadizo

Casi como cualquier peine, aunque con sus inequívocas y características excentricidades. Olvidaba, siempre olvidaba... Plano, lustroso y de puntas redondeadas. Desmemoriado por naturaleza y soñador incorregible pasaba jornadas enteras observando a sus compañeros de tocador, en especial a la comprensiva laca.

Este ancestral artilugio de aseo, tan necesario y útil, originaba las más disparatadas situaciones a causa de sus descomunales despistes.

Los reiterados y repentinos descuidos del peine olvidadizo, promovidos por esa espectacular falta de memoria, hacían de él responsable principal de sus involuntarias fechorías.

Aquél atardecer, el Sol desvanecía sus últimos y débiles rayos sobre la sinuosa silueta de los frondosos castaños. Mientras, el peine olvidadizo intentaba, sin éxito, recordar cuál era su función. En eso, el cepillo se acercó y, con gestos de lo más evidentes, representa su tradicional cometido. ¡Y nada!, no consigue recordar.

Al instante, se aproximó preocupado el rizador, y con enérgica gesticulación y en un alarde de fidedigna pantomima, logró que el peine olvidadizo recuerde que su actividad es peinar.

Pues bien, todos más tranquilos murmuraban, sin embargo, acerca de la manifiesta escasa memoria del compañero peine. Las indignadas peinetas, los rígidos rulos, las gruñonas horquillas y hasta el impaciente secador, daban una y otra sugerencia para que el peine olvidadizo recuperara, si alguna vez la tuvo, su imprescindible memoria. Preparado para su trabajo, se dirigió seguro y confiado a realizar la tarea.

Con estilo y gracia se zambulle en las azules aguas del mar y comienza a atusar vigorosamente la firme melena del tranquilo erizo.

El curioso pulpo, que todo lo vigila, miraba angustiado la escena, momento en el cual, el peine olvidadizo emprendió una bochornosa retirada, pues había recordado cuál era su misión, pero no a quién debía peinar.

¡Rápidamente volvió su memoria! Y en un arranque impulsivo y pujante se subió al más alto y frondoso pino. Casi acariciando lo peina y peina, sin darse cuenta que sobre él estaban cayendo múltiples miradas de asombro y perplejidad.

Entonces, un tanto avergonzado, bajó fugazmente del pino. ¡Ya está!, ya recordó qué es lo que tenía que peinar. Estaba seguro, segurísimo...

¡Esta vez no fallaría!

Decidido y animoso, se acercó a ese óleo, ése en el que una bonita joven de largos cabellos rubios escribía una carta. El fresco de la noche invadía toda la sala.

Y mientras peinaba y peinaba la hermosa cabellera, sintió sobre sus espaldas el calor de unas manos que, poniendo orden, lo depositó en el lugar del cual había partido aquel atardecer. JB

49. Un desván destartalado

¡Vaya aspecto!, allí había sitio para todo. Las paredes acusaban el inconfundible paso de los siglos. Ese tono amarillento y raído de las cortinas, la semi penumbra que casi descubría el polvo acumulado y el aislado crujir de las maderas del suelo, provocaban inexplicables sensaciones.

Las flemáticas y añejas telarañas escondían tras de sí parte de los más preciados recuerdos de aquella época. El empañado espejo reflejaba, no sin una pizca de mezquindad, el maltrecho arcón cuya agrietada superficie de cuero albergaba cientos de sabandijas, gorgojos y toda clase de parásitos.

Allí, en el desván destartalado un puñado de apretados metros convivían en preciosa promiscuidad junto al caos más espectacular jamás imaginado.

Sin embargo, todos eran viejos amigos y buenos compañeros. Cada uno tenía su lugar, sitio que conservaban desde hacía siglos. Bajo las candilejas labradas en plata, estaba ese cuadro que, aunque un poco averiado, aún dejaba ver la hermosa imagen.

El mísero tapizado del sillón, entonces de brillante terciopelo carmesí, se convirtió en banquete preferido de generaciones de hambrientas e insaciables polillas. El perchero, fiel y mudo testigo de tantas confidencias y secretos aún soportaba, sobre su frágil estructura de madera reseca y agrietada, un par de anticuados abrigos, un bastón con empuñadura de marfil, y una chistera de raso negro llamativamente desteñida sólo en la parte inferior.

La confusa mezcla de olores, provenía del herbario que estaba sobre la pequeña mesa ovalada, de un incompleto especiero de cristal, del

herrumbrado manojo de llaves, del moho que había invadido cuanto espacio de humedad, y de ese enorme ramo de rosas y jazmines depositado junto al arcón de los disfraces.

Los cojines, a quienes el inevitable paso de los años les había secuestrado colores y encajes, noche a noche contemplaban asombrados el cansino paso de la luna. Y las fotos... ¡cuántas fotografías!, cuánta nostalgia detenida en pálidos rostros serios, en elegantes peinados pajizos, y en decenas de inquilinos incondicionales y entrañables de este altillo.

El particular encanto del desván destartalado era capaz de encandilar sin necesidad de hacer el menor esfuerzo. Tras la diminuta silueta de la cerradura, era posible entrar a un mundo espectacular de maltrechos trastos, inservibles cachivaches, herrajes cubiertos de óxido, hojas rotas, mezcladas y dispersas de diferentes libros, ropas desteñidas, polvorientos calzados.

Pero todos, todos valiosos recuerdos atrapados en el tiempo dentro del espíritu inconfundible del desván destartalado. JB

50. Un lápiz colorido

De ahusada figura, su delgadez era del todo llamativa. En semejante prolongación no había, sin embargo, lugar para la apatía. Él era todo un abigarrado grafito de energía y vitalidad. Nunca estaba quieto. No podía reprimir sus desbordadas y, hasta a veces, desvergonzadas ganas de pintar. Agitación, efervescencia y delirio, era, en síntesis, el lápiz colorido.

Meneaba con vehemencia su oblonga silueta, plasmando cuanto matiz creía mejor. Superficies lisas, rugosas, opacas o brillantes, todo era adecuado para el lápiz colorido. Telas, lienzos, cartulinas y cartones, se dejaban acariciar por el arte curioso del simpático carboncillo.

Aquella tarde, había engullido gran cantidad de frescas y sabrosas fresas que él mismo había recogido. Eran su fruta preferida. De pronto recordó que tenía que colorear la cascada principal de un cuadro. Rápidamente, y tropezando con cuanta témpera estaba a su paso, comenzó a pintar.

Y ¿qué sucedió?

¡Menudo desastre!, miraba y miraba sin dar crédito de aquello que estaba contemplando. Hasta uno de los obesos pinceles, pasmado y con gesto socarrón, paralizó sus ojos frente a semejante descuido.

La hermosa caída de agua, estaba totalmente colorada, escarlata, carmín, encarnada, granate, púrpura, carmesí, toda la gama del rojo.

Pero, ¿qué pretendía el lápiz colorido con esa innovación? Nada. Solo fue un desafortunado desliz.

Al día siguiente, más tranquilo, comenzó a dar color a un rostro, pero nuevamente, ¡qué fatalidad!, según daba los trazos, la cara quedaba verde, ¡sí!, verdusco, glauco, aceitunado.

No podía creer lo que estaba pensando. Pero era lo más probable. ¡Había desayunado espinacas! Entonces, probó con la copa de un hermoso árbol, y ésta lentamente fue tomado color níveo, lechoso, blanquecino, una tenue tonalidad cerosa, seguramente por las ricas manzanas del almuerzo. ¿Qué podía hacer? Pensó y pensó. Abatido y cabizbajo ideó las más estrafalarias soluciones.

Y, finalmente, llegó a una decisión. En adelante pintaría de acuerdo a los colores de las frutas o verduras de sus desayunos, almuerzos, meriendas y cenas. Además, podría obtener originales policromías, según combinara el contenido de sus diarios potingues. Y así fue.

El pincel colorido, lleno de alegría y con el particular desenfreno que le caracterizaba, continuó retocando, sombreando y pintarrajeando cuanto dibujo se le presentara. JB

51. El tintero generoso

Alguien escribía en aquel lluvioso y plomizo atardecer, bajo la cansina y tímida luz de un candil. Sobre una hoja amarillenta de papel, un tanto arrugado, dibujaba con esmero cada una de las letras. Las primeras, en cuidado arabesco, iniciaban los sentidos párrafos.

Lenta y pacientemente redactaba, casi sin pausa, un folio tras otro. La amarronada tinta era absorbida al instante por el sediento y ansioso trozo de papel. Nunca se acababa.

Siempre había tanto líquido dispuesto como deseos se tenían de escribir. Únicamente eran precisos unos segundos del mes en que florecen los naranjos, entonces, cubría su cuerpecillo y descansaba.

Esa particular forma del habitáculo para la tinta, tan estrecha en la parte superior y semi aplanada en la base retenía, con celo y mimo, el acuoso tanino artífice desde hace siglos de escritos de todo tipo.

Bulas, normas, romanceros, compendios, antologías, breviarios, opúsculos, códices y las más variadas colecciones. Sólo con quitar el viejo y maltrecho tapón de corcho, ese diminuto y aguado mundo se transformaba en las más primorosas palabras que, enhebradas con pasión, producían toda clase de maravillosas sensaciones.

Allí quedaban, presas de la fina celulosa, frases y giros escritos en los más raros y diversos idiomas. Pluma, papel y tintero, diariamente conspiraban amistosos y alegres, contribuyendo a fomentar la creación de expresiones idiomáticas dulces y cariñosas. Todo reflejaba armonía y tranquilidad. Disciplina y pulcritud reinaban en aquel vetusto escritorio de madera de roble, cuyas molduras tenían el brillo propio del paso del tiempo.

Hasta el secante, con su irregular y característico vaivén que por momentos se volvía interminable, mantenía dudoso sosiego y sospechosa quietud.

Según pasaban las horas, la diligente pluma continuaba deslizando su afinada cucharilla gótica. Anochecía. Pero seguían redactando ese importante escrito. El tintero generoso, un tanto fatigado, dio fiel testimonio de sueño y cansancio. Con los ojos casi cerrados y soportando estoicamente el peso de los párpados, tuvo aún fuerzas para estirarse y alcanzar al inseparable corcho. Pero, en el mismo instante que intentaba posarlo sobre su orificio, la pluma se introdujo nuevamente. Otra vez, ¡pluch!, ¡pluch! Y otra, ¡pluch!, ¡pluch! Y otra, ¡pluch!, ¡pluch!...

Así continuó la caligrafía durante inacabables y largas horas, hasta que se agotó la tinta. Pero, ¿es que en adelante ya no se podría escribir? ¿Y la generosidad del recipiente? ¡Nada de eso!

Simplemente sucedió que el tintero generoso había cubierto con la tinta, a modo de gran manta, su singular estructura. Porque esa madrugada florecían todos los naranjos. JB

52. Una campana silenciosa

Desde hace siglos estaba allí en lo alto del hermoso, aunque destartalado, campanario. Permanecía quieta, atenta y, especialmente silenciosa.

Su contorno tan particular destacaba con claridad desde muy lejos. Sobre su superficie habían crecido algunos aislados musgos y líquenes. Estos, sin querer, tapaban el detallado relieve que reflejaba el año de su fundición, y aun así era hermosa. Nada había que la hiciera hablar.

En la aldea ya era conocida como la mudita de bronce cosa que no era de su agrado. Atenta escuchaba el repicar de sus compañeras de las villas vecinas. El suave y agradable ding-dong de la más regordeta era lo que particularmente le atraía. Ella, en un tiempo, también pudo tintinear, y lo hacía de maravilla.

Pero, aquella terrible tempestad acabó vilmente con sus melodiosos tañidos. La noche estaba cerrada, y la tormenta amenazadora invadió totalmente el caserío. El temporal de agua, frío y vientos huracanados cubrió sin clemencia todos los rincones del poblado. En esa confusión borrascosa, la campana clamó su último y entonces lastimero repique.

El hermoso badajo, que a través de los siglos acarició el interior del metálico vaso, aguardaba el día de volver con su querida campana. Mientras, ella lo contemplaba desde lo alto, y hasta parecía acompañarlo con su melancólica mirada. Estaba ciertamente muy triste. Sus enormes ojos se habían empequeñecido, y aquella sonrisa, otrora enorme y contagiosa, se había esfumado con el mudo paso del tiempo. En su corazón campanero habían quedado incrustados los

grises y enlutados nubarrones de aquella fatídica noche. Sin embargo, siempre conservó la escondida esperanza de volver a dar sus toques del alba, de oración, de ángelus o de alarma.

Y acompañar a las demás campanas en los repiques grupales que solían realizar los terceros domingos de cada mes.

Así sucedió aquél atardecer. Un par de angelitos del altar mayor lentamente comenzaron a desperezarse. Con gran energía levantaron el abandonado badajo, y fueron subiendo muy despacio hasta llegar al campanario. Pero, justo antes de devolver la alegría a la campana silenciosa, el artilugio cayó, provocando un estrepitoso ruido al estrellarse contra las tarimas del suelo.

En ese momento, se despertaron todos los angelitos del tabernáculo, los del retablo, de las naves laterales y hasta los pintados en las once bóvedas. Juntos fueron inmediatamente en auxilio de sus amigos y de la buena campana silenciosa. Entre todos pudieron restituir el badajo a la campana.

Al amanecer, y para gratísima sorpresa y admiración de todos, la campana echó al vuelo sin parar. Repicó y repicó una y otra vez. Más y más sonaba. Y así recobró plenamente su sonrisa, y sus enormes ojos volvieron a llenarse de auténtica felicidad. JZ

53. Una goma cuidadosa

Todas las gomas de borrar son, aparentemente, iguales. Todas ellas tienen casi idéntica forma, peso aproximado, tamaño similar, y la misma función, ¡borrar! Así pues, las hay rectangulares y bicolores, blancuzcos óvalos de látex, y cuadradas que, con el uso y el tiempo transforman sus ángulos en las características redondeces de rollizas bolas de caucho. Siempre parece que engullen todo aquello que salió de lugar.

Pero esta goma es angustiosamente ordenada y prolija. Habita en una de las oficinas más concurridas y convive con toda clase de elementos. Prehistóricos sacapuntas, papeleras atascadas, anticuados portasellos, cansinos pisapapeles, desactualizados calendarios, oxidadas grapadoras, amarillentas carpetas, desordenados ficheros, insistentes teléfonos... Y, entre esta indescriptible promiscuidad, resignada, pasa sus días la goma cuidadosa.

Hace mucho tiempo que trabaja en esta dependencia, muchísimo tiempo. Puede decirse que ya tendría que jubilarse. Pero le encanta trabajar y lucir la más inmaculada limpieza que sustancia elástica alguna sea capaz de tener.

Tan es su afán de orden que, en cuanto el esparcido polvillo de grafito se adhiere a su pulida superficie, se turba de tal modo que en un arranque indescriptible se refriega contra el trapo pulidor. Luego, sudorosa pero satisfecha, regresa a su sitio.

Limpia y borra cualquier tipo de error. ¡Es fantástica!, por eso todos la buscan y utilizan. No hay trazo que pueda resistirse a sus friegas. Tintas renegridas, violentos rojos, enfurecidos azules y carismáticos verdes, comprueban la inquebrantable fuerza de la

goma cuidadosa; a su paso desaparece aquella mancha inoportuna o ese impertinente trazo. Pigmentos caprichosos y anilinas descontroladas han intentado, sin el menor éxito, desafiarla.

Pero, aquella mañana, la sorpresa sería para bien de todos. La goma cuidadosa había pasado toda la noche en vela. Elaboró una larga lista de las imperfecciones y los defectos. Escribió columnas de improcedentes fallos, frecuentes equivocaciones y señaló, en color granate, envidia, pereza, ira, orgullo, avaricia, lujuria y gula.

Por otro lado, recordó la importancia del cariño, el valor de la bondad, el beneficio de la certeza, el mérito de la puntualidad, la repercusión de la prudencia y de la honradez, la fuerza de la comprensión, el poder de la solidaridad... Estaba completamente eufórica.

Borró, borró y borró. Y continuó borrando. Con indescriptible destreza y rapidez, quitó todo aquello vulgar y grosero. Eliminó la impaciencia y la depresión, lo peligroso y nocivo, el odio y la tristeza.

Y se sintió inmensamente feliz. Estaba agotada, pero especialmente contenta. Al amanecer sucumbió a la tibia caricia de los primeros rayos de Sol, y se durmió bajo el folio de aquella larga lista, ahora completamente en blanco. JB

54. Una tijera cansada

Traqui, triqui, traqui, triqui...y zás. ¡Cómo cortaba aquella tijera!, segura y firme se contorneaba pícaramente sobre los más variados tejidos.

Aquellos estampados a lunares de diferentes formas y tamaños, las hermosas telas con detalles en hilo dorado, los terciopelos, los encajes, los bordados...

Sobre la aplanada y brillante superficie de acero, podía reflejar cuanto cachivache estaba a su lado. El obeso alfiletero, los carretes de multicolores hilos, la pálida tiza, la mezcla de botones, las cintas satinadas. Todo cuanto cortaba lo hacía con elegancia y destreza sin igual. Ella era particularmente delicada y femenina.

Con el flemático dedal solía pasar largas jornadas conversando los más variados temas y, sobre todo, programando actividades para las horas de ocio y esparcimiento.

Los alfileres habían autoasumido la función de informativos permanentes. Lo sabían todo de todos. Y su particular cometido lo tenían asegurado, porque siempre estaban pinchados en algún sitio. Esta ventajosa situación les permitía garantizar diariamente cuanto chisme rondaba por el costurero y sitios aledaños.

Últimamente, la tijera padecía fuertes jaquecas y quedaba tan cansada que casi no podía continuar con su trabajo. Esto sucedía, frecuentemente, con algunas gruesas telas de trama compuesta y fibras artificiales, con aquellas que tenían viscosas y poliamidas. Pero nunca había pasado con linos, algodones, hilos, o batistas.

Tampoco con las suaves sedas naturales ni con paños de pura lana. ¡Vaya contrariedad!

Aquella mañana, muy, muy temprano, el alfiler reportero principal se acercó a la tijera para informarle que ese día llegaban veinte metros de paño grueso, de doble ancho. Sin embargo, no podía comunicarle la composición del mismo. La tijera, aunque un tanto dormida, quedó impaciente. Antes de iniciar la jornada, la tijera afiló como de costumbre ambas hojas, sacudió enérgicamente pelusas y polvillo, y se dispuso a trabajar. Traqui, triqui, traqui, triqui, traqui, triqui, y ¡zas!, ¡qué bien lo hacía! Pero, ¿qué pasa?, parece que la tijera se ha atascado.

Un sudor frío se desliza caprichoso por uno de sus lados. Tiembla su debilitado cuerpo. Suspira tan profundamente que asusta. Resopla un par de veces, baja la vista. ¿Qué sucede?, ya no puede cortar y ha palidecido. ¡Se ha desmayado!

Esas gruesas fibras textiles artificiales, de tramas compuestas, que más parecen absurdas estopas que elegantes muselinas, habían atentado contra el diligente corte de la tijera cansada. En un vil acto de sabotaje y conspiración, taponaron su eje y así, turbada, permaneció entumecida con los ojos abiertos y fijos en un punto inexistente. Al rato y ya recuperada, sonreía al abrigo de sus incondicionales compañeros.

En adelante, no cortaría más aquellos paños cargados de hebras y filamentos sintéticos. Sólo movería su silueta entre tejidos de abolengo y sobre los de la más rancia aristocracia textil. JB

55. Una regla disciplinada

De aspecto casi informal, pero extremadamente presumida. Se la podía ver coquetear disimuladamente con el compás y, en ocasiones, con el puntero del aula magna. Su discreto color rosa dejaba entrever diminutos pimpollos de azahar que sostenían con delicadeza un par de frescas hojitas a cada lado de la vara principal.

Lo medía todo. Desde las mínimas longitudes a las más extensas, todo estaba controlado al milímetro. Por momentos daba la imagen de ser la plantilla medidora más nerviosa y perturbada. Tan delgada y plana.

Sus números y cientos de rayas milimétricas eran de excepcional calidad, incluso en el ambiente era conocida como la regla más precisa y minuciosa. ¡Ah!, sí, sus trabajos resultaban siempre increíblemente detallados y rigurosos. Era fácil realizar trabajos con la inestimable ayuda y colaboración de la regla disciplinada.

Sin embargo, había que tolerar con paciencia sus particulares rarezas. Todo a su alrededor estaba medido al milímetro. Cada uno de los objetos que caían bajo su jurisdicción debía ocupar sitios exactos. Y de esto se encargaba, evidentemente, la regla disciplinada.

Incluso aquellas otras cosas que, sin ser de su competencia directa, sucumbían resignados a su medición. Esto, en ocasiones, resultaba un tanto molesto y hasta podría decirse irritante, pues representaba un auténtico obstáculo para las relaciones sentimentales de quienes estaban sojuzgados al gran y lapidario peso de la planchuela medidora. Especialmente odioso era para el sacapuntas, quien tantas, y tantas veces intentó seducir desde una distancia

inadecuada, sin lograr éxito alguno, a la atractiva y cautivadora goma de borrar.

Una mañana, muy temprano, tan pronto habían desaparecido al calor del Sol las últimas gotitas de rocío, la regla disciplinada salió a hacer sus cotidianos trotecitos para mantener la figura.

Decenas de abdominales, flexiones, piruetas y más flexiones. ¡Tric! ¡Trac! ¡Tric! ¡Trac!, arriba, abajo, flexión, salto y pirueta. Y nuevamente ¡Tric! ¡Trac! ¡Tric! ¡Trac!, arriba, abajo, flexión, salto y pirueta. Y ¡zás!, con tanta gimnasia el mareo de los números y de las rayas milimétricas era descomunal.

Se agruparon el 2, con el 0 y el 8, el 1 con el 9 y el 5, formándose números de tres cifras sin orden alguno. Toda una auténtica catástrofe numérica. La evidente angustia y desolación de la tablilla no se podía disimular. Pálida, solloza y turbada no supo qué hacer. En tan confuso momento, el bueno del secante, a quien la regla disciplinada tantas veces había regañado por estar unos milímetros fuera de su sitio, la acarició suavemente mientras murmuraba que ya tenía la solución.

Debía repetir sus ejercicios matinales, pero al revés. De este modo, todos los números que se habían fugado retornarían a sus lugares de residencia habitual. Así lo hizo, pirueta, salto, flexión, abajo, arriba, trac, tric, trac, tric... y volvió el orden. Qué contenta estaba, y cuán agradecida a su gentil compañero el secante.

Desde entonces, la regla disciplinada es más tolerante e indulgente. Ya no fastidia tanto con ese permanente control de las distancias entre cada uno. Incluso, se rumorea el postergado romance entre la primorosa goma de borrar y el paciente sacapuntas. JB

56. Una tetera añeja

Su silueta era del todo simpática. Generosamente abombada en la parte inferior, sostenía con especial elegancia una modesta tapa que remataba en una esfera tan redonda como ninguna otra. De plata labrada y fino baño interior en porcelana blanquísima, dejaba libre uno de sus costados para lucir las iniciales de su propietaria barrocamente grabadas.

Conocía todas las costumbres de esa familia. A lo largo de décadas compartió, en impuesto silencio, todas las tardes de té.

Algunas de estas reuniones eran lo más entretenidas, pero otras, otras rozaban los límites del aburrimiento y quedaban al filo del hastío y la desazón.

Pero, fueran divertidas o rutinarias, siempre atendía infatigable aquellos comentarios. Sobre todo, disfrutaba de los romances y, en ocasiones, hasta tuvo intención de intervenir y exponer su particular punto de vista acerca del tema tratado. Más aún la intrigaban los comentarios de las damas casaderas teniendo que, a veces, esforzar el oído para no perder el hilo de la conversación.

Las recatadas féminas, de aterciopelados y largos vestidos engalanados, por lo general, con preciosos bordados y superpuestos encajes, permitían a la tetera escuchar las más secretas intimidades.

Participar desde el anonimato, y desde hacía tantos años, de esas tardes de confidencias, aquellas horas de confesiones que se eternizaban, y más de una declaración de amor. Esto representaba el mayor placer para el discreto y añejo receptáculo.

Solía contemplar, mientras conversaban, las diferentes expresiones de los distintos rostros.

Semblantes serios que sostenían espesos bigotes ahumados por el humear de una retorcida pipa. Rostros pálidos que apenas se sonrojaban al calor de los leños del fogón, caras jóvenes, adultas o señaladas ya, como si de jeroglífico se tratara, por el indomable paso del tiempo.

Todo, en conjunto, era tan especial para la tetera, que cada atardecer aguardaba impaciente la hora del té.

Como aquella tarde no recuerda otra y, hasta a veces, piensa que será irrepetible. Porque ellos, finalmente se encontrarían. Después de esperar tantos años y mantener vivo ese amor tan sólo con semanales epístolas cargadas del más puro cariño. Sí, al fin entrelazarían sus manos y cruzarían sus miradas en prolongados y más que elocuentes silencios.

Por eso, aquella tarde tan particular y tan esperada, la tetera derramaría todo esfuerzo para eternizarla. Y así lo hizo. Sirvieron una y otra taza de té. Llenaron nuevamente los vacíos receptáculos. Volvieron a disfrutar sorbo a sorbo el sabroso líquido.

Fue entonces cuando la tetera, fascinada por ese ambiente casi embrujado, hizo que su contenido se volviera momentáneamente interminable. JZ

57. Un plato distinguido

¡Era imposible! Sí, decididamente no podía ser. Esos infortunios que, aunque pasajeros, dejaban perplejo a cualquiera. Y aquellas riesgosas aventuras, fruto del más irreverente desparpajo. Tan blanco, plano y lustroso. Su ovalado perímetro destacaba una línea exterior en fino oro. Bajo ésta, cientos de aporcelanados hilos azules entretejían la más compleja y perfecta filigrana esmaltada.

Comentaba, con aire atrevido y tono casi insolente, sus recientes y más estrepitosos descaros. Sin embargo, pese a convertirse por momentos en el elemento culinario más insoportable, sus travesuras eran de lo más simpáticas y hasta entretenidas. Solía exagerar las situaciones, y aún esto daba un toque cuasi distinguido a todos sus relatos.

Aquella mañana hacía frío. Los copos de nieve habían cubierto todo el jardín. Apenas se podían divisar algunas matitas esparcidas. El plato parecía aburrido. Pero, la expresión de sus grandes ojos dejaba entrever sus retorcidos pensamientos.

Meditaba largas horas sobre sus conquistas, y en ocasiones relataba con extremo lujo de detalles, alguna de ellas. Una primavera, bastante calurosa, había estado pensando en cuál sería el alimento que debería soportar sobre su pulida superficie. Desde luego tenía sus particulares caprichos.

Las salsas y cremas le ponían frenético de alegría, las ensaladas le daban escalofríos, pero las pastas, ¡ah! las pastas, le envolvían en los sueños más extravagantes.

Llegó la hora, abrió bien sus enormes ojazos intentando adivinar el menú, olfateó un par de veces, pero nada olía a entremezclados

sabores de espesas y suculentas salsas, tampoco esas suaves cremas aparecían. Para su decepción había ensaladas, todo tipo de ensaladas, tropicales, campestres, exóticas, autóctonas, cada cual más aceitosa o avinagrada. Cubrían la lustrosa superficie del plato muchas débiles y casi incoloras lechugas y en menor cantidad, aunque igualmente fríos, petulantes rabanitos y ruborizados tomates junto a los curvados semicírculos de alguna distraída cebolla.

Ante semejante invasión vegetal, comenzó a tiritar de una manera, que hasta los dientes del tenedor que estaba a su derecha hacían lo propio, aunque hay que admitir que con más ritmo y elegancia. Las copas murmuraban asombradas, y los panecillos de harina integral estaban absortos.

Fue tal el frío que pasó durante aquella interminable ensalada que, desde entonces, lleva una larga bufanda a rayas con largos y enredados flecos. JB

58. Un cucharón enamorado

A pesar de su muy avanzada edad y del aspecto, trabajaba incansablemente cada día. Lo que más llamaba la atención era que, pese a ser de barro cocido, se había mantenido activo desde hacía, al menos, trescientos noventa años. Era tan presumido que su coquetería le impedía revelar su edad. Incluso escondía secretamente su carnet. Solamente le faltaba un pequeño trozo en la parte frontal, que había perdido una ajetreada mañana víspera de Navidad.

En la gran cocina era el que más madrugaba y despertaba a las perezosas cazuelas y cansinos moldes de tarta. Las cacerolas solían desperezarse escandalosamente, levantando una y otra vez abolladas tapas enlozadas.

Disfrutaba de sus jornadas pleno de energía. En su pronunciado cuenco había transportado, a lo largo de más de tres centurias, toda clase de alimentos. Sólidos, líquidos, más o menos espesos, más o menos sabrosos, duros, blandos, fríos, calientes, dulces y salados.

Comentaba un día, no sin reflejar su rostro cierto aire picarón, lo bien que se lo pasaba dentro del cazo de las verduras. ¡Chuic! ¡Chuac! ¡Chuic! ¡Chuac! Era un granuja de cuidado y un enamoradizo sin límites.

El nació y vivió enamorado. Sus ojos reflejaban, con gran astucia, los más avasalladores sentimientos. Galanteaba, con indescriptible educación y elegancia, cuanta fémina se cruzaba por su camino.

Las almidonadas patatas, de formas sensuales y redondeadas, junto a las ruborizadas remolachas, fueron sus incondicionales amigas y consejeras.

Sus relaciones no resultaban tan satisfactorias con las rechonchas calabazas, aunque esto no era obstáculo para que también fueran centro de sus miradas. Sin embargo, resolvió mantener diplomáticos vínculos con ellas, guardando estilo y distancias necesarias.

Una noche, recuerda, se enamoró perdidamente de la luna... Emocionado, suspiraba al verla pudiendo, a la vez, escuchar los acelerados latidos de su revoltoso corazón. Hasta sentía celos del firmamento que la cobijaba. Mientras él, mísero e insignificante cacharro culinario, permanecía asomado a la pequeña ventana camuflado entre algunas servilletas. Cada noche esperaba impaciente su salida, contemplaba cómo el rostro argento iba cambiando de formas con el pasar de los meses y, en murmuradas confesiones nocturnas, le recitaba románticos versos colmados de profundas confidencias.

¡Era un imposible! y, aunque a lo largo de platónica y larga década mantuvo su lunático idilio, pudo superarlo. Pero, se encariñó con la espátula. Y esto era ya algo más serio. Pues la desenfrenada pasión no podía ser correspondida, estaba casada. Eso no importaba. Ni que la luna estuviese extremadamente lejos, ni que la espátula no fuera libre.

El cucharón seguiría enamorándose de las más y menos jóvenes, más o menos atractivas. Habrá que tener cuidado. Aunque nunca se sabe, los idilios son impredecibles. JZ

59. Una aldea de sonrisas

Esta es una de las aldeas más particulares que existen en el planeta de la alegría. Desde la entrada principal y en toda su extensión flotan en el aire dulces sonrisas.

Los milenarios duendes que viven bajo las copas de robustos árboles, siempre, siempre están contentos.

Estos diminutos seres duermen dentro de las bellotas de encinas que hay en el hermoso bosque de la aldea. Por eso, para no pisarlos, hay que tener mucho cuidado al caminar.

Visten divertidos trajes multicolores, con pintas o rayas. Se los puede ver gracias a sus sombreros de copa y ala ancha.

Estos sombreros, deben cubrir siempre sus cabecitas, pues de otro modo desaparecerían. Además, los dulces duendecillos tienen que cuidarse especialmente los días en que el viento sopla con fuerza, para evitar que la brisa empuje sus gorros protectores.

También los días de fresca y gratificante lluvia, los pequeños deben protegerse. Por eso suelen quedarse dentro de sus casitas asomando, tan sólo, la punta de sus redondas y rojizas narices.

Para visitarlos, es mejor por las mañanas soleadas, o por tardes, especialmente las de principios de primavera y fines de otoño. Ellos son muy conversadores y cuentan las historias más sorprendentes. Cuando se visita la aldea de sonrisas, hay que pasar todo el día, para poder disfrutar de tantas extraordinarias aventuras.

Cinco días al año, cada ocho años, los duendecillos desaparecen entre las miles de flores del jardín principal. Esto lo hacen desde el principio de los tiempos.

Quedan tan, pero tan ocultos que es todo un reto y una gran aventura encontrarlos. Y aquél que lo consiga primero debe conducirlo a la bellota correspondiente. Luego puede pedir tres deseos importantes.

Es fantástico contemplar la aldea de las sonrisas durante la noche.

Miles y miles de bellotas iluminadas por dentro, centellean esparcidas por los prados. Y esto es posible porque, apenas oscurece, las buenas luciérnagas llevan su luz a las casitas de los duendes.

La aldea encierra un gigantesco mundo maravilloso. Todos quedan sorprendidos y no pierden la sonrisa en sus rostros llenos de felicidad. Cuando abandonan la aldea, los visitantes conservan una sensación inmensamente agradable durante toda su vida. JB

60. Una lluvia de caramelos

Era maravilloso disfrutar de la lluvia de caramelos cada vez que se celebraba una fiesta importante. Caían de todos los sabores y envueltos en los más variados y brillantes colores. Todos eran bastante pequeños y muy, muy dulces.

Algunos tenían papel a pintas, otros a rayas, otros a cuadros, y todo en conjunto era un espectáculo único que sólo tenía lugar en la aldea de la abuela Maura. Porque cada vez, la abuela Maura guardaba uno. Sólo uno. Y antes de iniciar cada fiesta, lo arrojaba al cielo, y entonces llovían miles de caramelos. Esto solamente sucede en la aldea de la abuela Maura.

Esta aldea es muy pequeñita y está cubierta por frondosa vegetación. Casi en el centro está el gran lago, y hacia el Este se desploma una hermosísima cascada con ocho saltos. Allí viven muchísimos animalitos, ardillas, zorros, ciervos, pájaros, ranas, grillos, conejos y sapitos. Todos conviven en armonía y amistad.

En ocasiones quedaban suspendidos en el aire, dibujando hermosas figuras o formando, casi a la perfección, el motivo de la fiesta. En alguna oportunidad quedaron dispersos en todas las copas de los árboles del bosque y, al iluminarlos la luna, reflejaban entre sí cientos de colores, ofreciendo momentos de auténtico espectáculo y brillo.

Una vez, quedaron flotando, entre los cisnes y las flores de agua, en el lago de las ranas, y allí juntos se divertían, jugaban, corrían mientras entonaban dulces melodías.

Por eso siempre han sido tan especiales los días de fiesta en la aldea de la abuela Maura.

Son días esperados por miles de diminutas setas, chispeantes grillitos, divertidas enredaderas y por todos los duendes del bosque.

La abundante lluvia de caramelos cae silenciosa y suavemente sobre ellos, y aunque muchos dulces quedan atrapados dentro de los gorros de los duendecillos, debajo de las hojas, o entre las rugosa corteza de los árboles mayores, son sabiamente rescatados para formar parte del botín.

Luego de cada larga lluvia de caramelos, todos colaboran en la tarea de recogerlos y almacenarlos en sacos de fieltro y esparto.

Después se guardan en un rinconcito especial del bosque, custodiado por dos robustos centinelas de gingko-biloba. Esta labor la vienen haciendo desde hace miles de años, para poder distribuirlos durante las celebraciones de fiestas menores de la aldea.

Y así, siempre habrá caramelos para todos.

La lluvia de caramelos forma parte de la aldea de la abuela Maura.

Y ella, desde hace siglos, es la encargada de guardar un caramelo especial, que será el que llame a todos los demás, en los días de fiesta. JB

61. Una partitura singular

Allí estaba, como cada día, a la vera del inmenso ventanal. Disciplinada y tranquila y, hasta podría decirse, eternamente concentrada en su misión musical. Descansaba plácida sobre la tapa del majestuoso piano que destacaba en la sala por el inconfundible y renegrido brillo. Junto a la extraordinaria cristalera, la que reproducía con detalles perfectos el escudo de la familia, y desde el ángulo principal del salón, el Sol derramaba sin mezquindad alguna sus rayos que, al atravesar el vitró se esparcían chispeantes en la más variada gama de colores. La partitura disfrutaba diariamente de esa brillante sensación, habiéndose creado una atmósfera de secreta complicidad entre ella y el astro rey.

Lucía orgullosa una portada única en pergamino de irregulares ángulos. Ribeteada con diseños frutales barrocamente repartidos, se delineaban racimos cargados de uvas que se desplomaban entre las hojas de parra. La ilustración, en impecable plumilla color sepia, dejaba leer en perfecta caligrafía gótica, el título de la sinfonía.

Cada folio, ajado y amarillento, conservaba el encanto que brinda lo antiguo, lo cual hacía en un todo el más hermoso tesoro musical. Los pentagramas se dibujaban rectilíneos y muy ordenados.

Distribuidos simétricamente a lo largo de toda la composición musical y, tan sólo, aisladas señales de uso dejaban entrever el paso del tiempo. Pero, ¿dónde residía la singularidad de esta partitura?

Ciertamente era muy popular, y hasta se organizaban visitas guiadas para contemplarla. Cada primer martes de mes era el día señalado. La clave de sol daba la bienvenida, y las notas redondas y blancas eran las guías principales que explicaban, con detalle, los

encantos de la partitura; personas venidas de todos los rincones, se arremolinaban y buscaban el mejor sitio para poder apreciarla en toda su expresión. Montenegrinos, caucásicos, arios, europeos, nórdicos, escandinavos, bálticos, sajones, fineses, lapones, dináricos, mediterráneos, latinos, celtas, galos, íberos, celtíberos, magiares, letones, normandos. También lituanos, mongoles, beduinos, kurdos, turcos, otomanos, afganos, hindúes, nepaleses, birmanos, malayos, tártaros, y hasta esquimales y tibetanos la habían visitado.

Sobre su apergaminada superficie eran las fusas y semifusas las notas que mantenían el ritmo de las piezas musicales. Las blancas y negras, cadenciosas y sensuales, marcaban tras un guiño, los movimientos largo, lento, adagio, andante, moderato y maestoso, mientras las corcheas y semicorcheas, se encargaban de llevar a los movimientos, allegretto, vivo y vivace. Las semifusas eran asunto extraordinario. Sus características y largas pestañas, delicadamente maquilladas, expresaban con seductores vaivenes allegro, presto, prestíssimo y agitato.

Todas las notas, bellísimamente ataviadas con trajes adecuados a la melodía, se movían armónicamente al tiempo que indicaban los movimientos en los distintos géneros musicales sea músicа clásica, religiosa o popular: un minué, tango, vals, rumba, serenata, rondó, romanza, polonesa, rapsodia, marcha, preludio, obertura, ópera, opereta, zarzuelas.

Una vez finalizada la interpretación, la partitura con todas sus notas musicales: las claves de sol y de fa, los silencios, los corchetes, bemoles y sostenidos, celebraban una discreta e íntima recepción, tras la cual descansaban sobre el mullido encaje que habían formado cientos de pentagramas. JB

62. Una mesa sin complejos

Amanecía. La fina llovizna lo había mojado todo. El inmenso jardín estaba rebosante de vida. Verde, de un verde verdísimo. Las hojas desprendidas de las ramas de cientos de castaños tapizaban de un indescriptible color que entremezclaba amarillentos, anaranjados y marrones. Desde los balcones principales se podía contemplar la singular belleza de ese vergel, caracterizado por cientos de senderos bordeados de diminutas matas de especies autóctonas. Las pérgolas, barrocas y espectaculares, indicaban el buen gusto de su propietario, un coleccionista de muy variados objetos, desde libros autografiados por sus autores a trajes típicos de los más diversos países y épocas.

Por eso, la impresionante mansión disponía de tantas salas como colecciones del noble dueño. Estaba la biblioteca, la pinacoteca, la sala de los maniquíes con sus trajes tradicionales, la sala de los abanicos, la sala de juegos donde se encontraban algunos antiquísimos de entretenimiento, competición o desafío desde ajedrez, dados, damas, lotería, oca, parchís, naipes, rompecabezas, a los más sofisticados procedentes de culturas desaparecidas. En ese entorno moraría, finalmente, la mesa sin complejos. En el cobertizo donde había sido depositada por un tiempo, el precioso mueble aguardaba impaciente su traslado para ocupar su destino definitivo en la gran mansión.

Ovalada en madera de cedro, perfectamente tallada con delicados motivos florales, destacaban entre los abundantes ramilletes, parejas de querubines sosteniendo el escudo familiar. Era inmensa, tan, tan grande, que no había sitio donde se pudiera colocar con cierta holgura. Sin embargo, su descomunal tamaño no le causaba complejo alguno como tampoco le impedía estar siempre de buen humor. Y ello pese a la profunda oquedad que le producía un

indescriptible vacío. La superficie, bajo la cual se esparcía el área desocupada, estaba cubierta por un cristal que, aún más, dejaba ver la ausencia de contenido. Vacío, hueco, carencia... Sí, eso sentía. Pero, estaba acompañada por la talla de cientos de figuras y especies vegetales, con las que mantenía muy buenas relaciones y compartía conversaciones de lo más científicas.

No obstante, sentía ese vacío, esa carencia, esa falta. Toda su ahuecada y extensa superficie iba a ser invadida por una de las colecciones del aristócrata. La mesa desconocía de cuál se trataba. Pero le había llegado información sobre las completas selecciones que atesoraba la gran casona.

Pasaban las horas, los días, las semanas, los meses... y la mesa prolongaba su angustia aumentando la inquietud acerca de su destino. Finalmente llegó el día tan esperado. Se había terminado de construir la sala especialmente diseñada para alojar a la mesa sin complejos.

Una elegantísima habitación, igualmente ovalada, con suelos de madera que dibujaban, con increíble precisión y utilizando diminutos trozos de madera, la totalidad del maravilloso jardín que, desde el cobertizo la mesa había contemplado durante tanto tiempo. La bóveda estaba adornada con frescos que representaban escenas medievales cotidianas. Las paredes tapizadas en seda y las cortinas en el mismo tono se desplomaban generosas en cada una de las ocho enormes ventanas.

Allí, en un ambiente absolutamente acogedor y paradisíaco vive desde hace siglos la mesa sin complejos, custodiando con extremo cuidado y mimo cada una de las cucharillas que forman parte de la colección más increíble del noble aristócrata. JZ

63. Una cuchara especial

¡Qué preciosa! Era la cuchara más atractiva de cuantas había visto y, desde luego, la más conversadora. Sobre la desgastada superficie del cuenco destacaban, como si de arrugas se tratara, algunos rasguños que sin piedad lesionaban el otrora inmaculado y argento rostro. Pero eso no tenía importancia.

Refinada y distinguida sabía llevar con estilo los inequívocos e impertinentes zarpazos del tiempo. En el mango brillaban, aunque sin la nitidez del primer día, un par de iniciales grabadas en entrelazado arabesco. Ambas letras estaban encerradas en un óvalo perfecto que, hacia la parte inferior, remataba en un esmerado lazo. En el lado posterior una fecha señalaba su nacimiento.

Aquel día, al atardecer de una plomiza tarde de fina y persistente llovizna, comentaba unas aventuras y desventuras de lo más entretenidas. Mientras, el alborotado viento de otoño meneaba las últimas hojas de los árboles hasta hacerlas caer. Con términos elegidos y precisos relató parte de su ajetreada vida. Los primeros cincuenta y siete años los pasó, de boca en boca, en el convento de las monjas de clausura.

Aunque en casi todas las comunidades religiosas hay mucho silencio, prefería un poco de bullicio. Sin embargo, no le disgustó disfrutar medio siglo junto a las postulantas, novicias y beatas.

Allí adquirió una particular cultura monástica, aprendiendo textos litúrgicos, interpretación bíblica, cánticos gregorianos, salmos, y hasta sabía recitar de memoria la misa en latín. De esa congregación pasó a una de hermanitas franciscanas. O sea, pobres, pobres.

Allí, siendo cuchara de postre, valía también para sopas, cremas y cientos de potajes. Postres casi no había, no era costumbre en esa casa monástica. Allí conoció toda clase de legumbres, habichuelas, guisantes, garbanzos y habas.

Años más tarde, pasó a un cajón, donde permaneció mucho, mucho tiempo. Se cubrió de polvo, y se llenó de blanquecinas telarañas. Pero llegó el día de su liberación. Y ¡oh sorpresa! Fue a caer en las manos de un enloquecido boticario.

Este no paraba de fabricar pócimas, potingues y brebajes con variedades y mezclas de hierbas y aceites olorosos de penetrantes, nauseabundos y apestosos vapores.

¡Qué castigo!, se había convertido en la cuchara preferida del particular regente de la botica. Las repugnantes sustancias y las ochenta y ocho vueltas que daba cuando agregaba un yerbajo más, provocaban insostenibles mareos muy poco controlables.

Boldo, poleo, mejorana, enebro, tomillo... ya quisiera un amasijo combinado de cicuta, belladona y mandrágora, pensaba. Pero allí no acaba su relato.

Finalmente, el boticario se cansó, y la guardó dentro de su vitrina junto a un matraz, un embudo, un viejo alambique un tanto destartalado, una pipeta y varias jeringas.

Hoy, descansa feliz, ya no comparte vida conventual, ni soporta insufribles esencias. Semestralmente es lustrada, y sus iniciales resaltan con elegancia. La contemplan, valoran y admiran. Forma parte de una gran colección. JB

64. El botín aventurero

Compartía su existencia en el escaparate con una curiosa variedad de calzados. Distribuidos con arte en diferentes niveles aguardaban cientos de mocasines, botas y babuchas, junto a una serie indefinida de zapatillas, alpargatas y chinelas. Todos, en riguroso orden, estaban distribuidos a lo largo y ancho de la luminosa vidriera.

El botín Fer tiene color marrón parduzco oscuro, llamativo tacón bajo, gruesa suela de caucho negro, puntera reforzada, superficie impermeable y fuertes cordones que, al enhebrarse, rematan en un desganado lazo y dibujaban simétricamente una red infranqueable e imposible de desatar.

Su espíritu lleva impregnada la esencia de los más auténticos aventureros, cuenta con todas las características necesarias para enfrentarse a cualquier tipo de arriesgado derrotero, y la férrea decisión de ser un botín útil y eficiente. Por ello uno de sus sueños era convertirse en botín de bombero, y su profundo temor ser comprado y permanecer encerrado en una caja de cartón.

Conversador incomparable, compañero de sus compañeros y preocupado por la protección de la Naturaleza, le encantaban las peripecias, especialmente después de haber leído El Quijote, La isla del tesoro y La cabaña del tío Tom. Por las noches, deambulaba horas y horas entre sandalias, chancletas y pantuflas, descubriendo nuevos y apasionantes secretos de su vidriera y observando el sueño, apacible o inquieto, de sus compañeros de habitáculo.

Fer siempre comenta unos temas muy interesantes y de gran actualidad, acompañados con gesticulaciones y aspavientos, muy característicos de él.

Está especialmente informado sobre la vida de la aldea, y le encanta conocer sobre las fiestas vernaculares. Cuando se desvela, y para no molestar a sus vecinos, recorre la tienda en busca de compañía.

Suele conversar con las baldas de las estanterías, en particular con las gemelas de cerezo, pero la caja registradora es su preferida contertulia nocturna, paciente amiga y confidente durante esas horas de vigilia.

La tarde del pasado sábado le preocupaba algo que había escuchado en la radio, aparato que en esa tienda siempre está encendido: los incendios forestales. Fer estaba absolutamente indignado, y en individual protesta se lamentaba por la pérdida de tantos árboles. Cuando se enfadaba, los cordones se desataban agitándose como si fueran brazos de alguien muy, pero que muy enojado. Si tuviera a quién avisar se repetía con frecuencia, si pudiera enviar mi mensaje.

Durante las largas horas del día conservaba, con cierta actitud rebelde y no sin refunfuñar, la posición que le habían destinado. Este era un tema que requería largas terapias zapatiles por parte de la caja registradora, su amiga favorita. Era importante que Fer comprendiera que "ese" era su sitio, el lugar que le habían asignado los especialistas en escaparates. Tenía que aceptar compartir la esquina principal con el elegante y glamuroso zapato de piel blanca gamuzada, estilo Chanel, de altísimo tacón y hebilla tallada en marfil con incrustaciones en plata 925.

¡Ah!, jamás dejaba de escudriñar los posesivos rostros que gesticulaban y manifestaban las más aparatosas expresiones. Hasta tenía analizadas las diferentes posibles reacciones según edad, altura o sexo. Podía adivinar quién entraría a la tienda y de éstos, quién adquiriría algún calzado.

Siempre estaba alerta y cada vez tenía mayor destreza en su "arte" de vaticinar el posible comprador. Vigilaba, con profunda sospecha y cierta inquietud, las deseosas miradas que se posaban sobre cada zapato. Aquellos huesudos y retorcidos dedos índices, que al señalarlo profanaban su intimidad, le provocaban un impresionante temblor que recorría íntegramente su estructura vacuna. En ocasiones hasta temblaba tanto que parecía tiritar de frío. Sobre todo con las miradas, esos gestos curiosos y aquellos comentarios despiadados sobre modelos o estilos, impedían conciliar el sueño durante algunas noches.

La primera mañana de primavera era la favorita de las damas, pues ese día el escaparate se renovaba con las tendencias estivales. Muchas personas con gestos variopintos se acercaban a la vidriera. Expresiones, muecas y ademanes de todo tipo. Desde la jovencita cautivada por el tacón de charol rojo a la cincuentona tacaña en busca de lo más ajustado a su reducido presupuesto. Entre todas, el rostro de aquella ancianita lo sedujo especialmente, tanto que no pudo resistir entablar con ella un diálogo de gestos. La viejecilla, de ojos azules y mirada más dulce que la miel, respondió a Fer con un simpático guiño cautivando profundamente al botín.

Fer preguntó por su nombre, puesto que ella conocía el de él que estaba escrito, como señal de distinción y con letra de palo color rojo, en la parte superior de la lengüeta. La ancianita respondió: Eloísa.

Y tras aquél primer expresivo contacto, todo un flechazo, conversan animadamente de tarde en tarde. Uno de los primeros temas que Fer platicó con Eloísa, no sin dejar de expresar su opinión con esos característicos aspavientos y exaltadas gesticulaciones, fueron los incendios forestales.

Su preocupación era evidente, hasta los ojos se le volvían vidriosos y casi a punto de lágrimas, por ello le pidió que fuera al Ayuntamiento y llevara al Alcalde su protesta y su mensaje: "Cuando muere un árbol, el corazón se entristece".

Otra tarde le confesó, casi murmurando y con cierta timidez, la angustia que, desde hacía algún tiempo, no le dejaba disfrutar de sosiego. Su principal ansiedad era ese insistente presentimiento sobre que, alguna vez, alguien lo iba a comprar para formar parte de una colección privada. Esta idea lo invadía de agitación y pánico. Porque él prefería estar al calor y abrigo de su querida y cálida vitrina, disfrutando de la gente, conversando con sus amigas Eloísa y la registradora, y manteniendo la ilusión de ser botín de bomberos.

La ancianita comprendió tal congoja que, en parte, también era de ella, porque se quedaría sin su particular contertulio vespertino. Por ello lo tranquiliza y le dice que espere paciente, que algo se le ocurrirá.

A la tarde siguiente, Eloísa entra a la tienda de zapatos segura, aunque con cierta lentitud. Engalanada con su mejor traje de paseo -el de color malva-, bastón de ébano con empuñadura de plata labrada con sobre relieve de diminutos jazmines, y pamela en perfecta combinación con bolso, calzado y guantes de seda.

Pregunta por el propietario, Quintín, un obeso septuagenario con su característico bigote, impecablemente vestido y respetado miembro de la ya octava generación de dueños del negocio.

- Buenas tardes -saluda con elegancia sin igual la ancianita-, verá usted señor Quintín, adelanto que comprenderé su sorpresa cuando explique el motivo de mi presencia.

- Buenas tardes tenga señora -responde el dueño con voz grave y previo toser un par de veces-, es un gusto recibirla y conversar sobre aquello que la ha traído hasta mi humilde oficina.

- Verá -continúa Eloísa, al par que quita de su diminuto bolso un pañuelo ribeteado con puntillas hechas a mano-, verá. Casi no sabe cómo continuar.

- Siga, siga -dice un tanto curioso e inquieto Quintín.

- Se trata del botín...

- ¿Del botín?, ¿de qué botín?, en la tienda tenemos cientos de botines, incluso en nuestro Museo tenemos de casi todas las épocas, estilos y marcas. ¿Es que tiene algún inconveniente con el calzado que ha adquirido en esta casa? Si así fuera, lo llevamos al taller...

- No, no, señor Quintín. Sus zapatos son una auténtica delicia y caminar con ellos es como pasear entre nubes de algodón. Lo que sucede es que... -en ese momento entra el ayudante del señor Quintín y trae la correspondencia del día.

- Siga, por favor, señora, siga y disculpe usted la interrupción. Decía algo sobre "el" botín.

- Sí, exactamente, -respiró muy profundo, y sin pausa alguna dijo- el botín que está en su maravilloso escaparate, me refiero al que se encuentra en la esquina principal, ese tan particular, es para mí aún más especial.

- ¡Oh!, ¡qué curioso! -exclama el propietario a la vez que acaricia su espeso bigote- y, ¿podría saber qué tiene de singular?

- Naturalmente -responde inquieta-. Se llama Fer, es elegante, educado y su conversación fluida, amena y muy entretenida.

- ¿Conversación? -pregunta Quintín y abre los ojos tan grandes como luna llena-. Verá, que sea elegante no me sorprende -lleva el sello inconfundible de ocho generaciones con estilo-, que sea educado, es asunto de interpretación, pero que converse señora mía...

- Así es, aunque parezca extraño. Nos comunicamos con gestos y miradas elocuentes.

A esta altura del diálogo Quintín, aunque intrigado, no podía sino pensar que la viejecilla no tenía mucho sosiego. Sin embargo...

- Prosiga, amiga mía, me interesan sus comentarios, incluso mucho me gustaría admirar en directo vuestras "conversaciones".

- ¡Sería magnífico! buen señor, pero tendrá que ser en absoluta discreción y mantener férreo secreto.

Y así lo hicieron aquella tarde de enero, cuando Eloísa fue a conversar con Fer. Quintín, de espaldas a ellos, simulaba un control de rutina del escaparate y, de vez en vez miraba, con extrema prudencia, el "diálogo" que mantenían esos ya antiguos amigos. Le resultó absolutamente increíble, sin embargo, podía comprobarlo.

Tras unos días, durante los cuales Quintín confirmaba la cálida relación que unía a Fer con Eloísa, decidió enviar una nota a la ancianita en la que, textualmente, dejó escrito: "Hago constar por la presente, y a ello se compromete esta antigua casa de zapatos, que siempre se respetarán los deseos del Botín Fer". De esa forma Quintín apoyaba la amistad que había nacido en su escaparate, y hacía de Fer un amigo incondicional para Eloísa.

Sin embargo, y pese a las intenciones de la amable octogenaria y la generosa decisión del buen propietario, convertido en protector incondicional de Fer, el temor de siempre aconteció aquel día ¡sí!

Aquel día de invierno de oscurecido atardecer, en la primera semana de Noviembre, Fer, cual aplicado supervisor, estaba especialmente atento al trabajo que realizaba el nuevo aprendiz recién iniciado en el oficio. Al tiempo vio entrar un apuesto caballero, con gabardina y sombrero bombín, -muy inglés-, pensó, y continuó el seguimiento de la labor del nuevo empleado. Inmerso en la observación de la escena, escucha el pedido del británico cliente, dueño del anticuario más afamado de la ciudad, quien estaba decidido a comprarlo.

Al momento, un escalofrío recorrió las fibras más íntimas del botín Fer, y con evidente pánico presintió que sus días acabarían sobre la polvorienta y destartalada vitrina de una mohosa casa de antigüedades, atiborrada de todo tipo de incompletas baratijas, camafeos de platino, añosos marcos de cuadros, vetustos jarrones de porcelana china, centenarios códices preincaicos, raídos tapizados, oxidadas cámaras fotográficas, desteñidos guantes de gamuza, carcomidos utensilios de labranza, obsoletos molinillos de café -que mantendrían ese característico olor-, vasijas de barro, recipientes con fósiles -especialmente amonites y trilobites-, muebles de todas las épocas y estilos -hasta cunas de esquimales-... y lejos de sus amigas, Eloísa, la balda de madera de cerezo y la caja registradora.

Su presentimiento lo impulsó, repentinamente y sin dudarlo, a escabullirse entre las descartadas cajas de cartón de otras botas y zapatos en general.

Y así comenzó su inesperada travesía nocturna.

Ocultándose tras cuanto objeto pudo llegó, finalmente, a la acera del frente que, aunque sucia y mojada por el chaparrón recién caído, le proporcionaba el mejor escondite temporal detrás de un viejo y apestoso bote de basura. La noche estaba fría, muy fría.

Y el botín Fer inseguro, amedrentado y asustado, deseaba ver el despertar de su escaparate con las primeras luces de la mañana. Un calcetín de hilo que pilló en la huida le permitió resguardar, durante esas horas sombrías que se le hacían eternas, la lengüeta y parte del empeine. Pero la humedad calaba en su interior, y tenía miedo. Mucho miedo...

El alba daba la bienvenida a una nueva jornada. Fer el particular botín, con inequívocos signos de sueño, se introdujo en el escaparate hasta llegar a su sitio.

Los estiramientos y bostezos de sus compañeros de habitáculo no impidieron su reposo. Estaba muy cansado, dormitaba con señales de fatiga, de tanto andar y andar.

Llegó la tarde y de su mano Eloísa. Un par de suaves golpecitos sobre el cristal, a la altura de Fer, intentan despertarlo. Insiste una vez más y, por fin, Fer abre sus enormes ojos y, no sin cierto pudor, cuenta a Eloísa lo sucedido.

Comprendiendo la grave situación, Eloísa le promete gestionar su pronta incorporación al Cuerpo de Bomberos en la aldea de Rasair, institución donde ella es Madrina Honoraria. Así, podrá seguir conversando con su querido amigo y éste cumplir su mayor deseo.

El particular botín Fer mantiene la esperanza de hacer realidad su sueño, y siempre se escabulle con increíble habilidad en cuanto tiene ocasión de protagonizar nuevas aventuras. JJ

65. Un plumero de linaje

De poblado plumaje color marrón oscuro salpicado con pequeñas y muy bien distribuidas manchitas grises, el atado de plumas caprichosamente ordenadas remataba en disimulada unión con el mango de lustrosa madera pardorrojiza de bubinga originaria de África, más exactamente de Camerún y Gabón.

En el extremo, un pequeño orificio permite que pase una delgada cuerda de esparto, ya descolorida por el tiempo.

El sombrío color rojo del asidero daba al conjunto del adminículo de limpieza un aire distinguido que lo hacía destacar entre sus compañeros de habitación.

Esta característica, sumada a su extravagante, y no por ello menos llamativa manía, hacía del plumero un personaje del que todos hablarían. ¿Manías?, pues sí. Una gigantesca obsesión, que aún no llega a delirio, por mantenerse limpio, muy, muy limpio.

Tal excentricidad, muy probablemente, lo conduciría a una cita con el afamado especialista en este tipo de pruritos. La pericia del galeno estaba asegurada por los magníficos resultados obtenidos en casos similares.

Algo parecido, aunque nunca tan desmesurado, fue el incidente con el peine olvidadizo y, más recientemente, con la bruja distraída.

Tanto su dueña Anacleta, que había heredado la escobilla de desempolvar desde varias generaciones atrás, como Candela, la puntillosa y solidaria ayudante de cámara que, podría decirse, adora al plumero al punto de estar cuasi enamorada de éste, habían conversado largamente sobre la situación psicológica del nervioso

plumero quien, además de su estado de inquietud habitual, adolecía de esta preocupante manía.

Con Candela, quien hasta le ha puesto nombre y apellidos, muy aristócratas por cierto, mantiene largas conversaciones mientras hacen las tareas.

Discuten, incluso, la distribución de tareas asignadas a los otros enseres domésticos, desde cepillos, estropajos, escobas, lustradoras, aspiradoras así como, el comportamiento de éstos, puntualidad, evaluación de la tarea, presencia y reparto de horas de descanso.

El singular penacho de plumas que, según consta en el testamento de quien fuera su dueño inicial, tiene antecedentes nobiliarios y escudo de armas, impone con desparpajo sin igual, su rancio origen y destacada antigüedad, siempre con finos modales propios de su linaje.

Aun así, suelen surgir algunas escaramuzas, especialmente por la noche, puesto que el plumero nervioso, previo bostezar unas resonantes cinco veces, disfruta leyendo obras de José Hernández antes de ir a descansar. Los conflictos más serios surgieron el verano pasado, en ocasión de la Fiesta del Trapo Limpio, oportunidad en la cual todos los artilugios para la limpieza estaban en su correspondiente sitio. El calor era insoportable. El viejo embudo, que suele tener la tensión bastante baja, padeció lipotimia y la debilitada escoba se desmayó.

Sucedió entonces que el espacio ocupado por el plumero invadía una parte significativa del área concedida a la fregona. Entre el atado de anchas hebras y el desparramado plumero se generó la chispa que encendería el memorable altercado. La fregona estaba profundamente molesta por el calor excesivo que producía la

invasión de las plumas sobre la superficie de su brocha. Y, aunque intentó insinuar tal incomodidad, el desparpajo del plumero hizo ignorar a la sufrida fregona.

Por su parte, el plumero de alcurnia evitaba, sin éxito, rozar las tiras de su vecina las que, aun estando sumamente pulcras, provocaban cierta repugnancia al aseado plumero.

La situación llegó al límite de descontrolarse, momento en el cual debieron intervenir el paciente jabón y la buena de la esponja como mediadores.

Tras un conciliador diálogo, durante el que actuaron de testigos el paño de cocina -el blanco con rayas rojas y verdes- y la gamuza, se dio a conocer el acuerdo.

Según ese documento, y con la finalidad de mantener armonía entre los habitantes del cuarto de limpieza, se convocarían periódicas reuniones amigables con el objetivo de ir mejorando la relación entre el plumero y la fregona.

Poco a poco fueron comprendiendo la necesidad de convivir pacíficamente, sin discusiones ni altercados.

Así con el paso del tiempo, se logró una agradable y enriquecedora convivencia de la que disfrutaban, no solo el plumero y la fregona, sino también el jabón, la esponja, el paño de cocina y la gamuza. ¡Objetivo cumplido! JZ.

66. Un rallador indeciso

Los ralladores son útiles herramientas para realizar el trabajo culinario. Versátiles, prácticos, funcionales, incluso solidarios. Por lo general disponen de una superficie metálica curva, o recta, cubierta de agujerillos, orificios o ranuras de bordes salientes afilados que pueden ser de diferentes tamaños, formas y creaciones.

Raspando de forma enérgica y repetida la rugosa y perforada superficie, desmenuza o lamina alimentos, como nuez moscada, queso, zanahoria, chocolate, ajo, limón,... El producto obtenido cae, habitualmente, en la parte inferior y se recoge en un recipiente, cajita o cualquier superficie donde puedan precipitar los fragmentos.

Existen algunos tradicionales, los más convencionales y familiares, los de uso diario manual y, también, los de alta categoría tecnológica y escrupulosos diseños industriales. La parte inferior del rallador indeciso es de madera, color castaño claro y, sobre la superficie en ambos lados, se lee con perfecta caligrafía gótica en color sepia avejentado: "Râpe de Cuisine-Fonderie".

Claro, es de origen francés, de allí su nombre: Gérard, que es como lo llaman habitualmente. Nada de diminutivos ni aumentativos, no le gusta. Solamente Gérard. Era listo, aplicadísimo, más puntual que ningún otro utensilio y, especialmente, culto. Sin embargo, tenía un pequeño inconveniente que pasaría inadvertido, si no fuese por su historia familiar. Según cuentan, ya su tatarabuelo paterno, había manifestado cierta inclinación hacia esta extraña particularidad: simplemente era indeciso, profundamente indeciso y dubitativo. El motivo de los inevitables titubeos que, por momentos, hacían que se avergonzara, es la incertidumbre sobre la acción de rallar ¡cáspita!,

¿Cómo puede ser eso? Pues bien, no sabía decidir qué resultaba más útil, si rallar desde abajo hacia arriba o desde arriba hacia abajo. Esta disyuntiva provocaba que Tomasa, la diligente y antigua cocinera de la casa victoriana, retrasara sus tareas porque, según se levantaba el rallador indeciso, rallaría desde arriba hacia abajo, o desde abajo hacia arriba. La situación no podía continuar en ese estado de vacilaciones.

Por eso, su buena amiga la espátula, la de silicona color verde manzana, que tiene forma de doble corazón, y que llegó en barco desde Manchester, le sugiere que escuche música y se contagie de los ritmos. Siguiendo esos consejos ahora utiliza unos simpáticos auriculares en tonos marrón pastel a juego con la base de madera y selecciona los diferentes géneros musicales, desde clásicos, populares, vocales, y bailables como vals, tangos, rumbas, antiguas danzas como la polonesa, folclóricos como tarantelas, incluso marchas que, a no dudar, imponen marcialidad. Entre tanto movimiento el rallador indeciso olvidaría su "particularidad".

Eligió contagiosos ritmos, uno para cada día de la semana y para cada alimento a rallar. Así pues, lunes rallaba limones a ritmo de cha, cha, cha, martes chocolate al compás de pasodobles, miércoles jengibre con movimientos del malambo, jueves ajos acompañados de samba, viernes zanahorias siguiendo el taconeo del claqué, sábado queso con melodías de tarantela. Y el domingo,... el domingo había música variada y todos los utensilios culinarios participaban del baile. Al principio, la fiel cocinera Tomasa casi no sabía qué hacer.

No obstante, la programación mantuvo el orden y la disciplina. Todo un acierto de la británica espátula para que el rallador indeciso olvidara su peculiaridad mientras trabajaba. JJ

67. El mantel vergonzoso

Petronilo, -que así es como le llaman sus amigos- es uno de los manteles más admirados del mundo. No solamente por su bondad y generosidad sino, especialmente, por su exquisita sensibilidad.

Es blanco, blanquísimo, de fibra de lino traído desde Asia central, probablemente de las montañas del Cáucaso, hace ya mucho tiempo, casi tres siglos. La superficie está delicadamente bordada en tonos suaves color pastel en la gama de colores ocres y pardos. Es tan, tan precioso, que no hay posibilidad de otro semejante. Todo en el mantel vergonzoso es único, valioso e irrepetible. Desde sus descomunales dimensiones, mide ocho metros de largo por cinco de ancho, la perfecta distribución del bordado en seda natural, hasta el conjunto de servilletas que lo acompañan.

Se guarda en un arcón de madera de roble, hecho a mano por el ebanista de la familia -el de larga, negra y espesa barba-, realizado especialmente para él y así, ajeno a los rasguños del paso tiempo, se ha conservado intacto. Cubre una de las mesas principales del castillo de Marosan, un mueble vetusto pero muy bien preservado, que se encuentra en la Sala de Armas y es utilizado en las celebraciones más destacadas que tienen lugar en elegidas fechas. Los días de festejos se programan al inicio de cada año, y en enero todo el personal, incluidos los encargados del mantel -que son tres-, conoce el número de galas y los días exactos.

Ello le permite al mantel vergonzoso prepararse para el cometido que lleva años esperando concretar. ¿De qué se trata? Pues que está perdidamente enamorado de una de las servilletas. Sin embargo, el profundo sentimiento que lo consume y lo vergonzoso que es, le

impide actuar directamente y con cierta rapidez. Son treinta y dos, pero hay una, sólo una, por la que es incapaz de conciliar el sueño. Y piensa, y piensa, y las horas se le hacen eternas. Durante algunos desvelos, Petronilo borda sin cesar pequeñísimos y primorosos corazones y los guarda en cajitas de cartón de distintos colores, que esconde secretamente en la parte inferior de su cama, más exactamente hacia el ángulo superior derecho. Y así, sereno, finalmente se duerme. ¿Y para qué borda tanta cantidad de diminutos corazoncitos?

Considerando que, aunque son muchas las veladas y jolgorios, por causa de su timidez resultan insuficientes las ocasiones que le permiten declarar su amor a la servilleta. Ella, cuyo perímetro se engalana con impresionante y delicada puntilla veneciana, ajena absolutamente a los disimulados galanteos del mantel vergonzoso, ignora la razón de los diminutos corazones que, elegantemente esparcidos en la parte superior, la coronan durante los banquetes y se desvanecen poco antes de finalizar el bullicio.

Fue el centro de mesa de plata labrada, cual Cupido, intervino para agilizar el idilio del que había sido informado hace algún tiempo por los saleros de porcelana y la rancia tetera. Las cuestiones estratégicas quedaron a cargo del centro de mesa y de los saleros, en tanto que los asuntos más femeninos -como anunciar las buenas intenciones del pretendiente Petronilo-, fue misión de la tetera.

Tras unos meses de cuidado cortejo, lleno de galantería, durante los cuales no faltaron hermosos ramos de flores silvestres y fragancias en botecitos de cristal, la elegida servilleta inmersa también en tan entrañable idilio y acompañada por la tetera, correspondió a quien se había convertido en su compañero de vida. JB

68. El martillo parlanchín

Los martillos son herramientas para golpear una pieza, una superficie, clavar, encajar una parte con otra, romper algo...

Están diseñados con un propósito particular, y por ello sus diseños y los materiales con que están fabricados son muy variados. Los hay enormes, grandes, pequeños y diminutos, y pueden estar fabricados en hierro, plástico, madera o caucho.

Los martillos más antiguos tienen muchísimos años, eran de la Edad de Piedra, allá lejos cuando los habitantes del Planeta vivían en cuevas. Claro, estos martillos eran de piedra. Todas las civilizaciones hicieron sus martillos y, por regla general, constaban de un mazo o cabeza unida a un mango de madera. Martillos normales, por así decirlo.

Pero Rudesindo, ¡ah!, Rudesindo es un auténtico personaje en el taller de carpintería y ebanistería que está situado al fondo del callejón principal en la Aldea Aukan, nombre que en idioma mapuche significa ser o sentirse libre.

Su aspecto deja un poco que desear, casi siempre va desaliñeado y se mueve con un aire bohemio que le da un aspecto afrancesado difícil de confundir. Hay que reconocer, desde luego, que es un infatigable trabajador que inicia muy temprano su jornada laboral.

Como llega tan temprano a la carpintería aprovecha para sacudirse el polvo, lavarse y vestir la bata de trabajo de la empresa: un elegante uniforme que identifica la antigua empresa.

En el caso de Rudesindo el atuendo, además de haber perdido parcialmente el color marrón, está raído, tiene uno de los bolsillos

inferiores descocido, le faltan tres botones y el logotipo está cubierto por una mancha de pegamento que sólo deja al descubierto el final del nombre del establecimiento. La gorra, que todos los demás dependientes llevan puesta, la utiliza para guardar sus caramelos de menta sin azúcar.

Pues bien, dejando de lado su particular imagen que, ciertamente, lo hace aún más especial, es un entretenido conversador. Habla, habla y habla, durante toda la jornada laboral. Literalmente solo deja de hablar cuando bebe agua de una pequeña botella azul. Tras esa minúscula pausa, respira profundo, mira al techo -como pensando- y continúa con sorprendente alegría su parloteo.

¿De qué habla?, ¿quién lo escucha? Hay que reconocer la paciencia de su dueño, es él quien, discreto y casi resignado, atiende la copiosa y por lo general descriptiva conversación de Rudesindo. Y, aunque inicialmente desconcentraba terriblemente la tarea que estaba realizando, llegó a disfrutar tanto que hasta le intrigaba saber de qué hablaría la siguiente jornada.

Durante sus diálogos, más bien monólogos, hasta se permitía dar alguna indicación adicional: lija más aquí, pon un clavo allí, barniza mejor aquella puerta... Estaba atento a todo, era por momentos ¡exasperante! Sin embargo, cariñoso, bromista muy amable con todo y con todos.

Sus charlas siempre estaban cargadas de valiosa información y absolutamente ajenas a cualquier tipo de murmuraciones.

Locuaz, comunicativo y ocurrente conversaba sobre los más variados aspectos socioculturales, el último concierto homenaje a Sarasate, descubrimientos científicos, leyes de la física, moléculas, clonación de mamuts, hasta del polvo cósmico y los anillos de

Saturno, y lo que más le gustaba era recitar largas poesías y desafiar sobre colores de banderas, conocía también las náuticas.

Pocos días antes de fin de año, inesperadamente, Rudesindo dejó de hablar. Ni siquiera pudo decir qué le ocurría. Sus ojitos, entonces brillantes y enormes, habían perdido ese aire picarón que lo caracterizaba. ¡Estaba mudo!.

Quizás una extraña alergia a la madera, o al serrín, o tal vez a esos troncos que llegaron al taller la semana pasada y olían a fertilizante. Todos estaban preocupados, incluso tristes, pues Rudesindo les alegraba el día, les informaba y les llenaba de cultura con temas interesantes y de gran actualidad. ¿Qué había pasado?, ¿ya no conversaría más?

Nada más lejos de ello. El chispeante arte de Rudesindo, unido a su inigualable simpatía, lo impulsaron a celebrar ese día 28... Y, un resonante ¡inocentes!, ¡inocentes!, coronó de alegría y risas la jornada. Indudablemente, especial entre los especiales. JZ

69. El abanico misterioso

Los abanicos son curiosos objetos utilizados en todos los tiempos y en todas las culturas, llenos de magia, secretos y misterios. Cuando están abiertos tienen forma de semicírculo y cerrados mantienen la rigidez del caballero medieval. Están hechos con la unión de una serie de varillas de madera, nácar, hueso que, sujetas por fino lienzo, piel, papel o plástico, tienen distintas funciones como ventilar, espantar insectos, y también son objetos ceremoniales y ornamentales, indicativos de prestigio social.

El origen de estos prácticos artilugios se pierde en la noche de los tiempos o, lo que es lo mismo, hace ¡muchísimo! La tradición del uso del abanico en China es milenaria; hay noticias de su uso hacia el 2700 a.C., es decir ¡más de 4700 años!, y es una leyenda la que atribuye su invención a la hija de un mandarín. En la prehistoria el ser humano avivaba el fuego con una especie de pantallita.

Egipcios, babilonios, asirios, medos, persas, árabes, griegos y romanos, incas y aztecas utilizaban abanicos en diferentes formas, tamaños, colores y materiales.

Incluso Cristóbal Colón, al regresar de su primer viaje a América, obsequió a la reina Isabel La Católica un abanico de plumas. Los abanicos egipcios, por ejemplo, eran de gran tamaño, semi circulares, y de plumas con mangos largos.

Hay curiosas tradiciones relacionadas con el abanico. Los griegos recién casados abanicaban a su esposa mientras ésta descansaba, en señal de delicada consideración. Las damas del siglo XIX y principios del XX, que debían ir a los bailes con su madre o mujer

de compañía, necesitaron inventar unas claves secretas para comunicarse con los caballeros pretendientes y, al mismo tiempo, ser discretas y pasar desapercibidas.

Los mensajes cifrados tenían unas señales inequívocas que el destinatario de las mismas debía conocer. Abanicarse rápidamente significaba: te amo; dejar caer el abanico: te pertenezco; cubrirse del Sol: eres feo y no me gustas; apoyarlo sobre la mejilla derecha: sí; sobre la mejilla izquierda: no; cubrirse la cara con el abanico abierto: sígueme cuando me vaya; a medio abrir sobre los labios: puede besarme.

Así, este precioso objeto, tan útil y silencioso, es digno de admiración, produce aire fresco ahorrando energía, no hace ruido, y es complemento ideal para algunas ocasiones.

Nuestro fiel personaje -Tiburcio- tenía estas sentimentales tareas, pero además es el más distinguido, galante, ilustrado, conciliador... y, misterioso. Es tan, pero tan, pero tan requete especial, que incluso la Real Academia Internacional de abanicos, por unanimidad, lo ha premiado con el Alto Nobel Diploma encomendándole la misión, y reto a la vez, de formar otros abanicos según sus valores, principios y personalidad. Desde entonces, aquél 5 de noviembre, Tiburcio dirige y coordina la institución con entusiasmo, firmeza, dedicación, cariño y gran profesionalidad.

Pero, ¿qué tiene de particular este abanico? ¿A qué se debe tanta distinción? Desde el abanico más antiguo que perteneció a Namer y se encuentra en el Asmolean Museum de Oxford, no ha habido otro igual, ¡ni siquiera parecido! Y es que Tiburcio tiene su propio lenguaje de señales y signos.

Por ejemplo, cuando está enfadado, se vuelve gelatinoso, si está inquieto, tiembla acompasadamente, si está a punto de cumplir una tarea, da saltos de alegría. Cuando no encuentra una solución y el caso es urgente, queda pálido y desprende frío. Cuando tiene espasmos y estornuda al mismo tiempo, la situación es muy compleja. Si da volteretas mientras se rasca la nariz, algo bueno va a pasar. Si vislumbra arreglo inminente, le salen dulces motitas multicolores y caen pequeños confites y caramelos. Aunque lo más sorprendente es la enorme capacidad que tiene para conciliar a personas enemistadas.

Esas personas tristes y llenas de hostilidad. Eso no le gusta nada a Tiburcio. Por eso, en cuanto advierte indicios de malestar, allí acude presuroso y comienza su trabajo. Unas veces es sencillo, porque las personas desean estar en armonía. Pero otras ¡caracoles!, en otras ocasiones el trabajo para Tiburcio es muy difícil y complicado.

En clase Tiburcio era severo, en particular con los abanicos remolones y los recién llegados que no acababan de adaptarse al ritmo de estudio.

Aprendían sobre valores, principios y comportamiento, buenos modales, cortesía y hospitalidad. También sobre saber ser, saber estar, sobre respuestas oportunas y preguntas adecuadas.

Una tarde de otoño se presentó en la sala principal de la ópera para poner orden en un caso bastante particular. Los indicios de arreglo no eran muy halagüeños, razón por la cual Tiburcio comenzó a estornudar y a tener unos espasmos terribles. Incluso se volvió morado y, por momentos, se desvanecía sobre la alfombra con el cabello totalmente erizado.

La situación general no acompañaba. Fuera llovía a cántaros y los truenos ensombrecían el ambiente. Desde hacía unos meses Kimboi y Lanai estaban enfadados. Esa situación apenaba a Tiburcio.

El motivo del distanciamiento de estos buenos amigos era el orgullo y el engaño, dos defectos en los que solía caer Kimboi. A su vez, Lanai estaba triste y se sentía defraudada.

Kimboi era muy informal en cuanto al cumplimiento de horarios y siempre tenía alguna escusa, inventada desde luego. Lanai decidió suspender los encuentros dominicales. Entonces Kimboi reaccionó de inmediato. ¡No podía continuar así y mucho menos afectar a su buena amiga Lanai!

Cuando Tiburcio advirtió el inicio de arreglo, comenzaron a aparecer sobre su cuerpo motitas dulces, aunque todavía sin colores ni sabores.

Al comprobar que caían multicolores caramelos, muy dulces, y Kimboi y Lanai elegían sabor de frutas del bosque tras la firme promesa de Kimboi de corregir su comportamiento... ¡había llegado al fin la reconciliación! JB

70. Una cacerola nerviosa

Las cacerolas son desde tiempos remotos recipientes muy útiles en los fogones. Las más antiguas fueron hechas tallando piedra y dando forma al barro. En la actualidad hay tantos diseños, materiales, funciones, tamaños y formas, que existen catálogos especializados en este noble y servicial objeto culinario.

Gumersinda, antigua cazoleta de la Posada Real de la Princesa del Alto Orinoco, es una cacerola muy, muy especial... ¡especialísima! Es de color rojo, un rojo intenso salpicada con motas blancas que le dan un aspecto divertido y muy juvenil.

Es gorda, muy regordeta hacia la parte central de su espacioso cubículo. Tiene un par de asas y un golpe, bastante marcado, debajo de una de las asas, que ha afectado tres lunarcitos blancos. La tapa también es de color blanco con motitas rojas... ¡un primor! Es la alegría de la cocina.

Simpática y divertida, de grandes y redondos ojos, pestañas larguísimas y sonrisa espectacular que va de asa a asa.

Lleva la música dentro y, en los días de fiesta culinaria, golpetea rítmicamente su tapa -a la que ella llama Pamela-, produciendo sonidos similares al del tap... ¡por su tapa!

Gumersinda tiene muchos años de convivencia pacífica con el bueno del fogón, que soporta a la inquieta y pesadísima sartén de hierro, a la vieja y gruñona cafetera de latón enlozado color azul y salpicada de florecillas lilas, y al estirado cucharón con largo mango, que siempre conversa con infundados aires de grandeza en la pandilla de la zanahoria, el ajo y la cebolla. La cacerola es nerviosa porque tiene alergia a la cebolla, tanta alergia que las

reacciones ante tan sólo la cercanía del bulbo le provocan las más disparatadas reacciones. Además del característico malestar, se desencadenan consecuencias físicas para la superficie externa de Gumersinda. Las más evidentes son el brusco cambio de color a un negro renegrido y transpiración, aún más que cuando hierven vegetales en su interior.

Pero la más penosa para todos es la tristeza que la invade, lo cual hace que pierda la hermosa sonrisa y sus ojitos queden reducidos a menor tamaño que una lenteja pequeña. Esta situación preocupa a todos sus amigos, sean vegetales o utensilios de cocina.

El temor a la elaboración de alguna comida en la cual parte de los ingredientes fundamentales sean cebollas, enteras, cortadas, ralladas, en cubitos o deshidratadas, la ha mantenido con cierto grado de constante intranquilidad. Su relación con las cebollas y sus aliados es meramente diplomática, procurando mantener las distancias que la situación exige.

Las zanahorias, incondicionales amigas de Gumersinda, han asumido su defensa frente al ataque de las cebollas que, compinches de los ajos y del cucharón, hacen la vida imposible a la cacerola nerviosa.

Y ocurrió que, estando próxima la semana de festejos, en la amplia y completísima cocina de la Posada Real todo era frenético. Los preparativos incluían la actuación musical de Pamela -la tapa de Gumersinda-. En el ambiente se respiraba la alegría propia de estas celebraciones, pero la perspicaz y prudente zanahoria advirtió que en el menú del chef Macario uno de los platos incluía cebollitas caramelizadas con miel de abejas de la Aldea Gruyer.

Las indiscretas cebollas presumían de protagonismo en el menú tan especial, al tiempo que coqueteaban con los pudientes y ricos boniatos. Había que arreglar la situación, antes que se enterara Gumersinda. Era urgente buscar una solución y tenía que ser definitiva.

Reunidas las zanahorias para reflexionar sobre tan apremiante situación, una de ellas -la más anciana- tomó la palabra y con voz serena presentó una alternativa. Se debía llegar a un acuerdo con las cebollas, así como con los ajos y el cucharón.

Según la propuesta presentada por el grupo de zanahorias, las causantes de alergia a Gumersinda tenían que escabullirse del entorno del cocinero cuando éste utilizara la vasija colorada y llena de pintas. A la vez, las zanahorias estarían al alcance de Macario quien reemplazaría las cebollas caramelizadas por las naturalmente dulzonas zanahorias.

Así se transmitió a todas las partes y las cebollas que, por cierto, pertenecían al Club de cebollas de la risa, comprendieron que Gumersinda no las rechazaba, sino que tenía alergia. Aceptaron el acuerdo y, desde entonces, reina nuevamente la alegría en todo el recinto culinario.

Las cebollas, controladas estrictamente por el eficiente cucharón y por los incondicionales ajos, se mantienen a suficiente distancia para no afectar la salud de Gumersinda. JZ

71. Un ovillo con rizos

En el mundo siempre ha habido ovillos. Ovillos de lana, de seda, de hilo. Ovillos hechos con fibras mezcladas de lana -largas, finas y elásticas-, seda -cuyos hilos pueden superar los 3.000 metros-, o algodón. También con combinación de fibras artificiales como rayón, tergal o licra. Es un mundo el de los ovillos en el que Anacleto destaca por sus muchas y buenas virtudes.

Es redondo, muy redondo y sobre la superficie sobresalen simpáticos rizos formando un particular flequillo que cae en cascada irregular sobre su amplia frente y se detienen poco antes de tocar sus larguísimas y abundantes pestañas.

Los multicolores rizos, rizadísimos, dan aspecto de una ordenada telaraña plagada de entrelazados bucles. Es fantástico comprobar el cadencioso movimiento de esos rizos cuando Anacleto baila. Sí, le encanta bailar y lo hace habitualmente.

¿Y qué puede bailar un ovillo? Pues claqué. Se calza sus zapatos especiales -en color negro y blanco- y baila tan apasionadamente que lo llaman el Fred Astaire de los ovillos. Lo más curioso es que cada uno de esos rizos tiene su personalidad. Sí, sí, dependiendo el color, textura y tipo de material, cada uno tiene la capacidad de conversar e intercambiar ideas. ¡Increíble!, pero cierto.

El ovillo disfruta muchísimo ayudando a personas necesitadas, pero ¿cómo lo hace? ¿Qué puede hacer un ovillo que tiene arte en el baile de claqué y está formado por multicolores y variados tipos de fibras? Un aparentemente insignificante ovillito lleno de rizos ¿qué y cómo puede regalar bondad? La habilidad de Anacleto está en saber encontrar personas que tienen frío. Así de simple.

Nuevamente surge la pregunta ¿qué y cómo lo hace? Muy sencillamente, se posa suave y silenciosamente sobre cuello, manos o pies, según sea necesario, y con la magia que lleva el cariño y la calidez va entretejiendo bufandas, guantes o calcetines.

Teje y teje eligiendo colores, grosor, tamaño y hasta cuida el diseño para cada destinatario. Es la bondad del ovillo con rizos. Llevar calor a quien lo precisa, ayudar y brindar calidez a través de una prenda de abrigo tan necesaria.

Un día, casi al atardecer, estaba tan, pero tan cansado que quedó dormido dentro de su canasta favorita, la de mimbre con lazos a cuadros en rojo y blanco. Estaba inquieto, no dejaba de dar giros y, cada tanto, un rápido sobresalto casi lo hacía salir del cubículo.

¿Qué pasaba?, hasta sus característicos rizos estaban mustios y transpiraban. ¡Cataplúm!, no era un sueño, era una pesadilla, de esas horribles que dan mucho miedo. De esas pesadillas que son para olvidar, Anacleto experimentó la sensación de ver un mundo insensible y distante donde había muy poca solidaridad, casi nada de respeto y tan sólo una pizca de bondad.

Necesitaba recuperar fuerzas y saber si era realidad o absoluta pesadilla. Precisaba conversar con sus amigas las agujas -Dorotea y Tomasa- y buscar una solución para esta situación. Primero despejar dudas sobre ese raro sueño o pesadilla real. Y luego elegir la alternativa mejor según haya sido un sueño desordenado o una desagradable pesadilla.

Tomasa -un tanto más reflexiva-, explicó serenamente que no se trataba de un sueño, no, no. Tampoco de una pesadilla. No, no. Era la triste realidad en la que se encontraba el mundo.

Un precioso Planeta Tierra lleno de bellezas y, sin embargo, tan castigado por la envidia, la soberbia y la falta de sensibilidad.

Una vez despejada la incógnita, sueño o pesadilla, Dorotea por su parte -siempre más inquieta que Tomasa-, anticipándose a las posibles alternativas tomó la palabra y, tras suspirar muy profundamente tres veces, con aire pensativo declaró que la solución debe ser grande e importante para tan importante y gran problema. Y guardó silencio. Tomasa y Anacleto se miraron fijamente, las largas y espesas pestañas de Anacleto parecían que pesaban, el cabello de Tomasa comenzó a erizarse... ¿y qué?, preguntaron al unísono ambos amigos. Es un gran pensamiento ¿no? Indudablemente lo era... pero...

Anacleto, dando repetidos saltitos de alegría alrededor de la canasta propuso buscar muchos ovillos, pero muchos, muchos, de todos los colores, tamaños, formas y composición de fibras. Y... ¿y qué? nuevamente exclamaron Tomasa y Dorotea. Pues nos pondremos a tejer, tejer y tejer. Tejer durante el tiempo que haga falta hasta lograr una gruesa y preciosa bufanda, unos guantes abrigados, unos calcetines de apretado punto, hasta un cómodo gorrito de noche con pom-pom... ¡y se lo pondremos al mundo!

Así, todas las personas sentirán el calor de la bondad y podrán apreciar mejor la importancia de los valores, haciendo cada día un mundo mejor.

Esa fue, de las muchas que se registran en el Libro Maestro de Hazañas de Ovillos, la que más se recuerda de Anacleto, el ovillo con rizos. JZ

72. La capa protectora

La más grande, defensora y antigua de las capas, es la capa de ozono. Esa delgada piel que tiene el planeta Tierra y que defiende a todos los seres de los peligrosos rayos ultravioleta.

Pero claro,... hay otras capas, las de vestir. Son prendas especialmente cómodas y, por lo general, se caracterizan por ser largas, amplias, sueltas, sin mangas y utilizadas sobre otras ropas, permitiendo gran libertad de movimiento. Suelen ser angostas en el cuello, anchas y redondas por debajo, y abiertas en la parte delantera.

Los romanos utilizaban capas de lana y las sujetaban con una hebilla o broche, y de los árabes se heredó el albornoz, que significa capa o capote con capucha.

Durante la Edad Media las capas eran mantos de obligado uso y cada clase social tenía una determinada con singularidades que la caracterizaban. Había capas femeninas y masculinas, capas de burguesía, nobleza, realeza, dignidades religiosas y demás personas de iglesias, catedrales y colegiatas, gentilhombre, caballero, gente de pueblo, soldados, guerreros, aldeanos, académicas, monásticas, y también para lluvia, ir a pie o en cabalgadura.

Suelen estar confeccionadas en paño u otras telas, vivos colores -grana, castaño, azul o verde oscuro- o en recatado negro, largas, cortas, con esclavina adornada con pasamanería y cuello rematado con un broche, forradas con lana, pelo o terciopelo, con más o menos vuelo, siempre de acuerdo al gusto de cada época y respetando las diferencias sociales. Los reyes la sujetaban a la cintura, los gentilhombres las llevaban a medio muslo, los

artesanos por las rodillas y los campesinos hasta los pies o utilizaban, el capotillo de alda, un capote corto.

En tanto que los guerreros llevaban el capuz, que era una vestimenta larga, holgada y con capucha, los nobles el tabardo, abrigo ancho, largo, de paño tosco, y también la loba como una sotana larga hasta los talones. ¡Qué mareo de capas!

Las capas son muy, muy interesantes y ¡cáspitas!, hasta existen curiosos modismos sobre ellas. Andar de capa caída, capa rota, tirar de la capa, defender uno su capa, de capa y gorra, defender a capa y espada, echar la capa al toro, pasear la capa, sacar la capa, hacer uno la capa, salir uno de capa de raja, tirar a uno la capa, capear, son algunos de ellos. Sin duda tienen estilo, glamour, belleza y han sido mudas testigos de la historia, de conflictos, de situaciones complicadas y de confidencias de enamorados.

¡Cuántas cosas conocerán!

Hay capas de héroes, santos, príncipes, princesas, reyes... y, aunque hay gran variedad de diseños, estilos, modelos... una, solamente una, es tan parecida a la capa de ozono que podría ser su hermana menor, porque también beneficia a todos los seres.

Adry es su nombre. Es culta, entusiasta y la caracteriza su particular elegancia. Se mueve cadenciosamente distinguiéndose por los largos y tupidos flecos que acompasan su andar.

Ama a la milenaria India, admira la inmensa diversidad de ese país y conoce muchas ciudades. Ha visitado Jaipur en el Estado de Rajasthan, Mangalore en el Estado de Karnataka, Cuttack en el Estado de Orissa... y muchísimos otros lugares en todo el mundo. Es una estudiosa de majestuosos templos y bellos monasterios, y

ha visitado prácticamente todos los que existen. De delicado color beige, según sean las circunstancias, tiene el talento de crecer o decrecer su superficie y, por encima de todo, tiene la virtud de encauzar a mentirosos, y a quienes engañan, ocultan y no tienen respeto. También a soberbios y arrogantes que tanto daño hacen, ayudándolos a ser mejores personas.

No suele irritarse. Sin embargo, cuando se enfurece lo hace de tal modo que, realmente... ¡da terror! Le salen todas las malas pulgas y hasta chispas de ira. Es fácil saber cuándo está enojada porque monta en su bicicleta color rosa chicle, se le erizan los flecos y también el cabello -pero no todo el cabello, sólo el jopo-. Los flecos, erguidos, largos y densos, vuelan al ritmo del incesante y vigoroso pedaleo. ¡Es todo un espectáculo!

Aquel atardecer estaba muy, pero muy enfadada. Había comprobado cómo unas personas discutían tan acaloradamente, que lograron que estuviera un poco nerviosa -eso se notaba porque en lugar de erizarse los flecos... se enroscaban como resortes-. Una de las personas -la de barba encrespada y bigote prominente- no hacía más que gesticular sin pausa hasta casi perder el aliento. ¡Qué desagradable!

La otra permanecía muda, asustada y temblaba como una pequeña hoja al viento, aunque no dejaba de pronunciar palabras muy malsonantes. ¿Qué pasaba?, ¿cuál había sido la causa que provocó una situación tan colérica? Ambas personas estaban disgustadas por un mal entendido que alguien difundió.

A veces, afirmaciones o negaciones pueden hacer mucho daño. Porque es necesario pensar muy bien antes de hablar y cuidar lo

que se dice; con las palabras se puede destruir todo aquello que tardó mucho tiempo en construirse.

Una palabra oportuna puede regalarnos serenidad y alegría, fuerza y esperanza. Las buenas palabras son como una piedra preciosa: si se arroja a la mejilla puede herir, sin embargo, si se envuelve en terciopelo, seda y se ofrece con ternura, será aceptada con agrado incluso con gratitud. Porque una palabra amable puede suavizar momentos difíciles.

Una palabra alegre puede alentar e iluminar el día. Una palabra oportuna es capaz de aliviar una pesada carga. Una palabra de amor curar y dar felicidad.

Pero, las palabras desagradables no generan buenos sentimientos. Las expresiones agresivas lastiman y provocan heridas y dolor. Las palabras crueles pueden provocar resentimiento y causar odio. Las palabras irresponsables pueden iniciar discusiones y mal entendidos.

Entonces, Adry sigilosa y suavemente los cubrió transmitiéndoles virtudes, afectos, nobles sentimientos y dando claridad a ese mal entendido.

Así trabaja la capa protectora, ayudando a seres humanos enfadados, vanidosos, gruñones, negativos y antipáticos para que la calidez de su enseñanza los vuelva amables y bondadosos. JB

73. Una plancha maravillosa

Es antigua, humilde y discreta, con cierto aire demodé impreso en el estilo, peso razonable, largo cable de algodón trenzado, pulcra y eficiente. Pero estaba alejada de cualquier característica habitual en este tipo de enseres del hogar. Intuitiva por naturaleza, culta, sencilla y servicial, no había quien le igualara en el don de la comprensión.

Sinforosa -nombre con el que su primer dueño la llamaba- es una plancha maravillosa. De un aspecto cincuentón, discreto disco descriptivo de sus funciones: rayón, seda, lana, algodón, hilo, grado de temperatura alto y bajo, práctica luz lateral, mango ergonómico de baquelita, y seleccionador de voltaje.

La lustrosa superficie no está libre de marcas y de líneas más o menos hendidas que, a todas luces, eran el resultado de belicosos encuentros con ganchos metálicos o con alfileres olvidados tras un remiendo. La plática de Sinforosa es básicamente intelectual, pues sabe muchísimo de la historia egipcia y plantas medicinales mesopotámicas. Conoce mucho, pero mucho, mucho, sobre teatro clásico, tanto que hasta puede recitar de memoria guiones completos sin cometer error alguno. De todas las magníficas obras, incluidas Fuenteovejuna y La vida es sueño, la obra que más le emociona es La venganza de Don Mendo, cuyo autor es el famoso Pedro Muñoz Seca. ¡Ah! cómo disfruta asumiendo los distintos papeles de los personajes. Hace perfectas y adecuadas pausas, sube y baja el tono de voz, modula a la perfección las carcajadas, y hasta estornuda con pureza sin igual. Los protagonistas más destacados para la plancha maravillosa, tras el personaje

principal de Don Mendo naturalmente, eran Azofaifa y el Marqués de Moncada.

En cuanto a las plantas medicinales, no sólo conocía las de Mesopotamia, no, no. También durante un largo período en las Antillas había leído antiguos tratados incaicos sobre medicina natural.

Le apasionaba la cosmovisión indígena. Tanta lectura le permitió conocer acerca de algunos medicamentos y recetas, por ello sabía preparar unas pócimas fantásticas de extraordinarios resultados, en particular para el dolor de estómago y el de garganta.

En cada jornada, al deslizar su superficie sobre los diferentes lienzos podría decirse que Sinforosa se inspira. Sí, efectivamente, pasar por los lienzos la seduce a tal extremo que se transforma. Su conversación pasa a ser la de una auténtica consejera especialista en temas científicos, actuales, divertidos, hasta algunos extravagantes.

Dependiendo de color y textura del percal, resultaba el tipo de consejo. En particular se entusiasma con los tejidos naturales. Valora la exquisitez de estas urdimbres, las sedas, los algodones, las batistas...

¡Ah! Y cómo disfruta acariciando los exquisitos tejidos, selectos y únicos de las prendas de alta costura de Manuela. Solía entablar prolongadas conversaciones con algunas de las hermosas prendas de Manuela... especialmente con las de seda natural, cachemir, alpaca y lino en colores suaves, beige, gris...

Hasta llegó a intimar con una preciosa gabardina plateada que, aunque no necesitaba de sus servicios de planchado, siempre venía

acompañando algún traje chaqueta, vestido camisero en lino, o una impecable falda tableada clásica. Eran sus mejores momentos, inolvidables ¡qué recuerdos!

En esos instantes obsequiaba sublimes consejos, en particular cuando observaba rostros alicaídos y tristes de propios y de extraños a su ámbito laboral. Espíritus invadidos por melancolía, gente más ocupada en trivialidades, en cosas que no valían la pena, y en tener más y ser menos. Entonces surgían a borbotones sus oportunos consejos.

Es sumamente entretenido y enriquecedor compartir momentos con Sinforosa. Lo mismo sucede cuando las personas se rodean de gente sabia, humilde, sencilla y llena de conocimientos, de los cuales siempre es posible aprender. JZ

74. Una percha distinguida

Las perchas, dispositivos también llamados ganchos, son esos útiles objetos fabricados con forma de hombros cuyo destino es servir para colgar algo -camisas, vestidos, pantalones, abrigos-, con la finalidad de facilitar orden y evitar las molestas y antiestéticas arrugas. Las hay de diversos materiales como madera, metal, plástico, formas complejas o simples, extravagantes diseños, superficies lisas, rugosas, forradas, pintadas, tamaños según destino, personalizadas, publicitarias, y de variadísimos colores ¡hasta perchas de perchas! Han evolucionado a lo largo de la historia de la humanidad, desde un tronco saliente o una rama a las más modernas y sofisticadas.

Indalecia, de humilde pasado y aristocrática vida es ciertamente preciosa, decididamente única. De madera de sándalo, forrada en terciopelo azul y salpicada con pequeñísimas motitas doradas. Al centro de ambos lados bajo el gancho color oro y en perfecta caligrafía gótica, las iniciales de su dueño: EMZ. Sin duda, es una percha singular, muy singular.

Y es muy particular, no sólo por el bellísimo aspecto sino, especialmente, por su notable solidaridad para con todos. Siempre está muy atenta al cumplimiento de su trabajo.

Un anochecer el alboroto en el vestidor de la planta superior era descomunal, descontrolado, ¡casi caótico! Chaquetas y camisas discutían acaloradas, faldas y vestidos temblaban de miedo, abrigos y gabardinas procuraban protegerse tras las gruesas capas de delicado diseño escocés, mientras las bufandas se escondían asustadas y los chales no hacían más que murmurar por lo bajo.

Desde los profundos cajones la romántica lencería con los camisones barrocamente bordados y las glamurosas batas, contemplaban el escenario casi sin pestañar. En el fondo del vestidor, arrinconados, estaban los arcaicos calcetines de lana, esos de un rojo indiscreto y gruesas rayas verdes fosforescentes que más que calcetines parecían vetustas señales de tráfico. ¿Dónde estaba el problema?

El asombro y confusión de Indalecia desbordó su tradicional paciencia y se dispuso a poner un poco de orden a semejante barullo, en el mismo momento que un par de botones dorados del abrigo azul de Prusia saltaron hacia el espejo -el ovalado de la mesilla tocador- y los flecos de un chal de seda comenzaban a enredarse con las mostacillas de unos broches estilo art nuveau.

Lo primero era averiguar e informarse. Llamó a Tenorio, un desgastado y antiguo capote, de doble botonadura con el escudo de armas de la familia impreso en cada uno y forrado en terciopelo verde musgo, ¡único e irreemplazable! Tenorio, diligente y educado conserva las formalidades de antaño por lo que saludó a Indalecia con característica reverencia y destocándose el sombrero dijo: "a sus órdenes madame" -hablaba perfecta y fluidamente francés, además de friulano, guaraní, urdú, maltés, tamil, y varios dialectos-. El desconcierto se había generado por la insoportable pestilencia provocada por los calcetines. El vestidor al completo apestaba y había afectado de forma significativa a varias prendas.

Se desmayaron las blusas de seda natural, las enaguas tenían náuseas y los lagrimones contenidos del chaleco más pequeño no tardaron en desplomarse. Hasta los colores del calcetín habían cambiado porque hasta ellos estaban descompuestos.

Sus originarios y sencillos colores beige y marrón se tornaron en esos chirriantes verde y rojo. La impotencia era generalizada, la situación realmente insostenible y no era posible continuar disimulando.

Una vez escuchado a Tenorio, Indalecia llamó a la pareja de calcetines y, tras conversar larga y tranquilamente con el compungido y avergonzado accesorio, intercambió interesantes opiniones llegando a un ventajoso acuerdo para todos.

Entre las sugerencias recordaron que, en otra ocasión de similares características -aunque esa vez se trataba del fuerte y penetrante olor que como vapor emergía de las axilas de una camiseta-, se impedía el descanso nocturno del vestidor.

Pues bien, en aquella ocasión enviaron a la camiseta a la región de Toscana, zona italiana que alberga excelentes complejos termales con médicos especializados en olores nauseabundos que desprenden las camisetas. Así, coordinados por Indalecia, organizaron y regalaron una semana de terapia odorífica en baños termales.

A diferencia de la camiseta que para el tratamiento eligió las termas de Abano entre Galzignano, Teolo, Recoaro en la región de Veneto, los calcetines prefirieron la Terma de Valgrande, la más alta del mundo situada en lo alto de una montaña.

El diagnóstico del médico principal fue que estos calcetines estaban sometidos al estrés que provocaba la situación, a lo cual se sumaba la medicación que tomaba la cual, en lugar de atenuar la intensidad del olor, lo aumentaba causando a su vez mayor agobio. Indalecia estaba feliz porque en unos días regresarían los calcetines al vestidor, oliendo fragante y luciendo sus auténticos colores: beige y marrón claro. ¡Qué alivio para todos! JJ

75. El camino caminante

Los caminos, también conocidos como sendas, senderos, vías, calles, carreteras, paseos, avenidas, autopistas, calzadas y muchas otras denominaciones, cada cual con sus particularidades, desde la antigüedad han sido signo de civilización avanzada.

Hace más de 5000 años, en el Valle del río Indo, en Egipto y en Mesopotamia, se construyeron los primeros caminos con notable finalidad mercantil. Los persas unieron los caminos en una auténtica red vial y los chinos desarrollaron la larguísima Ruta de la Seda complementada por un sistema de caminos y sendas.

La sólida red de calzadas romanas alcanzó los 80.000 kilómetros lo que permitió al Imperio ayudar a fortalecer y consolidar sus conquistas.

Hay caminos largos, cortos, empedrados, pedregosos, sinuosos, olvidados y famosos como el "Camino de Santiago" o el "Camino del Inca". Hay canciones sobre el camino, hasta proverbios y refranes muy interesantes como "Jamás se desvía uno tan lejos como cuando cree conocer el camino" (proverbio chino), o "Hallaré un camino o me lo abriré" (Aníbal), o dichos populares: Mientras vas y vienes, no cría hierba el camino; Quien por malos caminos anda, malos abrojos halla; Si pones vides junto a caminos, perderás muchos racimos; Con buen queso y mejor vino, más corto se hace el camino.

De los caminos, vías que se construyen con la finalidad de transitar, mucho se puede aprender y muy especialmente de uno, y sólo de uno: de Leovigildo. Discretamente sinuoso, ancho, engalanado con hermosas hierbas y arbustos en ambos costados,

ordenado y en perfecto estado de conservación tanto su superficie como la señalización que tiene en toda su extensión. Leovigildo es descendiente del Camino del Inca, muy, pero requete muy pretérito, antigüedad que lo colma de grandes conocimientos sobre variadísimos temas. Además, como hijo predilecto y pariente principal del Imperio Inca, estudió con los mejores maestros de la época y sabe desde latín a esperanto, trigonometría, historia épica, geografía, geología, y es un profesor de primera clase. ¡Todo un personaje!

Como es tan inquieto, disfruta paseando y visitando otros derroteros, podría decirse que es el mayor trotacaminos que jamás haya existido... ¡ni existirá! Curiosea, busca, fisgonea, apunta en su libreta de viaje -una vetusta agrupación de hojas llenas de frases, dibujos a lápiz y gráficos- y conversa ¡y cuánto conversa!

Pero ¿con quién habla? Con los viandantes que lo atraviesan, devotos peregrinos, turistas desenfrenados, con todos, siempre tiene algo que comentar, preguntar, escudriñar o indagar. Y todo queda apuntado en su querida libreta. Imagínense lleva su libreta desde hace tantísimos años -siglos en realidad- que hasta le ha puesto nombre: Audry porque dice que ella, "su libreta" también hace historia.

Es un auténtico Holmes, tanto que puede describir quién ha pasado tan sólo con ver el tipo de huella que ha dejado el calzado y escuchar el sonido de los pasos. Cuando tiene alguna mínima duda -necesita estar siempre muy seguro- lo consulta con Audry y así aprovecha para intercambiar algunos comentarios (sí, también habla con su querida libreta de notas...). Cuando algún viajero andante le pregunta, está extraviado, necesita algo, busca

alojamiento, inmediatamente abre los ojos muy grandes y, casi sin pestañar, atiende cada palabra de la consulta.

Para Leovigildo es fácil responder porque conoce usos, costumbres, tradiciones de otros caminos, incluso tabernas típicas y viandas propias de cada época del año. Es una auténtica guía y un compañero de vida que consuela, alivia, susurra sugerencias y siempre tiene una palabra amable. ¡Es amigo de sus amigos! Con tanta erudición no le era complicado hacer conquistas amorosas. Tuvo pública relación con una calzada francesa -demasiado glamurosa para él-, con la Ruta 66 -que es famosa por Leovigildo, no porque atraviesa el territorio de Estados Unidos de Norte América-, de la Tabula Peutingeriana -que es patrimonio de la humanidad-.

Pero el amor de su vida -de quien continúa enamorado- fue la Vía Apia. ¡Ah! aún recuerda con embeleso los románticos paseos daba con Api -que así la llamaba Leovigildo- por todas las ciudades, pueblos, villas y aldeas, pero ella -que fue creada en el 312 a.C. por Appius Claudius Caecus y unía Roma con Capua- eligió para su enlace al Camino de Santiago, y así nacieron muchos de los caminos que unen las ciudades en todo el mundo.

Una tarde de otoño el paisaje estaba más espectacular que nunca e invitaba a caminar. Leovigildo no dudó un instante, tomó su morral colocó dentro un trozo de pan integral con semillas de sésamo, una manzana y partió. El precioso e incomparable colorido de las hojas de los árboles, entre pálidos marrones, tenues amarillos y rojizos pardos, llenaban de gozo a Leovigildo. Estaba emocionado. Caminaba y caminaba sin prestar atención al rumbo que había tomado, no importaba. Andaba feliz.

Se internó en el sosiego de un bosque de milenarios castaños y allí, bajo la hermosa copa de un árbol, se quedó dormido...

Al despertar, estaba confundido. No sabía exactamente dónde se encontraba. Sí, en un bosque de castaños, ¿pero dónde?

Estaba desconcertado, tanto, tanto que no acertaba a regresar a su lugar. Se hacía tarde y el frío comenzaba a afectarlo. No llevaba abrigo, ni una simple bufanda. Al internarse en el precioso bosquecillo, se había extraviado. La oscuridad daba paso a las primeras sombras. ¡Pero qué fatalidad! Él, que siempre orientaba a todos, incluso a otros senderos, cañadas reales y cordeles, estaba perdido y angustiado.

Es un sentimental incorregible, echaba de menos su lugar de origen, las señales a ambos costados -especialmente la de las curvas-, los recién pintados mojones y las florecillas que acababan de nacer. Suspiraba de tal manera que daba pena.

Al instante, escucha unos pasos. Entre contenida alegría y cierto temor intentó descifrar el sonido y ritmo de las pisadas procurando saber si era paso de marcha, zancadas o trancos. ¡Menuda sorpresa!, eran los inconfundibles pasos de Eleuterio, un peregrino oriundo y tataranieto de los primeros pobladores del Cantón suizo-francés del Vaud, viejo amigo de Leovigildo y compañero de largas caminatas bajo los lluviosos días del invierno montañés.

Tras la sorpresa de ambos, Eleuterio acompaña a Leovigildo mientras conversan sobre lo sucedido en los últimos tiempos. Es la virtud de tener amigos y quererlos, conservarlos, cuidarlos y ayudarlos. JJ

76. La azarosa vida de Cipriano

Los cartones son materiales especialmente útiles y prácticos, más gruesos, duros y resistentes que el papel. Están formados por varias capas de papel superpuestas. La base de este noble objeto es la fibra de celulosa, y también puede fabricarse con papel reciclado. Los destinos son de lo más variados y, hasta incluso, pintorescos. Básicamente se destinan a envases y embalajes. Sin embargo, también pueden ser útiles como tapas de cuadernos, carpetas,...

Cipriano, conocido por Cipri entre sus amigos más íntimos, es muy sencillo pero especialmente conversador. Creció en el seno de una familia de cartones, y como tal transcurrió su agitada, y no por ello menos enriquecedora y divertida vida. Con aspecto liso y color sepia, y tres capas que lo hacen especialmente firme. De superficie estucada y gramaje considerable, siempre pudo cumplir con las tareas que le asignaban.

Durante muchos años estuvo al servicio en la vieja ferretería de la aldea, y soportó el inclemente peso de todo tipo de tachuelas, clavos, tornillos, bulones y tuercas. Con paciencia y resignación aguantaba el aciago ajetreo, casi permanente, de manos que hurgaban si piedad esas piezas de material férreo.

El transcurrir del tiempo hizo que sus paredes interiores quedaran tan, pero tan sucias y manchadas por el continuo roce de pernos, roscas y demás minúsculas piezas, que el propietario del negocio decidió vaciarlo y abandonarlo en una destartalada estantería de la trastienda. Allí, con apenas luz, entre restos de saldos, tenazas rotas y obsoletos destornilladores, pasó mucho tiempo, tanto que llegó a cubrirse de una gruesa capa de polvo, pelusas y telarañas.

Pasaron los años y Cipriano seguía en esa quinta balda de la anticuada estantería de la trastienda, hasta que una mañana muy temprano... ¡cataplúm! Un fuerte estruendo lo despertó y un brusco temblor recorrió todo su espacio. ¿Qué sucedía?, ¿de qué se trataba?, ¿por qué tanto ruido y tanto movimiento después del larguísimo período de quietud?

El establecimiento, tras más de tres centurias regentado por la misma familia, había sido vendido tras la jubilación de su propietario. Las máquinas demolieron sin piedad todo cuanto estaba a su paso. También la vieja estantería. Y Cipriano fue a parar a un inmenso contendor de color amarillo. Allí, confundido entre todo tipo de objetos, sucio, golpeado y profundamente molesto estuvo poco tiempo, aunque se le hizo eterno.

Los días pasaron y llegó el otoño. Las hojas del hermoso árbol que lo cobijaba en el caluroso estío, cayeron generosamente sobre el contenedor cubriéndolo por completo. Se fueron alternando días de lluvia y de Sol, y Cipriano apenas podía respirar en ese entorno pestilente y cuasi putrefacto de latas abiertas de pinturas todo color, barnices y lacas.

Finalmente ¡albricias! Como en muchos países es obligatorio que el cartón se elabore total o parcialmente con materiales reciclados, llegó el momento para Cipriano y fue a parar a una moderna planta de reciclaje de papeles, cartones y materiales similares. ¡Cuánta felicidad! Volvería a ser útil y disfrutaría con las nuevas experiencias cartoniles. Cuando ya estaba reciclado, junto a varias toneladas de cartón, Cipriano fue trasladado a una fábrica de cajas de todo tipo, forma, color, tamaño y variados destinos. Había cajas para cosméticos, joyas, cereales, zapatos, bebidas, alimentos

congelados y refrigerados, dulces... Esta vez su finalidad no pudo ser más agradable, estaba en el grupo de cartones con los que fabricarían pequeñas cajas para guardar recuerdos especiales.

Se convirtió en una preciosa cajita de ovalada figura, forrada con papel color crema, salpicado con ramilletes de violetas atados con lazos rosados. Si bien no conserva la característica cuadratura de antaño, se siente muy a gusto con su nuevo aspecto. Casi de inmediato fue colocado con extremo cuidado en la parte central de un luminoso escaparate.

Allí comparte el espacio con los más bonitos artículos de la selecta papelería: pergaminos, plumas caligráficas, escribanías en maderas nobles, tintas y tinteros de porcelana, y libros forrados en piel.

Inesperadamente, una tarde la regalan a una niña que la llena de fotografías, algunos sellos postales y su primer par de pendientes. Estaba depositado en la alcoba de la pequeña, sobre una mesita desde donde podía admirar la preciosa estancia al completo. Cipriano estaba feliz entre tantas novedades tan diferentes a su experiencia en la ferretería. Se entretenía mirando las fotografías e imaginando quiénes eran, qué profesiones tendrían, cuáles serían sus nombres, dónde estarían. Hasta llegó a entablar conversaciones con las personas retratadas, especialmente con una guapísima joven rubia de largas trenzas y maestra de profesión, y con un sacamuelas de bata blanca y espeso bigote.

Aquél sábado de primavera, casi al amanecer ¡oh! sorpresa. Un enorme camión de mudanzas internacionales con la leyenda "La veloz" comenzó a desmantelar la mansión, incluidos los enseres de las habitaciones. Entre tanto movimiento, operarios entrando y saliendo cargados de cestos y el transporte que, aunque enorme,

estaba completo, Cipriano cae desde lo alto de un arcón y lo pierden en una de las curvas del camino. Con el golpe de la estrepitosa caída, no se dio cuenta que estaba en medio de una transitada carretera que unía dos aldeas.

En ese momento, pasaba un guardabosque que lo recogió y depositó en el contenedor de papeles y cartones. ¡Nuevamente es reciclado!

Esta vez fue a parar a una fábrica de cajas con medidas especiales: las que protegen grandes electrodomésticos. Y el destino llevó Cipriano a cubrir una enorme nevera. Comienza nuevamente un período agitado de su tumultuosa vida entre un almacén y otro. Hasta que un joven casadero adquiere el refrigerador para instalarlo en su nuevo hogar.

Como era de esperar vuelve a convertirse en apilados cartones que quedan abandonados en la vía pública, y a merced de las inclemencias del tiempo y de los desaprensivos transeúntes.

Cipriano no podía contener su angustia y estaba casi al borde del llanto. Se sentía muy desaliñado y desvalido. ¿Qué pasaría ahora?, ¿sería nuevamente reciclado? Y mientras se debatía entre grises pensamientos, sintió una mano suave que con extremo cuidado lo levantaba del suelo y lo trasladaba al quicio de un portal. Era una persona sin hogar, uno de tantos seres humanos que el destino ha golpeado y arrojado a la intemperie de un futuro incierto.

Y así fue como Cipriano, tras muchas aventuras y desventuras, pasó a ser el improvisado dormitorio que ofrece cobijo a personas sin trabajo. Es feliz y disfruta del sosiego que le brinda ayudar a personas como aquella que un día lo rescató de la calle. JZ

77. Una almohada preguntona

Las almohadas, cómodos y a veces imprescindibles accesorios a la hora de descansar, fueron utilizadas desde hace muchísimo tiempo. En las tumbas del Egipto Antiguo se han encontrado algunas hechas en piedra, así como vestigios de otras fabricadas en madera o en hueso. Curiosamente, al principio eran utilizadas sólo por miembros de familias privilegiadas.

Las antiguas almohadas originarias de China eran de ….porcelana, barrocamente decoradas y pintadas de manera muy laboriosa. También se hicieron en bronce, jade y bambú.

A la Europa Medieval llegaron muy tardíamente, y con la Revolución Industrial se fabricaron en serie con materiales textiles. Casi todas son similares, con diferencias de diseño y materias. Las hay de algodón, lino y fibras sintéticas, variando notablemente el esmero en los bordados y colores estampados según los gustos y la moda de cada época.

Sin duda, las almohadas forman parte de las costumbres de las personas y no es habitual que hablen, sepan leer y tengan una cultura tan rica y variada, que dejaría pasmado hasta el más instruido. Fulgencia… ¡ah! Fulgencia es espectacular en todo… también en los berrinches y enfados… ¡qué carácter! Desde su aspecto exterior al interior toda ella es deslumbrante.

Rellena de plumas de oca, que se renuevan cada tres meses, y enfundada en finísima batista blanca ha sido confidente y apoyo de los jefes de la noble Casa Marthine. A ambos costados de la funda destacan bordados de paisajes junto al escudo de la familia. Durante cada estación las preciosas imágenes son diferentes.

Eleanora, la doncella principal es quien se encarga de cambiar las primorosas y variadas fundas para Fulgencia.

Por lo general, las almohadas -palabra que tiene origen árabe- son objetos silenciosos y estáticos. Sin embargo Fulgencia es todo lo contrario. En su afán por conocer y aprender obligaba a Eleanora que, cada dos o tres días -era el tiempo que tardaba en leerlos-, trajera un libro de la biblioteca y, al cabo de la lectura se reintegraba exactamente al lugar de donde había salido. Se emocionaba con la lectura. Leía todos los géneros pero se inclinaba por la antropología social, los de caballería medieval y los de estilo romántico... era una sentimental incorregible, hasta lloraba con algunas escenas.

Además, tiene dos principales manías. Una, esconderse de Eleanora y acurrucarse en los lugares más insospechados, una vez dentro de un jarrón en el que no podía ni respirar, otra dentro de las botas de montar del Lord, y la más descabellada fue cuando se ocultó bajo la chistera... Eleanora tardó días en encontrarla.

La otra gran singularidad: querer saber todo cuanto hacía su propietario. Dónde, por qué, cuándo, cómo, cuántos, quienes... especialmente, le encantaba conocer sobre la particular y azarosa vida de quien posaba su cabeza en su mullido relleno.

Se interesaba por quién lo acompañaría en sus compromisos sociales, por el tipo de vestuario de cada temporada, los colores que elegiría y tejidos que utilizaría el sastre, por sus nuevos conocidos y, muy especialmente, por sus devaneos amorosos que, por lo general, terminaban tras una fugaz pero intensa relación. ¡Era agotadora! No dejaba descansar con tanta conversación ¡y casi sin pausa! Rigoberto, el paciente Lord de Casa Marthine, escuchaba y

escuchaba respondiendo, a veces, con pocas palabras en ocasiones con largas y detalladas explicaciones. Fulgencia se regocijaba cuando el Lord tomaba la palabra y hacía verdaderos esfuerzos para no interrumpirlo. Lo curioso es que ella nunca, nunca, se duerme antes que Lord Rigoberto... ¡Claro! al día siguiente no hay quien la despierte.

En ocasiones era exasperante. No siempre Lord Rigoberto estaba con suficiente ánimo para prácticamente confesar a Fulgencia los pormenores que habían tenido lugar durante el día. Incluso, a veces, era irritante porque rozaba los límites de la intimidad masculina y, en una confusa combinación de celos y preocupación, hurgaba sin piedad en los sentimientos, en particular los que tenía para con Lady Colette.

Un atardecer, Lord Rigoberto decidió descansar a una hora muy poco habitual para él, noctámbulo como pocos. La jornada había sido especialmente dura en el trabajo y se sentía un tanto molesto por la inesperada reacción de una persona a quien consideraba de su confianza. Era de esperar que, Fulgencia, ansiosa como de costumbre quisiera interesarse por la vida y obra del Lord, y pensó que dispondría de más tiempo para conversar y disfrutar con los relatos. Sin embargo, no fue así. Pero ¿qué pasó?

Rigoberto estaba tan apenado que le pidió a Fulgencia un poco de sosiego y mucho, mucho silencio para poder meditar sobre el incidente. Estaba dolido, triste y apenado. Pero... ya se sabe, la insistencia de la peculiar almohada confidente, acabó por vencer al Lord en sus modestas pretensiones, y comenzó a contar el motivo de su desvelo. Incrédula, Fulgencia cada vez fruncía más el ceño y entornaba los ojos cubriéndolos de una espesa capa de cuasi

disimulado sentimiento mezcla de ira, indignación y una pizca de cólera. ¡Hacer eso a su Lord! Era del todo improcedente. Entonces, las palabras de Fulgencia fueron tan, tan, pero tan acertadas que cubrieron de un bálsamo protector a Lord Rigoberto quien poco a poco fue aceptando la situación hasta que el cansancio y sueño se apoderaron totalmente de él.

A la mañana siguiente, estaba renovado, tarareaba su canción preferida mientras se preparaba para bajar a desayunar, y acariciaba suavemente a Fulgencia en claro gesto de gratitud, mientras ésta apenas podía abrir los ojos y murmurar quién sabe qué. Durante toda la noche, la buena almohada no había dejado de hablar y transmitirle calma.

Estaba tan agradecido Lord Rigoberto que le propone un trato, ventajoso para ambos, claro está. Fulgencia regalaría sueños bonitos y llenos de sosiego a cambio de los ilustrativos y barrocos relatos sobre sus aventuras y desventuras, pasadas y actuales, y muy especialmente... ya se sabe, sobre sus amores y desamores. Fulgencia sería como Serezade en las mil y una noches, esa célebre recopilación medieval en lengua árabe de cuentos tradicionales del Oriente Medio, aunque aquí serían los ¡mil y un sueños! Es una fantástica terapia para quienes tienen desvelos o insomnio.

Avanzando en el tiempo, y considerando que hace años está prometida al almohadón mayor de la Sala principal de Casa Marthine, cuando Fulgencia contraiga matrimonio y tenga sus descendientes, almohadoncillos y almohadoncillas, podrán ayudar a muchas personas contando aventuras y desventuras, para que el sosiego llene los compungidos corazones de las personas y así puedan descansar apaciblemente. JB

78. Un molinillo fantástico

Rufino es un precioso molinillo de especias que, durante muchos, muchísimos años, sirvió fielmente a Rudesinda, la repostera principal de un histórico palacio feudal enclavado en el más precioso valle de los Montes Cárpatos.

Era tal el apego que Rudesinda tenía a su molinillo que, con la intención de hacerlo de su familia por los siglos de los siglos, junto a unas instrucciones de uso y cuidado, lo dejó en herencia a su nieta más cariñosa, Candelaria.

La forma de Rufino es más bien rechoncha sin dejar de ser elegante. En madera tallada, la superficie destacaba robustos racimos de uvas junto a unos lazos sostenidos por esbeltos querubines ¡inconfundible!

Siempre funcionó perfectamente y no había especia que se resistiera a su mecanismo, ni el comino, ni el anís, ni el clavo de olor, ni la nuez moscada, ni las semillas de mostaza... ¡ni siquiera las de amapola!

Candelaria era una niña pobre, muy caritativa, estudiosa, aplicada y por las tardes, después de aprender la lección diaria, practicaba el arte de los pasteles, tartas, galletitas, merengues, bizcochos, roscones, rosquillas y toda clase de chocolates.

Entre los fogones, vestía un precioso delantal a cuadros muy pequeñitos en color rojo y blanco, con volantes, puntillas y remataba un enorme lazo color carmín encendido. Adornaban la parte anterior dos bolsillos con forma de corazones y uno más pequeño en el lateral superior izquierdo sobre el cual estaban bordadas sus iniciales.

Siempre estaba ocupada. Con el paso del tiempo, se convirtió en una auténtica repostera y fue conocida como "Candelaria, la niña repostera". Su especialidad eran las galletitas. Las hacía de todos sabores, vainilla, limón, chocolate, coco, mandarina, jengibre y canela, avena y pasas. Pero sus preferidas eran las de cardamomo. Sí, las de cardamomo, unos diminutos granitos negros muy aromáticos que proceden de una planta empleada por primera vez en la India meridional. También es posible encontrarlo en Malasia, Sri Lanka, Sumatra, Thailandia y Guatemala.

Cada semana hacía cientos de galletitas de cardamomo que vendía por las principales calles de su aldea para ayudar a los más necesitados. Las de chocolate y las de jengibre con canela las regalaba a niños que nunca habían tenido oportunidad de probar galletas dulces, tan sólo pan, y duro. Ella también ella era pobre, y las ganancias que conseguía no alcanzaban a cubrir los gastos de huevos y especias.

Llegó un día que ya no había jengibre, ni canela, ni cardamomo... ni siquiera granos de anís. ¡Vaya disgusto! ¿Qué podía hacer? Recordó a su abuelita Rudesinda y pensó, pensó con mucha energía, ¿qué haría ella? Entonces, inesperadamente, mientras intentaba moler los pocos granos de algunas especias sintió repentinas cosquillas en la punta de la nariz. Las cosquillas se prolongaron largo rato y la hacían estornudar.

De repente, el molinillo comenzó a expulsar gran cantidad de especias molidas, muchas, muchísimas y muy variadas, incluso algunas desconocidas, y olían frescas, fragantes, ¡exquisitas! ¿Qué había pasado? Algo muy sencillo: el duende de los reposteros ayudó a Candelaria en sus obras de bien, convirtiendo en mágico

al molinillo Rufino, que así se llenaba automáticamente de especias, las mezclaba y molía sin que Candelaria tuviera que comprarlas. ¡Cuánta alegría!

Todo el lugar estaba de fiesta, cucharones, espátulas, cazuelas, embudos... hasta las brasas sonreían. El pequeño fogón donde Candelaria preparaba las galletitas trabajaba con ritmo sin igual.

Sobre baldas de madera y siguiendo orden alfabético los recipientes de lata, decorados con flores, indicaban en un discreto cartelito el tipo de galletita que contenía: anís, avena, cardamomo, coco, jengibre, vainilla... Reinaba la armonía, el Sol se colaba entre las cortinas e invadía el recinto, y el dulce olor a galletitas de chocolate impregnaba la aldea.

Candelaria se hizo tan conocida que venían niños de otras aldeas para disfrutar de sus galletitas, sobre todo las de cardamomo. El molinillo mágico no paraba de trabajar. Sus jornadas eran casi eternas y tan sólo descansaba cuando todos dormían.

Pero un día, ya avanzada la tarde, Rufino dejó de funcionar. Y ahora, ¿qué había pasado?, ¿ya no molería más?, ¿se habían terminado las semillas?, o lo que es peor aún ¿se había acabado la magia del duende? ¡Qué fatalidad!

Candelaria estaba, realmente, muy preocupada. Parecía conversar con su molinillo. Lo miraba, lo agitaba, daba suaves palmaditas... ¡y nada! Estaba helado. Entonces, lo envolvió con una cálida bufanda -a rayas rojas y blancas- y le sujetó un pequeño gorrito azul forrado con felpa escocesa. ¡Y nada!, continuaba frío y muy tembloroso. Entonces decidió acostarlo mientras acariciaba la parte superior cuando, de repente, una tos ahogada surgió del interior de Rufino. ¡Qué susto!

Candelaria quedó pálida. No sabía qué hacer. Enmudeció. Rufino volvió a toser esta vez con un sonido débil, casi apagado. Entreabrió los ojitos... y los volvió a cerrar. Cada tanto tosía e intentaba abrir los ojos.

Inesperadamente, tras una tos profunda y estrepitosa, expulsó el resto de un grano, tosiendo unas cuantas veces más. ¿Y esto? -exclamó absorta Candelaria-, ¿de dónde salió este trozo de grano? ¡Cáspitas! El buen duende olvidó que Rufino es alérgico a la pimienta, en particular, a la pimienta roja. Un minúsculo trocito de pimienta roja que había quedado atascada entre sus dientes fue suficiente para despertar la alergia de Rufino. Todos celebraron la recuperación del molinillo mágico y Rufino está más en alerta, pues aprendió a detectar a tiempo cualquier indicio de intrusas pimientas rojas.

Una vez superado semejante susto Candelaria sintió un alivio enorme. Ahora podría continuar con su silenciosa labor de ayudar a los niños más pobres. JZ

79. El baúl de Nicole

Los baúles han sido y son muebles especialmente útiles y versátiles. Antiguamente estaban muy decorados con todo tipo de adornos en distintos materiales: plata, bronce, incrustaciones de piedras semi preciosas. Eran grandes piezas, cuidadosamente trabajadas tanto por dentro como por fuera. Por dentro era un universo de recovecos con diminutas puertecillas y cajones.

Los egipcios los utilizaban para tener a buen recaudo sus joyas, reliquias y tesoros más valiosos. Los arcones y baúles de origen veneciano y florentino del siglo XVI fueron famosos por las incrustaciones y las hermosas figuras talladas en relieve.

A partir del año 1500 las damas casaderas conservaban en ellos su preciado ajuar. Las más elegantes arcas de novia o cofres nupciales corresponden al Renacimiento, y solían enviarlas los futuros esposos a la prometida en la víspera de la boda.

Fueron evolucionando y durante el Imperio los había con cerradura y llave en bronce o hierro, y en la Edad Media se recubrían con piel o con selectas telas pintadas a mano. Con el tiempo, pasaron de ser uno de los principales muebles de las habitaciones a quedar abandonados en viejas casonas, castillos y palacetes, venderse en afamados anticuarios o estar amontonados, junto a otros trastos y enseres en desuso, dentro de húmedos sótanos o destartalados desvanes invadidos por todo tipo de animalejos y cubiertos de telarañas.

El destino de Bruno, el más original de los baúles que hayan existido y no habrá otro que se le parezca, fue sin duda especial y único como él mismo. Desde que fue construido por un afamado

ebanista a pedido del califa Ali Taleb, perteneció a la misma familia. Durante milenios fue trasladado de califato en califato para uso personal y privativo de ilustres emires, sultanes y visires. Su vida se desarrolló entre pompa, lujo y boato.

Cuidado en extremo por lacayos y sirvientes, incluso mimado por las princesitas que escondían sus juguetes y muñecas entre el vestuario de sus ancestros.

El destino de Bruno cambiaría una fría noche de invierno. ¡Y cómo cambiaría! Por orden superior de los nuevos propietarios del palacio, pasó a formar parte de los objetos descartados que se acumulaban apilados en una de las buhardillas. ¡Menos mal que era la más soleada! En todo caso, Bruno estaba triste y tenía frío.

Sus más cercanos compañeros de habitación eran: un gran espejo ovalado con barroca marquetería, una colección de bastones con empuñaduras en plata maciza, varios retratos de caballeros pintados al óleo -uno de ellos raído en un ángulo debido a los traslados-, algunas mesas en madera que aún conservaban el brillo y esplendor -señal del poco tiempo que llevaban allí-, varias camas con dosel, y otros muchos baúles y arcones.

Nicole, la preciosa niña de la mansión, de unos ocho añitos y con el cabello rubio, larguísimo y plagado de bucles, solía subir a su desván preferido que, casualmente, era donde estaba Bruno. Allí, permanecía mirando y admirando tantos objetos bonitos.

Le encantaba abrir cofres llenos de ropa y se divertía disfrazándose de épocas pasadas. Las capelinas, sombreros y pamelas le provocaban resonante risa. Esas escenas eran observadas por Bruno, quien ya se había informado que Nicole sólo visitaba ese altillo pues era el que tenía los más selectos enseres.

Una mañana, Nicole estaba jugando en uno de los jardines principales. Desde allí escuchó un ruidito algo raro. Pensó que era un pajarillo de los que suelen estar de paso por la región, pero no quedó muy convencida. Al momento, nuevamente ese sospechoso ruidito. Cuando detecta la procedencia del ruidito, sigilosamente se acerca, más o menos confundida aún, y no logra acertar el origen, pero se concentra con tanta pasión que casi de inmediato y sin dudar un instante más, se dirige al baúl. Frente al mismo, lo contempla, observa, mira y se atreve a tocarlo casi con caricias. ¡Qué susto, escucha un suspiro! Pero si es el baúl. No podía creerlo. ¡Un baúl que suspira!

Para comprobarlo, vuelve a tocarlo y un "hola" surge de su interior. Da un salto y cae sentada quedando enfrentada al baúl. Con cierto temor se acerca despacito, e intenta abrirlo. Con gran facilidad ceden los relucientes herrajes, quedando al descubierto su contenido. ¡Se había abierto un mundo de fantasías!

Casi sin darse cuenta entablan una conversación, como si fueran amigos de toda la vida. ¡Increíble! Nicole, con cierta vergüenza, confiesa a Bruno que ella pensaba que un fuerte dolor de tripa era el causante de esos insólitos ruiditos. ¡Nada más lejos! Bruno ríe a carcajadas y hasta saltan lagrimitas de alegría. Mientras Nicole, con extrema dulzura y suavidad, va quitando el contenido,

Bruno habla, y habla, y habla... y, entre tantos comentarios, confiesa que esos ruiditos son melodía medieval, pues en su interior guarda una orquesta medieval completa, con muchos instrumentos de cuerda, como laúd, mandora, guiterna, dulcimel, fídula, rabel, lira y salterio. Y son los días de luna en cuarto creciente, cuando ensayan para los solsticios.

Nicole está absorta, y queda paralizada frente a un documento muy, muy, pero que muy antiguo, tanto que está amarillento y un tanto estropeado en las esquinas.

Bruno advierte tal perplejidad y se da cuenta que Nicole ha encontrado el origen de sus antepasados, escudo incluido. Descubre que es tátara requetetatara, súper requetetatara nieta del califa Ali Taleb y que su verdadero nombre es Samira, de origen musulmán, que significa "la que cuenta historias en las noches".

El cambio de nombre fue una medida de seguridad puesto que, debido a la excepcional belleza, carisma y bondad que tenían las niñas de esa dinastía, estaba el peligro de rapto para convertirlas en monarcas de otros reinos.

También se enteró que una de sus tías, Talibah "la que busca el conocimiento", fue la consejera privada del Emir y una fantástica escritora de cuentos y relatos populares.

Ante tales hallazgos, Nicole lo hace trasladar a su alcoba donde intercambiarán melodías medievales por relatos, leyendas y cuentos que con un arte sin igual -virtud heredada de sus antepasados- Nicole contará a Bruno por las tardes y antes de la caída del Sol.

Para Bruno, ella siempre será la princesa Samira. JB

80. Un maniquí primoroso

Los escaparates, también conocidos por vitrina o vidriera, son espacios ubicados en la fachada de los negocios y que exhiben tras un cristal una muestra de los artículos que se ofrecen dentro. Son muy importantes puesto que, al llamar la atención, contribuyen a la buena imagen y mayores ventas del establecimiento. Como vendedores permanentes, artísticamente arreglados, presentan una variedad de novedosos y atractivos objetos y mercancías.

Los principales personajes de las vidrieras son los maniquíes, siendo algunos los preferidos de clientes y escaparatistas. En una selecta tienda de la avenida Les Champs-Élysées en París, los maniquíes son espectaculares. Cada uno tiene su nombre y estilo. Hay niños, damas y caballeros. Los más pequeños son Pierre y Annette, y los mayores Romina la dulce, Francesco el guapísimo, Luigi el pícaro y Constance... ¡ah! Constance... no hay maniquí más primoroso, más singular, cálido, amable y culto, y esa particularidad tan única... Impecablemente ataviados, peinados y maquillados hacen de ese gran escaparate el más visitado por lugareños y extranjeros.

Una tarde de invierno, en la que aún la luz natural derrochaba claridad sobre Constance, el frío implacable calaba hasta los huesos y el viento agitaba las bufandas sin compasión.

Finalizada la jornada de estudios y tras una larga semana de evaluaciones, una estudiante regresaba de la universidad quedando impactada por la preciosa y elegantísima gabardina que lucía un maniquí de la tienda Maison Madeleine. Jimena -la aplicada estudiante de la Sorbona- tuvo la sensación que el maniquí le

sonreía y, a la vez, guiñaba un ojo; pensó que la razón que le hacía ver esos efectos en un estático maniquí, era el cansancio acumulado producto de intensas horas de estudio. ¡Qué tontería!, dijo para sí misma. Y permaneció un rato más frente a esa prenda tan apropiada para la estación invernal.

La semana siguiente, Jimena hizo que su camino pasara diariamente al frente del escaparate donde estaba la tentadora gabardina de color beige.

El lunes el Sol estaba radiante, hacía menos frío y se detuvo más tiempo comprobando que, efectivamente, era de su estilo, diseño y color preferido. Lo observó nuevamente, estaba inmóvil, sereno, como esperando volver a sorprender.

Entonces Jimena miró con disimulo hacia otro lado, intentando captar el rostro del maniquí tras el rabillo del ojo. ¡Caracoles! casi no puede ver. El ángulo imperfecto y el Sol deslumbrante no dejan paso a una visión más clara. Sospechó que sí, que se dirigía a ella. Procuró concentrarse. Pero se distrajo admirando al maniquí de la gabardina beige, que llevaba un precioso bolso color sepia en su mano izquierda, zapatos a juego, y un elegante gorrito del mismo tejido que la prenda principal.

Se dio la vuelta para regresar y, nuevamente, el maniquí guiñó un ojo, sonriendo saluda y pregunta: ¿qué tal el resultado de los exámenes? ¿Es a mí? Miró a su alrededor, y sólo estaba ella.

No era seguro, sin embargo, podría afirmar que ese primoroso maniquí dijo algo mientras picaronamente guiñaba un ojo. Pero, realmente ¿sería a mí? Tal vez sí, tal vez no. Jimena, atónita, se refriega los ojos, su respingona nariz queda casi adherida al cristal e, inmediatamente, balbucea: bien..., bien..., gracias, todas muy bien.

También ella pregunta: ¿cómo te llamas?, y el maniquí responde: Constance. Esa maravillosa tarde iniciaron sus conversaciones vespertinas, primero fugaces y bastante rígidas hasta que fueron muy fluidas, variopintas y hasta íntimas. Constance fue narrando su pasado a Jimena. Es descendiente del primer maniquí de la historia, allá por el 1350 a.C., que se encontró en la tumba del rey Tutankamón, en Egipto. Se trataba de un torso en madera policromada con el rostro del rey y medidas exactas a las del faraón. También comentó que los modistos y sastres de la antigüedad tenían prohibido tocar el sagrado cuerpo del faraón, y el maniquí fue una forma de evitar el contacto.

Jimena estaba encantada con su nueva amiga. Parecía una fantasía, pero era una realidad. No sólo conversaban de moda, tendencias y tallas, también de actitudes del ser humano -que sorprendían a Constance-, de la importancia de ser buenas personas, del valor de la solidaridad, de la magia de una sonrisa.

Entre los antepasados de este inusual maniquí, había algunos hechos en mimbre, madera, papel maché o cera. A veces, tenían ojos de cristal, auténticos dientes y cabello humano, como el de su abuelo paterno -Ruperto-, que desde hace unos años formaba parte de la colección privada de un excéntrico marqués.

Su prima Carlota tenía los pies fabricados en hierro, piernas y brazos de madera, y cabeza y torso de cera sólida... ¡un montón de materiales! que la hacían muy pesada -llegó a 130 kilos-.

Era incómoda para vestirla, difícil de limpiar, se rompía con gran facilidad... y, lo peor, la cera se derretía con la iluminación artificial y el calor del estío. ¡Imagínate! la cera se derretía y goteaba manchando la ropa expuesta, ¡un desastre!

Por ello, se comenzaron a fabricar con plásticos, madera, cartón piedra para que sean más ligeros, duraderos y flexibles.

Jimena aprendía muchas cosas, muchísimas. Anécdotas, relatos llenos de historia, trucos de maquillaje, consejos, opiniones, sugerencias, nuevos modelos, descuentos, avances de la nueva temporada, incluso su biografía completa. Pese a ser bastante joven comparado con el primero de la historia, Constance era un maniquí con mucha experiencia, creado en 1870 cuando Francia -la capital mundial de la moda- introdujo el primer maniquí de cuerpo completo: Constance.

Una mañana, Constance no estaba en el escaparate. ¿Qué había pasado?, ¿la habrían reemplazado? ¡Qué desazón! ¿Quién la orientaría? En esos meses Jimena tenía tantos varios sociales: su graduación, una boda, y su ¡pedida de mano!

Pasaron los días y Constance no aparecía. Inquieta y preocupada, entró y discretamente preguntó por la ausencia de tan querido maniquí.

Ante la sorpresa de la propietaria de la tienda -habitualmente se interesan por sus selectas prendas-, conversaron largamente mientras disfrutaban un café y croissants recién horneados. Entonces, supo del paradero de Constance. La habían llevado a la clínica de maniquíes para maquillarla según las nuevas tendencias que marcaba la temporada, y cambiar su peinado por los rizos que serían la estrella durante los próximos meses.

¡Qué contenta estaba Jimena! Deseaba dialogar nuevamente con su amiga tan particular, sobre todo, porque aprendía cosas simples y sencillas que la llenaban de humanidad. JB

81. El secreto de Jacinto

Jacinto es un espigado y elegantísimo trozo de mineral de carbono casi puro, color negro y brillo metálico, textura compacta, graso al tacto y buen conductor de la electricidad.

Su origen está en las rocas carbonosas, es ¡el grafito! Él procede del más grande depósito de grafito, que fue descubierto en Inglaterra allá por 1665. Sus inicios fueron un tanto ganaderos, pues se utilizó para marcar las ovejas. Con el paso del tiempo, el grafito se destinó a la fabricación de lápices.

Jacinto es, por tanto, un lápiz. Aunque no es un lápiz cualquiera. No, no. Su trazo hace auténticas maravillas que inspiran y despiertan la creatividad.

Tiene el don de orientar y guiar en todo momento. Siempre hace escribir y dibujar situaciones llenas de bondad y belleza. Quizás, lo más simpático aunque, a veces, exasperante es que, como casi todos los intelectuales, tiene una manía. Ésta excentricidad es un auténtico cúmulo de picardías. ¿La imaginan?

Pues verán, Jacinto disfruta escondiéndose. ¡Y cómo disfruta! Sólo hay que verlo y comprobar las carcajadas que, casi en silencio, suelta con total desparpajo.

Octavio, su dueño, es un estudiante bastante poco aficionado a la lectura y a los libros en general. Tiene escaso vocabulario, en realidad escasísimo, y nunca pensó la importancia que tienen los sinónimos, antónimos, parónimos, metáforas, hasta el día aquél en el que se enamoró perdidamente de su vecina de barrio -esa rubiecita de redondos y oscuros ojos, cuyo cabello sostenía con un par de lazos en elegante cinta de raso azul, azul intenso-, sí esa

jovencita era la causa de sus desvelos... ¡y de los de Jacinto! Aquella mañana Octavio estaba totalmente decidido a componer una oda. ¡Caracoles! qué lanzado, ¡una oda!, una composición poética del género lírico. ¿Y qué sabría Octavio de estrofas de alabanzas?, ¡nada!, claro está, sin embargo pensó que el estado casi cataléptico de su espíritu sería el más fiel aliado para redactar su poema de amor. Tomó aire, suspiró y con gesto bobalicón comenzó. ¡Había que ver a Jacinto!, se limitaba a mirar de reojo, como quien no quiere ver. No daba crédito de lo que leía. Nunca se le habría ocurrido semejante tontería, sin rima, sin sentido, ¡un insulto para la poesía universal! Qué pensarían Homero, Esquilo de Alejandría, Hesíodo, Safo o el mismísimo Píndaro... les daría un descontrolado ataque de urticaria mental.

Jacinto debía permanecer estático, en silencio y permitir que Octavio desplegara sus dotes de poeta... o algo así. Los días pasaban y no concluía. No se inspiraba y su terminología era pobre, escasa, ¡pésima! Estaba agobiado pues la joven se iría de vacaciones y él quería entregarle su "Oda a ti".

En la desesperación por tener terminado su poema llamó a Jacinto y éste no respondió. ¿Estaría dormido? Volvió a llamarlo. ¡Y nada! Pero, ¿dónde estaba? Lo busca, lo busca, mira en el balcón, donde solía tomar el Sol y leer el periódico. Busca detrás de los tiestos de geranios -los rojos- que es donde le encantaba esconderse. Pensó, y pensó, dónde se le ocurriría esconderse esta vez. No lo encontraba... hasta que ¡zás! se había escondido dentro de la lata de espaguetis ¡menudo pícaro! Jacinto quería que Octavio se esforzara y escribiera solo, sin su colaboración. El secreto de Jacinto estaba en su interior. Se trataba de un grafito mágico desde donde

solamente surgían textos bondadosos, plagados de metáforas, ricos en vocabulario y, además, tenía el don de saber aconsejar en el momento más oportuno, por todo lo cual ¡no era un lápiz común!

Sin embargo, su sencillo aspecto lo privó de poder ocupar un lugar "privilegiado" en el Museo del Lápiz que se encuentra cerca de la zona del hallazgo original del bloque de grafito.

Octavio lo intentó. Se esforzó y garabateó las primeras líneas... Jacinto sufría al verlo tan enamorado y, a la vez, tan torpe en la escritura. Una vez que había terminado, la emoción embriagó a Octavio. Entonces tomó el papel más bonito -uno apergaminado-, pasó a limpio su "obra" y la introdujo en el buzón de la vecina. Recibió una discreta nota dentro de un sobre personalizado. En el texto se leía: "Muchas gracias. Mañana viajo a Venecia. Allí espera mi prometido."

En fin... ¡tenía que intentarlo!

Tras el estrepitoso fracaso sentimental y como poeta, decidió ser escritor de novela histórica. Para ello, se puso manos a la obra junto a la incondicional orientación y maestría de Jacinto, quien le sugería lectura de libros, compra de diccionarios de todo tipo: etimológicos, de sinónimos, antónimos, parónimos, y la realización de especializaciones en el arte de la escritura.

Octavio aprendió disciplina de estudio, seriedad en el aprendizaje, se rodeó de ilustres escritores, literatos y poetas, y se impregnó de conocimiento. Se hizo socio de bibliotecas y viajó fuera del país a congresos y encuentros internacionales. Dedicación y empeño, compromiso y tesón, llevaron a Octavio a los más encumbrados puestos de escritores de la época. Sus libros de novela histórica eran absolutamente impecables y, con el tiempo, se convirtió en un

célebre escritor que daba cátedra en la universidad sobre las técnicas de redacción. Su primera obra histórica fue "Mi amigo Jacinto".

La primera parte de este emblemático libro estaba dedicada a la descripción de la evolución histórica de los lápices desde el ancestro, que fue el estilete -una varita de metal que los romanos usaban para raspar el papiro-, pasando por los envueltos en pieles de animales y el primero que tuvo un borrador al final añadido por Lipman en 1858.

En la segunda parte describía cientos de ideas, sugerencias y vocabulario para diferentes situaciones.

Resultó un magnífico libro, didáctico y sumamente útil, que ayuda a enriquecer el vocabulario.

Hoy Jacinto está muy, muy ancianito, sin embargo, su memoria es extraordinaria -casi como su paciencia- y permanece al lado de Octavio, firme y lleno de ánimo e ilusiones. JZ

82. Una cortina discreta

Las cortinas son esas telas o lienzos que habitualmente cuelgan de ventanas y puertas. Tienen finalidad de adornar, aislar de la luz o del frío, ocultar de indiscretas y ajenas miradas, cuchicheos insoportables y, en ocasiones, el desorden de algún armario o desván abarrotado de cosas.

Durante la época medieval las cortinas eran muy útiles para aislar del frío, especialmente en castillos, palacios y grandes mansiones llenas de ventanas. Éstas eran pequeñitas, lo que ayudaba a evitar que se colara el viento y frío.

También se cubrían las camas con doseles, esas pesadas telas que protegían de los helados y húmedos inviernos. Con el transcurso del tiempo se convirtieron en adornos reales, confeccionadas con lujosos tejidos de Oriente, engalanando barrocamente las distintas dependencias palaciegas y alcobas principescas. Por el contrario, en casas pobres, las cortinas están hechas de trapos viejos llenos de remiendos y restos de pieles desechadas.

Los franceses son maestros del cortinado, y fueron de gran popularidad las cortinas realizadas en terciopelo, seda, organza, algodón y las que incluían imágenes variadas.

En el siglo XVII y principios del XVIII se desarrolla todo el esplendor, llegándose a cubrir las ventanas, puertas, paredes y los muros ¡con cortinas acolchadas!, siempre confeccionadas con suntuosos drapeados, soberbios guateados, elegantes pintadas, exclusivos bordados y, además, creativos diseños enriquecidos con lujosas pasamanerías, fastuosas grecas y toda clase de orlas en oro y plata.

Pero hay una cortina en el mundo que se aparta de tipos de estilo o tendencias. Está ajena a cualquier visillo, bandós, y, por supuesto, ostentación, boato y opulencia. Es Ruperta. Una sencilla cortina. Su mejor amigo es un tapiz, pero no un tapiz cualquiera.

Se trata del Tapiz de Bayeux, del siglo XI, que es patrimonio de la humanidad y tiene un bordado único, una crónica histórica y es fuente de información sobre el tipo y modo de vida de la Edad Media. Está realizado con técnicas especiales y simbolismo. Es de excepcional tamaño: 68,80 metros de largo por 50 centímetros de ancho ¡y pesa cerca de 350 kilogramos!

Ruperta es clásica y llena de multicolores remiendos de distintos tejidos distribuidos con simpatía y cariño. Unos más delgados, otros más gruesos, algunos con estampados de florecillas, otros con muchas rayas, lunares, irregulares, redondos, cuadrados, grandes, pequeños... ¡precioso! Cubre generosamente y hasta el suelo la ventana principal de una casa pobre muy, muy pobre, tanto que, a veces, sus habitantes no tienen siquiera para alimentarse. Cuenta con numerosos pliegues que ayudan a evitar que se cuele el viento y el frío, siempre está limpia, de buen humor y tiene el maravilloso don del saber estar.

Sí, sabía estar allí donde la necesitaban. Para ello se adaptaba a las circunstancias, a las realidades de cada grupo de personas. A veces era en residencias de ancianitos, otras en albergues para niñas y niños sin padres, o para familias que se encontraban en la miseria, enfermos, con hambre y frío. Ruperta cambiaba color, textura y grosor según las necesidades de cada caso y dependiendo de las estaciones. Un día se da cuenta que ya no tenía remiendos y que sería imposible continuar ayudando. ¡Qué gran tristeza!,

Ruperta estaba desconsolada. Sin sus solidarios parches y con los cambios en el clima que volvían muy frías las temperaturas en regiones antes cálidas, la situación era dramática. Pero en medio de cargadas lágrimas sus ojos brillaron deslumbrantes ¡tenía una magnífica idea! Envió un mensaje a su amigo, el maravilloso tapiz francés, describiéndole en perfecto idioma galo el estado de la situación.

El comprensivo tapiz tras analizar el caso, busca la alternativa más adecuada para remediar asunto tan apremiante. Tenía que ser una solución definitiva y duradera. Entonces, el bueno del tapiz con extremo cuidado arranca tres hebras que entrelazaban el bordado de un vigoroso corcel y las dona a Ruperta. La cortina casi no entendía de qué se trataba. Abrió sus grandes ojos, tosió un par de veces y se preguntó ¿y ahora qué hago con estos tres hilos?

Pronto comprendió lo que sucedía. El sabio tapiz había llenado de magia los tres filamentos para que se multiplicaran en nuevos zurcidos para Ruperta. Así, de cada uno de ellos nacen nuevos apaños para otras cortinas, viajando hasta cada destino en forma de precioso jilguero.

Por ello, cada vez que vuela uno de estos pajarillos es porque Ruperta está ayudando a alguien. JJ

83. El susto del bolso

¡Ah! los bolsos, bolsitos y bolsones, resignados receptáculos que lo reciben todo o casi todo, ¡cuán útiles son! Sirven para transportar variados objetos de tamaño reducido que se usan con frecuencia.

Se desconoce su origen exacto, sin embargo, según algunas pinturas rupestres, en épocas prehistóricas ya se usaban algunos objetos similares, así como también en grabados del antiguo Egipto que se encontraron en tumbas funerarias.

Es muy posible que los nómadas trasladaran en redes tejidas con fibras cuencos de calabazas o hechos ahuecando madera, los alimentos que recogían y cazaban. Celtíberos, romanos, y en la Edad Media para las damas, se confeccionaban a juego con la tela del vestido, y para los caballeros se utilizaba cuero.

Debido a su gran utilidad los bolsos se fueron convirtiendo en un elemento importante, insustituible, incluso imprescindible en la vida cotidiana. Pueden tener formas y tamaños diferentes, estar realizados con una sorprendente variedad de materiales -cuero, plástico, tela, lana, hilo, esparto, corteza de árboles, lentejuelas, bordados, pedrería-, tener múltiples destinos -festivos, formales-, y estar diseñados por afamados modistos.

El bolso, ese sencillo receptáculo que los celtíberos llevaban tan discretamente se convierte, junto con el calzado, en el principal complemento del vestido, cambiando a ritmo de las modas imperantes y del arte de cada región.

Fermín fue diseñado de manera artesanal y está realizado totalmente a mano. Su forma y tamaño es exclusivo ¡irrepetible! Coqueto y muy galante, la versatilidad y enorme capacidad de

adaptación lo convierten en único; además de ser reversible, puede adaptarse al color del atuendo de su propietaria y de las características de cada ocasión.

Pues aunque los bolsos son utilizados tanto por mujeres como por hombres, son las féminas las que tienen una relación mucho más estrecha con el adminículo. Las damas tienen tendencia a llenarlos con un número significativamente variado de objetos. Fermín es víctima silenciosa de este comportamiento.

Efectivamente, él soporta estoicamente y con elegancia sin igual, todo un arsenal de elementos femeninos que su propietaria, sin consideración alguna, introduce en su interior. Todo tipo, tamaño, forma y color de objetos. ¡Sí!, ¡sí! su dueña es ordenada y destina cada compartimiento a un objeto y, como casi todas, tiene la misma inclinación: ¡llenarlo!

Comienza por la bolsita de maquillaje que contiene, a su vez, polvera, pintalabios, peine, cremas, espejito, cepillo, pinza para las cejas, lima de uñas, perfume, pañuelos, coleteros, toallitas íntimas, pasta de dientes y cepillo, jabón en láminas, aspirinas. Incluye una pequeña linternita -por las dudas, claro-, gafas graduadas y para el Sol, monedero, diminuto chubasquero enrollado, agenda con papeles dentro, lápices, rotuladores, clips, bolígrafo, recambio de la pluma, bolsa para la compra, libro de lectura, pastillas para la tos, caramelos, y múltiples llaves en indiscreto llavero.

Pero eso no es todo, en otra sección van los guantes, el teléfono, la cámara de fotos. En la división que cierra con cremallera los documentos y las tarjetas: de crédito, de promoción, de bibliotecas, de descuentos. Sin olvidar la indispensable libreta de notas -que a su vez incluye un diminuto bolígrafo-, baterías de recambio,

enchufes adaptadores, abanico, pequeños cubiertos, ricas semillas para pasar el rato, menudo costurero, y hasta los pendientes de repuesto ¡que no falten! Aquella tarde Fermín se sentía llenísimo. Tenía dolor de estómago, se movía lentamente y sufría repentinos mareos. Había demasiadas cosas en su interior. Estaba muy contrariado y no podría soportar ni un objeto más en su interior.

De repente ¡fatalidad! la mano de su dueña intentaba introducir la agenda del nuevo año... Un escalofrío recorrió a Fermín. Los párpados caían pesadamente y casi no podían volver a subir. Hasta las pestañas parecían de plomo.

Finalmente, la asustada era ella, su dueña. Temió por su querido bolso que tantos años la había acompañado y era prudente testigo de tantos secretos, confidente y amigo. Entonces, una vez que habían dialogado, decidió liberarlo de más agobios y llevarlo al Museo del Bolso. Allí, una preciosa y selecta colección está organizada en distintas secciones en las cuales están representados los de cada época, desde el Neoclasicismo hasta la Belle Époque.

Cartapacios, morrales, zurrones, sacos, maletas, alforjas, mochilas y valijas de todas las épocas y civilizaciones. El Museo atesora bellísimos bolsos sencillos y barrocos, bordados y llenos de abalorios metálicos, sobrios, elegantes, glamurosos, serios y desenfadados, fastuosos, con detalles Art Nouveau y Art decó.

Diseños en madera, piel, tejidos y bordados, lisos y de multicolores estampados, étnicos, extravagantes o exóticos, sin casi historia y con un pasado deslumbrante, Todos dispuestos con exquisito gusto y cariño. Fermín se siente allí feliz, acompañado por muchísimos amigos que le cuentan innumerables historias de sus lugares de origen y, sobre todo... está ¡muy aliviado! JZ

84. Un pintalabios agobiado

Cosméticos hay muchos, muchísimos, variados y se han usado desde hace unos 5.000 años. La costumbre de pintar labios es muy, muy antigua. ¡Sí! en Mesopotamia se trituraban piedras semi-preciosas para aplicar sobre los labios.

Entre los egipcios maquillarse era casi una obligación. Los efectos brillantes se obtenían de la esencia de perlas -una sustancia que se halla en las escamas de los peces-. Sólo las mujeres de vida azarosa se pintaban los labios de rojo en Grecia, en tanto que los rostros sin destacado color granate en los labios correspondían a damas honorables. En el siglo XVI eran muy populares, y la reina Elizabeth I apoyó la moda de rostros pálidos y labios intensamente rojos.

Se elaboraban a partir de muy distintas sustancias, mezclando cera de abejas y pigmentos rojos de las plantas, o empleando arcilla roja, henna, algas, óxido de hierro y yodo, o mezcla de piedras rojas trituradas y plomo blanco.

Por ejemplo, el pintalabios de Cleopatra estaba elaborado con escarabajos carmín triturados y huevos de hormigas como base. También se unían metales peligrosos, como plomo o mercurio.

En la Inglaterra del siglo XVI se unían raíces rojas seleccionadas con grasa de oveja, o una mezcla muy natural, que era la fusión compuesta por cochinilla, savia de higuera, goma arábiga, cera de abejas, tintes rojos de plantas (rosas y geranios) y clara de huevo.

En Japón, las geishas aplastaban pétalos de cártamo. Hacia finales de 1800 el carmín comenzó a mezclarse con cera y aceite, o se fabricaba con aceite de ricino, sebo de ciervo y cera de abeja.

Es curioso que el maquillaje fue considerado en alguna época como descarado, inmoral, descortés, vetado por la iglesia en la época Medieval por considerarlo encarnación del demonio. ¡Caracoles! hasta llegó al parlamento británico una propuesta de ley según la cual era deber señalar como brujas a quienes llevaban los labios pintados.

Las féminas de alcurnia lograban enrojecer sus labios tras besar papel crepé rojo, morderse los labios, aplicarse bálsamos rojizos o vino de Oporto, o bien realizar ejercicios vocales.

Los colores son variadísimos, aunque el estrella es el rojo, el rojo, rojo. Los hay rosa pálido, blanco nacarado, lavanda, melocotón, tonos naranja, coral, brillante, cobres, fucsia, dorados, con sabor a frutas, de indiscretos chillones, brillantes, traslúcidos y pegajosos.

Mustafá es entrañable. Es el más bueno y generoso de cuanto pintalabios existe. Elaborado con esencias, mantecas naturales y ácido carmínico procedente de la cochinilla. Es de un rojo intenso, aunque tradicional, pero no colorea, es de efecto transparente.

Produce un efecto balsámico tranquilizador. Su elegante y sobria forma cilíndrica presenta un delicado diseño art decó, destacando en la parte superior un precioso camafeo en nácar. Tranquilo, formal y chispeante a la hora de trabajar: siempre, siempre cumple con sus tareas con gran esmero y dedicación.

Pero, ¿en qué trabaja?, además de colorear ¿a qué se puede dedicar una barra de labios? Mustafá trabaja mucho, por eso suele estar agobiado. Tiene largas listas y cumple detalladamente con la misión de cada día. Procura que no se acumulen las labores, pero no siempre lo logra. Y ¿qué hace? Su ocupación es muy sencilla y aún más necesaria. Mustafá tiene la noble tarea de sugerir

soluciones para quienes están preocupados, palabras de consuelo para quienes necesitan alivio, cariñosas y agradables siempre. Transforma discursos problemáticos y encauza acuerdos en armonía.

Enseña metáforas y términos cordiales, especialmente a jóvenes mal habladas, asignándoles la obligación de aprender largas poesías, dichos y refranes populares y toda clase de sinónimos, antónimos y parónimos. Para Mustafá no existe edad, sexo, raza, orientación religiosa o política, que obstaculice su misión. Él está allí donde es necesario. Por eso es tan, tan valiosa su tarea. Y lo más grandioso ¡nunca se acaba!

Una noche, el calor del estío hacía casi imposible conciliar el sueño y la tórrida temperatura se tornó insoportable. Mustafá tenía cubierto su cuerpo con un fino lienzo que acabó por quitarse de encima, daba vueltas y más vueltas. La larga noche de intensa canícula parecía no terminar. Necesitaba descansar.

De repente, ¿qué estaba pasando? ¡Fatalidad! El sofocante calor lo había derretido en aisladas cinco gotitas de espeso y cremoso carmín. ¡Todo un espectáculo!, ¡todo un bochorno!, ¡todo un agobio! ¿Qué podía hacer? Debía madrugar para continuar con su trabajo que, este mes, era mucho.

Entre el desconsuelo y la preocupación mantuvo el ánimo. Alcanzó a ver que parte de su cuerpecillo había caído sobre la barroca tapa de una antigua polvera. En el catedralicio silencio de la noche estival, el brillo de la esférica luna nueva permitía contemplar la escena. Y, aunque la larga sombra de un añoso ciprés -que siniestramente se proyectaba en la blanca pared del dormitorio- creaba una escena fantasmagórica, reforzó su espíritu positivo y

con interrumpidos susurros despertó a la profundamente dormida polvera. Ésta, al darse cuenta de la situación, inmediatamente fue en su ayuda.

Subió por las patas de la cama, se encaramó desde la almohada y puso en acción todas sus dotes de enfermera. Reunió con esmero y cuidado una a una todas las gotitas caídas, poniéndolas a su lugar. Con un poco de paciencia, tiempo y algo de frío, Mustafá recuperaría su forma.

Los cosméticos en general, y los pintalabios en particular, pueden reparar u ocultar ciertas imperfecciones.

Sin embargo, las palabras crueles, los inoportunos gestos, las despiadadas afirmaciones, los desagradables insultos, las frases displicentes, los perversos rumores, las actitudes ruines, las falsedades, las injurias y las groserías, así como también los comportamientos soberbios, codiciosos y dañinos... sólo pueden ser anulados y encauzados hacia el bien por nuestro querido Mustafá.
JB

85. El duendecillo picarón

Los duendes son hermosas criaturas que están relacionadas con las hadas, elfos, enanos y con sitios llenos de magia y encanto. Están en todos lados y no siempre es posible sentirlos cerca. Suelen ser muy, muy pillos, bribones y están atentos a los movimientos de su alrededor.

Les encanta adueñarse de cosas y de hogares y, cada cierto tiempo, toman posesión de alguno para encantarlos y poder hacer sus picardías.

El duendecillo Nicomedes es terriblemente revoltoso, muy astuto y... muy travieso. Pequeñísimo, inquieto y no descansa de maquinar sus enredos. Esencialmente escurridizo, tramposo y simpático. Tiene un vestuario de lo más particular, podría afirmarse que es extravagante. Destaca sobre su cabeza un llamativo sombrero color naranja con lunares verdes y un desproporcionado pompón rojo en la parte superior. El traje chaqueta es a rayas, anchas, negras y blancas, y el calzado originalísimo: unos botines acordonados hasta el tobillo que se vuelven impermeables los días de lluvia y nieve.

Aunque es descaradamente entrometido todo lo hace para bien, incluso cuando impone algún escarmiento lo hace sin causar el menor daño. Siempre recompensa las buenas acciones y disfruta poniendo en acción el poder sobrenatural que tiene de ayudar en secreto, silencio y extrema discreción.

Es de reconocer que Nicomedes atormenta hasta la desesperación a las personas envidiosas, deshonestas y egoístas, quienes son así víctimas de sus más terribles picardías y selectas travesuras.

A una joven muy, pero muy vanidosa que pasaba largas horas contemplando su rostro, perfumándose y pintando sus labios, ojos y uñas, un buen día hizo que desaparecieran todas sus pinturas, ungüentos, cremas y fragancias. Naturalmente, quedó la joven desolada. ¿Qué iba a hacer? ¿Cómo podría salir a la calle con su rostro sin maquillar?

Pasaron días, pasaron semanas y meses. Hasta que Nicomedes comprobó que la joven ya no era arrogante ni engreída ¡al contrario! Había aceptado su bello rostro y prescindido de tantos potingues, pomadas, polveras y vaporizadores de todo tipo. Siguió siendo coqueta, pero con estilo, glamur y sencillez.

Una tarde decidió escarmentar, con una pizca de malicia, a un muchacho que acostumbraba pedir prestados libros y no los devolvía. Tomó su bolsita de trabajo preferida -esa en la cual guarda los polvillos para los sortilegios- y, para volverse momentáneamente invisible, untó su nariz con esos polvos. Colocó en una cesta de mimbre todos los libros que el joven tenía sin reintegrar y los entregó a cada propietario. Cuando el muchacho quiso estudiar la lección del día anterior, no encontró el texto.

Fue a buscar el de antropología y tampoco estaba, fue por el de historia medieval... ¡y desistió! Y ahora ¿cómo estudiaría las lecciones de la semana?, ¿cómo repasaría para el examen de historia? El desconcierto fue descomunal. Estaba desolado. Siguió buscando debajo de la mesa, al lado del paragüero, encima de la repisa y ¡nada! Lo que sí encontró, fue una aleccionadora nota de Nicomedes en la cual se leía: "Debes ser considerado con las personas que te prestan libros, y devolverlos siempre a sus dueños", con su tradicional firma: un redondísimo pompón rojo.

El pícaro duende también emprendió una campaña de continuada confusión con una ancianita que era muy, muy rácana con todo y mucho más con las limosnas. Cada vez que entregaba alguna moneda hacía que fuera una de valor un poco superior.

Así, logró un resultado sorprendente.

La octogenaria dama recibía sonrisas y agradecimientos de lo más inesperados y aparatosos. Estaba asombrada con esas reacciones. Poco a poco, fue disfrutando de gestos tan amables y comprendió que debía ser más generosa con las personas necesitadas.

Es el duende más bueno de todos los que existen, tan bonachón que la Organización Internacional de Duendes le entregó la Medalla de Oro a la bondad en un inolvidable acto público. Evita que las personas lleguen tarde, ayuda a cruzar la calle, a estudiar y repasar las lecciones. Así, va visitando este y aquél lugar, una villa, otra aldea, caseríos, ciudades, pueblos y en cuanto su perspicaz pompón detecta algo imperfecto o situación extraña, actúa de inmediato y se pone manos a la obra.

Una mañana, tras levantarse, asearse y hacer sus ejercicios rutinarios, al mirarse en el espejo, comprobó que en su cónico birrete no estaba el imprescindible pompón ¡Calamidad! Sí, era un gran infortunio porque allí residía la auténtica esencia de su espíritu y el poder para hacer todas sus buenas obras y, a veces, desvergonzadas bromas.

¿Dónde había quedado? ¿Se habrá perdido para siempre o sólo extraviado? Esta vez fue una pícara hada que se había puesto de acuerdo con el elfo del bosque de castañas para hacer una broma a Nicomedes y habían escondido -entre las rojísimas manzanas del frutero- el querido pompón.

Si un día se escuchan en algún lugar de la casa el sonido característico de quien casca nueces, seguro que este malandrín de Nicomedes está rondando por allí.

En las silenciosas de pausas, piensa, entonces ¡a temblar! porque este granujilla a quien todos quieren está preparando alguna de sus aleccionadoras fechorías. JB

86. Una cama sin dosel

¿Qué haría la humanidad en la tercera parte de su vida, si no pudiera disfrutar de un sueño reparador? Es lo que corresponde a las ocho horas diarias que, desde la noche de los tiempos, monarcas y plebe han pasado durmiendo a lo largo de sus vidas. Son horas de pesadillas y sueños, de inquietudes y sosiego, de placer y abandono en los brazos de Morfeo, hijo del dios del sueño según la mitología griega. Es una ausencia silenciosa como si se dejara de existir. Es la aventura que tiene lugar en el maravilloso lecho provisto, generalmente, de un confortable y mullido colchón. El recinto, la alcoba o dormitorio, tiene características y particularidades de cada persona, época y lugar.

En la mayor parte del mundo antiguo, las camas eran sencillas y se destinaban a dormir en la noche, reclinarse en el día y tenderse en el momento de las comidas. Hacia el año 3500 a.C. en los palacios generalmente sólo había un dormitorio por vivienda.

El pueblo egipcio dormía cómodamente en recintos de paredes dobles, cortinas protectoras contra los mosquitos, y una tarima especial para la cama que servía de aislante del calor, frío, corrientes de aire... ¡y de todo tipo de animalejos!

Los griegos eran más austeros, tan sólo una sencilla cama de mimbre o de madera, un baúl y una silla. Y los romanos... más que en una habitación dormían en un ¡armario! Con su cama, silla y orinal, todo separado por una tela que hacía de cortina.

Sobre el suelo, antiguamente solían extenderse sacos rellenos de juncos o de paja. Eran incómodos, insanos y se podían contraer enfermedades debido a los insectos que pululaban entre paja,

juncos, hojas y agujas de pino, más el siempre presente moho por la humedad. Esa desagradable mezcla putrefacta y muy olorienta, era el mejor alojamiento para cantidades de indeseables pulgas y chinches que se encargaban de provocar las más abominables de las pesadillas. Hasta Leonardo da Vinci se quejó a su amigo por haber pasado la noche "sobre los despojos de criaturas muertas".

Pero Filomena... Filomena es especial y absolutamente única.

Una preciosa cama cuya propietaria, exquisita dama de alcurnia perteneciente a la más rancia familia del Ducado de Kénpidre, la cuida con esmero sin igual. Tallada en ébano, el cabecero reproduce fielmente y con todo detalle escenas románticas del bosque. El vestuario de cada personaje, desde el humilde pescador a las jóvenes casaderas de acomodadas familias, es una auténtica réplica de bordados en relieve, encajes, blondas, puntillas, así como de sencillas capas de clérigos y raídas casacas de pastores.

El frente, igualmente tallado con meticulosa precisión, reproduce con sorprendente exactitud el castillo principal de la familia. Desde los jardines y sus exclusivas fuentes ornamentales, estatuas de antepasados en mármol blanco, la extraordinaria fachada y su típica combinación de columnatas con capiteles corintios, jónicos y dóricos. Los numerosos ventanales, con multicolores vitrales de imágenes de la Naturaleza y con el característico escudo familiar.

Es comprensible que Filomena esté feliz en un ambiente tan selecto acompañada por los tapices belgas, espejos venecianos, porcelanas húngaras, alfombras persas, cortinas en seda y mobiliario de variados orígenes, desde turcos a tibetanos. Tiene un confortable colchón, Mateo, relleno con unas mezclas especiales de plumas de oca, pelos de camello, lanas de carnero y varias fibras vegetales

que, en proporciones científicamente compensadas, lo hacen un sofisticado colchón palaciego. Sin embargo, ella siempre había deseado tener dosel y así lo había comentado a su amigo Mateo.

El tiempo pasaba y el tradicional estilo de su propietaria impedía cambio alguno en sus aposentos. Un día, mientras las doncellas, Renata y Aurelia, que no paraban de parlotear quitaban el polvo y abrillantaban la superficie de los espejos, escucha que la Baronesa está planificando su viaje benéfico anual.

Había que organizar todo lo relacionado con el desplazamiento, incluida la totalidad de enseres personales. El destino haría que la Baronesa tuviera que vivir un tiempo en otra de sus residencias, el Palacio de Ranoa. Éste se encuentra sobre la margen derecha del río de su mismo nombre, en una región especialmente calurosa, húmeda y plagada de mosquitos. Aunque el río es bastante caudaloso, el agua no llegaba a todas las aldeas. Por ello, esta vez donaría los molinos que fueran necesarios para que todos dispusieran de tan valioso recurso natural.

La inquietud de Filomena era desbordante. Su frondosísima imaginación y el caprichoso deseo de ser una cama con dosel, la llevó a crear los escenarios más disparatados. Naturalmente, todo lo comparte y conversa con el bueno de Mateo, que la escucha pacientemente y se encarga de reconducir sus extravagancias, aconsejándole siempre cultivar el arte de la paciencia. En este aspecto Filomena es muy obediente y ha convertido la paciencia en su filosofía de vida.

Y así, sucedió que en la larga lista para la mudanza no estaba incluida Filomena, y tal noticia la sumió en la más profunda desdicha. Pasó días enteros, desde el amanecer hasta el ocaso, sin

emitir sonido alguno. Estaba muy desolada. Hasta las tallas de su preciosa superficie parecieron languidecer y los rostros, otrora deslumbrantes de felicidad, estaban tristes, los cielos encapotados y los rayos del Sol apenas iluminaban. Ante este panorama, Mateo no pudo resistir su vocación de caballero andante.

Se llenó de valor, sacudió fuertemente su espaciosa estructura, y sin temor al fracaso puso en marcha su estrategia.

Esa misma noche tuvo lugar el desembarco de sus ideas. Hasta la preciosa y blanca luna llena parecía conspirar a favor de Filomena, y momentáneamente escondió su rostro entre las copas de centenarios álamos. Con esfuerzo sin igual, inspirado en Góngora y en Quevedo, Mateo susurró al oído de la Baronesa. ¿Qué le dijo?, ¿qué podía decirle?, ¿qué palabras tendrían el efecto esperado? Fue muy sencillo.

La Baronesa, había heredado tendencia a las supersticiones y esa noche las murmuraciones de Mateo provocaron un repentino cambio en su inicial decisión en cuanto al mobiliario que se trasladaría al Palacio de Ranoa.

Nunca se supo qué había dicho Mateo a la Baronesa ¿quizás hacer público algún desliz de alcoba? Lo cierto es que Filomena, luce en su nueva ubicación un espectacular dosel hecho a medida, invadido de pliegues y rematado en la parte superior con un romántico lazo.

La paciencia regaló a Filomena ver cumplido su deseo. JB

87. Una chimenea destartalada

¡Ah! ¡ah!... qué época aquella, recordaba Teodora con cierta nostalgia. Tiempos en los que el gusto y el estilo invadían prácticamente todos los palacios, castillos y mansiones del valle. Sin duda era la elegida, la mimada, la única, la más elegante, intelectual y pícara de todas las chimeneas de la región.

Puede que hayan sido inventadas a principios de la era cristiana, aunque no hay gran certeza en este dato. En cualquier caso, tradicionalmente, las chimeneas se alimentaban con carbón, turba o madera. La combustión de estas sustancias despedía denso humo que invadía el recinto donde estuviera ubicada ensuciando y estropeando todo. Por tal motivo, había que tener extremo cuidado con óleos, porcelanas, sedas de las paredes, cortinajes, tapices, así como con los propios frescos de techumbres cuyas románticas escenas solían quedar ocultas bajo una fina capa de polvillo.

Pero Teodora era única en su tipo.

Su estructura, poco convencional, era admirada por vecinos y foráneos. Sobresalía entre todas, incluso tenía más estilo que Olivia, la afrancesada chimenea de la casona señorial de los marqueses de Tulupa. Esculpida barrocamente en mármol y ese porte distinguido ennoblecía aún más, si cabe, el impresionante salón de baile de la extraordinaria mansión.

Sin duda, era fascinante. En la amplia superficie resaltaban querubines entre hojas de vid perfectamente pulidas. Cargados racimos de uvas y diminutos ramilletes de flores, en divertida promiscuidad, compartían el barroco tallado. Mimada hasta por los diligentes deshollinadores, que la dejaban pulcra y reluciente,

tras intensas sesiones de higiene, en las que disfrutaba de exquisitos tratamientos, en particular cuando la aseaba Perkins. Su impecable diseño y construcción impedían que escapara hacia las salas la partícula más diminuta. Gastón, el viejo atizador, es su eterno confidente. Ambos escuchaban siempre muy atentos interesantes conversaciones que mantenían las personas a su alrededor, durante las frías tardes de invierno.

Especialmente disfrutaban del parloteo de los invitados que acudían a las reuniones sociales desde castillos y palacios de la región. La norma era guardar estricto silencio y discreción, lo cual tenían muy fácil pues ellos dos -Teodora y Gastón- eran los únicos del mobiliario que dominaban varios idiomas, incluso dialectos.

Durante las oscuras y frías tardes de invierno se reunían los señores de la mansión junto al irremplazable calor que desprendía el relajante fuego. Conversaban largamente los más variados temas. De esta forma Teodora y Gastón mantenían actualizados los comentarios, desde cuestiones sociales de todo tipo, bodas, bautizos, funerales, rupturas, celebraciones, al recurrente tema comercial de los negocios que el marqués poseía en el país y allende los mares.

Indudablemente, a veces se aburrían, entre tantas cifras, balances, acciones, porcentajes, ganancias, pérdidas, ventajas y desventajas. Teodora mantenía encendidas las brasas hasta que el último rescoldo casi se apagaba, al tiempo que la gran sala quedaba completamente vacía. Una de las doncellas de la planta baja -Carlota- era la encargada de preparar a Teodora con la primera luz del día. Aquella mañana, Carlota tardaba, muy raro en ella, puesto que la puntualidad la caracterizaba. ¿Estaría enferma?,

¿Qué le habría pasado? La sala estaba destemplada y ya se vislumbraban señales de frío en los coloridos cristales de las ventanas. Incluso las cortinas y tapices parecían temblar. El frío otoño había descargado toda su fuerza tapizando el empedrado de multicolores hojas, con tonos entre el marrón avejentado y el ocre pálido. Y desde entonces comenzó para Teodora el camino hacia la ruina. Pronto aquella época de lujo y esplendor se desvanecía poco a poco. ¿Qué pasaba? De inmediato llamó a Gastón y éste, pálido y con rostro incrédulo y resignado, comentó a Teodora el estado de situación. Los negocios de la familia hicieron partir a casi todos los miembros hacia otras latitudes, sin fecha para el regreso. La explotación de caucho estaba en alza en ultramar y ello reportaba enormes beneficios.

Sólo quedaban en la mansión algunas personas cuyos negocios de la Bolsa obligaban a permanecer en la región, y el personal de servicio que, por cierto, fue cada vez menos numeroso.

Con el tiempo Teodora quedó abandonada a merced del paso de los días, meses... ¡y años! Ya nadie visitaba la mansión, no acudían las engalanadas damas ataviadas con unos fascinantes vestuarios, ni espectaculares bailes hasta el amanecer, ni festejos, ni la más mínima reunión a pie de su ahora destartalada y triste figura.

Los nobles, a quienes durante generaciones había entregado su calor y belleza, se habían trasladado lejos, muy, pero muy lejos. Gastón ya no tenía argumento para evitar que Teodora cayera en depresión. ¡En tantísimos años nunca la había visto así! La singular lozanía de Teodora quedó bajo una antiestética capa de polvo, que la teñía de un tenebroso y desagradable gris plomizo. Hasta parecían marchitas las florecillas -sobre todo las del

costado derecho- y, al fragmentarse los querubines se desplomaron sobre la ahora raída alfombra persa.

Ya no acudían los deshollinadores y hasta el bueno de Gastón, cabizbajo y taciturno, pasaba días sin articular palabra. ¡Una gran fatalidad!

Sin embargo, rumores llegaron a oídos de Teodora y Gastón. ¡Sí! se había divulgado que las actividades tan intensivas de explotación de árboles caucheros había prácticamente acabado con este recurso natural tan valioso. La codicia había provocado una escasez tal, que ya no era posible continuar con el negocio del caucho. Las pérdidas superaban a las ganancias y la familia al completo debía regresar impostergablemente.

Gastón pone en marcha las tareas de rehabilitar a Teodora. Para esta misión, reúne a todos los amables ratoncillos, laboriosas pulgas e incansables piojos, que de inmediato se ponen patas a la obra. Durante días dirige con empeño y dedicación los trabajos de reacondicionamiento. ¡Había que verlos!, deslizándose como en toboganes por los rizomas, las hojas de vid, los sucios rostros de los querubines, y las casi marchitas flores, para devolver al mármol el brillo y esplendor de antaño.

¡Todo un ejemplo!, de unión, esfuerzo y amistad.

Así, Teodora volvió a lucir glamurosa, Gastón no paraba de conversar, Carlota y Perkins estaban felices por poder retomar sus labores habituales, y la familia de la gran mansión aprendió que la Naturaleza tiene sus límites y hay que respetarla. JB

88. Un semáforo ejemplar

Puede afirmarse que los útiles semáforos son casi recién nacidos comparándolos con otros estupendos inventos. No es hasta casi finales de 1800 que se instalan en calles de Londres.

Los que serían los súper tatarabuelos de los actuales, se diferenciaban mucho, pero mucho, mucho. En particular porque funcionaban con lámparas de gas y ello hacía que sean artefactos peligrosos. También tenían la curiosidad de alternar sólo dos colores: el verde y el rojo. El amarillo ¡no existía!, y disponían de dos articulaciones que se levantaban para indicar cuándo había que detenerse. Además necesitaban de un policía que debía supervisarlos constantemente. Hacia 1900 estaban provistos de un sonido especial que orientaba sobre el color y, para caso de emergencias, servicios públicos como policías y bomberos, podían modificar el color del semáforo para poder atender la urgencia con mayor rapidez.

Tiziano es un semáforo especial en su tipo dentro de una de las series más exclusivas que se fabricaron. Están distribuidos estratégicamente en muchas partes del mundo, y cumplen su misión de forma impecable. Naturalmente, tiene los tres típicos colores, puesto que el amarillo no podía faltar para permitir avisar sobre el inminente cambio a la luz roja.

Es un maestro en entusiasmo y galantería, y tiene arte en las relaciones públicas. Se distingue por su porte, firme y erguido, y por su garbosa presencia. Durante una etapa de su larguísima vida, lució gallardo una preciosa chistera hecha a medida por Jacinto -uno de los sombrereros más cotizados del gremio-.

Junto a sus amigas Úrsula -la esquina en la que se encuentra desde hace muchísimo tiempo-, y Nicolasa -su papelera preferida-, forman un inigualable equipo solidario, generoso y colmado de comprensión. Sobre todo Tiziano, de quien Úrsula y Nicolasa aprenden cada día.

Pero, ¿qué tiene Tiziano que lo hace tan especial? Tiene luces, advierte con la señal amarilla, está en una esquina como otros miles de su tipo... ¿Dónde está su originalidad?

Desde luego, no existen otros semáforos similares y mucho menos que sean expertos en relaciones públicas, sólo los de esta serie tan particular. Y, ¿qué más?, ¿solamente eso lo hace tan, tan diferente? Ciertamente no. Hay otra característica que ni siquiera la tienen los otros semáforos de su serie, tan sólo él, Tiziano. ¿De qué se tratará?

Pues tiene la virtud de entregar gentiles piropos a las damas, animar a quienes sufren por un amor imposible, alienta por la pérdida de un ser querido, estimula a quienes no tienen trabajo y a otros que padecen injusticias. Y, sobre todo, con ayuda de Úrsula y de Nicolasa, detecta la proximidad personas que están vulnerables en algún sentido.

Como Jacinta, la pequeña de largas trenzas que va en silla de ruedas guiada por su abuelo, y que siempre espera varios cambios de luces para disfrutar de la amena conversación de Tiziano.

Pero un día... ¡cataplúm! Espesas lágrimas brotaban de la luz roja de Tiziano, como si quisiera comunicar la amenaza en la que se encontraba. Hasta llegaban a escucharse unos tímidos, aunque expresivos, sollozos de tristeza contenida. Casi sin voz apenas pudo transmitir a Úrsula y Nicolasa el motivo de su angustia.

En unos días sería sustituido por otro aparato, más moderno y de diseño... Su destino estaba señalado: olvidado en un almacén de trastos obsoletos.

Entre estructuras inexpresivas y abandonadas ya no podría animar a las personas, ni pronunciar piropos, ni dar consejos, ni conversar con Jacinta... ¡Snif!, ¡snif!, ¡cuánta tristeza!

Con extrema urgencia, Úrsula y Nicolasa se pusieron en acción, y por medio de las palomas hicieron llegar un mensaje al Alcalde de la gran ciudad: Leopoldo. Sabían que el edil -viejo gruñón, de larga barba blanca, y siempre con su característica e impecable levita-, difícilmente aceptaría dejar sin efecto la orden de desalojo de Tiziano.

Sin embargo, curiosamente es muy conservador y respetuoso de antiguas tradiciones. Tanto que, incluso, es el único de la Villa que continúa utilizando carruajes como medio de transporte. Afirma que esta forma de trasladarse es más respetuosa con la Naturaleza.

En cualquier caso y en relación a la petición, tenían esperanza y confiaban en su buen saber y entender. Pasaban las semanas y nada se sabía. No había noticia alguna, ni a favor ni en contra de la petición. ¡Una gran incertidumbre! El desconsuelo y la preocupación reinaban en la ciudad. Los rumores sobre los debates en la Alcaldía se habían extendido, y no hacían más que aumentar la ansiedad de todos.

¿Qué pasaría?, ¿cuál sería el resultado? Debía estar preparado y ser fuerte. Tenía que aceptar los vaivenes del Universo y no olvidar sonreír. Tiziano hacía grandes esfuerzos para mantener su característica alegría y, sólo en las madrugadas -cuando nadie

podía verlo-, sus profundos suspiros iban acompañados de lágrimas de desconsuelo. Todos consolaban a Tiziano. Lo animaban y mimaban de la misma forma que aprendieron de él.

Recibía cálidos y cariñosos abrazos, que agradecía parpadeando alternativamente las luces. Hasta las hormiguitas de las aceras vecinas se acercaban, y le murmuraban dulces palabras que lo reconfortaban y lo cubrían de serenidad de ánimo.

De repente, y a una hora poco habitual, ruidos de cascos de caballos y algo de alboroto en la villa. El carruaje oficial de Don Leopoldo se acercaba con cierta sospechosa rapidez.

Los corceles, de pelaje renegrido y lustroso, jadeaban sin cesar y el cochero, perfectamente ataviado y casi inmóvil en el pescante, hicieron estremecer a Tiziano y por poco desmayar a Úrsula y a Nicolasa.

La precipitada algarabía se alternaba con largos silencios. Tiziano, temblando entre la desesperada realidad y las atropelladas ilusiones, penosamente se mantenía en pie.

¿Qué sucedía?, ¿a qué se debía tanto bullicio?

Con la ceremonia habitual, Don Leopoldo bajó de la calesa y, con porte seguro, se dirigió a Tiziano quien, con elegancia sin igual, se inclinó discretamente y saludó al Alcalde.

El silencio era estremecedor, todo parecía ir muy lentamente. En eso, el edecán mayor despliega un largo pergamino manuscrito, y procede a su lectura. Estaba firmado por la todas las autoridades y refrendado por un veedor externo, fechado y sellado.

La resignación invadió a todos, menos a Tiziano, que mantenía su espíritu pleno de entusiasmo y un rostro absolutamente relajado.

Dispuesto a escuchar y, sobre todo, aceptar la sentencia, miró a todos con bondad inigualable.

El ayudante, a quien se había encomendado la lectura del edicto, carraspeó un par de veces -lo cual confirió mayor tensión al momento-, y comenzó a leer.

Por orden, decisión inapelable, unanimidad y cumplimiento inmediato, el semáforo Tiziano... -en ese momento se desmayó Nicolasa y varios vecinos acudieron en su auxilio.

Pues bien, como iba leyendo, ...Por orden, decisión inapelable, unanimidad y cumplimiento inmediato, el semáforo Tiziano adquiere desde este preciso momento... -ahora se desmayó la farola Itatí y comenzó a llorar la pequeña de largas trenzas-.

¿Podré terminar?, -preguntó un tanto molesto el edecán mayor, y nuevamente comenzó- Por orden, decisión inapelable, unanimidad y cumplimiento inmediato, el semáforo Tiziano adquiere desde este preciso momento la condición de patrimonio histórico cultural, inamovible, irreemplazable y único de esta Villa y Corte. Y así se hace saber a toda la población para que sea cuidado y mantenido en perfecto estado de funcionamiento para las generaciones venideras.

La alegría era tal, que aún se escuchan grillitos y chicharras celebrando la decisión. JZ

89. Las pretensiones de Lulú

¡Uhy!... Lulú... Lulú es traviesa, inquieta y simpática, la más entre las cerca de dos mil especies de sifonápteros conocidas. Es el nombre tan raro -sifonápteros- de lo que vulgarmente se conoce como pulga. Ni se sabe cuántos años tiene. Vivió en muchísimos sitios y en todos ejerció una profesión diferente. Es hábil, inteligente y, sobre todo, muy, pero muy estudiosa. ¡Una pulga intelectual!

Además, y a diferencia de todas las demás pulgas, ella no se alimenta de la sangre humana, o de gatos, o de perros o la de otros animales de sangre caliente. No, no. Ella jamás haría eso.

Su paladar la hace disfrutar de viandas y platos de gourmet, desde aquél maravilloso día en que decidió instalarse en Ville L'Éxplendeur -una de las del Marqués de Porotie-, catalogada como la más representativa de la época. Allí pasó la mayor parte de su azarosa vida.

El Marqués -Don Gerard- era gran aficionado a la lectura y tenía varios libros publicados sobre métodos de enseñanza. Lulú pronto se acostumbró al hábito de leer diariamente y, si el Marqués se lo permitía, curiosear los apuntes y los borradores previos a ser llevados para su impresión.

Llegaron a entablar una ejemplar amistad, hasta el extremo de participar en algunas de las más rocambolescas metáforas y anáforas en los escritos de Don Gerard.

Poco a poco, estudió diferentes estilos, fue aprendiendo a redactar, a describir con todo detalle, argumentar y enlazar capítulos, así como a introducir personajes y llegar a epílogos absolutamente inesperados e insospechados.

Le apasionaban las intrigas y se emocionaba cuando estaba llegando al final de cada obra literaria. El gran entusiasmo nunca dejó de acompañarla tanto al comenzar como al terminar cada escrito. Ciertamente, no es nada habitual que los sifonápteros tengan estas características, por eso Lulú es única e irrepetible.

De inigualable espíritu bohemio, entre vintage y barroco, es una romántica consumada. Hay que ver cómo canta... no lo creerán... ópera, las mejores arias, Carmen, Nabucodonosor, Aida. Sí, sí, canta las más emblemáticas óperas y operetas, sobre todo cuando se ducha, ataviada con ese gorro estampado con diminutas flores y rematado con puntillas. ¡Todo un espectáculo!

Un día, muy, muy temprano, la cocinera mayor de Ville L'Éxplendeur comprobó que Lulú estaba sentada en la mesa central de la cocina -la de madera para amasar-, rodeada de libros, diccionarios, apuntes y lápices de todos colores, junto a gomas para borrar y periódicos en varios idiomas.

Sorprendida la señora Benedicta -nombre de la maestra cocinera-, se acercó suavemente a Lulú y le preguntó -con un acento italiano característico- que qué hacía en la cocina. Lulú dijo que estaba en la biblioteca y no en la sala de cocinas.

Sin embargo, en su mano sostenía el antiguo libro de recetas de Ville L'Éxplendeur. ¿Qué había pasado? Seguramente, como aún no había amanecido y todavía la mansión estaba entre sombras y penumbras, el despiste de Lulú junto a la ansiedad provocada por la inspiración, la llevó a confundir los espacios. Entonces, ¿qué sucedía?, ¿dónde estaba el inconveniente? En realidad, estaba en la cocina y no en la biblioteca. ¿De qué se trataba?, ¿sería una broma de Lulú? Pues no.

Sin darse cuenta, había perdido parte de visión y estaba bastante miope. ¡Toda una calamidad para Lulú! Coqueta y presumida como ninguna otra pulga, tendría que usar gafas. ¡Imagínense!... ¡Lulú con gafas¡ lo que le faltaba... Estaba pasmada.

El bueno del Marqués la llevó a su oftalmólogo, quien reside en una casona romana al Norte de la ciudad. Allí, un cónclave de especialistas en miopías de sifonápteros, diseñaron unas lentes a medida especiales para Lulú. Estaba frenética y exaltada.

No podía creer el resultado extraordinario de esas maravillosas lentillas esculpidas en materiales ultra resistentes. Entregó a cada uno de los expertos un efusivo abrazo lleno de gratitud.

Reconfortada y feliz, Lulú recuperó su característico entusiasmo. Confiaba en que el escarabajo pelotero, Teódulo, su amigo y confidente, pudiera ayudarla en la arriesgada tarea de escribir sus memorias.

Se había propuesto hacer de ellas un "best seller", un libro de esos que tienen resonante éxito. Tras varias pruebas y alternativas descartadas, el título elegido por ser el más apropiado fue "El glamour de Lulú", aventuras y desventuras de una sifonáptera escritora. Allí narraría sus anécdotas preferidas, sus temores, sus gustos, caprichos, manías, y un capítulo dedicado a su apasionada vida amorosa, en particular el largo y tumultuoso romance con el piojo Chacho -que terminó en ruptura- el idilio con el grillo Ruperto -probablemente, lo más esperado-, y las innumerables galanterías de sus admiradores.

Pasado el tiempo, Lulú se consagró como escritora y cada una de sus obras la dedicó a todas aquellas buenas personas que, alguna vez, habían sido incomodadas con desagradables picaduras de sus

congéneres; además daba conferencias y formaba a otras pulgas y piojos aspirantes a futuros escritores. Con los años escribiría también "La trilogía de Lulú".

Nunca dejó de agradecer al Marqués de Porotie, no sólo sus enseñanzas, sino su ejemplar vida llena de bondad y generosidad.
JB

90. Una tienda de ensueño

Aquél atardecer, como era costumbre, apagaron las luces del interior dejando iluminado el precioso escaparate. Poco a poco el silencio fue invadiendo la totalidad del amplio recinto. La penumbra acompañaba el desvanecer de los últimos murmullos de despedida hasta el día siguiente. El frío y la suave brisa obligaban a cerrar abrigos y cubrir escotes con las apropiadas prendas de la estación que precede al invierno.

¡Cuánto encierran las paredes de esta tienda! Conversaciones variopintas, opiniones de todo tipo, sentimientos encontrados... pero, sobre todo, gusto por lo bonito, por el estilo y la clase, por el buen hacer y saber estar.

Contemplar la luminosa vidriera y entrar en la tienda es pasar a un mundo de ensueño. Es como si los maniquíes del escaparate embrujaran a las damas que dudan en entrar, envolviéndolas en una magia que las hace sucumbir ante tanto glamour. Es un espacio donde no cabe lo grotesco o ridículo.

La maravillosa luz natural que atraviesa los generosos ventanales lo irradia todo quedando al descubierto, en riguroso orden, las prendas más selectas y exclusivas. Es, por así decirlo, una caja de sorpresas. Los escaparates laterales son un auténtico primor. Puedes disfrutar de ellos y transportar el espíritu hasta donde te lleve la imaginación.

Si hasta parece que los maniquíes, con las poses tan naturales que les han asignado, saludan al arrimar la nariz para ver mejor las bellezas que lucen, tentando más los deseos de entrar. Atuendos de vestir reflejan su brillo sobre las paredes opuestas, vestidos de

cóctel, de noche, de tarde, de mañana..., faldas rectas, plisadas, y toda clase de blusas, camisas y blusones. Prendas confeccionadas con detalle, esmero, cariño y los mejores géneros, en seda, algodón, lino, lana, cachemir, terciopelo, raso, damasco, satén, batista, encaje, adquieren unas formas y diseños espectaculares y se presentan en elegantes chaquetas, abrigos diferentes, capas especiales, singulares pantalones, vestidos únicos, de firmas de renombre mundial, de procedencia alemana, francesa e italiana.

¡Ah!, la tienda, atesora en cargadas estanterías -que parecen engordar por momentos- preciosos conjuntos de punto de todos los colores y estilos, de variada composición y diseño. Mangas cortas, largas, sin mangas, con cuello o sin él, con voluptuosas hombreras, o con puños y solapas. Conjuntos engalanados con primorosos detalles de todo tipo, forma, color y material. Hebillas tachonadas de brillo, botones forrados con selectas telas o pieles labradas, lazos de raso, que se desploman en moños cansinos sobre un faldón de ensueño o una capa de cachemir larga hasta los tobillos...

Casi al entrar, hacia la izquierda una selecta colección de abalorios de todo tipo y forma, para todas las ocasiones, de todos los materiales ¡complementos para ocasiones de ensueño! Pendientes, pulseras, collares, gemelos, pasadores, broches, cadenas, brazaletes, todo finamente montado en oro, plata, piedras talladas o piezas esmaltadas. Joyas de ámbar, jade, cristal, perlas o nácar, presentan diseños delicados y distinguidos, que ennoblecen a quienes los llevan, y dan ese toque de distinción y elegancia tan característico de la tienda. Una auténtica colección de calzados con elegantísimos tacones y diseños exclusivos, bolsos para todos los gustos y ocasiones, cinturones y guantes complementan el recinto.

Es difícil decidir con cuál quedarse, si con ése rosa pálido tan sensual, o aquél modernísimo con botas a juego, o ése otro, el que se esconde tras un bonito chal color champagne.

Al atravesar el quicio inicia la lucha de deseos y pretensiones con claras tendencias casi lujuriosas por este o aquél conjunto, por ésta o aquélla marca, por este abrigo o ese otro con cuello desmontable, o ese exclusivo traje de noche color rojo encarnado tapizado con pedrería y chal de seda salvaje a juego. Todo un enorme ramillete de inquietudes en cada una de las damas, para las que la tienda siempre tiene algo precioso que espera su destinataria.

En esta tienda, los consejos de expertas ayudantes siempre son los más cariñosos y acertados. Risueñas, muy buenas y pacientes, sobre todo pacientes porque, en ocasiones, algunas personas no resultan muy decididas, sin embargo, la tolerancia, comprensión y buen trabajo logran hacer de cada fémina una clienta habitual. Naturalmente, las hay de todo origen, clase y procedencia. Las insoportablemente dudosas a la hora de escoger esto o aquello, las que nada les conforma, las que ni tienen idea qué es lo que quieren. Pero también están las decididas y simpáticas, a quienes las prendas siempre les van bien y quedan conformes al instante.

El ir y venir dentro de la tienda es frenético, y parece la avenida principal de una gran ciudad. Aquí se visten figuras de todo tipo.

Todas se acercan atraídas por la calidad y excelencia. Altas y muy bien formadas, bajitas proporcionadas, delgadas como espaguetis, robustas cual barril de ron, paticortas, barrigonas, culonas o sin trasero. También morenas, castañas, rubias naturales y artificiales, con mechas o canas, cabelleras largas y cortas, rizadas y lacias.

Mayores encantadoras, maduras aún en edad de "merecer", jovencitas muy caprichosas, solteras muy pizpiretas, separadas, divorciadas, casadas. Silenciosas o conversadoras, interesantes o pesadísimas, ridículas, pretenciosas, sencillas, hogareñas, familiares, tímidas, lanzadas, cándidas o ingenuas... Todas disfrutan probando y adquiriendo prendas exclusivas, que lucirán orgullosas en bodas, banquetes privados, y en los más elegantes cócteles y ceremonias.

Los arreglos necesarios quedan de maravilla; subir un bajo, bajar una manga, tomar la chaqueta... una pinza por aquí, un doblez por allá, mover el botón, reducir la cintura, coser el cuello, fruncir, hilvanar, plisar...

Todo lo saben hacer las expertas manos de las costureras guiadas por las modistas más afamadas. Miden, cortan, prueban, aprueban o no, repasan, arreglan, pespuntean, descosen y vuelven a coser, todo con inmenso cariño y gran dedicación, señal de seriedad, prestigio y solidez. Pueden forrar, festonear, ribetear, deshilar, y utilizan todo tipo de herramientas apropiadas a sus labores, desde las tradicionales agujas y alfileres, a las tijeras, dedales, hilos, botones, broches, hebillas, cremalleras, cinta métrica, entretelas, forros, hombreras.

Así es la tienda de ensueño, donde el cariño, dedicación y esmero por alcanzar el resultado que roza la perfección, hacen que las ilusiones se hagan realidad. JJ

91. La inquieta Radegundis

En poblaciones que dependen de los cursos de agua para la subsistencia, por vivir cerca de la costa, de lagos o de ríos, una de las formas más populares de transporte son las canoas. La palabra canoa pertenece a la lengua arahuaca y denomina las embarcaciones típicas de la cultura taína. Se dice que Cristóbal Colón fue quien introdujo canoa en la cultura europea.

Por lo general, estas prácticas y versátiles embarcaciones son livianas, más bien pequeñas, estrechas por ambos costados, abiertas en la parte de arriba, puntiagudas en los extremos y no tiene diferencia la proa de la popa. La actividad pesquera y el comercio fueron, y en muchos sitios aún lo son, mucho más sencillos por medio del uso de las canoas.

Las primeras canoas fueron construidas en madera a partir de grandes piezas de troncos de árboles ahuecados. Los amerindios basaron la fabricación de sus canoas en corteza de abedul con resina. Otras tribus quemaban la parte inferior para protegerlas del agua, prolongando así su duración. También las hay de lona, aluminio y, en la actualidad, de fibras sintéticas muy resistentes.

Los marineros suelen escribir el nombre de la barca en el costado de la misma, recordando antiguos amores, nuevas conquistas, o indicando la ciudad natal del propietario, como nostálgico homenaje al terruño.

Algunas permanecen largo tiempo en el embarcadero sin que se ocupen de ellas, las reparen y cuiden, como Matea, que desde hace años nadie va a pintarla ni a volver a escribir el nombre del cual sólo se leen las tres últimas letras, ha perdido uno de los remos y

se adivina el color que tenía por unas manchas de pintura dispersas en el lateral izquierdo. En la región ya la conocen como "la abandonada". En cambio Radegundis, vecina inmediata de Matea, ¡es espectacular!

Siempre impecable, reluciente y mimada por Aniceto, el barquero más antiguo del poblado, todo un personaje en cuya estampa destacan una vieja pipa, su barba tan blanca como la espuma del mar, el gorro sobre el cual deslumbra un ancla de lustroso bronce y el periódico en el bolsillo del desgastado chaquetón marinero.

Radegundis es una sencilla canoa amarrada en el embarcadero principal de uno de los afluentes que desemboca directamente al mar. Fabricada en madera, pintada de blanco blanquísimo, destaca en el lateral derecho su nombre escrito en letra gótica.

De gran espíritu independiente, casi indomable, que Aniceto debía controlar con cierta frecuencia. Inquieta, movediza, curiosa y conversadora por naturaleza, tenía en Bruno a su fiel amigo, el perezoso y enamoradizo salvavidas, a quien le encantaba dormir largas siestas. Decía que, mientras descansaba, disfrutaba de la creación de fabulosos mundos de ilusión colmados de fantasías.

Transcurrían los últimos días del verano entre temperaturas más frescas y tardes lluviosas. El otoño asomaba lentamente, con extrema puntualidad. Las tardes cálidas quedaban atrás y daban paso a una constante caída de hojas de variada gama amarillenta que se acumulaban dentro de las canoas.

Tanto Radegundis como Bruno disfrutaban muchísimo de los atardeceres y de la tranquilidad de las aguas, pero estaba próxima la época de huracanes con fuertes vientos y abundantes lluvias torrenciales. A Radegundis le encantaba la lluvia, sobre todo la de

suaves gotitas que la refrescaban, no así las fuertes tormentas que especialmente la atemorizaban por las altísimas olas que se formaban. El atardecer estaba en calma, el Sol se despedía hasta el día siguiente y nada hacía sospechar que fuera a desatarse un feroz e inesperado viento.

Radegundis comenzó a inquietarse por su balanceo, cada vez más pronunciado, que se asemejaba al péndulo enloquecido de un reloj de pared; se movía mucho, muchísimo, tanto que el vaivén hizo que se soltaran las amarras y, casi sin darse cuenta, se fue alejando del embarcadero con sorprendente rapidez. Quedó a la deriva... ¡en alta mar! Entre tanto, la noche había traído oscuridad total sólo interrumpida por los continuos refulgentes relámpagos y amenazadores rayos. Bruno seguía durmiendo y, seguramente, soñando sus fantasiosas aventuras.

De repente, ¡qué sueño más real estoy viviendo! con total naturalidad exclama Bruno entre dormido y despierto... cada vez mis sueños son mejores, hasta puedo disfrutarlos con Radegundis. ¿Pero qué dices, insensato?, grita asustada Radegundis ¿es que no te has enterado? Y Bruno sigue y sigue, ¡si hasta me responde! ¡Despierta!, ¡despierta de una vez! y haz algo.

¿Quéee?, ¿qué está pasando? Radegundis le explica como puede, mientras mantiene la mayor serenidad posible. ¡Volvamos al puerto! Bruno vocifera aturdido... ¡qué disparate dices! Eso es de necios, debemos mantener la calma y alejarnos de semejante tormenta. Las corrientes marinas llevaron muy lejos a Radegundis y Bruno. Finalmente reinó la quietud. Pero ¿dónde estaban?, ¿qué harían solos en esa inmensidad hídrica?, ¿cómo podrían regresar? Las mismas corrientes que los habían apartado del tifón los

rodearon de toda clase de desperdicios y residuos... bolsas y botellas de plástico, neumáticos, bombillas, boyas, redes de pesca, cuerdas, manchas de petróleo, trozos de madera, miles de restos flotando a su alrededor... ¡qué desagradable escena!, ¡cuánto daño al sistema natural! ¿Qué podrían hacer?

Pensaron y pensaron y entre tanto meditar escucharon tímidos golpecitos... ¡toc!-¡toc! Y nuevamente, aunque con más intensidad ¡toc!-¡toc!, ¡toc!-¡toc!, ¡toc!-¡toc! Ante la sorpresa manifiesta de Radegundis y Bruno escuchan a un pequeño pulpo que pregunta: ¿sois vosotros nuestros salvadores? ¿...Salvadores? ¿...Nosotros?

Entre tanto, se fueron sumando otras especies marinas, como peces, focas, ballenas, delfines, estrellas de mar, hipocampos, y varias especies de algas. ¡Todos alrededor de Radegundis! Y todos implorando un trato mejor por parte del ser humano. ¡Había que verles las caras!, párpados caídos que ensombrecían aún más la gran tristeza que los invadía.

¡Qué impotencia! Algo había que hacer. Radegundis, que siempre busca la parte positiva de las situaciones, indicó a Bruno que en su cuaderno de bitácora fuera tomando detallada nota de cada reclamación. Considerando que Aniceto estaría muy preocupado, pidió al hipocampo que le dijera dónde y qué estaban haciendo, y que en unos tres días regresarían al embarcadero.

Desde entonces los tres buenos amigos, Aniceto, Radegundis y Bruno vigilan las aguas de todos los mares. Los hipocampos son incansables mensajeros que contribuyen a difundir información sobre el estado de las aguas marinas. JB

92. El tren que tiene tos

Los trenes están formados por una locomotora a la que se le agregan los vagones. Pueden transportar personas y todo tipo de cosas desde carbón a granos de maíz, maquinaria agrícola, combustibles, plantas, ganado y otros animales ¡hasta circos enteros! Se desplazan por caminos especiales, las vías férreas, siendo una de las primeras del siglo XVI para trasladar oro desde las minas auríferas de Transilvania.

Godofredo, aunque antiguo, mantiene en perfecto estado de conservación su precioso aspecto de tren tradicional, con magnífica locomotora y articulados vagones de madera. Tiene reunidos todos los detalles posibles en cada uno de sus rincones.

Romanticismo y lujo se combinan en perfecta armonía, con discreta pasión, delicada sensualidad y calidez inigualable. El mobiliario destaca por el minucioso tallado, desde las patas a las superficies y todos los marcos de espejos, en maderas nobles con incrustaciones de marfil que dibujan arabescos espectaculares y escenas cotidianas.

Las cortinas, confeccionadas en linos y batistas, hacen juego con los cojines, cubrecamas y doseles, están bordadas a mano y rematadas con encajes exclusivos. El tocador totalmente equipado, incluye una pequeña ducha, toallas de algodón egipcio, lociones y perfumes franceses, polvos de talco, jabones de moringa con pétalos de jazmín, todo finamente dispuesto en recipientes de plata labrada. Sobre las mesillas de noche, una jarra de cristal con agua, un vaso tallado a juego, y una finísima bombonera en la que nunca faltan los dulces.

El restaurante es otro despliegue de brillo y postín. Desde la completísima y variada carta de vinos, presentada en una carpeta de cuero pirograbado con las iniciales CFI -Compañía del Ferrocarril Imperial-, las exquisiteces saladas de variados orígenes elaboradas por los más selector chefs, los panes y panecillos elaborados en la tahona del propio Godofredo, a la finísima repostería especializada en chocolates y hojaldres, satisfacen los paladares más exigentes.

La vajilla, en decorada porcelana húngara, reproduce escenas según las estaciones del año. La mantelería, en perfecta combinación de colores con la estancia en general, es increíblemente sobria y mantiene armonía tanto en los tejidos como en los bordados.

Las paredes del vagón restaurante son de madera y están rematadas por discretas molduras, en la que se destacan racimos de uvas junto a escudos de armas de los fundadores de la Compañía. Unos diminutos candelabros rococó, reliquias que se conservan intactas desde el día de la inauguración, han sido adaptados con bombillas de bajo consumo en forma de velas. La cubertería, en plata maciza, es diseño de artesanos que sólo se dedican a estas piezas de alta joyería, haciendo lucir el vagón restaurante en todo su esplendor.

No se puede pasar por alto la magnífica locomotora, piza única fabricada especialmente para ese tramo de vía. Godofredo siempre que puede presume orgulloso de ella en particular, cuando, desde hace años, pasa saludando a cada estación con su característico y sonoro silbato. Está fabricada en hierro de primera calidad, funciona a la perfección, y tanto el maquinista -Berto- como el

fogonero -Petro- forman un equipo difícil de igualar en maestría, profesionalidad y dedicación.

Los detalles en bronce, pulcros y brillantes, la limpieza en la sala del carbón, y la maquinaria que funciona como un reloj suizo, hacen que se distinga entre las de su tipo.

Todas las estaciones son, sin la menor duda, preciosas y están extraordinariamente bien conservadas.

Sin embargo, aunque todas son muy, muy bonitas, hay una, sólo una que, aunque parezca increíble, ha conquistado el corazón de Godofredo. Se trata de Martina, la octava desde que sale de origen. Martina se ha convertido en el motivo de sus desvelos, de sus sueños e ilusiones, tormentos y pesadillas.

En ella destacan, a modo de enormes y bellísimos ojos con largas pestañas delicadamente maquilladas, dos ventanales cuyos toldos, impecables, parecen pestañear con cierta picardía. ¿Significa que responde a las constantes insinuaciones de Godofredo?, ¿sería inalcanzable para él?, ¿uno de esos amores imposibles?

Godofredo se esmeró en la conquista desde aquél día: ¡el del flechazo! Aún lo recuerda muy bien. Quedó pasmado ante tanta distinción y belleza. Por eso, desde entonces, el pitido al pasar por la Estación Martina es diferente, suena distinto y "en clave", como una provocada y repetitiva tos... la del amor, la del profundo sentimiento hacia su amada. Junto a la fingida tosecita hace caer, como al descuido, un ramito de flores silvestres que Petro, conociendo tal idilio, recoge diariamente por el camino.

Todo parece que va sobre rieles ¡nunca mejor dicho! Hasta que alguien, no con muy buenas intenciones, aparece en la escena.

Se trata de Anacleto, un tren de alta gama de reciente circulación, que pronto se convierte en el pretendiente más temible que compite con Godofredo por el amor de Martina.

Anacleto -un Don Juan en su máxima expresión- no cesa en los exagerados galanteos, ni en los poco originales piropos. Intenta no perder tiempo ni concentración en lograr su objetivo: la conquista de Martina. Aprovecha cada oportunidad para cortejarla.

Sin embargo, nada persuade a Martina. Ni siquiera su diseño aerodinámico de lustrosa pintura, el silbato de última generación, porque sencillamente está enamoradísima de Godofredo.

La insistencia de Anacleto llegó a molestar a todos, incluido a Nicolás, el jefe de la Estación Martina, pues el estridente silbato no hacía más que incomodar y alterar el sosiego de la villa. Por ello, se ordenó el cambio del itinerario para Anacleto.

La declaración de Martina y de Godofredo como Patrimonio Especial de la Humanidad, selló definitivamente la unión de estos enamorados.

Cuenta la leyenda que cuando las parejas visitan la Estación Martina, una suave y fragante brisa los envuelve en romántica pasión, escuchan el silbato de Godofredo y, en ese instante, su amor es por y para siempre. JB

93. La estatua tenebrosa

Las estatuas son monumentos que recuerdan a alguien o algo; tienen valor histórico, social o artístico para quienes la han promovido y para el sitio donde se enclava.

Suelen erigirse en memoria de un acontecimiento relevante, de un personaje o de ambos. Antiguamente eran obras funerarias y, por lo general, se trataba de obeliscos o estatuas.

En Inglaterra, Irlanda y Portugal se han encontrado monumentos muy, muy antiguos ¡milenarios! del 4.800 a.C. -Edad de los metales-, construidos con gigantescos bloques de piedra llamados megalitos. La mayoría de los monumentos megalíticos son tumbas de formas muy variadas. Unos se conocen como menhires, gigantescas piedras clavadas en el suelo de forma vertical, otros crómlechs, y también los dólmenes a los que se atribuye la finalidad de ser tumbas colectivas. ¡Cáspitas!... ¡qué miedo! Se trata de lugares sagrados, enigmáticos y muchos de ellos sitios para realizar rituales.

En el mundo en general hay estatuas de todo tipo y algunas son muy famosas. El Gran Buda en Ling Shan de Wuxi en la Provincia de Jiangsu en China, la Sirenita de Copenhague en Dinamarca, la estatua de La Reina Victoria en Londres, la estatua de La Libertad en Nueva York y la conocida como "Estatua de los Compañeros" que es la de Walt Disney y Mickey Mouse en Florida, ambas en Estados Unidos de Norte América... ¡puf! hay muchísimas y todas muy interesantes.

La estatua tenebrosa no tiene renombre, ni es conocida más allá de unos kilómetros, y tampoco presume de fama ni de prestigio.

Clotilde no es un menhir, ni crómlech, ni siquiera un dolmen... es, sencillamente, una estatua de pueblo. Una estatua a cuyo pie los vecinos se reúnen e intercambian interesantes anécdotas, recuerdan viejos relatos y comparten recetas de cocina tradicional.

Sin embargo, Clotilde es particular y no existe otra, ni siquiera similar. Ella tiene la gran originalidad de conocer y de saber comunicar cientos de leyendas, mitos, supersticiones. Aunque lo más sorprendente, intrigante e inquietante es el gran poder mágico que heredó de antepasadas, viejas, desgastadas y herrumbrosas estatuas que han desaparecido tras la última erupción volcánica.

La estatua de Clotilde fue realizada por un habilidoso artesano local llamado Caronte. La preciosa talla reproducía fielmente todos los rasgos, hasta el más mínimo detalle, del traje tradicional engalanado con toda variedad de puntillas, encajes y alforcitas.

El porte elegante, la expresión de su rostro, entre seductora calidez y esa pícara mirada desplomaba fascinación entre lugareños y foráneos. La falda en pliegues superpuestos hasta el suelo, la chaqueta ceñidísima y el recogido del cabello en dos preciosas trenzas a modo de tiara real, hacían de Clotilde un monumento irrepetible.

Clotilde fue una dama buena y amable, que en el siglo octavo con su vida defendió el bosque de castaños centenarios de la Villa. Entonces, por unanimidad y aclamación popular, en el centro de la plaza principal se erigió la estatua, rodeada de unos preciosos y robustos castaños.

Los colores son únicos, el rostro de inigualable belleza, y el marco de elegante moldura indica a pie del mismo el nombre completo: Clotilde Gertrudes Veremunda, Quinta Condesa de Karpat.

En las noches de luna llena se ilumina toda la plaza, parte de la iglesia y el cabildo, y entonces..., el rostro de Clotilde sufre importantes transformaciones. Su expresión se desfigura. Lo más angustioso es que la imagen en óleo del museo también se deforma, presentando un aspecto totalmente desfavorable y casi aterrador. Ambas tienen una palidez de un blanco que podría asustar hasta el más valiente... ¿Pero por qué?, ¿qué sucede?, ¿cuánto tiempo permanece así con ese tono apagado, tan tétrico y mortecino?

Pues ocurría que los cientos de aves que se posan sobre ella la llenan de blanco estiércol que la afea, ensombrece y perjudica. Lo mismo les pasa a las estatuas, esculturas y emblemáticos monumentos en todo el mundo, a lo que se suma el aire contaminado que destruye las superficies.

Pero no todas tienen tantos buenos amigos como Clotilde, en particular una niña del poblado que siempre, siempre lee sus libros a pie de esta escultura. Ella es Romina, quien al darse cuenta de esta situación se encarga de transmitirle al Alcalde, Don Tiburcio, la necesidad de tomar medidas. En la Gran Asamblea se analizan todos los asuntos concernientes a la Villa y se buscan las mejores soluciones para los problemas más acuciantes. Tras arduos y encendidos debates se resuelve poner en marcha una campaña para que, con regularidad y esmero, los monumentos se limpien, conservando así tan preciado patrimonio. Cuando Romina informa a Clotilde la alegría era tan grande que parecía dar saltitos de alegría. Estaba absolutamente feliz y desde entonces nunca, nunca más, su rostro volvió a palidecer. Tampoco el del lienzo del Museo. Todo gracias a Romina, esa niña buena, atenta y preocupada por cuidar los bienes de todos. JZ

94. Una patata glotona

Durante siglos, y desde hace unos 7.000 años se cultivan patatas o papas. Fueron los pueblos nativos de los Andes, los Incas, en el sur de Perú y en el extremo noroeste de Bolivia quienes cultivaron muchas variedades de patatas. Desde entonces se ha extendido por todo el mundo y se ha convertido en un alimento básico en muchos países.

El nombre científico de la patata, a las que llamaban papas en el Imperio Inca, es Solanum tuberosum... ¡vaya nombre! una dicotiledónea de la familia de las solanáceas y de la misma familia que el tabaco. Durante muchos, muchos años y antes de ser consideradas comestibles, las plantas de patatas adornaban los jardines de Roma.

Desde América viajó a Europa donde la berenjena era la única solanácea conocida antes de Colón. Sorprende que un alimento tan importante para la humanidad al principio fuera destinado a alimentación para el ganado y como planta decorativa exótica ornamental de jardines y patios.

Sin embargo, con el paso del tiempo la patata es valorada por sus propiedades alimenticias, sobre todo después de la Guerra de los Treinta Años, cuando una hamburna sin precedentes asoló gran parte de Europa. Tan grave era la situación que en los monasterios feudales de Galicia era obligado plantarla para consumo humano, sobre todo porque una plaga de hongos afectó la producción de castañas que eran fundamentales para la alimentación. La sencilla planta de patata con su florecilla celeste, representaba un cultivo ideal muy al contrario de los cereales,

puesto que no hay que trillarla, molerla, tareas que sí son necesarias para hacer pan.

Hacia finales del 1700 los irlandeses consumían diariamente más de 3 kilos y ello llevó a un dicho popular muy significativo para una época de pestes, plagas y hambrunas: "mientras comas la primera, pela la segunda, no sueltes la tercera y no pierdas de vista la cuarta". El famosísimo pintor Vincent van Gogh dedicó parte de su inspiración artística a la patata y las pintó en una de las obras más conocidas: Los comedores de papas. En la actualidad existen registros con más de doce mil muestras de patatas nativas cultivadas.

Así, la humilde patata, tan maltratada inicialmente, fue ganando prestigio hasta convertirse de una cenicienta a reina de los restaurantes más prestigiosos y de los huertos más completos, como el de Ruperto.

Desde hace siglos la familia de Ruperto se dedica al cultivo de todo tipo de hortalizas, verduras y árboles frutales, habiendo ganado fama y renombre precisamente por la extraordinaria variedad de patatas, muy en particular por el tamaño que éstas adquieren.

Los horticultores de la región, incluso de otras partes del mundo, se preguntan a qué se deberá ese desmedido volumen y peso que alcanzan las patatas de Ruperto sin perder el característico sabor, textura y aspecto.

En algunos laboratorios han llegado a concluir que se debe a la armonía general que reina en el huerto de Ruperto, pero esta posición no es concluyente pues en muchos otros huertos también hay sosiego general y los frutos no pasan de tener tamaños y pesos normales.

Una mañana, cuando apenas había salido el Sol, la huerta estaba tenuemente iluminada y se escuchaba el murmullo del despertar de las primeras hortalizas. Las verdes brillantes hojas de espinacas, las suculentas y rechonchas calabazas, los espigados maíces de largas barbas, los lustrosos tomates de rojo intenso, ¡ah! y cientos de patatas de todos tamaños y formas. Hay una variedad que crece y crece tanto que es una exageración. Al desarrollarse con esos volúmenes no dejan espacio para que los otros miembros de la huerta crezcan con normalidad. Además, comen a toda hora mucha cantidad y dejan la tierra sin nutrientes para las otras plantitas. Zoila -la patata glotona- es la cabecilla. Le encanta engullir a toda hora, incluso por las noches se la escucha masticar. Tan pronto amanece, sus intenciones gastronómicas se desbordan y dirigen a los temblorosos guisantes. En cuanto éstos, tan verdosos y tiernos, se atreven a asomar, se los zampa y de paso devora sin piedad unos cuántos rabanitos. El desorbitado apetito que tiene la patata glotona desde primeras horas de la mañana, la ha llevado a comer sin pausa y hasta quedarse sin aliento, otras inocentes raíces y a morder, incluso, a las tímidas zanahorias.

En algunas ocasiones la situación en el huerto ha llegado a ser insostenible, y Anastasia, la vigía del huerto, ha tenido que intervenir poniendo orden cuando Zoila, en arrebato canibalesco, ha continuado abalanzándose sobre las demás hortalizas y verduras. Cuando la mirada gastronómica se posó inquietante en Crispín, el espantapájaros, éste no dudó un instante en recoger sus bártulos y emigrar al huerto vecino. Crispín estaba siempre en alerta desde el día que Zoila lo perseguía como una posesa y le propinó varios mordiscos en el pie izquierdo.

Así están las cosas y Zoila, aunque buena, generosa y seguramente sin intención, había llevado al huerto de Ruperto a una situación de descomunal ruina hortícola. ¿Qué se podría hacer?, ¿quién sería capaz de convencerla para que abandone definitivamente tal voracidad?, ¿existiría alguna solución?

Los días pasaban lentamente y el huerto entristecía poco a poco. Las lechugas y acelgas estaban como mustias, melancólicas las remolachas, marchitas las batatas y los puerros dispuestos a emigrar sin saber siquiera a dónde.

Ruperto estaba muy preocupado ante situación tan catastrófica, las posibles alternativas se fueron descartando una a una y era urgente tomar algún tipo de medida.

Se convocó la Gran Asamblea de los Huertos y entre todos decidieron llamar a Chuño, el Sabio Mayor del Reino de los Tubérculos, a quien todos respetan y tienen gran admiración.

El sabio nació en los Andes centrales y sus conocimientos son extraordinarios. Su nombre, que en quechua -*chúñu*- significa arruga, tiene origen precolombino, por el aspecto arrugado que resulta de la deshidratación como una forma de conservar las patatas. Chuñu llegó a toda prisa, quitó de su característico cartapacio unos cuantos folios y desplegó un plan de acción que llevaría adelante de inmediato. Todo muy sencillo. Primero llamó a Zoila y mantuvo con ella larga conversación, sin presencia de nadie más, sin testigos ni curiosos. Podría decirse, en la más estricta intimidad para que Zoila se sintiera lo más cómoda posible. Prácticamente hablaba él solo.

Expuso la situación del huerto, de los habitantes que intentaban convivir con ella, de la ruina en que había caído Ruperto y,

naturalmente, de ese desmedido y voraz apetito. Como fin de charla, hizo unas preguntas: ¿eras consciente de ello?, ¿sabías que todos tus compañeros de huerto, alcachofas, espárragos, tomates, acelgas,... viven asustados y casi no tienen nutrientes?, ¿sabías que la poca producción del huerto y la baja calidad de sus productos afecta la alimentación de niños?

Zoila, entre la consternación y la angustia es incapaz de retener los lagrimones que caen pesados uno tras otro. Solloza... Suspira varias veces y entrecorta la respiración. Chuño le ofrece un pañuelo con el que se suena la nariz y balbucea... pues no, no lo sabía y porque no lo sabía no era consciente de ello.

Mira Zoila -explica Chuño- todos los frutos de este huerto, incluidas las manzanas, peras y melocotones se destinan a niños que lo necesitan. ¿Sí? -abre los ojos casi más grandes que su voluminoso cuerpo y se desploma.

Al recobrar el conocimiento y ante la sorpresa de Chuño lo hace hablando y hablando sin parar. Y en realidad fue Zoila quien expuso una estrategia que comenzaría en ese instante con la promesa eterna de comer tan sólo los nutrientes necesarios, y disculparse con sus compañeros a quienes les había privado de alimentos suficientes y, muy en especial, con Crispín pidiéndole que regrese cuanto antes.

Así, la patata glotona es ahora nada más, y nada menos, que la patata a quien al día siguiente de su disculpa general y especial, Crispín entregó un precioso ramito de flores silvestres. JJ

95. Una cigarra original

Las longevas y chillonas chicharras, que también se conocen por cigarras, integran el orden de los denominados homópteros. Físicamente se caracterizan por tener anchas cabezas donde destacan los grandes ojos compuestos. Sus cuerpos son robustos y las alas notablemente transparentes. El característico canto que emiten es tan rechinante que se convierte en un zumbido abrumador, y mucho más cuando es producido a la vez por cientos de estos insectos. Aturde con su sonido incesante durante los tórridos días de verano, y suelen ser aún más intensos al anochecer y al amanecer. Los dichos populares señalan que cuando cantan las chicharras es que están anunciando más calor... ¡Puf!, qué agobio.

Es un insecto de dudosa reputación y se lo asocia a la despreocupación y a la holgazanería. En la fábula de "La cigarra y la hormiga" se describe con toda precisión el duro trabajo de la laboriosa hormiguita. Mientras ésta se prepara para cuando llegue el frío invierno, y pasa todos los veranos trabajando sin descanso bajo un Sol abrasador, acarreando granos, hojitas secas y ramas pequeñas que lleva su hormiguero, la desvergonzada cigarra no hace más que malgastar el tiempo cantando todo el día mientras contempla a la agobiada hormiguita. La fábula es interesante y tiene una de las más importantes moralejas.

Sin embargo... la realidad es muy diferente. ¡Pobres cigarras! cuánta mala fama... cierto es que las cigarras pasan casi toda su vida bajo tierra antes de salir a la superficie y se alimentan con microscópicas plantitas. Por ello se cree que son vagas y perezosas. Las fascinantes chicharras tienen dos récords sorprendentes.

Uno es el récord de permanencia bajo tierra que lo tienen las cigarras americanas. ¿A que no saben cuánto tiempo están sin salir a la superficie?, ¿ocho meses?, ¿quizás cinco años?... Pues permanecen en el subsuelo como ninfas, nada más y nada menos que ¡17 años! antes de hacerse adultas.

El otro récord es el de estridencia y volumen al que emiten sus cantos. Es la chicharra africana que llega a los 106.7 decibelios ¡a medio metro de distancia! En Europa esta cigarra estaría en la cárcel de chicharras, pues la ley establece los límites aceptables para el ruido que no pueden ser superados: 65 decibelios diurnos y 55 decibelios durante la noche.

¡Ah! pero Fabiola, la chicharra Fabiola es muy, muy diferente, pues ella no permanece bajo tierra. No emite sonidos estridentes para comunicarse con otras cigarras, y lo más original... ¡trabaja! Trabaja mucho. Además, en las horas de descanso Fabiola lee, lee mucho, ¡muchísimo! Es un gran ejemplo de cigarra trabajadora, hospitalaria y culta con enorme sentido del ritmo. Pero... ¿dónde se ha visto que las cigarras trabajen?, ¿cómo puede ser que haya una chicharra que trabaje? Fabiola no solamente trabaja sin casi descansar, también toca instrumentos de percusión, en especial timbales y bombo ¡y cómo mueve las maracas! mientras se contornea y hace acrobacias dignas de espectáculos internacionales.

Aunque esto tenga apariencia de fábula, ¡no lo es! Fabiola es completísima y siempre está creando, inventando y diseñando hasta su propio vestuario. ¿Cómo puede ser?, seguro que se trata de una chicharra ¡modificada genéticamente! Pero, no, nada de eso. Es una chicharra más que original. Después de leer la fábula... ¡puf!, quedó muy decepcionada de todo cuanto allí se narraba.

Entonces, decidió que ella no sería así y se esforzaría en ser aplicada, estudiosa y diligente. Se propuso ser original, distinta y eligió una estrategia buena, positiva y provechosa: trabajaría y entregaría sus energías, ideas e iniciativas a generar actividades provechosas, útiles y fructíferas. Pero un día... Fabiola ya no trabajó más. No se la veía. Las cortinillas de sus ventanas, que ella misma había bordado con diminutos corazoncitos entre pequeñas flores multicolores, permanecían cerradas. De la noche a la mañana dejó repentinamente sus tareas habituales. ¿Qué había pasado?, ¿cuál podría haber sido el motivo de cambio tan profundo y repentino? Nadie sabía nada. Ni siquiera su amigo, Remigio -anciano gnomo a quien consulta casi todo-, pues no atiende las llamadas.

Preocupados todos, y aún más Remigio, se pusieron en alerta máxima turnándose para observar los alrededores inmediatos de la casa de Fabiola. Pero no había señales claras de nada, ¡de nada de nada! Solamente silencio, mucho silencio, de esos silencios que hasta dan miedo... Cuando, de repente... un reducido grupo de cigarras ataviadas con sombreros de paja portaban todo tipo de palos, viejas cacerolas abolladas y pancartas con mensajes amenazadores... Ante el desconcierto generalizado en la aldea Remigio toma la palabra y, con la caballerosidad que lo caracteriza, despliega su arte de orador frente a las alteradas cigarras con evidentes pretensiones de hordas vikingas.

Tras conversar pausadamente con la cabecilla que, por cierto, lucía con desparpajo un par de tibias pintadas en la frente, ésta explicó, intercalando señales de marcado nerviosismo, que ya habían enviado reiterados mensajes a Fabiola para que abandonara ese

modo de vida excéntrico; efectivamente, la buena de Fabiola había recibido amenazadoras notas cifradas a través de cánticos estilo rap duro, y por ello se había encerrado en su tristeza y su pena.

Insistió la cabecilla en continuar con sus justificaciones, que giraban en torno a que esa modalidad -y lo dijo con cierto retintín-, ya se estaba instalando en otras regiones y en algunos lugares, hasta se imponía por decreto de urgente e inmediato cumplimiento. Ese estilo de vida no les venía bien a las alborotadas chicharras que, a esta altura de las negociaciones, presentaban un aspecto deplorable y penoso.

Cuando Remigio, el anciano gnomo, retoma la palabra el silencio es absoluto. Ya no suenan las viejas cacerolas, ni los palos entre sí, el tono de voz de Remigio sosiega al tumulto y la escandalosa situación va tornándose más armoniosa. La mediación estaba funcionando y la sabiduría del gnomo transformó la agitación en calma, el enfado en aceptación. Palabra tras palabra convertía los rostros de las exaltadas cigarras, en miradas tranquilas y serenas.

Sin dudarlo, todas se dirigen a casa de Fabiola, y una de ellas, quizás la más tímida, es la que se encarga de pedir disculpas, mientras otra entrega un ramito de flores de lavanda, otra le lanza un abrazo de chicharra que -se da moviendo muy rápido las alas-, y así una y otra llenan de mimos a Fabiola que tiene una alegría descomunal. Lo más grandioso fue que la propia cabecilla se encargó de transmitir que se sumarían a esa vida tan interesante y que ayudarían para que todos los perezosos aprendieran esta lección. Fabiola invitó a todos a disfrutar de los muchísimos pasteles y tartas que había estado elaborando esos días. ¡Cuánta alegría para todos! Y ¡qué riquísimos pasteles! JJ

96. Las hazañas de Paulino

En las granjas hay animalitos de muchas clases. Básicamente gallinas, pollitos, patos, pavos, gansos, conejos, vacas con sus terneritos, ovejas y también cerdos. No siempre están todos y en algunas fincas tan sólo hay gallinas, o cerdos, o vacas. En la hacienda de Venancio conviven cientos de pavos, ocas, gansos, patos, gallinas, pollitos y, naturalmente, gallos. Su vecino inmediato, Carpóforo, además de esas aves, cría faisanes.

El gallinero de Venancio está junto al horno de amasar pan para aprovechar el calor que éste desprende y disfrutar en las madrugadas de frío invierno de los primeros rayos del Sol saliente. En cambio el de Carpóforo se sitúa al lado de una cuadra o establo. La figura principal de los gallineros, como no podía ser de otra manera son ¡los gallos!

Paulino no es un gallo cualquiera. ¡Ah! No, no, no y mil veces no.

Nació en área rural en el seno de una rancia familia gallinácea de pura raza. Actualmente vive en el campo y lidera el gallinero más afamado del continente. Es apuesto conquistador como pocos -ni siquiera Ludolfo el guapo gallo de Carpóforo- y coquetea con cuanta gallina cae entre sus alas. Es galán de su gallinero... y Don Juan en los aledaños.

Luce una cresta como pocas se han visto desde que el mundo es mundo, a la cual cada amanecer peina con extrema dedicación y aplica productos embellecedores de última generación. Paulino tiene su propia alcoba situada en la zona más privilegiada y exclusiva del recinto gallinil y, demás está aclarar, que también dispone de su bebedero y comedero privado.

Ameno tertuliano con cuya oratoria convoca a la élite más selecta y elegante de la gallinocracia. Estudió varios años fuera y, al afincarse en la granja de Venancio, decidió desplegar todo su arte como tenor y bailarín de ballet.

Desde pequeño, cuando aún ni siquiera asomaba cresta ni espolones, tuvo el convencimiento que en una vida anterior había sido mosquetero. Y así vistió desde su graduación... Un gallo ataviado al más puro estilo D'Artagnan, con sombrero de fieltro de ala ancha, negro con adornos de oro y pluma blanca. Y también botas hechas a medida y fundas especiales para sus magníficos espolones. ¡Fascinante! Sus amigas y confidentes son la gallina Felipa, de raza araucana, y la lombriz Rita -parisina de nacimiento- es la pícara celestina de los gallineros intenta -aunque con poco éxito- que Paulino se enamore y abandone sus caprichos donjuanescos.

Sí, sí, es increíble, pero cierto. Paulino tiene una voz privilegiada y presume de ello -con toda razón hay que admitir-. Había que verlo ensayar Rigoletto de Giuseppe Verdi, donde entre melodía y drama se mezclan amor, traición, pasión y venganza. O Tosca, de Giacomo Puccini, o Fígaro... todas interpretaciones deslumbrantes plenas de la seducción de Paulino. ¡Un lujo exclusivo! para el gallinero y para todos. El no cacarea, ¡ah! no, desde luego que no, él ¡canta! Y lo hace durante todo el día, si bien concentra sus cantos en ciertos momentos para lo que está programado genéticamente, en el amanecer entre las tres y las cinco de la mañana, y a media tarde antes de la merienda.

En la finca de Venancio las actividades están muy organizadas y los días transcurren sin mayores inconvenientes.

Cada cual tiene asignada su tarea, horarios y resultados que hay que alcanzar. Paulino cumple escrupulosamente con sus tiempos de cacareo.

Filipa mantiene disciplina general y Rita, que es la más pícara y revoltosa, siempre está intentando formar nuevas parejas, en particular la de Paulino con Clementina. El más rebelde es, naturalmente, el aventurero Paulino, que se resiste a formalizar su matrimonio con Clementina -la hija del gallo Ludolfo- con cuyo enlace contribuiría a reforzar la estirpe y los lazos intergalliniles. Es un comportamiento incomprensible pues es público que está perdidamente enamorado de ella desde el día que se la presentaron en el Club Social de Gallos Ilustres, hace ya tiempo.

Cierto día, durante una de las giras de la temporada estival, entre el entregado público había un precioso gallo maltés, vestido impecablemente que, con desparpajo, coqueteaba con Clementina. Incluso se permitió -atrevido comportamiento de su parte- obsequiarle una gardenia. En ese instante la ópera que estaba representando Paulino enmudeció.

¡Catástrofe!, ¿qué había pasado?, ¿darían por terminada la función?, ¿habría que desalojar la sala?, ¿habrían olvidado cómo sigue el guion?... ¡Nada de eso!

Tras contemplar tal escena -y para regocijo de Rita- una inusual acumulación de nervios acabó por dejar afónico a Paulino en plena representación de Otello. Al mismo instante brotaron sentimientos variadísimos y tan contrapuestos que, en tromba desbocada, repentinamente amontonaron desenfrenados celos. Su cresta, su preciosa cresta, estaba tan lánguida que le tapaba los ahora tristes y apesadumbrados negros ojos. Estaba hecho un alma en pena,

una triste figura de lo que un día fue un auténtico gallo. Al instante Clementina advirtió cuál era la causa de semejante -y hasta bochornoso- silencio operístico al contemplar el rostro, pálido y apenado, del incorregible Paulino.

Con extrema dulzura pestañeó tres veces muy lentamente sin quitarle vista, a la vez que una tímida y elegante sonrisa fue acompañada del más tierno, dulce y cálido de los besos que con el ala derecha le arrojó al escenario. Paulino recuperó la voz aún con más intensidad y dio un final apoteósico a la ópera Otello.

El teatro vibraba en aplausos y Paulino tenía ojos tan sólo para Clementina.

A la mañana siguiente, tras ensayar Rigoletto y cacarear con tanto estrépito que despertó a cinco gallineros de granjas cercanas Paulino, finalmente, anunció su enlace con Clementina.

Comprendió que no se debe jugar con los sentimientos y prometió que en adelante abandonaría sus aires de Casanova y osado seductor. JB

97. Una seta con sombreros

En la Naturaleza hay infinidad de maravillosas plantas y animales que cumplen una función determinada. Cada una tiene características particulares que las hacen distintas. Los helechos, escarabajos, gardenias y polillas, las lianas, musgos, líquenes, y los mosquitos, ranas, dromedarios... ¡y también las setas! Las más comunes son las que tienen forma de paraguas abierto ¡qué simpáticas! con esos sombreros de tantísimas formas que dan a cada seta una imagen singular.

Las hay con sombreros de grandes tamaños y originales formas desde globosa, hemisférica, convexa, acampanada a ovoide, plana, hundida, embudada, o con los bordes enrollados, ondulados o sinuosos, estriados, hasta las hay con verrugas o escamas. La superficie también puede ser muy variada, bien lisa o cubierta de escamas, pelillos, verrugas, o brillante, mate, seca, húmeda. ¡Todo un mundo fascinante! que crece en lugares húmedos y con poca luz. Los bordes del sombrero pueden adquirir múltiples aspectos: liso, enrollado, estriado, acanalado, y en la parte inferior tienen diferentes formas tipo esponjas, o laminillas, tubos y pliegues y es allí, justamente, donde se producen las esporas.

La forma en que esas laminillas se unen al tronco es muy importante, porque permiten identificarlas, puesto que unas especies son comestibles y otras ¡venenosas! como la que utilizó Agripina para matar al emperador romano Claudio -su esposo- dándole a comer un plato de setas venenosas, y así pudiera reinar su hijo Nerón. Otzi, el hombre hallado congelado en Tirol, guardaba un hongo en su pequeña bolsa. ¡Qué curiosidad! Esto demuestra que tan suculentos y, a la vez, peligrosos manjares -las

setas y los hongos- han estado presente en la alimentación desde la noche de los tiempos. Las culturas precolombinas de Guatemala y México también conocían las setas y las utilizaban en sus ceremonias y rituales religiosos. Hasta aquí parece todo muy sencillo y, en cierto modo, lo es.

Pero hay una seta que no es nada vulgar porque es absolutamente distinta a todas las que han existido, existen y existirán nunca jamás. Ella es Fabricia, fiel reflejo de refinamiento y sensibilidad. Su figura esbelta destaca por la estrecha cintura y una elegancia incomparable la hace más glamurosa. Las pestañas, larguísimas y abundantes, las maquilla diariamente con carboncillo vegetal, y las mejillas de tenue color rosa hacen de Fabricia un emblema de seducción. Estas características, aunque interesantes, indican poco ¿no? Tiene muchos amigos y uno preferido: el níscalo Bartolo, apasionado melómano y meteorólogo.

Fabricia, descontenta con la forma y tamaño de su sombrero, disfruta buscando ramas secas, cortezas caídas, cáscaras de frutos, bayas, raíces, hojas de muchos colores y todo tipo de florecillas acampanadas, para confeccionar variadas pamelas, caperuzas, gorros, capelinas, bonetes, cofias que, a modo de tocado, la distinguen en su bosque y en los bosques aledaños.

El capricho la ha llevado a formar una auténtica colección de este complemento y a destinar gran parte de su jornada a mantener orden en el, de por sí, reducido espacio donde vive. En ocasiones, tal inclinación por hacer de cada objeto una capucha, la ha llevado a abalanzarse sobre las recién nacidas campanillas o las adolescentes calas, provocando, a la vez que desconcierto, malestar general en el sotobosque de la zona.

Ese comportamiento, tan arrogante y egoísta, fue reprendido en algunas oportunidades, sin obtener mayor éxito. Un día, además de arrebatar los nacientes hibiscus cortó un par de fucsias y se las colocó a modo de pendientes. ¡Estaba ridícula! Las murmuraciones comenzaron a extenderse al mismo ritmo que el acopio de sus modelitos, y los rumores llegaron hasta el mismísimo cielo. Las simpáticas ardillas, largos ciempiés y pacientes saltamontes, se sentían incómodos ante ese incomprensible despliegue de absurda coquetería de Fabricia.

La seta con sombreros, Fabricia, estaba preocupada por el pronóstico de su amigo, el níscalo Bartolo. La estación de lluvias estaba próxima y se esperaba acompañada de esporádicas tormentas. Todos sabían que en esa región las descargas eléctricas eran descomunales. Truenos, rayos y centellas caían generosamente y el estruendo llegaba a los bosques vecinos. Por ello las semanas previas al inicio del otoño se preparaban las guaridas y se acopiaba el alimento hasta que pasara el temporal.

Un atardecer, especialmente frío y lluvioso, el cielo presentaba nubarrones que amenazaban caer como grandes sacos de plomo. La bóveda celeste, ahora encapotada y cada vez más oscura desparramó angustia en todos. El miedo se apoderó de los más pequeñitos e indefensos que, como podían, se ponían a cubierto bajo los amplios y hermosos sombreros de los champiñones. El viento estaba en tensa calma aunque, al parecer, esa tranquilidad no duraría mucho tiempo.

En el bosque había más movimiento que nunca. Todos iban y venían con mucha prisa y expresión asustada, intentando finalizar el aprovisionamiento. De repente, el viento huracanado

llega inclemente a todos los rincones agitando todo a su paso. Robustos árboles pierden algunas de sus ramas, las lianas se enredan entre sí, los helechos quedan desprovistos de la mayor parte de sus hojas y todo el suelo queda tapizado con una espesa y mullida alfombra de hojarasca multicolor. ¿Y Fabricia?, ¿qué había pasado con ella?, ¿habría tenido tiempo para protegerse?

¡Calamidad! Fabricia estaba absolutamente consternada. Invadida por el desconsuelo y entristecida por el esperpéntico aspecto que presentaba comenzó a llorar.

Pero ¿qué había pasado? La huracanada tormenta dio una gran lección a Fabricia que había quedado sin su colección de sombreros y... ¡sin sombrero!, pues hasta la típica caperuza desapareció al instante a causa de la potencia e intensidad del enfurecido e inesperado viento. Tan sólo un esqueleto, una sola pieza: el tronco. ¡Vaya, qué desastre! La presumida y coqueta Fabricia estaba desconcertada, se sentía desnuda, vacía, hueca...

El bueno del níscalo Bartolo, pleno de paciencia y de bondad, consuela a Fabricia y le dice palabras de aliento. Mientras tanto, todos los animalitos del bosque ayudan a vestirla para proteger su intimidad. Hasta las hormiguitas contribuyen con diminutas flores y los serios escarabajos, aunque refunfuñando, ayudan para que Fabricia supere ese desagradable momento.

Ante tal escenario de bondad, generosidad y compañerismo, Fabricia promete firmemente aceptar su característico sombrero que la Naturaleza le ha regalado, en adelante no ser tan presumida y, sobre todo, valorar la amistad y devolver todo el cariño que estaba recibiendo. Fabricia comprendió que lo más prudente es el equilibrio, y que los extremos no son buenos. JB

98. Una toalla cariñosa

Las toallas son prácticos artículos que se utilizan para secarse tras salir del baño o de la ducha. En la antigüedad tenían aspecto muy sencillo, tan sólo eran un trozo de lienzo de forma generalmente rectangular. En ocasiones contribuyen a preservar la intimidad al cambiarse de ropa en lugares públicos, incluso una toalla puede convertirse en una manta de urgencia para proteger del viento o del frío.

Por lo general se cuelgan de una barra o gancho llamado toallero que habitualmente está junto al lavabo, y se guardan en armarios especiales junto a la ropa de cama, sábanas, cojines, colchas...

Las hay de variados tamaños según sean de mano, viaje, para sentarse, recostarse y tumbarse, en estos últimos casos con la finalidad de evitar el contacto directo con el suelo, arena, tierra, roca, o superficies de sospechoso aspecto.

Los colores son variadísimos, incluso sofisticados y combinan hermosos dibujos con frases interesantes. Las más exclusivas destacan en su superficie, aterciopelada y mullida, iniciales que identifican a su dueño, anchas blondas o puntillas en los bajos.

Aparentemente muy simples, las toallas tienen misiones únicas y muchas de ellas, aunque muy contadas y seleccionadas, el privilegio de cubrir figuras espectaculares. Algunas cuentan entre sus antecedentes haber sido la toalla que arropó a Audry Hepburn, Cary Grant, Antony Queen o James Stewart.

Sin embargo, la toalla que tiene los más prestigiosos encuentros con personalidades es Penélope, cuya historia está plagada de aventuras, desventuras y situaciones rocambolescas, estrafalarias y

absolutamente increíbles; es esponjosa, suave y muy buena amiga, especialmente de Rufina.

Las finísimas blondas de sus extremos, en batista bordada de la más alta calidad, su eterna capacidad de mantenerse joven e impecable, han hecho de ella la preferida de zares y zarinas, emperadores y emperatrices, de maharajás... y del mismísimo actor y director de cine Orson Wells.

Rufina... ¡ah!... Rufina es única. Irrepetible. Irreemplazable... De aspecto sencillo, diría sencillísimo, medidas comunes, color blanco deslumbrante y adornada con una estrecha y delicada puntilla que apenas destaca sobre su superficie. Ante tanta simpleza... ¿dónde está su particularidad?, ¿qué tiene de distinto?, ¿qué la hace tan especial?

Pues es que Rufina entrega sosiego, armonía y sabios comentarios a personas que están tristes, angustiadas, apenadas o no saben cómo resolver una situación difícil. Lo hace con la discreción y calidez que la caracteriza, mientras secan sus manos, caras o cuerpo. He allí el más preciado talento de Rufina. Por eso ella es inimitable, inconfundible, inigualable.

Y sucedió lo inesperado. Nadie se imaginaba que eso podría pasar, justamente con Rufina. Una mañana de crudo invierno, muy, muy temprano, tanto que aún no había amanecido, el silencio lo invadía todo. Tras el ventanal, los copos de nieve se acumulaban en cierta sospechosa promiscuidad. Rufina tiritaba de frío e intentaba acurrucarse junto al toallón Narciso, que dormía plácidamente y roncaba emitiendo entrecortados tarareos de La Marselleise. De repente, despareció. ¿Dónde estaba?, ¿qué había pasado?

De tanto temblequear de frío, y aún sin luz natural, la penumbra intervino involuntariamente, Rufina no pudo alcanzar a Narciso para cobijarse y... ¡cataplúm! cayó detrás del tocador. El sórdido y oscuro espacio arrojaba sobre Rufina un manto mezcla de miedo y valentía. Temor por sentirse prisionera y coraje por intentar una estrategia que le permitiera escapar de la inesperada, húmeda y fría celda. El tiempo pasaba. Amaneció y el radiante Sol poco a poco fue iluminando todo, menos ese sitio tan escondido donde se encontraba Rufina.

Estaba triste. Se sentía sola aún en compañía de sus amigos de la suntuosa sala de baño. Su delicada estructura le impedía saltar y llegar a su colgador. Estaba sucia y cansada. La ausencia de Rufina ya se notaba y con el paso de las horas cierto nerviosismo se apodera del recinto.

Narciso expresa evidente preocupación, se inquieta y sospecha que algo raro pudo haber pasado a Rufina, pues ella siempre está en su sitio, incluso después de esas largas noches que pasa leyendo en la biblioteca contigua.

Mientras tanto, desde un ángulo Rufina contempla los rostros angustiados y llenos de tristeza de las personas, sin poder hacer nada por ellas, sin poder entregarles alivio, calma, serenidad. Siente que su talento se va desvaneciendo y que no puede cumplir su misión.

Capitaneada por Narciso se emprende una campaña de búsqueda en el cuarto de baño, ante baño, biblioteca y zonas aledañas, incluidos los jardines de la mansión y la zona del laberinto. Todos colaboran y cumplen con la tarea asignada. Los cepillos de dientes barren cada estrecho rincón, los peines buscan entre las matas

más bajas, los botes de polvos de talco -que están situados en la parte más alta del tocador- exploran con catalejos el área en su conjunto, las bombillas de luz aumentan su intensidad, y los pintalabios se encargan de revisar las superficies de mesillas, butacas y secreter.

El antiquísimo espejo principal, en cuyo barroco marco dorado racimos de uvas se entremezclan con revoltosos querubines, está absolutamente concentrado en el tocador, pues por la noche algo lo despertó sin poder volver a conciliar el sueño y tenía alguna sospecha.

Miraba tan fijamente al tocador que llamaba la atención. Cuando, de repente... uno de los serafines se sobresalta y grita: "allí está". Todos acuden presurosos y, efectivamente, estaba allí. Debilitada, pálida y sin poder pronunciar palabra. Sin embargo sus ojos lo decían todo. Narciso la arropó cariñosamente y pronto comenzó a recobrar sus características gracias al mimo de sus compañeros.

Así, la toalla cariñosa que a todos ayuda, recibió el afecto de sus amigos y pudo continuar con su tarea de brindar bienestar a quien lo necesita. JJ

99. Un mortero a la deriva

En las cocinas hay numerosos objetos y utensilios que son indispensables para preparar los suculentos entremeses, guisar sabrosas viandas, tentadores postres y todo tipo de manjares salados, dulces, agridulces... para desayunos, almuerzos, meriendas, cenas. Cazos, marmitas, cazuelas, calderos, tarteras, cacerolas, sartenes, teteras, soperas, cafeteras, lecheras y también ralladores, espátulas, tostadoras, moldes, embudos, coladores, todo tipo de frascos, tarros, potes, cascanueces, abrelatas, medidores, recetarios, exprimidores, morteros y demás aparatos, algunos imprescindibles, otros tan sólo necesarios. Los materiales con los que están fabricados estos enseres culinarios son muy variados, en piedra, madera, latón, hierro, acero, bronce, cobre, plástico, silicona.

En la antigüedad los morteros eran muy grandes y solían tallarlos en la propia roca haciendo un hueco donde básicamente molían cereales y también machacaban maíz. En algunas aldeas y pueblos tradicionales aún pueden verse algunos de gran tamaño hechos con el tronco de un árbol. Los que se usaban en las boticas para mezclar los distintos componentes de alguna medicina o para machacar las pastillas hasta reducirlas a un fino polvillo, por lo general estaban hechos en porcelana.

Neodimio, es el súper requeté tataranieto de Ramona y Livio, una pareja de morteros que contrajeron nupcias bajo el enorme palmeral de Bulut, a orillas de un oasis en el desierto de Túnez. Está tallado en madera de un viejo olivo tunecino que, según cuenta la Leyenda de los Ocho Olivos, el mortero que se talle con la madera de ese árbol tendrá características extraordinarias, únicas e irrepetibles que le permitirán ir de la mano del éxito.

Pasó el tiempo y Neodimio muy pesado y de resistente material, no daba señales que indicaran nada fantástico, ni diferente a todos los demás morteros de la región ni del mundo. Al contrario, era apocado, callado y, podría decirse, hasta tristón. La imagen desgarbada y tan simplona no hacía sospechar nada distinto... ¡pero nada de nada! En lo único que sobresalía era por esa permanente inclinación a leer y leer. Pasaba horas leyendo, informándose, actualizándose hasta quedar rendido entre cientos de libros, algunos de los cuales estaban hechos en papiro y otros en fino pergamino. En especial leía sobre mezclas de hierbas medicinales y aromáticas, brebajes y pócimas de todo tipo.

Los años seguían acumulándose en Neodimio, al mismo tiempo que la extraordinaria destreza en la preparación y combinación exacta de ingredientes para obtener pastas, cremas y multicolores potingues que harían las delicias de cualquiera.

Su erudición y fama había traspasado fronteras y ello hizo que los chef de emires y sultanes se interesaran por Neodimio. Uno de ellos, Arnoldo, le rogó que lo acompañara al sultanato y formara parte de los principales utensilios culinarios de la imponente cocina del sultán. La expresión en el rostro de Neodimio reflejaba absoluta incredulidad y, al mismo tiempo, cierto sentimiento de agobio. Su rostro adquirió inusual color granate encendido, y sus enormes ojos -que al principio estaban brillantes por la inesperada sorpresa- fueron paulatinamente cubiertos por los pesados párpados que caían y caían sin casi dejar que pudiera ver. ¿Yo? -preguntó al chef- si tan sólo soy un insignificante mortero de madera de olivo. Sí, Neodimio, tú y agregó: piénsalo, no tardes, te espero. Y no dijo nada más.

Neodimio estaba perplejo y no salía del asombro cuando su amiga preferida, la espátula Catalina, le dice: anímate Neodimio, es una interesantísima oportunidad... ¡yo te acompaño! ¡Y así fue...! Catalina y Neodimio, siguiendo instrucciones del chef Arnoldo, prepararon un par de mochilas con tan sólo lo indispensable, pues todo cuanto necesitaran lo tendrían en el sultanato. El espectacular barco del sultán zarpó a la hora prevista y comenzó la travesía tan pronto levó el ancla, izaron las velas y un redoble de tambores y clarines dio la bienvenida a los nuevos pasajeros.

Los días se sucedían tranquilamente acompañados de maravillosos amaneceres y atardeceres. Catalina y Neodimio ocupaban un lugar privilegiado en la balda principal de utensilios del chef Arnoldo, junto a la ventana y al abrigo de cualquier salpicadura. De pronto el cielo se nubló de forma inesperada. Truenos, rayos y relámpagos parecían competir en un concurso de danzas. Todo se volvió oscuro, frío y el inclemente viento no cesaba su furia ni un instante. Los cacharros de la cocina comenzaron de uno en uno a caer estruendosamente. Las sartenes de cobre colgadas de sus asas oscilaban como el péndulo de un reloj. Se escuchaban ruidos de vajilla y cristales de botellas caídas al suelo. Los nervios se apoderaban de la tripulación menos experimentada y en el pensamiento del obeso chef Arnoldo sólo estaba la seguridad de Neodimio. ¡Un auténtico vendaval azotaba sin piedad! Parecía que el mismísimo Neptuno había desatado su ira sobre el bajel, cuando... ¡cataplúm! con tanto movimiento se abrió la ventana y salieron expulsados cayendo a las embravecidas aguas del mar. Había que ver la expresión de Arnoldo. Desconsuelo por la fatalidad, temor por el desenlace. Catalina y Neodimio estaban a la deriva. Pasaban los días dentro de una improvisada gabarra.

La habilidosa Catalina transformó una servilleta, en cuyo ángulo estaba bordado el escudo del sultanato, para adaptarla como velamen para aprovechar el viento. El intenso Sol castigaba sin misericordia y Neodimio perdía fuerzas para continuar remando con la buena de la espátula Catalina. Sin brújula, sin cartas de navegación y con el inconveniente añadido de carecer de popa, proa, babor y estribor debido a la redondez del receptáculo... la situación se complicaba cada segundo. Inesperadamente, Neodimio recordó las normas que rigen la orientación en la mar y las indicaciones geográficas de Arnoldo. Remó, remó sin pausa, hasta que Catalina quedó arrugada de tanto estar en el agua.

Así, sin perder el ánimo y unidos en tal desafortunada situación, llegaron finalmente justo a tiempo al sultanato para preparar el principal banquete que se celebra cada 100 años. La noble madera de aquél olivo hizo cumplir la milenaria leyenda.

Neodimio, además de saber elaborar cualquier tipo de mezcla, sin que ningún material pudiera alterar los ingredientes o absorber aromas de nuevas sustancias, significaba el éxito, la victoria y la buena suerte para todos.

A veces, personas sencillas, calladas, discretas, a las cuales la sociedad las trata con indiferencia, son auténticos tesoros humanos llenos de bondad, generosidad y talento. El sultán lo honra con la Gran Estrella del Sultanato muy pocas veces concedida desde que se instauró en el siglo V. Desde entonces Neodimio lució orgulloso la estrella dorada.

Por eso, cuando algún día sobre un mortero, sólo sobre uno, destaque una diminuta y reluciente estrellita... ¡sabrás que es Neodimio! JZ

100. El privilegio de Cossette

Desde la época de las cavernas hace mucho, pero mucho, muchísimo tiempo, el mobiliario de las viviendas ha ido evolucionando a través de los siglos. Algunas mansiones y casonas señoriales estaban repletas de todo tipo de muebles, manteniendo el estilo y materiales de cada período de la civilización. Algunas residencias palaciegas, en las distintas dependencias, disponían de auténticas obras de arte en todo tipo de estilos, gótico, castellano, colonial, neoclásico, art-decó, imperio, Luis XV... desde el vestíbulo, biblioteca, salas de bailes, salones secundarios, a las pequeñas salas de estar, dormitorios, tocadores y cuartos de baño.

Ciertamente los muebles más habituales eran mesas, sillones, divanes, aparadores, bargueños, escritorios, camas, y sillas fabricados todos éstos en diversas maderas como ébano, caoba, roble, nogal, palisandro, haya, castaño, teca, cerezo, abedul, fresno pino... Por lo general, se encargaban los muebles al ebanista de más prestigio quien seleccionaba las maderas, telas, cueros y metales necesarios para la fabricación y la decoración de cada pieza. El escudo de cada familia era cuidadosamente reproducido tallando la madera y labrando los cueros que tapizaban la sillería.

Cossette, silla única en su tipo, tenía tres patas y estaba perfectamente tallada en su totalidad. Para obsequiarla en ocasión de una graduación, fue encargada a un afamado ebanista quien, con sorprendente detalle, había reproducido escenas del Tratado que se firmó en la arrasada ciudad que lleva su nombre: Dárdanos. Así se selló la paz entre la República de Roma y el Reino del Ponto concluyendo la Primera Guerra Mitridática. De allí que el espíritu de Cossette es la conciliación y el entendimiento.

En el oscuro respaldo de cuero labrado destacaba con toda claridad el escudo de familia y, a pie del mismo, el nombre de su primer propietario: Giuseppe. Este joven, tras graduarse en Oxford, emigró al Líbano para, finalmente, establecerse en India, en la ciudad de Raipur. Cossette formaba parte indispensable de su equipaje. Era imposible que Giuseppe viajara sin ella. Podía abandonar sus maletas o parte de su biblioteca, pero jamás a Cossette.

Pero, ¿qué manía era esa? ¿Podría una silla ser la causante de semejante dependencia? ¿A qué se debía? ¿Qué tenía Cossette?

Sencillamente era muy especial, más que ninguna otra silla, pues no ha existido, ni existe ni llegará a existir, otra silla como la dulce Cossette. Y ¿por qué tan particular? Por tres razones fundamentales: sólo la heredarán personas buenas y estudiosas, podía resolver situaciones muy complicadas, y tenía el privilegio de extender su bondad para llenar de sosiego y bienestar a quien lo necesitara. ¡Absolutamente única! Por eso Giuseppe mantenía un vínculo tan próximo y de extremo mimo con su maravillosa silla, hasta sentir un poco de celos de Homero, el vetusto cojín compañero de aventuras y desventuras de Cossette.

Un día llegó a oídos de Cossette la gran tristeza en la que había caído una joven del poblado vecino. Ese es un sentimiento muy perjudicial, y Cossette decidió invitarla a conversar. Cuando la joven se sentó, poco a poco fue desvaneciéndose la angustia de su rostro y la sonrisa fue iluminando su bonita cara.

Aún más extraordinaria fue la experiencia de una anciana, pobre y desvalida, que tan cansada de peregrinar y mendigar un plato de comida se sentó en la silla Cossette y, al llegar a su casa, encontró la despensa repleta de alimentos.

O la del estudiante, que no tenía aptitud para razonar y memorizar las lecciones y lo corroía la envidia. ¡Nunca aprenderé! se repetía una y otra vez. Un día por casualidad se sentó a descansar y para ello se valió de la silla más cercana, Cossette. Hoy aquel estudiante es uno de los mejores y más queridos médicos.

Por las tardes, especialmente de primavera, Cossette en compañía de Homero, acostumbraban a pasear por el laberinto donde azahares y magnolias impregnaban con su fragancia toda la amplitud del jardín principal.

Pero esa tarde salió sin la habitual compañía de Homero. Al caer la noche la luna estaba espectacular y su refulgente luz llegaba incluso hasta la gran mansión, al tiempo que las sombras se apoderaban de todo el recinto. Hacía unas horas que en la sala se había advertido la ausencia de Cossette, aunque no llamó la atención hasta muy avanzada la noche. Fue Homero quien, inquieto, transmitió la noticia a Giuseppe.

Éste, sin demorar un instante y presa de semejante situación, se reunió con el buen cojín -Homero- y con un par de amigos más: el quinqué Otón y la tulipa Otilia y emprendieron la búsqueda a la que se suman una pandilla de luciérnagas y todos los grillos, hasta los más pequeñitos. En el rostro de Giuseppe había una comprensible mezcla de angustia y desesperación... ¡su silla!, ¡su exclusiva silla! ¿Dónde estaba?, ¿qué había pasado?

Cossette, temerosa por naturaleza, al contemplar las múltiples siluetas que se formaban en la superficie del estanque, comenzó a sentir un miedo atroz, quedando paralizada tras las frondosas matas de jazmines en flor, detrás de las lilas.

La pálida luz de la luna al reflejarse en la fuente dibujaba fantasmagóricas siluetas que la hicieron estremecer. Acurrucada y sin casi poder moverse comenzó a sentir escalofríos, seguramente provocados por el inexplicable pavor y lo avanzado de la noche.

Hasta los sonidos propios del atardecer le parecían sospechosos y le parecían pasos de algún fantasma perturbado o de un malvado espectro. Desde siempre había sido un poco asustadiza, pero últimamente había agudizado esa tendencia.

Giuseppe, Homero, Otón y Otilia buscan y rebuscan en cada rincón de la gran casona y salen al exterior con faroles y lámparas. Es tarde, bastante tarde. Finalmente se escucha a una de las luciérnagas ¡aquí!, venid aquí. Allí, llorosa y tembleque esperaba inquieta y un tanto avergonzada. Homero la abrazó con calidez, y los amigos la envolvieron con palabras de aliento y de ánimo.

Cossette comprendió que no hay razón para tener miedo ¡y menos a sombras! Es un sentimiento negativo que no conduce a nada provechoso. En adelante dedicaría todo su tiempo a ayudar a las personas que tienen herida el alma con tristeza, melancolía, envidia... cumpliendo así con su más íntima y noble misión, bienestar y sosiego para todos. JJ.

101. Un timbre prudente

Las aldabas, aldabones o timbres son artilugios capaces de producir una señal sonora al pulsar un interruptor. De esta manera es posible llamar la atención de quien o quienes lo han escuchado. Antiguamente, y aún en algunas aldeas y casas de campo, la forma tradicional de llamar es golpeando las palmas de las manos o haciendo sonar los nudillos sobre la puerta. En la Edad Media las primeras aldabas eran pequeños martillos clavados en la parte exterior de las puertas.

Las había de muchas atractivas formas, desde las más sencillas anillas a llamadores en las grandes puertas de castillos, iglesias o catedrales, y las amenazantes cabezas de león de cuya boca suspendían el correspondiente aro. En las casas particulares la forma más común era o martillo o mano, generalmente de dama. Las había hechas en piedra, hierro forjado o bronce, delicadamente cinceladas con escudo heráldico pintado.

El diseño y funcionamiento de este pequeño aparato evolucionó con mucha rapidez, manteniendo la finalidad de sonar para anunciar que alguien lama a la puerta. Son especialmente útiles en grandes mansiones y en casas de varias plantas.

Justamente en una de estas casonas vive Pierre desde hace muchos años. Pero ¿quién es Pierre?, ¿el mayordomo?, ¿el ayuda de cámara?, ¿o quizás jardinero? ¡Nada de eso! Pierre es un timbre. Un sencillo y solidario timbre. Aunque... ¡no es un timbre común!

Fue forjado sobre un trozo metal muy, muy antiguo, por el herrero mayor, Cornelio, afamado artesano del hierro y la piedra. Es un modelo de diseño, único y exclusivo para la mansión a la

que fue destinado; y, además, ¡tiene habilidades únicas!, que Cornelio introdujo pacientemente mientras lo cincelaba durante la luna nueva. ¿Qué serán esas facultades? Seguramente procede de una rancia estirpe de señores feudales defensores de los más necesitados. ¿Será acaso un trozo de escudo?, ¿o de oxidado yelmo?, ¿cómo realiza sus destrezas?

Es muy fácil. Pierre se transforma según sean las intenciones de quien lo vaya a tocar. Puede convertirse en pringoso, gelatinoso, pinchudo, gomoso, o despedir fétidos olores insoportables de aguantar... Cuando se acercan gamberros o vendedores de tonterías, incluso se permite no sonar, queda mudo, ¡mudísimo!

Además tiene el don de emitir diferentes tonos dependiendo quien lo pulse, mujer, hombre, niño, pariente. De esta forma alerta a las personas que viven en la gran casona victoriana y pueden prepararse para la ocasión.

El atardecer de un frío invierno, ya oscuro y casi nevando, un mendigo hambriento quedó absolutamente sorprendido cuando, tras tocar a Pierre, la doncella le entregó un gran plato de potaje caliente, tres bollos de pan de centeno y una redonda y rojísima manzana.

La mañana de un luminoso mayo llovió tan copiosa y continuadamente, mucho más que de costumbre, que tanta humedad acumulada en tan poco tiempo terminó oxidando a Pierre. ¡Qué fatalidad! ¡Cuánta desdicha! Y ahora ¿quién sonaría?, ¿quién reemplazaría a Pierre?

¡Gran desventura! Pierre triste, muy, pero muy triste, lagrimea desconsoladamente ante la impotencia de no poder continuar con su trabajo.

Tanto llora que sus grandes y cargados lagrimones terminan empapando a su amiga y confidente, Cirila. Una diminuta, ingeniosa y trabajadora arañita que había adoptado a Pierre como benefactor y vivienda habitual. Tal y como otras arañas, Cirila es muy habilidosa. Pero no sólo para tejer su tela con la que atrapa el alimento.

También aprendió de su prima Telésfora una gran cantidad de trucos para arreglar y reparar todo tipo de objetos.

Cirila, con la energía y el entusiasmo que la caracteriza, consuela a Pierre mientras se pone patas a la obra. Se calza las botas de trabajo, el mono azul y las gafas. Cubre su cabeza con un casco amarillo -regalo de Pierre por su cumpleaños- y se pertrecha con escobillas, limas y paños en sus primeras cuatro patas, en las otras cuatro lleva líquidos, ungüentos varios y fragancias.

Sacude el polvo acumulado en el mecanismo, limpia, lima, pule, desaloja musgos intrusos, y... ¡objetivo cumplido! Había que ver la alegría de Pierre, la sonrisa le cubría toda la superficie. Estaba brillante, enérgico... ¡feliz!

Así son los amigos, compañeros fraternales. Disfrutan de recíproca ayuda y satisfacción al alcanzar resultados beneficiosos en mutua solidaridad. JZ

102. La solución de Leopoldo

Todas las culturas desde la micénica a la griega, mesopotámica, etrusca... tuvieron necesidad de contar con puentes. Los puentes tienen su origen en la misma prehistoria y, muy posiblemente, el primero que se construyó fue tan sólo un simple tronco de árbol que conectaba las orillas de un río.

Para cruzar arroyos pequeños se dispusieron losas de piedra o grandes guijarros dispuestos uno al lado del otro. La mayoría de estos primeros puentes eran muy pobremente construidos y raramente soportaban cargas pesadas. Con el paso del tiempo se utilizaron cuerdas naciendo así los puentes colgantes... ¡puf, qué mareo!

Fueron los Incas quienes perfeccionaron la construcción de este tipo de puentes. Para comunicar la extensa red de caminos, los romanos construyeron muchísimos puentes que permitían salvar ríos y valles.

Hay puentes de todo estilo, época, tendencias arquitectónicas y diseños. Uno de los puentes más originales del Universo es Leopoldo. Un puente único y milenario. No se parece al puente de Rialto en Venecia, ni al Pont Neuf de París, ni al puente della Trinitá en Florencia, ni el Forth Bridge en Escocia, ni al de cables de Fairmount en Filadelfia, ni siquiera al puente de Roebling sobre el río Ohio... No, no, no. Radicalmente no.

Sólido, fuerte, sencillo y estratégicamente ubicado, tiene en la afamada poetisa Dorotea su incondicional confidente compañera. Dorotea es la señal indicadora que nació en época romana y desde entonces presta fiel servicio para orientar a viajeros y transeúntes

en el tránsito por calzadas y puentes; antes era una gran columna de piedra de una sola pieza, y se llamaba millario, pues contaba en millas romanas las distancias que comunicaban los diferentes destinos.

Desde hace mil novecientos cincuenta y seis años, Leopoldo es su destino definitivo. Entre ambos existe tan maravillosa sinergia que representan el ejemplo más palpitante y vivo de la armoniosa amistad.

Siempre despliegan todas sus virtudes para que la mayoría de las personas tristes, débiles, enfermizas, indecisas, tacañas, embusteras, holgazanas que lo cruzan se vuelvan más alegres, fuertes, sanas, trabajadoras, generosas... ¡Y lo logran!

Aunque, a veces... hay quienes no respetan la palabra dada. Por eso es clave la ayuda incondicional de Dorotea, en la constante tarea de detectar a tiempo a quien no ha cumplido con el propósito o promesa hecha a Leopoldo. En esos casos, que son los menos, Dorotea lanza su señal de advertencia, que sólo puede ver Leopoldo, y que consiste en llenarse de pecas.

Entonces... se pone en marcha el talento de Leopoldo y hay que ¡temblar!

Hace que mientras lo atraviesa la persona incumplidora tenga sensaciones de espantosas calamidades. Lo sienten en su interior y se asustan tantísimo que nunca, nunca más vuelven a quebrantar los compromisos asumidos.

Una vez hizo que un mentiroso padeciera la impresión de tener las orejas en el lugar de los ojos y los ojos donde van las orejas ¿se imaginan?

Otra persona que había incumplido la palabra que dio a Leopoldo, sintió que los dedos de las manos crecían mucho, pero muchísimo, tanto que elfos, hadas y gnomos aprovechaban para hacer lazos al final de cada falange o saltar entre ellas a modo de cuerdas. La sensación le duró meses hasta que estuvo plenamente convencido de la importancia de cumplir las promesas.

A una joven muy presuntuosa y egoísta impuso la impresión de ver en su rostro tres narices de distintos tamaños y aspectos. Una era gorda y color sepia, la otra corva como las águilas y halcones, y la tercera tan torcida que prácticamente llegaba a las cejas.

A un tacaño le asignó el efecto de ver caer en un abismo profundísimo, sin posibilidad de recuperarlas, sus pertenencias más preciadas.

Leopoldo también premia a quienes cumplen sus promesas, y lo hace obsequiándoles con magníficas sensaciones. Una vez permitió entrar en el taller principal de Laponia donde Papá Noël prepara los juguetes.

En otra ocasión a un niño que era muy estudioso, lo llevó a las profundidades de los mares para que conociera la fascinante vida animal y vegetal.

Pero quizás, lo más extraordinario fue aquella tarde de primavera que para premiar a una joven, la introdujo en la historia de la humanidad desde el inicio de los tiempos, haciéndola participar de todas las épocas desde el Mesolítico, la Edad Media de Piedra que inicia al final del Paleolítico hace aproximadamente unos 10.000 años, pasando por el Neolítico, por los grandes imperios India, Egipto, Mesopotamia, Hitita, Creta, Micenas, asirios, caldeos, persas, bizantinos... y en cada una de estas grandes civilizaciones

intervenía participando de sus usos, costumbres, tradiciones, rituales y llenándose de sabiduría. Todo pasaba en los pocos minutos, no más de ocho, los que requería atravesar a Leopoldo.

Puede que no sea muy sorprendente... pero, en este caso, la joven fue vistiendo según la moda de cada época, su cabello creció muchísimo y, al llegar al fin del puente... conservaba todo el conocimiento adquirido. ¡Increíble! Nunca había sentido algo semejante.

Hasta Dorotea estaba perpleja y, mucho más cuando comprobó que la joven llevaba al cuello una discreta cadena de oro, de donde colgaba el símbolo que identificaba a la civilización sumeria, considerada primera y más antigua del mundo. Desde entonces se conoce a la joven como "la joven sumeria".

Las calamidades leopoldinas son variadísimas, hechas "a medida" y siempre tienen resultados positivos. JB

103. Una escalera irrepetible

Las escaleras son una fantástica invención del ser humano y existen desde hace mucho, muchísimo tiempo... ¡desde 6.000 a.C.! Las primeras fueron simples troncos unidos y sirvieron para superar las dificultades del terreno, montañas o valles. Hay muchísimas y los estilos y materiales fueron cambiando a lo largo de su evolución.

Hay algunas muy famosas y un verdadero símbolo de unión entre la Tierra y el Cielo. Las pirámides de Egipto, las de Guatemala y de México, la escalera bíblica de Jacob y la Torre de Babel son algunos ejemplos de ilustres escaleras. Las que tenían forma de caracol se utilizaban en castillos y, por lo general, tenían fines militares. Fueron construidas en los más diversos materiales granito, hierro, madera, vidrio, y modernamente también en titanio y acero inoxidable.

Por norma general se utilizan para ascender o descender, sin embargo Federica, la escalera principal de una antigua casona victoriana, no sólo cumple con su función de hacer subir o bajar... ¡concede deseos! Sí, así de claro, en cada uno de sus peldaños contiene respuestas para las inquietudes y soluciones para los problemas. Desde antaño el don de Federica es conocido por su inseparable compañero, el viejo candil Anacleto, su mejor amigo compinche de travesuras, sobre todo, de andanzas nocturnas durante los períodos vacacionales cuando la vivienda se llena de familiares y de distinguidas visitas.

Anacleto, fue adquirido en una subasta por el primer propietario de la gran casa y, como casi todos los candiles, tenía forma de

cucharón con una parte llena de aceite que se enciende y alumbra. La rareza de esta antigua lámpara estaba en la fecha de su fabricación y la firma grabada del artesano que lo creó, nada más y nada menos que del siglo V ¡toda una reliquia! Anacleto, sin duda, tiene abolengo y es de rancia alcurnia, aunque jamás presume de ello. Según constaba en sus papeles, siempre iluminó residencias señoriales, labor muy diferente a la de otras lámparas que se encuentran en templos o edificios públicos.

Ambos amigos forman un equipo espectacular, se complementan y ayudan. Federica, más intuitiva y Anacleto con gran capacidad de iluminar el peldaño que corresponde a la solución del problema, dar respuesta a la incertidumbre, sosiego a la angustia... en fin, ¡un auténtico tesoro!

Aquella tarde de húmeda primavera oscurecía sobre la aldea, el trinar de los pájaros invadía el ambiente e iniciaba en el caserío el diario bullicio del final de jornada. Todo quedaba envuelto en la característica penumbra de los candiles de cada hogar. Por las ventanitas titilaban las tímidas luces de las recién encendidas lámparas y Anacleto, como de costumbre, resplandecía destacando entre todos. Era especial en todo, incluso en la intensidad de su destello.

Tras uno de los cristales, la entreabierta cortina de terciopelo verde musgo dejaba adivinar el rostro pálido y tembloroso de Itatí, la niña aprendiz de la tienda de ramos generales.

Ella presentía que en Anacleto seguramente estaba la respuesta que hace tiempo necesitaba escuchar. Pero ¿cómo acceder a la imponente casona?, ¿quién haría caso a una niña discretamente vestida?

Esas preguntas no hicieron más que entristecer a Itatí, a tal punto que Anacleto pudo sentir tal aflicción. Era muy temprano esa fría y oscura mañana de avanzado invierno, la llama de Anacleto apenas iluminaba. Durante toda la noche había estado suspirando angustiado por aquel rostro infantil hasta que, prácticamente, dejó de iluminar. ¡Era necesaria una solución para Anacleto!, ¿quién lo iluminaría?, ¿dónde estaría el problema que ocasionó semejante penumbra?, ¿cómo Federica no advirtió el malestar de Anacleto? Muchas preguntas y ninguna respuesta.

Anacleto no tenía combustible y es Itatí quien lo lleva con el reparto, al tiempo que sube la escalera y nada más subir ocho escalones... allí encontró la solución para su angustia. Escucha un suave susurro... escribe una carta Itatí, escríbela con todo tu corazón y dirígela a Lord Gilbert de Alsacia.

Casi sin creerlo sorprendida, inquieta y nerviosa, rápidamente Itatí se dispone a redactar la nota para el dueño de la mansión. Toma pluma y papel... "Muy estimado Lord Gilbert de Alsacia, deseo con toda el alma que los niños pobres no sigan soportando las penurias de la fría estación invernal y puedan tener un calzado que proteja sus desnudos pies. Suya afectísima, Itatí", y así finalizaba la carta.

Desde entonces, cada inicio de invierno, Lord Gilbert de Alsacia entrega tantos zapatos como niños los necesitan. Tan sólo Itatí, Federica y Anacleto conocen por qué los niños pobres de la aldea llevan abrigados sus pies con cómodos botines y botas, que les permiten afrontar los largos y diarios recorridos en busca de sustento. JZ

104. Agapito el talentoso

Los felpudos son objetos por lo general rectangulares, muy planos y de rugosa superficie que se colocan a la entrada de edificios y viviendas para permitir separar la suciedad adherida al calzado. Se fabrican con distintos materiales, especialmente duraderos y unos más resistentes que otros, fibra de coco, tallos de palmera, materiales textiles, incluso las hay de caucho muy prácticos.

Agapito es un felpudo simple, casi se diría simplón, de tan sencillo que hasta ha llegado a pasar desapercibido. Su amiga es Charlot, una preciosa vasija de barro que nació en las costas del Líbano en el 1400 a.C. y que por aquellos tiempos contenía aceite. Algunas de sus parientes fueron utilizadas por los antiguos griegos y romanos para transportar y almacenar diferentes productos, vino, cereales, aceitunas, y otras terminaron conformando el célebre Monte Testaccio de Roma, una colina artificial conformada por restos de cerca de 26 millones de ánforas rotas, en particular las que habían contenido aceite de oliva. Seguramente muchas de estas ánforas son antepasadas y familiares de Charlot.

Entre Agapito y Charlot existe gran comprensión y son confidentes el uno con el otro. Se aconsejan, entretienen contando anécdotas y se cuidan mutuamente. Agapito es todo un caballero, trabajador, atento y ¡le encanta dormir! No sólo impide que sobre él pasen a la casa suelas de zapatos sucias y contaminadas, esa tarea es lo habitual en este tipo de enseres domésticos. Con sus dos súper originales curiosidades, Agapito supera con creces todos los límites imaginables. Sí, sus dones son espectaculares. Tiene la gran capacidad de evitar entrada de sentimientos desagradables, ánimos alicaídos, espíritus negativos y toda clase de comportamientos y

actitudes incorrectas; es un maestro para detectar a quienes se aproximan malhumorados, irritados o enfadados y, tras retenerlos para que limpien sus suelas, hacerlos entrar serenos incluso felices.

Además, la característica leyenda impresa sobre su superficie... ¡cambia de contenido! Es absolutamente increíble. Dependiendo de la persona que va a ingresar el texto se adapta a la situación.

Un día, Charlot le avisa que se está acercando una persona con aspecto gruñón y Agapito reescribe sobre su superficie ¡Qué bonita eres!, la mujer no pudo menos que sonreír. Otra vez advirtió que el caballero, de avanzada edad y gruesas gafas, tenía los cordones desatados, y escribió ¡Átate bien los cordones!

Entrañable fue aquella mañana, un iniciado noviembre, cuando adivinó cierto pesar en el rostro del joven que limpiaba las suelas de sus botines. Quedó extasiado leyendo y leyendo ¡Agapito se había inspirado! con elocuencia propia de un orador romano escribió una frase tan acertada, que hizo que el joven abandonara totalmente esa mirada ensombrecida por la angustia.

Simpatiquísimas frases hacen estallar en carcajadas, brotar sonrisas, reflexionar, ¡hasta reconciliarse!

Por lo general, quienes pasan sobre Agapito limpian el calzado con suave agresividad, sin embargo, hay algunas personas que lo restriegan con cierto ensañamiento, como si ello fuera el último y glorioso acto de sus vidas. Otras, en cambio, lo hacen con tanta debilidad que apenas quitan las inmundicias de las suelas.

Entre unos y otros, y el inevitable paso del tiempo, hicieron que Agapito vaya quedando progresivamente calvo, lo cual le impedía continuar con su labor.

La situación llegó al límite y un atardecer Agapito se desplomó. Pasaron las horas y la madrugada se hacía cada vez más larga. Charlot estaba desconcertada y descorazonada. Verlo así, tan indefenso, tan desgastado, ¡con tan horrible aspecto!

Entonces, mientras su mirada se posa en caricias de consuelo sobre su desgastada, desteñida y raída superficie ¡nace la solución! Por las noches, con sigilo sin igual, con sus largas asas fue tejiendo poco a poco una acolchada cubierta. Tras el intenso trabajo varios días con sus noches, Agapito volvió a ser el de siempre, recobrando toda su frescura, gallardía y talento. Así, fortalecido y feliz, pudo continuar con su importante labor

Tal fue la fama que adquirió, que se extendió más allá de las fronteras y allende los mares. Y cada tercer viernes de mes, en una ceremonia especial, es trasladado al pórtico de la ciudad para que todos cuantos entran hagan única a esa villa por la calidad de sus habitantes.

En estos días está de gira por pueblos, aldeas, ciudades y centros médicos entregando tranquilidad y bienestar, sosiego y paz a quienes más lo necesitan. JJ

105. Morgana quedó perpleja

Las papeleras, recipientes donde se depositan papeles usados, envoltorios, envases, embalajes y otros desperdicios, por lo general se colocan en lugares discretos y accesibles, como parques, aceras, plazas, oficinas, hogares, lugares de ocio. La finalidad es muy importante, puesto que mantienen orden, limpieza e higiene, brindando un aspecto estéticamente agradable.

Algunas están fabricadas en metal, otras en plástico y en materiales rígidos con unos diseños variadísimos, diferentes colores, texturas y estilos. Las de rejilla son las más clásicas y suelen colocarse en rincones o lugares discretos de despachos, salones, cuartos de aseo, cocinas, en centros de trabajo donde lo habitual es que estén junto a las mesas, en pasillos o al lado de los ascensores, zonas de encuentro, salas de espera. Las hay de pedal, abatibles, con tapa basculante, para recogida selectiva, para excrementos caninos, para residuos de áreas peatonales, playas, campings y entornos similares o áreas públicas y, generalmente, se fijan al suelo, a la pared o a las farolas.

Pues bien, Morgana es una preciosa papelera de playa, hecha de madera con el estilo propio de los años veinte. Gracias a su fantástica formación políglota, el destino la llevó a las playas del mayor lago de agua dulce de Europa Central, el famosísimo lago Balaton. Morgana tiene una vida errante, pues periódicamente se instala en distintas playas a lo largo de los casi 80 kilómetros del afamado lago húngaro.

Su inseparable amigo es Pomponio, el más travieso de los ratoncillos que jamás haya existido, existe ni existirá. Es primo del ratoncito Pérez que vivía dentro de una caja de galletas,

¿recuerdan?, y muy amigo, amiguísimo diría, de Mickey Mouse, Pixie y Dixie, Speedy González. Amante del buen vestir, del Sol y de las buenas relaciones presume de haber sido guardaespaldas en otra vida. Siempre lleva algún modelito de sombrero que va cambiando según el diseño de su traje de baño. Una tarde apareció junto a Morgana con aspecto cuando menos extravagante.

Acompañaba al taparrabos verde fosforito con lunares azul intenso un sombrero de ala ancha con larga pluma roja encarnada sobre el costado derecho y un par de ridículas botas de charol negro. Morgana, por poco se desmaya. No sabía si se trataba de un espectro que su imaginación había creado o, definitivamente, era Pomponio en trance. No, nada de eso, simplemente le encantaba ser excéntrico.

Quitando sus rarezas y ocurrencias Pomponio es entrañable, solidario, trabajador y muy compañero en las buenas y en las malas. Desde hace muchísimo tiempo avisa a Morgana cuando alguien se acerca con dudosas intenciones, por lo general grupillos revoltosos, a arrojar un residuo que no debe ir en su interior. Morgana reacciona con mensajes de voz en el idioma o dialecto del desaprensivo o, según los casos, cerrando su abertura impidiendo así la reprochable conducta.

Una mañana, nefasta mañana de un calurosísimo verano, muy, muy temprano Pomponio, tras la agitada noche de juerga de las fiestas ratoniles de Villa Roedorita y día del Patrón de los ratones, san Quesóstomo, continuaba dormido.

Estaba tan, pero tan cansado después de su sinfín de galanterías -coqueteó todo el tiempo con la laucha Veremunda-, que se había dormido profundamente.

No avisó a Morgana sobre la insensata mano que arrojó un desperdicio que olía apestando toda esa playa y las contiguas. La pestilencia era tal, que hasta caían desplomadas las hojas de los árboles. La coqueta Morgana quedó en un estado catastrófico. Sucia, olorienta, abandonada. ¿Qué había pasado?, ¿dónde estaba Pomponio?, ¿quizás la habría abandonado después de tantos años juntos? Pomponio, sin duda, no estaba en condiciones.

Sin embargo, la fétida y nauseabunda brisa procedente del interior de Morgana obró un magnífico resultado: ¡lo despertó lleno de energías! Al ver a Morgana llorando, tan desalineada, ojerosa y triste se puso manos a la obra. Llamó de inmediato a Speedy González para que viniera con urgencia acompañado de su pandilla. Había que higienizar, adecentar incluso maquillar a la buena Morgana. Todos contribuyeron a ese noble fin.

En unos minutos lucía esplendorosa, sin quedar el más mínimo rastro de olores desagradables, manchas o restos indeseables. Estaba agradecida, feliz y, sobre todo, muy emocionada por la generosa ayuda de sus amigos los ratoncillos.

Pomponio la miró con tanta ternura, que bastó para que Morgana comprendiera el mensaje de su disculpa, por no haber estado suficientemente atento. JZ

106. El tropezón de Pizpi

Las ardillas son mamíferos roedores muy inquietos que, por lo general, están activos durante el día disfrutando de sabrosas avellanas, bellotas, nueces, semillas y otros frutos que encuentran en los bosques caducifolios o de coníferas.

Pizpi es una ardillita absolutamente diferente. Por azar nació en Alaska durante un largo viaje que hacían sus padres. Al igual que sus familiares terrestres, Pizpi es arborícola y su extraordinaria agilidad le permita saltar de rama en rama con sorprendente velocidad. Su olfato, oído y vista son inigualables. ¡Y qué decir de su larga y glamurosa cola! con la que mantiene el equilibrio y advierte sobre la presencia de depredadores.

Aquella mañana de primavera muy, muy temprano, zarpaba la nave Tuyu rumbo a Singapur. Una vez más, las circunstancias tejieron una trama con hilos inesperados... Pizpi, coqueta y presumida, viajaba con sus padres, y correteaba saltando desde el puente de mando a la cubierta principal, de babor a estribor y de popa a proa, ¡no quedaba quieta! En eso... el robusto bergantín que los trasladaba repentinamente encalló en un arrecife coralino y ¡cataplúm!

¡Qué desastre! Toda la carga del navío quedó esparcida flotando en un descomunal desorden. Pizpi y su familia se convirtieron en náufragos a la deriva confundidos y mezclados con variopintos objetos grandes, pequeños, de formas diversas, colores variadísimos entre lánguidos grises, refulgentes rojos, indiscretos amarillos..., carcomidos y desvencijados arcones de madera, elegantes chisteras de seda negra, modernos catalejos entre blanquísimas puntillas y blondas, mesas con barrocas tallas, suntuosas prendas...

Tras saltar de uno a otro objeto, llegaron a la costa cansadísimos aunque sanos y salvos cuando, sin saber cómo, Pizpi tropezó, cayó y, con bastante mala fortuna, se rompieron sus característicos dientecitos delanteros, tan útiles para pelar bellotas, nueces y semillas.

En ese lugar residía un número importante de castores, especie emparentada con la familia de ardillas, entre ellos el popular y afamado odontólogo Peter, guapísimo soltero de oro de la región.

La importancia de su poderosa dentadura lo llevó a estudiar odontología y especializarse en implantes dentales.

Es conocido en todo el mundo, también en Alaska. Sus fuertes y afilados cuatro incisivos, que nunca dejan de crecer, le sirven para roer la madera con la que se alimenta y construye sus castoreras. Peter atiende a sus pacientes en la planta baja de su madriguera, donde dispone de todo el instrumental y productos necesarios, torno, fresas, jeringas, tenazas, algodón, anestesia...

Al enterarse del naufragio, Peter acudió presuroso al lugar del accidente para ofrecer ayuda profesional. ¡Menuda sorpresa!, por poco se desmaya. Quedó casi inmóvil al ver semejante panorama y, en ese catastrófico escenario... ah... ¡su amor!

Desde hacía mucho tiempo, estaba enamoradísimo de Pizpi. Este sentimiento no era un secreto, incluso Pizpi lo sabía, y la muy pícara hasta coqueteaba con ello. Corrió a toda velocidad para atenderla. Una vez trasladada a la castorera-consulta la acomoda con extrema delicadeza y, en ese instante, con discreta emoción contenida Pizpi se desmaya. En parte el cansancio y la falta de alimento contribuyeron al desvanecimiento pues, ni siquiera había

podido ingerir un minúsculo insecto, ni fruta, ni flor y, en parte también, por el inesperado encuentro con Peter.

Con la pericia y la habilidad que caracterizan a los grandes profesionales, inmediatamente Peter implantó dos preciosos dientes de oro, devolviendo a Pizpi su singular y seductora sonrisa.

En adelante todas las ardillitas que nacen con dientecitos de oro son descendientes de Pizpi y Peter.

Por eso, siempre hay que estar muy atento al visitar parques, jardines o bosques, y mirar atentamente los dientes de las ardillitas, ¡siempre se encontrará un pariente de Pizpi! Entonces, en ese momento y sin dejar pasar ni un instante, hay que pedir un deseo que, con seguridad, se cumplirá en los próximos ocho días. JZ

Con sonrisas para Pedro

107. Las pesquisas de Gumersinda

Gumersinda es una elegante farola con especial sofisticación e innegable glamour. Pariente directo de las farolas de gas que en 1809 iluminaron la ceremonia de celebración del cumpleaños del entonces rey inglés. Sus primas cercanas son las farolas que iluminaron el Puente de Westminster en diciembre de 1813.

Tiene una rareza irrepetible que causa asombro a propios y foráneos, y que la hace absolutamente especial; sin embargo, nadie la ha visto. ¿Qué será? Tal vez el diseño, la altura, los materiales, o quizás ese estilo tan diferente. Nada de eso. Absolutamente.

Su esbelto porte de más de tres metros, el minucioso acabado de figuras que se entremezclan con prominentes racimos de uvas y hojas de parra, la exquisita pulcritud de las variadas molduras en la parte inferior y los bellísimos cristales tallados de las cinco tulipas, sostenidas por robustos brazos que dibujan una perfecta letra "S" le daban, si cabe, mayor esplendor.

Gumersinda es muy amiga de la vieja papelera Indalecia y del diligente cartero Sinforoso. Con ayuda de ellos en la ciudad antigua lleva a cabo una labor solidaria sin precedentes. Además de iluminar, función propia de estos objetos, Gumersinda puede contribuir a la buena convivencia ciudadana, controlando y supervisando el ritmo de la bonita urbe.

Aquel día de otoño amanecía con una persistente y fina llovizna, que apenas dejaba de caer bien avanzada la tarde. Durante esta estación, y también a lo largo de todo el invierno, era necesario que la iluminación se reforzara y se extendiera más horas que las habituales en primavera y verano.

El tiempo de iluminación permitía mayor seguridad y, para la propia Gumersinda, la posibilidad de más precisión en sus observaciones cotidianas. Solía conversar largamente con la papelera Indalecia, cuya localización a un par de escasos metros, favorecía esta relación.

Habitualmente comentan sobre el comportamiento ciudadano, sobre todo Indalecia suele estar muy molesta por la conducta inapropiada de algunos transeúntes que, desaprensivos, arrojan todo tipo de basuras fuera de su oquedad, manchando y ensuciando. Por su parte, las principales protestas de Gumersinda se deben a las descargas líquidas de algunas mascotas y a esos papeles de publicidad adheridos a lo largo de su espigada figura.

El bueno de Sinforoso es quien da aviso al personal de limpieza para liberar a Gumesinda y a Indalecia de esas suciedades que tanto las afean.

Avanzado el invierno, un atardecer, hace varios días, Gumersinda quedó perpleja al contemplar, en el barrio contiguo, como un ladronzuelo sustraía el bolso de una dama. De inmediato dio el silbato de alarma y se pudo apresar al pillo. En otra ocasión, a través de Sinforoso, orientó a un despistado turista. Hubo una oportunidad en la cual tuvo que apagarse voluntariamente... para permitir ese primer tímido beso. Lo más sorprendente fue una mañana en la que una joven se había desmayado a los pies de la Fuente de la Gloria, distante a más de un kilómetro, y gracias a sus avisos pudo salvarse.

Pero sucedió una madrugada, casi de repente, que la tristeza invadió a Gumersinda. Estaba profundamente apenada, encorvada y por sus mejillas corrían lágrimas a borbotones.

Indalecia no sabía qué hacer. A Sinforoso no le quedaban palabras de consuelo. Gumersinda ya no podía vigilar, su don para ver más allá de varios metros había desaparecido sin motivo alguno. ¿Qué había pasado?, ¿por qué estaba tan rígida? Nadie lo comprendía.

Pasaban los días y el tiempo transcurría sin la menor posibilidad de solución. La situación se complicaba y Gumersinda, debilitada, comenzaba a dar inequívocas señales de haber empeorado. En el barrio fueron aumentando los pequeños hurtos y la característica armonía estaba notablemente resentida.

Sinforoso, muy preocupado y diligente, había detectado sobre la superficie de Gumersinda algunas sospechosas grietas y manchas de óxido, en particular en la parte central. Tras consultar con especialistas y hacer éstos unos análisis directos... ¡eureka!, el diagnóstico estaba listo.

Debido a las lluvias constantes y a la pertinaz nieve que permaneció más tiempo de lo habitual, se bloquearon en el interior algunas piezas importantes para el funcionamiento de la farola.

Entonces Sinforoso, esmerado, con la deferencia propia de un caballero y con gran eficiencia, acudió raudo y veloz a los servicios de mantenimiento de las luminarias quienes, en menos del suspiro de pulga enana, devolvieron lozanía y esplendor a la única e irrepetible Gumersinda. Su oculto talento, descubierto durante la reparación, la define como... ¡telescópica! Su interior está formado por una serie de piezas y tubos alargados, que se extienden y recogen al encajar unos en otros. Al funcionar nuevamente su articulada esbeltez, pudo continuar con sus averiguaciones y pesquisas, derramando orden y disciplina, tanto en su querido barrio, como en lugares contiguos. JJ

108. El destino de Eleanor

Las corbatas, por lo general de uso masculino, son complementos característicos de las camisas. Suelen tener fines estéticos al permitir ocultar los botones. También, y según filósofos de la antigüedad como Séneca, Horacio y Quintiliano, era un riesgo dejar el cuello sin cubrir y desprotegidas las cuerdas vocales, en particular quienes tenían problemas de salud, y los oradores.

Surgen en la segunda mitad del siglo XVII cuando, en una visita a París, jinetes mercenarios del ejército croata lucían al cuello pañuelos de colores como parte de su traje tradicional. La tradición romántica indica que las jóvenes croatas entregaban un pañuelo a los soldados que iban a la guerra, a modo de recuerdo y de consuelo para afrontar situaciones peligrosas. Los franceses la llamaron cravate y fueron quienes las difundieron por todo el mundo.

Más allá de los variados nudos que hábiles manos enlazaban en menos de un parpadear, Eleanor, ¡ah!..., Eleanor es absolutamente distinta. Irrepetible y de refinada educación. Está confeccionada en una exclusiva seda del Norte de la India en tonos granate, con espectaculares matices en un degradé indescriptible. Nacida entre sedas en el atelier de moda francés más exquisito, glamuroso del centro parisino. Sus amigos, y leales confidentes, son los gemelos Anacleto y Apolonio, a quienes se conocía como los Mosqueteros.

Soñadora, apasionada y enamoradiza son características que destacan inconfundibles en la dulce Eleanor. Pero, ¿dónde está su secreto tan secreto?, ese que tan sólo conocen ella y Don Jacinto, el cascarrabias propietario de la tienda. ¿Qué misterio oculta tras esa artística belleza textil?, ¿qué la hace tan especial?

Sin duda alguna tiene una cualidad que la hace original, única y distinguida. Simplemente y de forma instantánea puede ajustar colores, textura y diseño al atuendo que vista su acompañante. Por increíble que pueda parecer, Eleanor es así, ¡fascinante!

Sucedió un día de crudo invierno, avanzada la tarde y poco antes de cerrar el atelier, que un elegante caballero de origen magyar, con porte y modales exquisitos, quedó tan deslumbrado con Eleanor que fácilmente se adivinaba su descomunal flechazo.

El escenario no podía ser más romántico. Eleanor, seductora aunque escurridiza en asuntos del amor, de inmediato sucumbió ante semejante e inigualable estampa.

Ajena al arte de escarceos y devaneos amorosos, acudió presurosa en busca de consejos a sus fieles amigos Anacleto y Apolonio. Éstos, hábiles y comprensivos, sugirieron a Eleanor que lo más sensato era seguir los dictados del corazón.

Discretamente inquieta aguardaba la llegada del apuesto caballero. Las horas pasaban muy lentas y los días se hacían eternos. Eleanor estaba especialmente melancólica y ello se notaba no sólo en sus apagados colores sino también en su aspecto general. ¡Cuán enamorada estaba!

Aquel atardecer el Sol resplandecía y sus últimos refulgentes rayos iluminaban el escaparate como acariciando cálidamente a Eleanor quien, casi resignada, se preparaba para afrontar el día siguiente cuando, sin esperarlo, la inconfundible silueta de su gran amor se dibujaba perfecta en el cristal opuesto. De inmediato los colores, el porte y hasta la textura volvieron a la enamorada corbata, indicando la enorme alegría que le obsequiaba el caballero de fina estampa. Y así, vivió feliz el resto de sus días. JJ

109. Los anhelos de Lucile

Lucile pertenece a una familia muy, muy requeté muy antigua, tanto que se han encontrado restos fósiles entre los 20 y 30 millones de años de antigüedad. Ella es una tamia o ardilla rayada, muy sociable, simpática y es habitual verla saltar rápida y ágil de mata en mata en parques y jardines. Sujeta y pela los alimentos con gran facilidad y particular habilidad. Su amigo es Pompeyo, sapo de gran ingenio y perspicacia sin igual.

Súper preocupada por todo y por todos, siempre estaba dispuesta a ayudar a otros. Se sentía muy feliz cuando podía contribuir a mejorar algo. Sabía que los ratoncillos de campo desde hacía varios meses estaban pasando por un período de extrema escasez de alimentos. Ello la entristecía, necesitaba conversar con su amigo, el sapo Pompeyo, pero no siempre estaba en su refugio.

Los sapos son animales tímidos y, por lo general nocturnos, sin embargo Pompeyo de tímido no tiene nada, pero nada de nada. Durante el día se oculta en lugares oscuros y por las noches..., mientras sus parientes se dedican a la caza de gusanos, lombrices, insectos, y otros invertebrados Pompeyo, de gran experiencia en cuestiones amorosas, sale de parranda hasta casi el amanecer.

Pasaban los días y no encontraba solución. Confiaba en su instinto y en las sugerencias de Pompeyo. Decidió ir a visitarlo.

Esa mañana el Sol refulgía esplendoroso. Se ataviό con pamela de lino y preparó una cestita con dulces como detalle de cortesía para su amigo. Al llegar, Pompeyo estaba trabajando en el huerto con indumentaria propia de los horticultores, ¡vaya qué estampa! Sombrero de paja calado hasta las cejas, pantalones grises, camisa

azul a cuadros irregulares de color rojo intenso, y unas ojeras que colgaban hasta su prominente bocaza y declaraban abiertamente que había trasnochado.

Una vez que intercambiaron los habituales saludos, ella moviendo su esponjoso rabo y él brincando de izquierda a derecha, Lucile comentó con detalle el motivo de su preocupada visita.

Pompeyo comenzó a croar de forma inusual. Casi no podía expresarse. La agitada noche había hecho estragos pues, además de las evidentes ojeras, Pompeyo estaba afónico y poco pudo contribuir para ayudar a Lucile. Sin embargo, un gesto evidente se convirtió en una importante sugerencia. Juntando sus patas delanteras indicó la señal de implorar. Ello fue más que suficiente...

Una noche de Luna llena, Lucile estaba desvelada. Imaginaba que la Luna era un gigantesco queso con el que muchos ratoncillos podrían alimentarse. Su mayor anhelo era poder tener un queso tan grande como la Luna.

Pensó y pensó con mucha determinación y la magnífica idea surgió. Pediría a la Luna que en sus fases de cuarto creciente dejara caer pequeños quesitos en distintos lugares.

Por eso cuando a los costados de caminos y senderos, a las puertas de ratoneras y cuevas se ven esferillas blanquecinas, es que la Luna está en su fase de cuarto creciente cumpliendo el deseo de Lucile.

Y así fue. A partir del 20 de agosto de 1956 y, cada vez que los ratoncillos están en riesgo de padecer hambre, todas las Lunas en cuarto creciente hacen caer a la Tierra pequeñas lunitas. ¡Es la fuerza de la unión y de la solidaridad! JB

110. La conspiración de Anselmo

Anselmo es un embriagador perfume que fue creado con una misión secreta, tan secreta, secretísima, que tan sólo la conocen él y Timotea. Vive desde hace siglos dentro de un estuche de terciopelo rojo acolchado cuya tapa, lujosamente decorada en arabescos oro, con algunas incrustaciones de brillantes, esmeraldas y zafiros, declaraban a todas luces su importancia y abolengo.

La esencia combina, en exquisita armonía, atractiva esencia de neroli de Túnez y orquídea blanca de Madagascar con acentos curiosos de corteza de árbol, agujas de pino, aromática bergamota, intensos matices alimonados y un suave frescor subterráneo casi mentolado. En conjunto discreta opulencia, sensualidad y, en sí mismo, aroma profundamente suave y desenfadado.

Anselmo está protegido dentro de un primoroso envase de cristal soplado, tallado con diseño en filigrana de azahares y camelias que dejan leer las entrelazadas iniciales de su primera dueña.

Desde hace siglos Timotea es celosa centinela que cuida y mima a la original fragancia. Con interesantes relatos ameniza el descanso de Anselmo hasta que éste se duerme. Lo primero que relató, con todo detalle y esmero en la descripción, fue el motivo de su creación...

Un frío atardecer de otoño, cuando la cansina luz natural daba paso a la amarillenta de los farolillos, el alquimista mayor del reino, a pedido del maharajá y con el encargo que tenga cualidades de bondad, generosidad y hospitalidad, elaboró el preparado. Sería el tributo a su amada, la maharaní Samira. Anselmo quedó perplejo al escuchar cuál era su origen, el motivo de su creación, la esencia de su misión.

Cada atardecer, ambos amigos mantenían largas y enriquecedoras conversaciones, matizadas con inquietante relatos.

Sorprendente fue la descripción de los selectos banquetes de un emperador que hacía caer desde el techo miles de pétalos de variadas y exóticas flores y, al mismo tiempo, liberaba pájaros cuyas alas estaban embebidas en perfumes, de modo tal que la fragancia impregnaba los salones durante el vuelo.

Y la tradición en Grasse, un pequeño pueblo al sur de Francia, donde la moda imponía el uso de guantes que, indefectiblemente, debían estar perfumados con lavanda, jazmín, naranjo, rosa...

Comentó que en la Roma antigua no solamente las personas se perfumaban, era habitual perfumar teatros, ceremonias, armas salones, vestidos, animales, incluso antes de la batalla y en los regresos victoriosos, se humedecían los estandartes de las legiones con fragancias. También contó cuando, perfumada sutilmente, la maharaní Samira logró conciliar antiguas rencillas entre los sultanatos. Relató sobre la armonía que desde entonces reinó en todos los poblados que compartían las aguas del río motivo de las disputas, y tantas otras anécdotas cada cual más sugestiva.

Cada noche, enriquecedoras conversaciones llenaban de vida la preciosa caja, y las eslabonadas historias hacían mucho más ameno el descanso de Anselmo. El embriagador perfume de Samira lograba derramar mantos de armonía por donde iba. Derrochaba efluvios de paz y concordia, embelesaba a propios y extraños con el discreto susurro de la esencia.

Así, a través de los milenios, y desde que en Sumeria hace más de 5.500 años, entonces la civilización más avanzada y compleja del mundo, desarrollara por primera vez ungüentos y perfumes, la esencia de Anselmo fue pasando de cultura en cultura.

Lo magnífico de esta fragancia es su imperecedera capacidad de conciliar conflictos. Su gran talento para conspirar, retornando a todos el necesario bienestar. JB

111. Los caprichos de Teódulo

Teódulo existe prácticamente desde el principio de los tiempos. Es un auténtico intelectual que suele discrepar con cierta vehemencia con su querida amiga Brigitt. Su extraordinario conocimiento acerca del mundo y la indiscutible experiencia en estrategias sobre viajes, han hecho de él un consumado experto en lugares merecedores de ser conocidos.

¿Quién es Teódulo?, ¿por qué tan especial? Es, sin duda alguna, lo más increíble y rocambolesco. Su gran capacidad y firme determinación lo hacen el mejor compañero que se pueda tener para cualquier tipo de viaje, sobre todo para su inseparable amiga Brigitte; ella pertenece a una antigua estirpe de ornamentos presentes, en particular, en uniformes militares y utilizados en la Grecia antigua y en la antigua Roma. Sus primas lejanas, las insípidas y aburridas Clota y Melitona, formaron parte del engalanamiento de cinturones de espadas, fijación a sillas de montar, estribos y demás arneses de caballería.

¡Repámpanos!, pero, ¿quiénes son Teódulo y Brigitte? Pues son entrañables y leales amigos que, aprovechando su función, se empeñan en hacer conocer los sitios más bonitos, representativos y llenos de historia.

Se trata de un elegantísimo par de zapatos negros acharolados, con detalle de una exclusiva y reluciente hebilla labrada en plata. El original diseño lo hace tan versátil que su uso es indistinto para hombre o mujer.

Los zapatos datan del Paleolítico Superior y hay evidencias en pinturas de cuevas de España y sur de Francia.

De los fenicios han llegado restos de cueros congeladas con forma de botas en Kazajistán (hace unos 4.000 años), y las sandalias de los egipcios fueron hechas de paja, papiro o fibra de palmera.

En época griega se diferenciaron el pie izquierdo del derecho, puesto que antes ambos calzados eran exactamente iguales. Los zapatos fueron señal de prestigio en la Europa del siglo XVII siendo un rasgo de nobleza y símbolo de estatus social.

Teódulo orienta al poseedor y, con evidentes signos de carácter caprichoso, hace conocer sitios fascinantes, casi todos, patrimonio de la humanidad. Fue el primer par de zapatos con numeración, desde que el rey Eduardo (1272-1307) uniformó las medidas.

Su inseparable amiga, la hebilla Brigitt, ha sido desde siempre su irreemplazable complemento.

Una mañana muy, muy temprano, cuando el Sol aún o había derramado la totalidad de su fulgurante espectro, Teódulo se encaprichó en visitar un antiquísimo centro ceremonial. Brigitte, como era habitual, hablaba y hablaba justificando que esa visita podría hacerse otro día, y aprovechar el camino para disfrutar de un inolvidable paseo por los exuberantes manglares de la región.

Teódulo recordaba a su amiga que él no era, como los primeros zapatos, una simple bolsa en cuero para el pie con la finalidad de brindar comodidad y protección por inclemencias del tiempo, o rocas, escombros y piedras. Él podía tomar decisiones y contribuir con su conocimiento a aumentar la cultura de su poseedor.

Discusión va, discusión viene, uno insiste en la visita, otro se empeña en el sendero que lleva al manglar... entre izquierda y derecha, tirón aquí y tirón allá... ¡cataplúm!

Brigitte se desprendió con tan enérgico impulso, que terminó separada de Teódulo. ¡Qué fatalidad! Sin la hebilla era imposible que Teódulo pudiera continuar. Miró a un lado, buscó en otro, rebuscó bajo matas y guijarros ¡nada!

La angustia comenzaba a invadir a Teódulo, la tarde se volvía noche, nervioso y con manifiesta desesperación, sacó la lupa de su interior y recorrió minuciosamente cada centímetro de suelo.

Mientras tanto, reflexionó sobre el pasado de Brigitte y recordó que durante los años que estuvo en Medio Oriente acompañando a un emir, soportó caídas y golpes a causa del agregado de tacones para alzar el pie de la arena ardiente del desierto y ello, posiblemente, la hizo temer a una caída desde los altos peldaños del centro ceremonial de Tikal.

Estaba inmerso en sus pensamientos y profundamente apenado por la situación provocada, quizás, por su carácter tan caprichoso cuando, entre unas frondosas matas de helechos tropicales, un brillo conspirador intentaba dar señales en la oscuridad de una noche inusualmente silenciosa.

Un tanto confuso, Teódulo se acerca cauteloso cuando, de repente, un discreto estornudo lo sobresalta. Era Brigitte, a quien el rocío nocturno había constipado. Dio un salto de alegría y abrazó fuertemente a su querida amiga. Teódulo prometió moderar sus impulsos caprichosos al tiempo que Brigitte recordaba que al afamado compositor Mozart, mientras dirigió un concierto en Dresde, Alemania, en la primavera de 1789, marcaba el ritmo con el pie con tanta fuerza que acabó rompiendo una de las hebillas de sus zapatos. Pero esa no fui yo, comenta, mientras se regocija de estar nuevamente con su querido amigo Teódulo. JZ

112. La sorprendente Violette

Por regla general, los utensilios de cocina hacen aquello para lo cual han sido diseñados y fabricados. Cada uno tiene su función, su destino por así decirlo. Cumplen variados cometidos según sean utilizados. Así, batidoras, ralladores, espumaderas, cucharones, morteros, hasta espátulas y cascanueces cumplen las tareas asignadas al fabricarlos.

Sin embargo, dentro del fascinante mundo de los cientos de herramientas y útiles culinarios, existe uno, más bien una, sí, sí, una que, lejos de realizar cometidos apropiados a su diseño, comete actos de absoluta indisciplina, incluso sublevación.

Se trata de Violette, una sencilla y muy útil manga pastelera que se fabricó allá lejos y hace mucho, muchísimo tiempo. Durante décadas estuvo secretamente guardada, dentro de una colorida caja de galletas, con detalle de escenas de la campiña gala. Incluso en ocasiones se escuchaban ciertos extraños y dudosos ruidillos.

Pero, ¿por qué estaba tan oculta? Y, ¿por qué un desgastado y amarillento mensaje que apenas podía leerse, señalaba algunas indicaciones a tener en cuenta en caso de ser utilizada?

El minúsculo escrito, sin membrete, encabezamiento, despedida ni firma, y con una fecha que sólo indicaba un siglo, el octavo, era, a su vez, escueto y contundente: "Violette es única. Muy trabajadora. Precaución si escucha música".

¡Glup!, ¿qué significaría eso? y, ¿qué tiene que ver la música con una manga pastelera? Interpretada por Francesco la sospechosa comunicación, sólo se le ocurrió que, tal vez, Violette se dormía al arrullo de melodías. ¡Nada de eso!, ¡muy por el contrario!

Violette tararea, baila, taconea, danza y, sobre todo, no para de moverse tan pronto escucha algún ritmo, cualquier melodía es propicia para que se mueva. Lo cierto es que lo hace muy bien, con elegancia y cierto aire seductor. Por eso, lleva tiempo guardada al abrigo de la lata de galletas que está en la balda superior izquierda de la alacena principal.

Durante las largas noches de frío invierno, en la quietud y silencio del recinto, su fiel amigo, el rodillo Eulogio, la aconsejaba para que encauzara su comportamiento de forma tal que Francesco, el Chef pastelero, pueda contar con ella.

En las actuales condiciones es imposible, en especial cuando subyugada por la música de los clásicos más relevantes, se abandona al armónico danzar de corcheas, fusas y semifusas realizando el trabajo a ritmo del pentagrama de turno. El gran conocimiento de las obras, incluidos los más de 400 conciertos y 46 óperas del prolífico Antonio Lucio Vivaldi y todos los géneros del genio Wolfang Amadeus Mozart, sinfonías, divertimentos, sonatas, música de cámara, conciertos, ópera y música de iglesia, le ha merecido justificado el mote de "sorprendente".

A Francesco le es imposible sujetar a Violette pues en esos momentos de éxtasis de irregular duración y con astucia sin igual, da vueltas, gira, se esconde tras las cazuelas, mira de reojo, repasa la improvisada coreografía y, socarronamente, guiña un ojo al atormentado pastelero.

Tras un alarde de talento musical, aderezado con unos pasos rocambolescos y dispersos pegotes de crema por doquier -incluido el mostacho de Francesco-, la prevista decoración toma formas impensables, la mayoría de las veces muy alejada del diseño.

Las escenas más escandalosas son, a buen seguro, aquellas en las que, cautiva de cadenciosos ritmos, atrapa al tímido del cucharón sujetándolo con sensuales caricias y alterna el chachachá con los pasos más estrafalarios de milongas arrabaleras. En fin, era necesario encontrar urgente solución.

A este arduo cometido se ofrece el rodillo Eulogio, prometiendo a Francesco resultado satisfactorio para todas las partes. Empeñado en lograr éxito, conversó largamente con Violette, haciéndole ver y fundamentando que tal comportamiento era del todo inadecuado para una manga tan talentosa y creativa.

Violette aceptó todos los comentarios de Eulogio, reconociendo que sus actitudes comprometían el trabajo de Francesco. Tras la reflexión prometió ordenar sus pensamientos y, en especial, concentrarse en el trabajo. No volvió a ser escondida en la bonita caja de lata y formó un sólido equipo con Francesco.

Ahora los inspirados movimientos musicales de Violette guían la diestra mano de Francesco resultando irrepetibles diseños.

Lo cierto es que, con el tiempo, las decoraciones de la extasiada Violette alcanzaron fama mundial. Los diseños más atractivos y fascinantes surgían de la inspiración que le provocaban Las cuatro estaciones de Vivaldi y la Novena sinfonía de Beethoven. JZ

113. El carruaje errante

Había trasladado, con determinación y entrega durante años, a la familia que lo cuidaba con tanto esmero. Braulio, el precioso carruaje de un discreto color verde y acolchada tapicería en cuero beige, pertenecía a una de las marcas más prestigiosas.

Era admirable la pulcritud de su estilo, su potencia, su fuerza y presencia sin igual. Aguardaba siempre limpio, lustroso, reluciente, el siguiente traslado, bien al centro de la chispeante ciudad donde transeúntes, bicicletas y ciclomotores en vano pretendían alterar su flemática serenidad, bien a la montaña, en busca del necesario y reconfortante sosiego.

Presenció, discreto y silencioso, el amor adolescente de su dueño, hizo viajes larguísimos a tierras ignotas y, a veces, hostiles para sus rodamientos y estructura general. Sin embargo, jamás dejó abandonado a su propietario.

Su íntima amiga, la antena Nicasia, fue testigo de la profunda y angustiosa desolación de aquél día que lo trasladaron para ser guardado en un frío galpón industrial. Comprendía que, tras la mudanza de los propietarios a otra región, la finca se traspasaría a otros ocupantes donde él, Braulio, ya no tenía su lugar.

Pasó muchas noches en acongojado silencio, tan sólo roto por un impertinente maullido o el cansino ladrido de un achacoso perro.

El lugar era frío, húmedo y a merced de una soledad que calaba hasta las bujías; esporádicamente su fiel dueño hacía fugaces visitas comprobando que se encontraba en buen estado aunque, naturalmente, sin posibilidad de moverse tras casi veinte años de inquieta quietud.

Seguían pasando las semanas, meses y años. Y llegó el día... Una mañana, habiendo ya despuntado el Sol, manos anónimas ayudaron a quitar la cubierta que lo protegía, y allí estaba, leal como nadie, su dueño.

Braulio hizo que el motor estallaba de alegría y hasta intentó, sin éxito, iluminar el cobertizo con sus faros vintage. Sintió como la mirada cálida de su propietario, repasaba cada una de sus partes comprobando su estado general. Hasta pudo percibir algo de nostalgia contenida. Supo que nunca había dejado de quererlo, lo cual lo llenó de ánimo y autoestima. Sin embargo, el inicial eufórico momento quedó truncado al ser depositado esta vez en un taller mecánico, a unos cuantos kilómetros del barrio que, con el tiempo, había hecho casi suyo.

Gentes extrañas comenzaron a hurgar en su interior. Quitaron y reemplazaron algunas piezas intentando que volviera a lucir su preciosa estampa por las calles de la bizantina ciudad capital. Hasta hubo quienes pujaron por hacerse con su propiedad.

Acostumbrado al silencio cuasi catedralicio del galpón, el bullicio del sitio lo atormentaba. Entre la bomba de succión de aceite, el elevador de dos columnas, la desmontadora de ruedas y de neumáticos, la pistola neumática, las pruebas de los motores de camiones, motos, coches deportivos...

La fortuna fue que estuvo poco tiempo en este segundo depósito y taller. Porque hubo un tercero y pensó, dicen que a la tercera va la vencida... Al parecer así fue. Braulio fue recibido con afecto en el hogar familiar de Don Tesero, en el número 504 de un elegante barrio serrano. Gustosos lo cuidan con mimo y entregan la calidez de quienes lo valoran, igual que a su ya antiguo dueño. JB

114. Los temores de Valerie

Una columna es un elemento arquitectónico vertical de forma alargada que, normalmente, tiene funciones estructurales, aunque también puede tener fines decorativos. Tal y como en latín lo indica el significado de la palabra, derivada de columen, es decir, el sostén o soporte.

Todas las grandes civilizaciones desde la Edad de Hierro han erigido columnas interiores y exteriores para sus edificaciones. Algunas son mucho más elaboradas, como la de los persas, especialmente las enormes de Persépolis. Hay columnas que son auténticas joyas arquitectónicas, como la célebre columna trajana levantada en torno al año 113 en el Foro de Trajano (Roma), para celebrar la conquista de Dacia. También la columna de Marco Aurelio, que se erigió en el foro de Antonino hacia 180 en conmemoración de las victorias sobre los germanos.

Más modernamente, la columna Vendôme de París, dedicada a Napoleón Bonaparte, la columna de Nelson en la plaza Trafalgar de Londres, o la columna de la independencia en la ciudad de México. Sin embargo Valerie, aunque auténtica representante del estilo corintio, el más elegante y ornamentado de los órdenes arquitectónicos clásicos, no tiene exactamente esa función. Pariente cercana del monumento de Lisícrates en Atenas, levantado hacia 334 a.C. y lejana de las columnas de piedra del antiguo Egipto, donde ya en el 2600 a.C. el arquitecto Imhotep hizo uso de ellas.

El elemento más destacado en Valerie es el capitel, con típica forma de campana invertida del que rebosan hojas de acanto, cuyos tallos dan lugar a una especie de espirales en las cuatro esquinas. Hasta aquí tradicional para ser una columna.

No obstante, ella es diferente, muy, muy distinta. Y eso ¿por qué? Acaso ¿puede moverse, cantar o danzar? No, no y mil veces no. Eso sería en realidad algo común, algo corriente.

Valerie lejos de ser así, conserva celosamente en su interior, cerca del capitel, el don que la hace tan única e irrepetible. Tiene la capacidad de identificar y atraer hacia su fuste personas que sufren alguna situación particular. Pero, ¿cómo lo hace?

Tras repetir su particular chistido tres veces consecutivas muy poco espaciadas en tiempo, ejerce una atracción casi misteriosa hacia su esbelto fuste acanalado. Para llevar a cabo su misión cuenta con la inestimable colaboración de su inseparable amigo y acompañante Apolonio, el revoltoso ratoncillo que vive entre las preciosas hojas de acanto. Es él quien advierte a Valerie meneando vehementemente su singular rabito, movimiento que aprovecha para señalar al destinatario del curioso talento.

Entonces, Valerie inicia la estrategia. Primero con esos chistidos, cortos, intensos y fugaces, y luego trasmite mensajes y consejos tan adecuados, que cualquier otra sugerencia sería infructuosa.

Un día de frío invierno, casi al atardecer, un apuesto caballero con semblante entristecido deambulaba envuelto en una profunda nostalgia. Advertida por Apolonio inmediatamente Valerie se puso en acción. Chistido va, chistido viene y el gallardo varón fue acercándose lentamente atraído por los discretos susurros de la intrigante columna. Se había enfadado con su mejor amigo y ello lo tenía absolutamente contrariado. Encontrada por Valerie una elegante solución a tan hostil escenario, la sonrisa retornó al rostro del caballero y la amistad volvió a unirlo a su amigo. En otra ocasión una jovencita estaba preocupada porque sus resultados

escolares no eran nada satisfactorios; Valerie, con especial paciencia aconsejó a Giuli, que así se llamaba la estudiante, y la llenó de energías y entusiasmo para que perseverara con disciplina en los estudios.

Pero una vez, casi al anochecer, una sombra enorme, una silueta por momentos definida y por momentos sin forma, se acercaba lentamente a paso cansado y, por así decirlo, un tanto siniestro.

Valerie sintió escalofrío y de inmediato llamó a su amigo Apolonio. Como era habitual en él, había salido con su laúd y sus interminables poemas a rondar a su enamorada, la presumida ratita Fabricia.

Valerie estaba temerosa, realmente asustada. El miedo la invadía. Tenebrosos pensamientos no hacían más que aumentar su gran inquietud. Hasta que, de repente, en la oquedad del sepulcral silencio, escuchó un suave "buenas noches Valerie" y, seguido, un "¿cómo estás? ¡cuánto ha pasado sin vernos!". En ese instante sintió que se desmayaba, al tiempo que un par de robustos brazos la abrazaba amorosamente.

Era Cástulo, el robusto y bonachón jardinero que había regresado de su largo periplo por lejanas tierras. ¡Qué boba he sido!, pensó mientras se abrazaban. Esto sucede cuando imaginamos tonterías y creamos escenarios con una percepción distorsionada de la realidad. Ciertamente, las apariencias, engañan.

Así aprendió a no tener temores infundados, y continuó con su tarea de consejera para todo aquel que se acerca con algún pesar.
JZ

115. Proserpina la solemne

Las puertas, a las cuales también se denomina portales cuando son de entrada principal, se fabrican en diversos materiales como madera, aluminio, acero, vidrio, incluso plástico. Disponen de cerraduras, cerrojos, candados, y aldabas.

En la elegante mansión victoriana, Proserpina, de gruesa madera noble delicadamente tallada, separa dos estancias principales y brinda, con generoso glamour, un cierto aire señorial al espacio arquitectónico donde se encuentra.

Ambas caras de la superficie, la de entrada y la de salida, son diferentes, cada cual con tallas que representan con minucioso detalle típicas escenas de caza y la réplica de los jardines de la gran mansión. En las dos partes superiores está discretamente coronada con el blasón que distingue a la aristocrática y rancia familia, tres robles encerrados entre sables bajo cuyos troncos se entrelazan las iniciales dinásticas sobre un grueso libro.

Al tratarse de una puerta interior, no dispone de aldaba como la del pórtico principal. Éste, robusto, imponente y enorme, destaca en el tercio superior central un fantástico aldabón, forjado a medida de su espectacularidad. De bronce, con brillo deslumbrante, la labrada cabeza de un león con mirada un tanto furibunda, en cuya realización extremó dedicación el artesano.

No necesita Proserpina una aldaba. En cambio, dispone de ciertos encantos casi ocultos, casi evidentes, que disimula entre el encaje de faldas, retorcidas ramas y pliegues de grandes cortinados tallados en su fascinante superficie. Emanuel, el pequeño aunque robusto taburete finamente tapizado en terciopelo granate, es su confidente,

amigo y compañero de sala; conoce el custodiado secreto de Proserpina y, a su vez, contribuye a su cometido desde hace más de centuria y media.

El suave roce de la palma de la mano izquierda sobre la moldura adecuada de la talla, activa sus más sorprendentes poderes. He ahí su originalidad que la hace inigualable, irreemplazable.

Aquella tarde, en la que el indeciso crepúsculo intentaba dar paso a una perezosa y cerrada noche de invierno, la mansión rebosaba de movimiento provocado por los acordes de la orquesta y el cadencioso ritmo de los bailes de cientos de parejas ataviadas elegantemente para la ocasión.

El acompasado trajín de doncellas y lacayos a las órdenes de un adusto y espigado mayordomo, aportaban la disciplina necesaria a la, de por sí, perfecta organización de la fiesta. El panorama se presentaba óptimo para el buen hacer de Emanuel, y para la paciente Proserpina había trabajo sin pausa.

Sin casi darse cuenta, el cascarrabias del boticario, de espesa y larga barba gris apagado, había posado su gigantesco trasero cubriendo absolutamente toda la superficie del sufrido taburete. Proserpina lo atrajo hacia sí desplegando su talento en grado de máxima intensidad. Lentamente la enorme estampa, cuya sombra ennegrecía aún más aquella noche y dejaba en penumbra gran parte del salón de baile, se fue acercando. Posó la palma de su mano, la izquierda, sobre las retorcidas ramas de uno de los olivos tallados y... ¡sucedió! El avinagrado rostro del entonces gruñón boticario se volvió afable y optimista.

Viéndolo tan alegre, fue la envidiosa mayor de la comarca, Clota, quien tomó asiento sobre Emanuel. Delgada hasta los huesos,

clavó insistente su osamenta mientras no paraba de criticar cuanta dama y/o caballero tenía a su alcance. Proserpina, sin mayor dilación en su objetivo, la atrajo de inmediato susurrándole indicaciones perceptibles tan sólo para ella. Colocó ésta su mano sobre el precioso mantón de una de las figuras, manteniendo la misma como atrapada por la influencia de un imán.

En eso, se acerca Eleuterio el mercader, que más miente que habla, y piropea exageradamente a Clota. Ante la inesperada sorpresa, Clota no hace más que tener palabras atentas con Eleuterio, dejándolo tan desarmado y sorprendido que se desplomó en la banqueta. Desde allí, atrapado por los irresistibles influjos de Proserpina, se acercó a ella como curioseando y, al posar su mano sobre la filigrana de un rosal en flor, comenzó a emitir comentarios justos que no desviaban la realidad.

Un escenario parecido tuvo lugar durante el mismo baile, poco antes de la medianoche, cuando la más tacaña y mezquina de cuantas existen, Eduvigis la tendera, tomó asiento sobre Eleuterio tras haber zampado cuanto canapé dulce, salado o agridulce se presentaba ante sí. Avara y roñosa hasta la médula, fue también engullida por los discretos llamados de Proserpina. Habiendo tocado la superficie, de inmediato se transformó en otra persona. Ante los incrédulos ojos de los demás invitados, obsequió a todos con atenciones, descuentos, algunos obsequios para cuando pasen por su establecimiento y caramelos para pequeños.

Similar situación se presentó con el contable, Hilarión, desleal por naturaleza. En este caso, el cambio fue tan, pero tan evidente, que esa misma noche recibió más de una propuesta de trabajo y, algo casi impensable, la aceptación de la sociedad.

Siguiendo el solemne protocolo de Proserpina, lo mismo sucedió con la caprichosa peluquera, el pusilánime jardinero, la embustera florista y el malvado juez.

Se sospecha, aunque no hay evidencia científica, que el maestro tallador tenía conocimientos ancestrales transmitidos desde la noche de los tiempos, y decidió conferirle el magnífico particular talento a Proserpina.

La misión de Proserpina continúa, sin prisa, sin pausa, porque tanto Eleuterio como ella creen firmemente que, algún día, el mundo será un lugar mucho mejor para todos. JB

116. La bufanda viajera

Nacida en noble cuna europea mucho antes del Período Medieval Cálido, y como anticipando los rigores que debería soportar durante la severa Pequeña Edad del Hielo, Jacinta, inquieta por naturaleza, huidiza y, en particular, revoltosa, fue muy difícil de tejer, básicamente por su constante tendencia a escapar.

Habitualmente es una prenda larga y angosta, utilizada como complemento. Jacinta no era así. Más bien nació cortona, ancha, confeccionada con múltiples hebras de sospechosa procedencia y, aunque de abolengo, rozando lo rústico.

Su amigo Teodoro, un gorro hecho con rara mezcla de lana de oveja, cabra y curiosas hebras en forma del característico pompón, la aconseja, acompaña en sus alocadas aventuras y auxilia cada vez que lo necesita. Se comunican a través de un secreto sistema de conexión de fibras, intercomunicando los flecos de Jacinta con las hebras que conforman el pompón de Teodoro, ¡toda una red de telecomunicaciones!

El primer destinatario de Jacinta fue un pícaro y mugroso vikingo, cuya obesa estampa desplegaba una descomunal sombra capaz de atemorizar al más valiente. En una de sus andanzas por el mercado dominical, y aprovechando la distracción del tendero que se afanaba en ordenar los frutos con forma de pirámide, con total osadía sustrajo a Jacinta que, en ese momento, terminaba de ordenar sus desalineados flecos.

El nauseabundo olor de la grasienta melena del vikingo la sumía en los más aparatosos mareos. Intentaba idear la forma de huir de ese cuello maloliente; sin embargo, el vikingo no hacía más que sujetarla constantemente; se encontraba imposibilitada de escapar

de esa prisión, pero estaba decidida a abandonarla.Una cerrada y fría noche de invierno la buena suerte estaba de su lado. El vikingo, tras haber bebido más que de costumbre, había salido muy tarde de la taberna. Tambaleándose llegó al río y allí se desplomó. Aunque aplastada por esa grotesca masa humana, hizo palanca con cada uno de sus desgastados aunque fuertes flecos. Para un lado, para el otro lado. ¡Y nada! Volvió a intentarlo y, en ese preciso momento la añosa mano del vikingo se posó pesadamente sobre Jacinta.

¡Qué fatalidad! Y ahora ¿qué haría?, ¿cómo saldría de allí? Sin abatirse y manteniendo firme empeño pensó y pensó. El vikingo daba muestras del efecto del alcohol. De repente aparece su viejo amigo viejo, Teodoro, el gorro de lana que fue tejido poco antes que ella. Tras la agradable sorpresa, planean la inmediata fuga.

Con determinación y ritmo acompasado molestan al vikingo haciéndole cosquillas en la nariz con los flecos y el pompón. Una y otra vez. ¡Y nada!, ¡nada de nada! Insisten. Tanto insisten que el vikingo, en inesperado arrebato, y con cierta violencia, se despoja de Jacinta. ¡Libre! Grita al tiempo que, con los flecos, baila una coreografía en ritmo swing.

Una vez independizada y tras la azarosa vida al lado del vikingo, su desaliñeado aspecto exigía un concienzudo lavado y un corte de flecos más moderno.

Quedó deslumbrante, irreconocible y preparada para nuevas andanzas en las que su desparpajo la conducía por caminos insospechados.

Caminaba erguida sobre sus flecos, observaba todo a cada paso, a izquierda y a derecha, de arriba a abajo. Estaba tan concentrada,

tan embelesada cuando, al engancharse los flecos, tropezó con un barril de madera de roble y cayó en un inmundo charco.
Pasaban carretas, carromatos y viandantes de cuyos zapatones y torpes pisadas intentaba, infructuosamente, escapar. Finalmente, logró arrastrarse hasta un lugar más seco, donde se sacudió con energía la mayor parte del aceitoso barro que se le había adherido. Triste, apenada y muy molesta, su angustioso estado fue advertido por una bonita joven de impecable vestuario, largas trenzas, capelina en seda beige y lazo en terciopelo rojo. Apiadándose de Jacinta, la recogió y sumergió en la fuente del poblado... ¡casi se ahoga! Tras semejante experiencia acuática, y aún húmeda, huyó despavorida.
Continuó recorriendo magníficas villas señoriales, pueblos llenos de historia, ciudades de encanto. Participó en festivales, ferias de frutos, concursos, hasta que, exhausta, decidió descansar para recuperar energías. Un tanto adormilada, sintió tal escalofrío que hizo erizar hasta el último de sus flecos. Una mano anónima la había depositado dentro de un extraño bolso. ¡Cuánta oscuridad!
Asomada por la abertura del receptáculo intentó saber dónde se encontraba. Todo se veía extremadamente ordenado, de enormes dimensiones, destellos multicolores al tropezar los rayos de Sol sobre la superficie de los espejos y una altísima chimenea en mármol, custodiada por candelabros de bronce labrado que representaban dioses de la mitología griega. Con todas sus fuerzas y apoyándose en los fieles flecos, dio un salto descomunal y pudo salir. Sintió un inusual vértigo, posiblemente provocado por un penetrante olor a sándalo, y se dirigió a uno de los grandes vitrales, más propios de la época románica y de la arquitectura

gótica que de esa excéntrica propiedad. Presurosa escapó de aquel lugar bajando por el torreón principal de la amurallada fortaleza.
Pasaron los años y una mañana un simpático y apuesto tuareg, incorregible conversador aunque muy entretenido, la llevó a un oasis con aguas cristalinas, donde chapoteaba escandalosamente, entre las datileras y camellos. Disfrutaba mucho secándose al Sol entre las gibas de los camellos, más cómodas que la de los dromedarios.
Tiempo después fue una dama de la alta sociedad quien, aunque desaprensiva y displicente al principio, la llevó a pasar una larga temporada en su mansión de un lago suizo, donde el destino la reunió nuevamente con su querido amigo Teodoro, de quien hacía muchísimos años que no tenía noticias.
Así siguieron viajando juntos Jacinta y Teodoro, recorriendo y conociendo paisajes únicos, personas y personajes de toda clase. JB.

117. El manzano agradecido

Los árboles son plantas maravillosas que regalan frescor, sombra, frutos, cobijo, regulan el clima, absorben dióxido de carbono y producen oxígeno... Hay muchísimas especies, unas 100 mil entre abetos, castaños, robles, encinas, pinos, olmos, hayas, fresnos, chopos, acebos, álamos, sauces, algarrobos, alcornoques, olivos, alerces, lapachos, quebrachos, cedros... Pueden ser de hoja caduca o perenne, ornamentales, frutales...

Romualdo era un robusto y precioso frutal de unos ocho metros de altura, cuyas ramas se llenaban de nutritivos frutos tiernos con pepita: ¡las manzanas! Anualmente crecían en su copa rojas, redondas y dulcísimas manzanas que adornaban la enorme copa del manzano. Saturnino, el granjero gruñón, cuidaba a Romualdo. Estaba encantado y especialmente feliz por poder cosechar tan ricos frutos de su ya veinteañero frutal.

Los pasteles, mermeladas y tartas que hornea Tiburcia, la pastelera de la aldea, son exquisitas, lo cual se debe al inconfundible sabor de las manzanas de Romualdo.

No es novedad que los manzanos no se auto-polinizan, sin embargo esto no es inconveniente para Romualdo puesto que su buena amiga, la abeja Edeska junto a todos los miembros de su panal, se encarga de la polinización, tarea tan necesaria y beneficiosa. En su cuerpo las abejas llevan carga electrostática, lo cual ayuda a que se adhiera el polen que transfieren con las patitas a las flores. Edeska es pariente de la abeja fósil más antigua conocida del Cretácico temprano, que se encontró en un ámbar de Birmania. Año tras año, Romualdo producía importante cantidad de manzanas tan rojas que se podían ver desde varios

cientos de metros, y en el rostro de Saturnino se reflejaba inmensa felicidad por el éxito de los cuidados que tenía para con su querido árbol, su único manzano. Lo regaba, podaba, controlaba que no tuviera plagas, evitaba las malas hierbas, lo mimaba, era su amigo.

Un atardecer, ataviado Saturnino como de costumbre, con sus anchos pantalones verdes raídos por tanto uso, sombrero de paja que anunciaba síntomas de jubilación, botas embarradas y camisa semi abierta por falta de botones, daba su último paseo diario al huerto, controlando el crecimiento de las berenjenas y de unos remolones repollos que no terminaban de nacer.

Con los últimos rayos del Sol observa, aunque no con la claridad ni certeza deseada, cierta pobreza en el número habitual de manzanas y, lo más penoso advierte, aunque dudoso, que habían perdido gran parte de ese color rojo tan característico. ¿Qué había pasado?, ¿realmente su manzano había perdido antocianina, el compuesto que da el color rojo a la manzana?

Mucho antes que amaneciera, la preocupación lleva a Saturnino a pie de Romualdo, atraído por un sospechoso rocío que cubría toda su majestuosa copa. Había mucho silencio, un extraño silencio que, ni siquiera, era alterado por el trinar de los pajarillos que habitaban entre sus ramas. No era rocío... eran las lágrimas de Romualdo que se agolpaban en cada hojita y caían desplomadas a pie de su entristecido tronco.

Cortó una manzana, y tras un tímido y tembloroso mordisco, comprobó que ya no eran dulces, no tanto como antes, no se parecían en nada. Balbuceó incomprensibles frases de pesar y cargados lagrimones rodaron entre su espesa, larga y blanquecina barba, como queriendo regar a Romualdo quien, entristecido,

contemplaba la escena. ¿Qué podría hacer? Pasó la mañana. Pasó la tarde y anocheció...

Al día siguiente había menos manzanas y estaban aún más descoloridas. ¡Cuánta desolación! Aunque todavía angustiado, Romualdo impuso su valentía y con total determinación comenzó a agitar las once hojas de auxilio, que se ponen en movimiento ante situaciones de extrema necesidad.

El llamado fue atendido por Edeska, quien acudió al instante pertrechada con los elementos básicos, cubos rebosantes de miel y sacos cargados con jalea real. Consoló a Romualdo al tiempo que evaluaba la situación. Con la eficiencia que la caracterizaba, se comunicó con el Batallón de Emergencias por medio de la Danza de la abeja, indicando las medidas que tomarían. Estos grupos de auxilio, integrados incluso con especies de abejas crepusculares o nocturnas, es decir, activas entre la puesta del Sol y el amanecer, danzan en círculo y en ocho sobre el escenario en crisis.

Durante cinco días cada abeja fue depositando a pie de Romualdo cubos y cubos de miel alternando con jalea real. Durante la noche la tierra absorbía el dorado elixir que se integraba lentamente impregnando las raíces y el área circundante. Miles de pequeños recipientes fueron esparcidos salpicando, en ocasiones, la corteza del tronco.

Pasaron los días. Las manzanas fueron retomando el color que las caracterizaba. Romualdo volvió a agita sus hojitas, pero esta vez las de gratitud. Agradeció profundamente a su amiga Edeska y al Batallón de Emergencias y no lo pudo hacer mejor: floreciendo desde entonces con tanta abundancia que prácticamente no se veía el follaje. La incredulidad de Saturnino lo conducía a sospechar del interior, porque, recordaba que las apariencias engañan.

Sin embargo, en este caso el rojo intenso de las manzanas de Romualdo era consecuencia de lo dulce de su interior.
¡Fascinante!, ¡magnífico!, ¡sorprendente!, Saturnino no hacía más que exclamar dando saltos de alegría. Agitaba su raído sombrero saludando a Romualdo, acariciaba su tronco y no dejaba de admirar el refulgente color rojo de sus manzanas. JB.

118. El Capitán feliz

-UNO-

El capitán feliz es un hombre corpulento, valiente, lleno de energía y, sobre todo, feliz, muy, muy feliz. Su aspecto bonachón se comprueba fácilmente observando las formas redondeadas de su rostro. Grandes ojos que brillan increíblemente, cejas pobladas con abundante cabello entrecano, y una prominente nariz un tanto exagerada y grotesca.

Quizás lo que más llama la atención en el capitán feliz es esa barba, tan poblada y larga. Hay quienes aseguran que dentro de ella se encuentra el secreto de tanta felicidad. Además se comenta que, cada vez que hay algún asunto que resolver, él guarda silencio mientras peina su larga barba. Esto es posible, porque el capitán feliz siempre la acaricia con mucha suavidad como buscando entre tanta espesura la mejor solución, la palabra más bonita o el consejo más acertado. Porque ¿saben?, él habla suavemente, responde con educación, y antes de enfadarse -que seguramente alguna vez lo habrá hecho- prefiere guardar silencio. El bigote del capitán feliz es también parte destacada en sus rasgos, porque es especial, y es tan particular porque este mostacho termina en ambos costados en un rebelde y gracioso rizo.

Siempre camina lentamente, como sujetando al tiempo, y sus pasos tranquilos dan armonía al conjunto de su figura.

Viste según las ocasiones -de gala o diario- por lo general calza botines, gorro de fieltro, pañuelo de seda para proteger la garganta, y traje. Cuando no lleva pañuelo adorna su estampa con corbatas o pajaritas; las tiene de todos colores y diseños. Es un coqueto incorregible. Quiere y cuida a sus amigos, y sus amigos también

son las plantas y animales. Es como un duende bueno que aparece cuando lo necesitamos. Esto es especialmente agradable, porque puedes estar tranquilo y confiar en alguien que te va a ayudar en situaciones complicadas.

Quien conoce al capitán feliz tiene un tesoro, porque no todos los días se encuentra una persona tan buena y generosa. ¡Vaya si es generoso!, y disfruta siéndolo, sólo basta ver su sonrisa satisfecha cuando ayuda a alguien o le da lo que necesitaba. Siempre está dispuesto a dar la mano. Hay que aprender del capitán feliz. ¡Ah!, su nombre es Matín Vantis, algunos lo llaman por el nombre y otros por el apellido. Todos quieren y admiran al capitán feliz.

-DOS-

El capitán feliz ama la Naturaleza. Disfruta contemplando la exquisita diversidad biológica, tantas especies maravillosas de flora y fauna de las que la Naturaleza hace gala. Se divierte observando a las inquietas mariposas, a las pícaras ardillitas, o a las ranas croando al borde de la laguna. Sabe muchas cosas, dice que la Naturaleza es nuestra madre; y tiene razón.

Es muy ordenado y organiza casi todo, reuniones, campeonatos, exposiciones, concursos, encuentros, jornadas, cumpleaños, sorpresas, y también la biblioteca, los ficheros, los registros, porque apunta todo. Cada día, a eso de las cuatro o cinco de la tarde, y después de hacer la visita al invernadero, que está en el costado derecho de su casa, pasa una hora en su biblioteca escribiendo o leyendo libros.

La biblioteca es cálida y acogedora. Un gran ventanal deja pasar los rayos del sol que se encargan de proporcionar una temperatura ideal a la sala. Los suelos de madera y las paredes tapizadas por libros representan una tentadora oportunidad para investigar a través de la lectura. Ha leído muchísimos libros, por eso conoce

tantas historias, sorprendentes leyendas, y las más divertidas anécdotas. Hay que escucharle relatar cuentos, los sabe de todos los géneros, y lo hace tan, tan bien gesticulando, cambiando el tono de su voz, y en ocasiones colocándose un sombrero o una larga capa negra, que parece que los personajes pululan durante el relato compartiendo esos maravillosos momentos.

Martín Vantis también escribe artículos para el periódico local, poemas, cartas, y siempre utiliza pluma y tintero, porque dice que así es más personal y mientras dibuja las letras va pensando la siguiente idea. Tiene muchos amigos, amigos de verdad, porque es él un auténtico y verdadero amigo. Por todos lados se habla del capitán feliz, y el pueblo donde vive, Aldeamaura, está orgulloso.

El poblado, con pocos vecinos, de callejuelas empedradas y casitas tradicionales, está a orillas del río de igual nombre, de aguas transparentes bordeado con chopos y cruzado por ocho puentes de madera. Cada uno de estos puentes une sitios culturales a ambos lados. Hay dieciséis lugares muy representativos que identifican a Aldeamaura.

La casa del Alcalde, el museo arqueológico, la escuela, el centro cultural, el teatro, el cine, el centro deportivo, el jardín botánico, son algunos puntos de encuentro de los vecinos.

Tiene dos calles principales, a ambos costados del río, en la margen izquierda está la casa de Martín Vantis, de típica arquitectura y una de las más bonitas, tanto por fuera como por dentro.

-TRES-

Hacía algún tiempo todos los vecinos de la aldea habían propuesto al Alcalde una gran idea. Querían que Martín Vantis sea reconocido como "Ciudadano y vecino ejemplar". Era el mayor y mejor título y Martín Vantis se lo merecía.

Cómplices silenciosos, los vecinos de Aldeamaura firmaron y presentaron una nota formal. Con gran cariño la entregaron al señor Alcalde y aguardaron inquietos la respuesta.

La mañana estaba fría, gris y un poco lluviosa. Los amigos del capitán feliz, un poco nerviosos, caminaban de un lado a otro por el largo pasillo central de la Alcaldía, sosteniendo en las manos sus típicos sombreros e intercambiando miradas. Murmuraban por lo bajo sobre la esperada respuesta que daría el señor Alcalde. Profundos silencios sólo interrumpidos por el trinar de los pajaritos del campanario de la iglesia.

De repente el chirriar de la oxidada bisagra de la puerta principal anunciaba la contestación. El secretario, con paso cansino y formal, portaba en su mano enguantada el documento con la respuesta. El portavoz de los vecinos recibió el sobre lacrado con el escudo oficial de Aldeamaura.

Ante las miradas pensativas del grupo abrió el amarillento sobre. Fijó la vista en el encabezamiento y seguidamente leyó en voz alta y clara: "Convecinos: Con orgullo y gran satisfacción firmo y sello en la sala de mi público despacho el Decreto Oficial por el que Don Martín Vantis será investido formalmente como Ciudadano y Vecino ejemplar de Aldeamaura". Seguidamente se leyeron los párrafos de forma, que casi no se escucharon por el chispeante alboroto y alegría que se había desatado.

Contaban con tres semanas para coordinar y disponer todo. Había llegado el momento de la organización de la ceremonia que debía ser absoluto secreto para que la sorpresa sea total. Era necesario asignar tareas, planificar los actos culturales, establecer horarios, contratar al coro de Aldeajuan, hacer las listas de invitados... Pero, especialmente, debía reinar la discreción.

Este tipo de celebraciones no suelen repetirse con frecuencia. Por eso es tan importante el Decreto firmado por el señor Alcalde. Cuando se organizan eventos similares son muy completos y animados en esta aldea. Además tienen lugar a lo largo de una semana, por las tardes, y se prolongan hasta altas horas de la madrugada, aunque al día siguiente se reinicie la jornada laboral. Por eso la organización debía ser detallada y era preciso calcular bien horarios, actuaciones, bebidas, comidas...

Por las noches las damas fueron entretejiendo las guirnaldas de colores con papeles usados. Las más ancianas preparaban flores con trapos viejos, y las jovencitas elaboraban dulces para los niños. Las monjitas del convento de San Matías, luego de la oración, escribían las invitaciones a mano y las ribeteaban con finos trazos dorados. Los caballeros se ocupaban de las contrataciones del ballet y el coro, la sala de investidura y los ayudantes del cóctel principal. Todo marchaba viento en popa, y el capitán feliz, ignorando tanto ajetreo, continuaba con las tareas de siempre.

Había que comunicarle a Martín Vantis tan honrosa designación. Pero esto también debía ser original. Entonces, pensaron entre todos que lo mejor sería anunciarlo en el periódico en una edición especial. Y así se hizo. Los empleados de la imprenta trabajaron con más cariño que de costumbre y el resultado fue una magnífica edición a todo color de "El Heraldo". En las páginas centrales se habían reproducido imágenes del capitán feliz y de sus obras benéficas, junto a la copia del Decreto que lo designaba "Ciudadano y Vecino ejemplar". Todos estaban curiosos por conocer su reacción. Y aquel domingo aguardaron impacientes, Alcalde y secretario incluidos, a las puertas de la librería donde el capitán feliz tenía la suscripción a "El Heraldo" y a otras revistas.

Cada uno situado en lugares estratégicos pudo contemplar el rostro aún más alegre del capitán feliz, quien sentado en un banco de madera se colocaba sus características gafas de pasta y abría pausadamente el dominical.

El brillo de sus ojos deslumbraba incredulidad. Leyó el titular a toda página "Martín Vantis, el capitán feliz, ha sido designado por unanimidad Ciudadano y Vecino ejemplar" y, más adelante, en subtítulo "el próximo sábado 8 a las 20 horas inician los festejos en Aldeamaura". Levantó la vista, miró tiernamente a su alrededor, sonrió al ver a todos sus queridos amigos y, mientras apartaba con su mano aún enguantada un par de espesos lagrimones de emoción, comenzó a abrazar a todos, uno por uno.

-CUATRO-

Aquél día el capitán feliz estaba muy atareado. Tenía labores pendientes de la semana pasada, en particular actualizar el registro de visitantes ilustres a la aldea. Por si fuera poco, a primera hora pasaría su primo Arcadio para tratar temas familiares y, además, era día de cuentacuentos y debía prepararse. Estaba lleno de trabajo, pero feliz, siempre feliz. Los días que contaba cuentos a los pequeños de la aldea preparaba y acondicionaba la sala de lectura. Esta es una tradición en la vida cultural de la aldea y, en particular, del capitán feliz, que cada quince días reúne un grupo de pequeños traviesos para pasar la tarde entre cuentos y aventuras. Ese día el cuento que iba a narrar era una disparatada aventura entre un errante fantasma y su sombra. Necesitaba un poco más de tiempo para concentrarse y programar su relato.

Tan pronto hubo despedido a su primo y finalizado el registro repasó las principales escenas del cuento que leería esa tarde. El capítulo segundo era apasionante, pero el tercero era el más

divertido aún; entonces pensó que mientras lo relataba, y su voz se volvería casi de ultratumba, se colocaría una sábana blanca para dar más realismo al momento. Esto encantaba a los pequeños que también participaban con algunos sonidos de fondo y tintinear de campanillas. Todos se lo pasaban en grande.

Llegó la hora y los niños y niñas acudieron presurosos a casa de Martín Vantis. La biblioteca esperaba, y también la rica taza de chocolate que beberían al finalizar la reunión. Sentados sobre una alfombra redonda, hecha de lana y con llamativos dibujos en colores rojos y anaranjados, esperaban ilusionados el inicio del relato.

El capitán feliz abrió el libro de hojas amarillentas y tapas forradas en piel, y comenzó haciendo un hondo sonido gutural de lo más apropiado. Todos en silencio escuchaban manteniendo los ojos abiertos y suspirando de vez en vez, o expresando al unísono una estruendosa carcajada. Lo mejor era que los cuentos siempre terminaban bien, aunque en ocasiones parecía que iba a suceder lo contrario. La aventura iniciaba la parte más complicada, el fantasma en cuestión estaba a punto de encontrar su sombra cuando, de repente, ¡plash!, menudo susto para todos ocasionó una ventana que la brisa del atardecer, provocada por el vaivén de los chopos, hizo que se cerrara de golpe. Esa situación volvió más especial el relato. Finalmente, el errante fantasma del cuento encontró su sombra perdida. Olvidadizo y despistado la había dejado en una fiesta que celebraron en el viejo castillo con motivo de la incorporación de un nuevo miembro a la familia fantasmal. La taza de chocolate esperaba y la tarde daba fin al relato.

-CINCO-

Y esto es lo que le sucedió al capitán feliz el día que estaba preparando un pastel de cumpleaños. Él es muy hacendoso, sea

fabricando un tren de madera para algún niño pobre o, como aquella mañana, investigando en el arte culinario. Es decir, hacer tartas, postres y dulces en general. Tarareaba una canción –siempre lo hacía mientras trabajaba o cuando caminaba– y al ritmo de su melodía iba leyendo la receta para comprobar que tenía todos los ingredientes. Huevos, leche, mantequilla, nueces, vainilla, harina y polvo de hornear. Tenía casi todos los ingredientes, menos las nueces. Se quitó el delantal, se colocó su sombrero, y salió rápidamente en busca de un cuarto kilo de este delicioso fruto.

A los pocos minutos estaba de regreso y con las nueces necesarias. Leyó nuevamente la receta, repasó cada paso comprobando que ahora estaban todos los ingredientes, tomó un recipiente de cristal y comenzó a llenarlo con los distintos productos y frutos. Continuaba cantando mientras removía harina y azúcar, luego incorporó el resto de las sustancias, sin atender demasiado a las cantidades. Removió y removió. Por último incorporó las nueces picadas. Esperó unos instantes para que la mezcla reposara antes de introducirla en el horno. Mientras tanto guardó en la repisa el libro de repostería casera, lavó todos los recipientes, y ordenó los cacharros y utensilios utilizados.

Durante ese tiempo la masa había crecido desmesuradamente. Podían verse los trozos de nuez en la superficie. Al comprobar la cantidad, optó por colocar parte de la masa en el molde de repostería más grande, pero aún había más pasta. Entonces buscó otros cuencos y continuó volcando en uno y en otro recipiente. Llenó varias tarteras. La cocina de Martín Vantis estaba poblada de sabrosos pasteles de nuez. No había sitio donde colocar una tarta más. La casa olía estupendamente y ese aroma se extendía por toda la manzana y cruzaba hasta la otra orilla del río.

Los vecinos comentaban una y otra vez sobre los exquisitos dulces que estaría elaborando el capitán feliz. Él estaba dichoso por sus resultados no dejaba de silbar una canción tras otra.
¿Qué había pasado? Simplemente un descuido sin mayores complicaciones. Cuando Martín Vantis salió a buscar las nueces olvidó cerrar la ventana y la brisa, que siempre sopla desde el río, volcó sobre los ingredientes casi todo el frasco de levadura. Por eso la masa había crecido y crecido, multiplicando la cantidad inicial.
Había tantos pasteles de nuez, de todas formas y tamaños, que había que hacer algo, algo bueno para todos. Por eso a Martín Vantis se le ocurrió celebrarlo. Y así lo hizo. Invitó a todos sus vecinos y a los de la aldea cercana a tomar té o chocolate. Mientras disfrutaban del sabor de los pasteles de nuez, del té y del chocolate, conversaban animadamente y contaban divertidas y simpáticas anécdotas. Desde entonces, se celebra el "día de la tarta", y todos los 20 de agosto alguien hace muchas tartas, bizcochos, hojaldres, milhojas, turrones, galletas, pasteles, panes, merengues, dulces y toda clase de postres para recordar con alegría y buen humor el traspié culinario del capitán feliz.
-SVS-
El Capitán feliz estaba sentado en un banco de la plaza dando de comer migas de pan a las palomas. La mañana estaba radiante, tanto como la expresión de su rostro. Martín Vantis siempre encontraba una buena razón a todo. Descubría las cosas positivas y podía ver algo bueno donde los demás apenas descubrían lo saludable. Tenía el don de la amistad, la comprensión y la benevolencia.
Gustaba reflexionar sobre las cosas de la vida. Las cosas simples, lo cotidiano, incluso lo trivial y no por ello menos interesante.

Sobre aquellas situaciones que se presentan difíciles y esas otras que, por el contrario, son mucho más fáciles. También solía pasar largas horas pensando cuál podría ser el truco para hacer de esta vida -tan corta en su entender- un navegar tranquilo y sosegado.
Siempre concluía lo mismo y lo sintetizaba en dos palabras: bondad de espíritu y alegría en el alma.
Meditaba sobre los beneficios del agua o la belleza de la nieve, los placeres del invierno, la sabiduría de la Naturaleza, la generosidad de la lluvia, en fin, sobre lo importante que es saber apreciar las cosas y hacerlo desde el lado positivo, o sea, las ventajas de ser feliz. Porque hay quienes sólo pueden ver el lado malo, el mal tiempo o el inconveniente de la mutación de las estaciones.
Martín Vantis disfrutaba de todas las estaciones. Todas tienen su valor y parte positiva, todas son ricas si sabemos encontrar lo bueno. El invierno, por ejemplo, hace que apreciemos más la primavera y el verano, que valoremos un buen abrigo, un cazo de sopa caliente, o una cálida mirada en una mañana fría y gris. Hay quienes ven molestia y tristeza en un atardecer de invierno. Sin embargo, también hay quien en el atardecer lo que ve es anunciarse un nuevo día. ¡Sí!, desde luego, una mirada, una sonrisa aunque leve, puede hacer que la vida sea mejor. Un gesto amable sorprende a veces, pero es necesario.
Una respuesta oportuna, unas líneas de reconocimiento, una palmadita de ánimo, una palabra dulce que brinde suavidad y ternura en momentos difíciles.
Continuaba pensativo y mirando hacia el horizonte, cuando a su lado se sentó una joven de aspecto apesadumbrado. Martín Vantis sonrió levantando ligeramente el sombrero en señal de elegante saludo. En ocasiones los jóvenes de la aldea acudían al capitán feliz

para pedirle alguna orientación o consejo. Era este el caso de la joven. Estaba apenada y se comprobaba su tristeza porque se había decepcionado de alguien. Ella había valorado la situación, pero no entendía del todo su desengaño.

Entonces Martín Vantis comentó que en primer lugar debía apartar la tristeza, siempre, siempre había que comprender la situación en su conjunto y luego intentar ver las cosas positivamente y con realidad. Y cualquiera sea la situación mantener un espíritu alegre y entusiasta, porque aún en las ocasiones de desaliento o fracaso es posible recuperar algo provechoso para el futuro.

-SIETE-

Cierto día, el capitán feliz estaba en el taller del granero pintando de verde la carretilla y los mangos de las herramientas: pala, rastrillo, martillo, y demás utensilios de trabajo. Un característico bullicio anunciaba la presencia de un grupo de traviesos niños y niñas de Aldeamaura. Martín Vantis ya sabía que estos pilluelos querían que les contara alguna de sus divertidas aventuras, las de la India, las del mar, las del desierto, o cualquiera en la que él hubiera sido el protagonista.

Primero pidió a los pequeños que esperaran un momento sentados en la galería de la casa hasta que guardara pintura, pinceles y dejara ordenado su sencillo taller. Una vez que hubo terminado, pensó que la aventura del mar podría ser interesante. Porque aquella vez la situación se había presentado con bastante intriga y algo de peligro.

Llamó a sus amiguitos y comenzó a relatar la historia.

Sucedió en esa ocasión que Martín Vantis iba navegando con su barco. Una embarcación preciosa, con camarotes de suelos lustrosos y salones tapizados de granate y oro. No faltaba nada, radar,

sextante, sonar, radio, ancla, carta náutica, biblioteca, campana, cuaderno de bitácora, diario de a bordo, bodega. Era el orgullo del capitán feliz. Aquel día desde la cabina de mando observó que algo estaba flotando. Una cosa de aspecto rígido, de tamaño pequeño, de forma alargada. No podía ver con exactitud de qué se trataba, por lo que giró un poco el timón aproximándose al escurridizo objeto. Se acercó y con una larga caña de pescar intentó recuperarlo.

Pensó por un instante que podría ser algo peligroso, pero poco duró su temor, porque la gran incertidumbre quedó disipada cuando comprobó que se trataba de una solitaria botella. De esas que flotan a la deriva sin rumbo y, golpeadas por el permanente vaivén de las caprichosas olas, suelen llegar a las playas. Sin embargo, esta botella parecía especial, pues ella misma no quedaba quieta y daba cortos saltos como intentando que la descubrieran.

El capitán feliz pudo rescatar de las aguas a la inquieta botella. Su aspecto era regular, de color marrón verdoso, y no llevaba la etiqueta que alguna vez la identificó. Aún tenía el tapón de corcho que, aunque un poco deteriorado, impedía que el contenido saliera. La superficie gomosa por el paso del tiempo en aguas de mar y algunas algas en la parte inferior impedían ver con nitidez el supuesto contenido. ¿La llave de un arcón? ¿El mensaje de un pirata? ¿El mapa de algún filibustero? Martín Vantis observó detenidamente la botella, limpió la superficie y al ponerla bajo la luz del sol ¡cuánta sorpresa!, en su interior la botella escondía un vetusto pergamino.

Con extremo cuidado procuró quitar el viejo papel. Podía ser el plano de un tesoro oculto. Podía ser una carta secreta, una fórmula mágica, o la clave maravillosa para hacer que las personas sean

más tolerantes, cariñosas y comprensivas. Esto último era mucha imaginación, pero podía ser.

Lentamente y con ayuda de unos palillos fue quitando la hoja enroscada y sujeta con una desteñida cinta que entonces fuera color añil. Abrió con cierta inquietud y allí estaba. ¡Sí!, era un manuscrito, un larguísimo texto sin fechar que iniciaba con "querido amigo" y finalizaba con una despedida tierna y la firma de rigor. De lectura fácil, permitía encontrar soluciones, sugerencias y un sinfín de ideas fantásticas

Había encontrado un tesoro. Un tesoro que disfrutaría con todos sus amigos. Porque era algo bueno para compartir, porque allí había palabras que encerraban sabios consejos. Porque cada frase era un canto a la honestidad, y cada línea destellaba alegría y buen humor. Se convirtió en el principal documento de consulta de la aldea y siempre estaba a disposición bajo el cuidado y la custodia del capitán feliz.

-OCHO-

Cada día Martín Vantis se levantaba muy temprano. Decía que de esa manera se aprovechaba más y mejor la vida. Dormía pocas horas y soñaba muchísimas cosas, todas divertidas. Tanto soñaba que luego pasaba momentos deliciosos contando a sus amigos los coloridos disparates nocturnos. Nunca roncaba, porque creía que si lo hacía sus hermosos sueños se escaparían entre ese estruendo ruidoso y entrecortado. En sus sueños participaban sus vecinos, sus animales, sus plantas y algunos de sus enseres domésticos, como el colador o la taza, y algunos personales como el bastón o el sombrero.

Aquella noche había estado leyendo hasta bastante tarde. Le apasionaba leer. Leía toda clase de libros, de aventuras, de misterio,

pero especialmente sobre la Naturaleza y comedias. Antes de apagar la luz bebió lentamente su vaso de leche, se quitó las gafas y se relajó entregándose a los brazos de Morfeo.

Se quedó dormido en el mismo instante en que posó su cabeza en la almohada. Naturalmente comenzó a soñar.

Daba vueltas y vueltas. Para un lado, para el otro lado. Se tapaba, se destapaba, y hasta sonreía a veces. ¿Qué estaría soñando?

Pasó la noche. Sonó el despertador poco después que cantara el gallo. Martín Vantis estaba lleno de alegría. Con un salto estaba cantando en la ducha, y lanzaba chispeantes carcajadas. Cuando lo cuente, cuando lo cuente, repetía una y otra vez, los pequeños lo pasarán en grande. Ha sido el más disparatado de los sueños que he tenido este año, decía mientras terminaba de arreglar sus cosas.

Otros sueños eran extravagantes pero podían acercarse a la posibilidad de suceder. Como aquella vez que soñó que era zapatero, y su especialidad era hacer las botas que Papá Noël utilizaba cada Navidad para repartir los regalos a las niñas y niños buenos. O esa turbulenta noche que soñaba ser el peluquero de la Tierra y con un peine gigantesco peinaba los bosques tropicales y subtropicales. O cuando en el sueño era el maquillador oficial de la Luna, y con una barra de carmín enorme tenía que pintarle los labios, y no terminaba nunca.

El capitán feliz estaba contentísimo por lo que le había sucedido en su última aventura nocturna. Había pasado una noche de maravillosos sueños. Había soñado que sin parar juntaba las nubes más pequeñas y vaporosas, y una en una las iba colocando en una cesta. Y aquí no termina este sueño, porque no imaginan para qué las reunía en una gran canasta. Era para hacer el relleno de un cojín gigantesco donde pudiera descansar el Sol.

-NUEVE-

Madrugó como de costumbre. Abrió las ventanas de la casa, saludó a su simpático perro, bebió una taza de té, comió un par de tostadas con cereales, y se dirigió al jardín. Una vez más comprobó que las traviesas hormiguitas habían estado allí pasando la noche. Todas las flores acusaban el paso devastador de los pequeños insectos. Las rosas sin pétalos, los lirios, los jazmines, las lilas y las margaritas deshojadas quedaron desprotegidas y al descubierto con los primeros rayos de Sol.

Era natural, las hormigas tenían derecho a alimentarse, y su jardín resultaba óptimo para saciar apetitos desenfrenados. Parecía que habían celebrado una gran fiesta. El estado de las flores declaraba haber padecido los efectos de un banquete de descontrolados y hambrientos seres.

Eran cientos, miles en permanente movimiento y marchaban todas juntas con cierto ritmo, como si de un ejército se tratara. Por momentos mareaba el ver tanto alboroto.

Ante tal espectáculo, el capitán feliz, con gran paciencia y sentido del buen humor, se propuso acabar con el inconveniente que traían, tanto al jardín como al invernadero, esas pequeñas y voraces hormigas coloradas. Había probado distintos métodos para alejar esas ingratas visitas. Primero les cantó suavemente canciones melódicas, con la intención de desviar el camino y lograr de este modo que salgan de su parcela.

No tuvo buenos resultados. También ideó un disimulado sistema de puentes para desviar su rumbo -armados con distintos vegetales a fin de ocultarlos- pensando que de esa forma las desaprensivas hormigas se marcharían. Pero tampoco tuvo éxito. Pasó de un fracaso a otro, pero el capitán feliz no se desalentaba.

Sabía que encontraría una solución, y que ésta sería la más conveniente. Acomodó su añoso sombrero de paja y se dirigió pensativo al granero. Tenía que hacer algunas labores en la huerta, cortar un par de limones, y recoger los huevos en el gallinero. Mientras reponía agua en los bebederos y esparcía maíz a las gallinas se le ocurrió una nueva estrategia para poder expulsar elegantemente a sus visitantes, las insaciables hormigas.

Esta vez podría ser una maniobra del todo provechosa. Porque, en realidad, si no había dado buenos resultados la música como tampoco la astuta obra de ingeniería, probablemente el diálogo fuera el camino idóneo y más ventajoso para resolver rápidamente este tipo de invasión. Nunca se sabe, había que probar y poner en práctica esta nueva idea.

Como era natural en el capitán feliz se llenó de entusiasmo y emprendió la misión. Apenas las vio aparecer tras las violetas comenzó a conversar con el primer grupo, que más parecía un pelotón de artillería pesada. Con palabras elegidas les expuso la necesidad de llegar a un acuerdo saludable para su invernadero y jardín, pacto que debía tener beneficios mutuos.

Entonces, comprobó cómo una de las hormigas fruncía el cejo como no terminando de comprender la situación. Otra, que parecía la compinche de ésta la tocó, poco disimuladamente, casi advirtiéndole no sé qué. Continuó el monólogo centrando su preocupación en la urgencia de arreglar este asunto.

Dirigió a los pequeños animales palabras realmente convincentes. Explicaba y daba fundamento a sus afirmaciones o negaciones. Esto impulsó a las hormigas a ser razonables con el capitán feliz. Se situaron en círculo y murmuraron largo rato. Finalmente, y luego de hablar y hablar, una de ellas -seguramente la portavoz del

grupo- mirando fijamente a Martín Vantis dijo: estamos decididas a ser solidarias y por eso también estamos dispuestas a dar una solución a este conflicto; nosotras pensamos -dijo la hormiga más gorda- que bien cierto es que invernadero y jardín quedan en ruinas tras nuestro paso, pero también es verdad que tenemos derecho a comer.

Martín Vantis escuchaba atentamente a sus diminutas amigas. Pues bien -continuó la parlanchina hormiga- hagamos un acuerdo. Con acento afrancesado, claramente expresó que el trato sería el siguiente: nosotras pasaremos por esta casa cada quince días y aguardaremos detrás del cerco la comida que nos preparará; nos referimos a alimentos para hormigas, hojas, raíces, y restos de vegetales provenientes de limpieza o poda. De esta forma seguirán las visitas pero no serán dañosas, podremos tener alimento y todo estará en dulce armonía. Las hormiguitas y el capitán feliz estaban encantados con el pacto. Era un convenio que tenía evidentes y mutuos beneficios.

-DIEZ-

Desde hacía un tiempo Martín Vantis tenía pensado realizar algunos arreglos en el tejado de la casa. Los años iban pasando y la techumbre acusaba algo de deterioro. En una casa tan grande siempre había algo que restaurar o mejorar, y ésta era una reparación muy necesaria, mucho más considerando que en aproximadamente un mes llegaría la temporada de lluvias.

Esta época es particularmente esperada en Aldeamaura, por los beneficios para las cosechas. Pero, a su vez, ocasiona algunos inconvenientes propios de períodos continuados de precipitaciones.

El capitán feliz fue al granero en busca de guantes, cuerdas, clavos, martillo, y la escalera, incondicional compañera de todos sus

trabajos; se puso el mono de trabajo y los botines de suela de goma antideslizante. Era temprano, bastante temprano. El rocío de la noche permanecía sobre todas las superficies y aún había poca claridad. Por esa razón Martín Vantis esperó una media hora antes de iniciar los trabajos de reparación del tejado. Aprovechó esos minutos para dar alimento a los animales, reponer agua en los bebederos y regar las plantas que estaban en tiestos.

Pasada la media hora y una vez en el tejado comprobó, no sin sorpresa, que había más tejas rotas de las que había pensado. Y algunas, además de estar agrietadas, se habían desplazado de su sitio, provocando cierto caos en la destartalada cobertura de esa parte del techo. Con la paciencia de costumbre hizo una primera evaluación y contó el número de tejas que debía reponer. Tenía mucho trabajo por delante.

Eran unas quince tejas las que hacían falta. Bajó y buscó en el granero las que tenía de reemplazo. Al subir con la pesada carga, ¡plash! equivocó de peldaño y cayó a tierra. ¡Vaya contratiempo! Las tejas quedaron esparcidas por el jardín –un par de ellas se rompieron– y Martín Vantis con un fuerte dolor en la pierna izquierda. Inmediatamente acudió su vecino, quien le ayudó a sentarse en el sillón de la sala, y luego llamó al galeno del barrio.

Por suerte no fue más que un desafortunado percance, porque no hacía falta escayola, pero sí algunos días de reposo y ayuda de un bastón para caminar. La situación no representó desconsuelo alguno para el capitán feliz, porque sabía ver el lado positivo de las cosas. Esta circunstancia, que para otras personas podría ser una auténtica desdicha, para Martín Vantis fue motivo de inspiración. Comenzó a planificar, con entusiasmo y alegría, todas las cosas que podría hacer durante los días de reposo. Porque en estos días de

inesperado sosiego iba a actualizar y poner en orden aquellos asuntos pendientes de la huerta, como la selección de semillas y el calendario de siembra. Y las cuestiones de la oficina. Había algunas cartas para responder, un artículo sin terminar, y un borrador que esperaba ser corregido. También podría leer libros, revistas, y contar más leyendas y nuevas fábulas a sus amiguitos.

-ONCE-

Era verano. La luz natural se esparcía generosamente por la aldea y por todas las habitaciones de las casas. Estos días eran propicios para dedicarlos a realizar esas tareas atrasadas, por ejemplo, quitar el polvo de los libros y ordenar y catalogar los nuevos. Las ventanas de la casa de Martín Vantis estaban todas abiertas, lo cual permitía que la brisa refrescara las distintas dependencias. En la biblioteca el manuscrito definitivo de su última obra estaba sobre el escritorio. Hacía tiempo que escribía este libro, de aventuras divertidas. Lo había escrito para poder disfrutar de su lectura con los más pequeños de Aldeamaura. Pensaba que en un par de meses terminaría las últimas correcciones.

El característico viento que soplaba desde el río era bienvenido durante la estación estival. Esa tarde la brisa era más fuerte que de costumbre, y con esa energía se introdujo en la biblioteca de Martín Vantis y ¡oh fatalidad!, todas, todas las hojas del manuscrito quedaron esparcidas a lo largo y a lo ancho de la sala de lectura. Incluso algunos folios se depositaron sobre los libros, otros encima de los sillones y sillas. El recinto quedó literalmente sembrado de hojas blancas escritas con pluma de tinta negra.

En eso, el capitán feliz pasó por la antesala de la biblioteca y recogió una hoja de su manuscrito, el número cuarenta y dos, a la vez que se preguntó cómo habría llegado allí.

Fue a dejarlo en su sitio, y ¡vaya sorpresa! Con la paciencia y buen humor de costumbre, ordenó según el número de páginas todas las hojas de su querido manuscrito. Terminada la imprevista tarea sujetó el total de folios con una cinta color rojo y se dirigió a la estantería de "asuntos pendientes" para dejarlo en sitio seguro. Cuando subía para dejar el manuscrito, ayudado por el pequeño taburete de madera de pino, cayó un pesado libro y seguidamente el arcón con toda la colección de monedas.

Habría unas dos mil. Todas las monedas estaban dispersas y mezcladas. Las francesas, las americanas, las españolas, las japonesas, las italianas, las chinas, las finlandesas, las húngaras. Esto sí que era una auténtica desventura. Una situación un poco complicada porque era día de cuenta-cuentos y los pequeños estarían al llegar. Pero, al instante se iluminó el rostro del capitán feliz, su alegría era ilimitada. Tuvo una magnífica ocurrencia.

Cuando llegaran los niños y niñas de Aldeamaura para escuchar el cuento, luego de la sesión de lectura le ayudarían a clasificar las monedas por países. Para clasificar y mantener orden dispondrían de pequeñas cajitas con el nombre de los distintos países. Además uno de los pequeños se encargaría de llevar un registro de todas las monedas. En este inventario se anotarían las cantidades por país, denominación, y otras características o curiosidades en cuanto a forma, tamaño, material, peso.

Pero allí no termina su maravillosa y fructífera idea. Porque de esta forma los niños y niñas aprenderían muchas cosas. Conocerían nombres de países lejanos y su localización geográfica. Aprenderían sobre la denominación de monedas, sus características, y tomarían contacto directo con la numismática. Todo esto lo harían jugando. Es decir, a través del juego, y mientras seleccionaban las monedas,

Martín Vantis comentaría sobre el continente al que pertenecía el país de la moneda, forma del escudo, colores de la bandera, población, cultivos...

Desde aquel día, y visto el éxito obtenido, el capitán feliz organiza cada año durante la época estival el "Concurso de las Monedas". Es un encuentro para los más pequeños en el que demuestran conocimiento, habilidad y rapidez.

-DOCE-

Martín Vantis caminaba como de costumbre por las callejuelas de Aldeamaura. Gustaba hacer largos paseos mientras saludaba a sus amigos. Su andar siempre elegante y su saludo cortes. La tarde estaba parcialmente nublada, y no parecía amenazar lluvia. Sin embargo unas nubes cubrían parcialmente el sol como llamando al aguacero.

Siempre llevaba sombrero y esa sonrisa satisfecha en un rostro radiante de dicha. Respondía amablemente los saludos y las preguntas de algunos vecinos. Uno de ellos es especial. Éste, por lo general, preguntaba al capitán feliz dos o tres cuestiones sobre temas aislados y diferentes.

Por ejemplo, un día preguntó ¿qué es el tiempo?, ¿cuál es la medida de la eternidad?, ¿por qué croan las ranas? El capitán feliz respondía con la mayor claridad a cada uno de los interrogantes.

En sus largas caminatas a veces se detiene a conversar con sus antiguos compañeros de colegio para recordar viejas anécdotas de la etapa escolar. Pasan momentos agradables contando aquellas situaciones divertidas que sucedieron durante el primario y secundario. Travesuras propias de una edad creativa y llena de vitalidad. Cinco de ellos continúan organizando reuniones en uno o en otro lugar de la aldea.

Esa tarde estaban allí, bajo el viejo sauce –testigo silencioso de murmuraciones y confesiones de enamorados– esperando a Martín Vantis. Llegó puntual a la cita, a una reunión que no es necesario anunciar y que siempre se realiza puntualmente.

Estaban en lo más entretenido de las conversaciones cuando, de repente, una traviesa nube arrojó toda su carga sobre Aldeamaura. El cobijo del frondoso árbol no fue suficiente para los compañeros reunidos, por lo cual cada uno se cubrió como mejor pudo. El capitán feliz acomodó con elegancia su sombrero y de esta forma impidió que la lluvia calara en su cabeza y mojara su larga barba. Tampoco esta situación fue motivo de disgusto, porque sintió gran felicidad al disfrutar de un momento tan especial. Sus amigos, el árbol preferido y la frescura de una buena lluvia. Sólo sus botines acusaban la presencia del agua. Pasado el chaparrón, toda la aldea brillaba bajo un sol que, por un instante, se había escondido para permitir la presencia del chubasco. Los tejados lucían aún más rojos, las callejuelas mostraban, como agradecidas, las características figuras geométricas de sus empedrados. Las plantas lucían su particular verdor, los pájaros revoloteaban alegres, las ardillas del parque brincaban entre los setos. Y Martín Vantis no dejaba de exclamar una y otra vez ¡qué maravilla!, ¡qué maravilla!

De regreso a casa, pasó por el viejo almacén en busca de algunas provisiones. Su alacena estaba un tanto desprovista de alimentos básicos: huevos, miel, leche y harina. También hacían falta unas pastillas de jabón y una escoba. Antes de entrar en su casa revisó el buzón de la correspondencia. Casi siempre estaba atascado con todo tipo de misivas, porque la actividad epistolar del capitán feliz es muy particular. Responde a todas las cartas que recibe y, a la vez, recibe muchísimas notas de todo tipo.

Esta vez el pequeño buzón, de madera y pintado de color amarillo, daba señales de un auténtico atasco postal. Era natural, se aproximaban las fiestas de fin de año y las felicitaciones para Martín Vantis llegaban de a cientos. Entre tantos sobres, de todos los tamaños, colores y formas, había uno singular. Un sobre especial para el capitán feliz, y se podría decir misterioso para todas las demás personas. Un sobre que en Aldeamaura sólo él recibía cada año por estas fechas. El papel de este sobre era de tacto muy suave y, al parecer, no contenía gran cosa. No pesaba, pero llamaba la atención. Se volvió a iluminar su rostro. Pero, ¿qué contenía ese sobre?, ¿quién lo remitía?

Conocía a ciencia cierta el origen de esta correspondencia. Desde hace años, muchos años, el capitán feliz recibe por estas fechas un saludo realmente especial. Un enigmático sobre con una tarjeta pequeña y de color marfil. En ella y en pocas líneas se hilvanaban los deseos más dulces y profundos que el Duende de la Navidad regala a las personas buenas y generosas, a aquellas comprensivas, honestas, responsables y trabajadoras.

Se auguraba buena salud, tranquilidad, paz, felicidad, y armonía general. Eran frases plenas de esperanza y ánimo. Palabras llenas de bondad que se difundían a través de la incondicional y permanente alegría del capitán feliz. JZ

Algunos comentarios…

♥ *Me gustan tus cuentos, entre otras cosas porque quizás algún día la gente empiece a tener sentimientos y podríamos oír cosas agradables. Mientras no ocurra así sigue escribiendo, a lo mejor la gente mala se da cuenta de sus actos y los corrige. Aprovecho para decirte gracias por ofrecer tu libro para pasar un buen rato y disfrutar leyendo, aprendiendo.* Belén - 10 años.

♥ *Silvia, me ha gustado mucho tu cuento del "Corcho que perdió la memoria". Además de original y tierno, lo he encontrado muy erótico, debido a ese afán del tapón de meterse en todos los agujeros que encontraba, ¡vaya golfo!* Diego - Ingeniero de Montes.

♥ *Cuento cuentos en colegios, bibliotecas, comunidades, y me vuelvo loca para encontrar cuentos hermosos, tiernos, solidarios, agradables y sin violencia u otras cosas negativas. Estoy encantada con lo que he leído.* Amalita - Narradora.

♥ *Querida Silvia, qué decirte de tu obrita: sencillamente deliciosa, fresca y entrañable. Enhorabuena y un abrazote.* Olalla - Abogada.

♥ *Querida Silvia, gracias por tu magia y tu ternura.* Amalia - Agente de viajes.

♥ *La magia de tus cuentos está en sumergirse en profundidades de personajes cotidianos que revelan la felicidad de lo sencillo.* Renata - Lic. Ciencias Información.

♥ *Estos cuentos denotan una capacidad creativa de la autora y una imaginación sorprendentes, e invitan al lector a relajarse, inspirando una tranquilidad necesaria en un mundo en el que se vive en forma vertiginosa, sin dejar de estimular la traspolación a situaciones de la vida real.* Alejandro - Dr. en Derecho.

♥ *La Dra. Jaquenod posee una innata sensibilidad fruto de su hábil destreza interior pues no nace de su actividad intelectual que es prolífica, sino que nace de su armonía con el entorno, con el ser y sentir que ella con conciencia y siempre con una exquisita destreza y humildad nos transporta mágicamente al mundo de la infancia, ese cálido mundo que todos y cada uno llevamos dentro. Gracias Silvia.* Nazareth - Abogada y Árbitro-mediadora internacional.

♥ *Unos cuentos maravillosos para poner un poco de imaginación a la aséptica realidad de nuestro día d día. Pequeñas historias de gran contenido con la habilidad de decir mucho en pocas líneas. Gracias por ser tan generosa y compartir con nosotros estos preciosos cuentos, parecía imposible que tuvieras tiempo para tanta creatividad pero ya sabemos que estás bendecida con el don de la ubicuidad. Mis felicitaciones por esta nueva edición.* Jéssica - Abogada y Lic. en Ciencias Ambientales.

♥ *Los cuentos para hacer volar la imaginación gustan tanto a los niños como a los adultos. ¡En mi familia todos los disfrutamos!* Sory – Abogada.

♥ *Para mis hijas ha sido un libro maravilloso. Han aprendido un montón y la mayor se ríe mucho de las travesuras de cada uno de los personajes. El más querido es el cuento de Una llave atareada.* Mariella - Médica.

♥ *Cada cuento es el vivo reflejo de la capacidad que tiene la autora para transformar con color, ingenio, y creatividad, cada objeto, alejándolo de la realidad. Ésta es precisamente la fórmula secreta para aprender a vivir. Si cada uno de los seres humanos fuera capaz de traducir cada experiencia difícil, en una que le ayude a fortalecer su capacidad de imaginación, habría más felicidad, pues habría menos oportunidad para el resentimiento y el dolor que tanto amarga a la humanidad. Gracias doctora Jaquenod por brindarnos un libro más que enriquece nuestra alma, por esa forma particular y significativa de escribir, ser y hacer.* Onix - Abogada.

♥ *Palabras enhebradas con pasión invitan a un mundo de fantasía en el que una trotamunda nuez da vida a un robusto nogal, y una orquesta de caracoles interpreta melodías en la fiesta del huerto, mientras gotas de lluvia se divierten haciendo cosquillas a los aguacates. Gracias Silvia por tu pluma, papel y tintero generosos. Cuentos para grandes y chicos; para disfrutarlos frente al mar y al son de las olas. Cuentos que hacen volar la imaginación.* Hugo - Abogado.

♥ *Mi admiración hacia ti sube de punto al ver que eres capaz de hacer compatible tu rigor científico en tus trabajos sobre Derecho Ambiental, con la "frivolidad alegre" de unos cuentos para hacer volar la imaginación que son una delicia... y que realmente hacen volar imaginación por senderos insospechables e insospechados.* Rafael - Magistrado.

♥ *Cada uno de estos cuentos requiere un mínimo de treinta minutos: dos para leerlo, y veintiocho, al menos, para recordarlo, expandirlo, imaginar variaciones y dejarse llevar a otro mundo más amable, todo ello con una sonrisa en la boca. ¿Alguien da más?* Lucía – Ingeniera y Lic. en Filología.

♥ *Querida y entrañable Silvia, Estos cuentos son la muestra de que estás dotada de un talento excepcional. Gracias de corazón. Ni en mis mejores sueños hubiera imaginado ser la protagonista de un cuento tan entrañable. Nos hiciste felices a Peter y a mí en un momento muy especial. Nuestras sonrisas van por ti.* Leticia – Abogada y Economista.

♥ *En un mundo tan complejo en el que las relaciones humanas son cada vez más displicentes estos cuentos contribuyen a creer que en la humanidad aún hay valores y sabiduría.* Gabriell - Antropóloga

Esta sexta edición de los

Cuentos para Hacer Volar la Imaginación

se terminó de escribir en

Madrid Villa y Corte,

en el cálido estío de dos mil dieciocho.